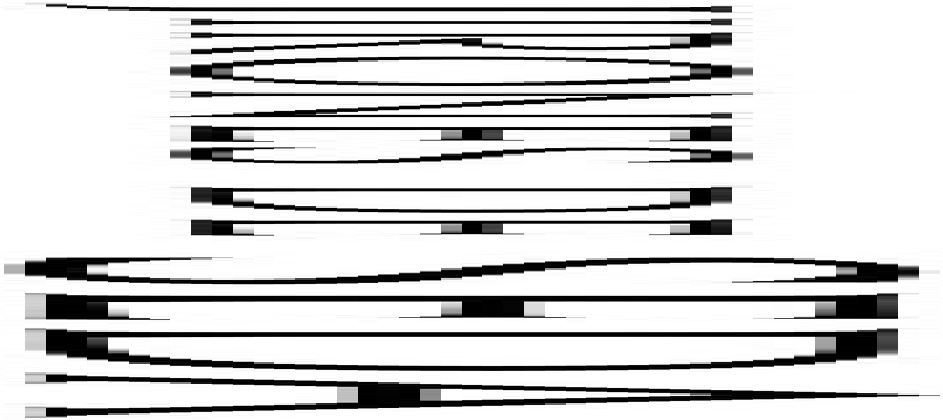
FABIÁN PLAZA

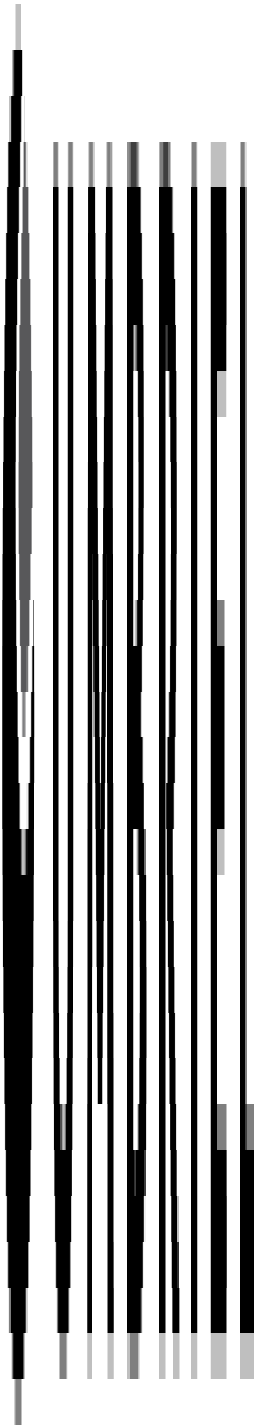
JIRONES DE SEDA

CUANDO EL PRECIO DEL HONOR
ES LA INJUSTICIA



JIRONES DE SEDA

FABIÁN PLAZA



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: abril 2024

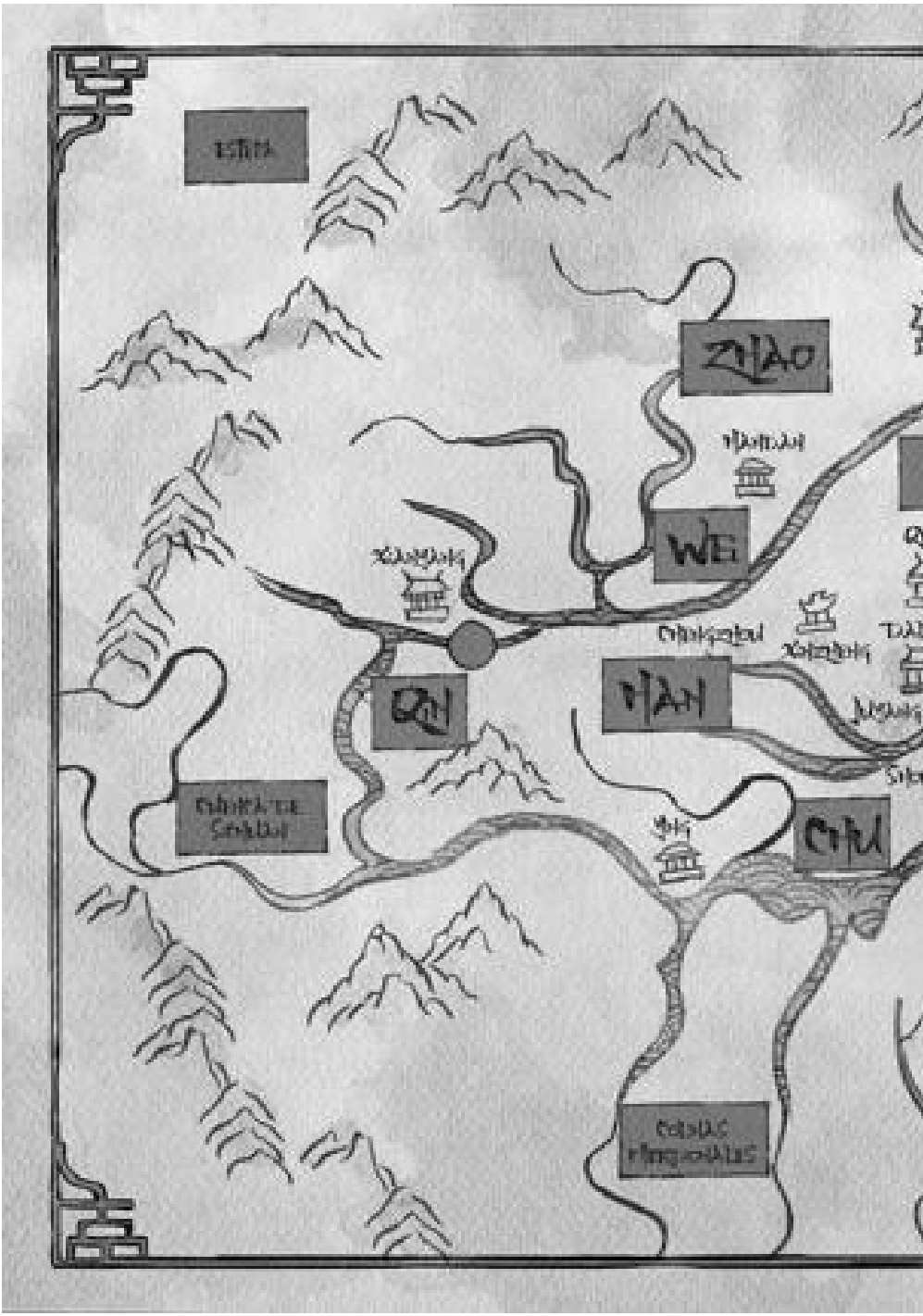
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

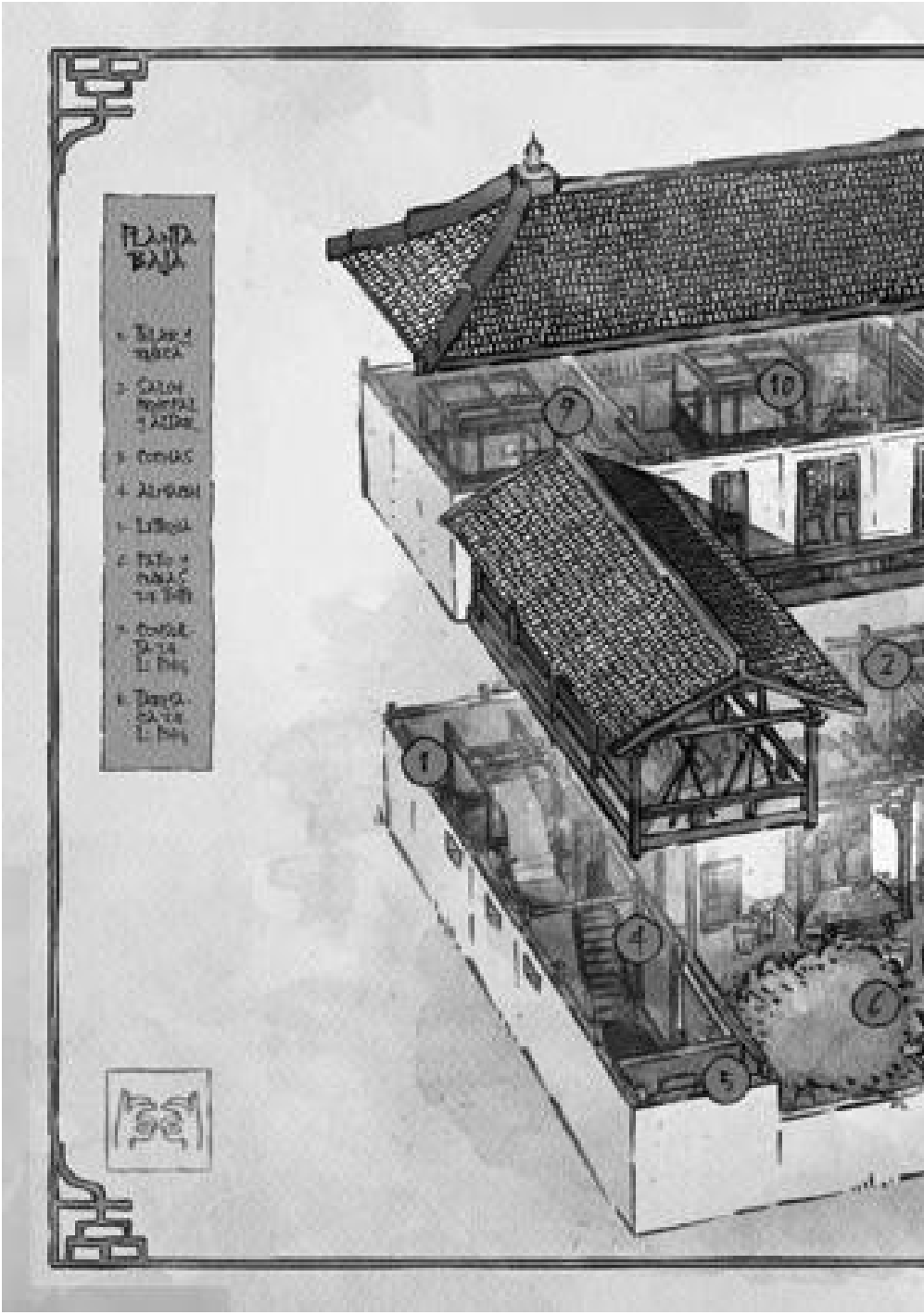
© 2024 by Fabián Plaza Autor representado por IMC Agencia Literaria S.L.
All Rights Reserved © 2021 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid www.umbrieleditores.com
ISBN: 978-84-19936-93-6

Fotocomposición: Urano World Spain S.A.U.

Para Gore, Sofía y Nuria.
Sois el Camino que recorro, la fuente de mi qi,
el yin *que equilibra mi* yang.
Os quiero.

Y para Juan Gómez-Jurado,
que me dijo «no escribas fantasía».


ZHAO
WEI
QI
CHU


PLANTA BAJA
1
2
4
5
6
7
10

GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

En la China del año 220 a. C. no se hablaba igual que en la actualidad, ni las sílabas tenían la misma pronunciación. Aun así, con la sencillez en mente, en este libro he usado uno de los métodos de transcripción más extendidos para el chino moderno, el *pinyin*.

Como este sistema puede resultar difícil de pronunciar para gente hispanohablante, he creído oportuno adjuntar esta pequeña —y para nada exhaustiva— guía.

En general los sonidos se pronuncian como en español, con algunas salvedades:

- Q: Se pronuncia «ch». Así, el apellido dinástico Qin se leería «Chin».

- ZH, CH: Para simplificar, diremos que también se pronuncian como «ch».

- C: No es una «c», sino un sonido similar a «ts».

- X: No es un sonido fuerte como en «extra», sino algo parecido a la «sh» del inglés.

- J, Z, H, SH: Se pronuncian como sus equivalentes en inglés (por ejemplo, en *jockey*, *zoom,* Hollywood o *show*).

- G: Siempre se pronuncia como «gato», nunca como «Gijón». Así, el rango de honor *bugeng* se lee «bugueng».

- W: No se pronuncia como «v» sino como «u».

Otra cosa a tener en cuenta es que en chino cada sílaba puede tener varios tonos diferentes, cosa que cambia el significado de la palabra. Sin embargo en la novela —también con la intención de reducir la complejidad— se ha obviado esta parte tan característica de la lengua del Reino Medio.

Para más información, al final del libro aparecen unas referencias bibliográficas y notas históricas sobre los sucesos narrados. Sin embargo, se recomienda no leerlas hasta terminar la novela, puesto que revelan algunas sorpresas de la trama.

SOBRE LOS NOMBRES CHINOS

La pronunciación de las palabras en la antigua China no es lo único que quizá resulte complicado para alguien de Occidente. De hecho, hay otro concepto que puede parecer algo confuso: los nombres.

En tiempos de la unificación china de Qin la gente no usaba la convención de nombres que tenemos en Europa en la actualidad (un nombre y luego el apellido o apellidos).

La mayoría de las personas solo tenían el nombre, mientras que el apellido en el sentido actual (nombre familiar) estaba reservado a la nobleza. Esto se mantendría hasta varios siglos después de la época en la que se ambienta esta novela.

La gente de la alta sociedad, en cambio, podía poseer varias combinaciones de nombres que se usaban en diferentes situaciones. Se consideraba poco respetuoso usar el nombre de una persona si no se tenía una posición social superior (un padre, un noble de más nivel, etc.). En el caso de que se estuviera al mismo nivel que la persona —que se fuera de la misma generación, por ejemplo— se usaba otro nombre diferente, el nombre de cortesía. En ocasiones, además, se podía tener un seudónimo como alternativa a esta segunda forma de nombrar.

Aunque estoy simplificando mucho las reglas, todo esto puede hacernos ver que los nombres en la antigua China eran un tema muy complejo.

En la novela he tratado de mantener un equilibrio entre el respeto a estas ideas y la sencillez de lectura. Mi objetivo ha sido evitar, por ejemplo, que un personaje recibiera dos o tres denominaciones dependiendo de quién hablara con él (o en qué contexto lo hiciera).

Aun así, quien lea las siguientes páginas deberá tener en cuenta esta complejidad de la que he hablado, para que algunas formas de interacción entre personajes no resulten tan chocantes.

Fabián Plaza Miranda
法维安

Cuando Fa Rong salió de la casa de juegos al frío de la noche, su bolsa estaba tan ligera como la parte *yin* de su alma. No recordaba cuántas veces había invitado a conocidos y desconocidos, entre sonoros vítores, a rondas de vino de arroz. Tampoco tenía claro cuántas veces los dioses se habían reído en su cara haciendo que los dados cayeran sobre el color equivocado. Pero sí sabía que no le importaba. Fa Rong era feliz. Y si no se podía celebrar la felicidad, ¿qué sentido tenía la vida?

Además, la de Fa Rong le había dado pocas ocasiones para semejantes desenfrenos. Su trabajo era indigno, hasta él lo sabía. Nadie debería verse obligado a chapotear entre excrementos. Aun así, alguien tenía que hacerlo, y Fa Rong se lo tomaba casi como una misión sagrada. Sus vecinos arrugaban la nariz y desviaban la mirada al verlo llegar, negándole incluso la mínima cortesía del saludo, pero él se aferraba a la creencia de que su trabajo, por apestoso que resultara, era importante. Si él no estuviera para realizar el mantenimiento, el alcantarillado podría colapsarse. ¡Y a ver qué harían entonces sus vecinos, tan cubiertos de mierda como él! Fa Rong era uno de los engranajes que hacían funcionar la magnífica ciudad de Xianyang, capital imperial y centro del mundo. Y si sus vecinos no lo veían, ¡que Shangdi los fulminara! Pronto se arrepentirían de haberlo tratado así.

Podía imaginar sus caras de envidia. Por la mañana, la gente murmuraría lo generoso que había sido él, cómo había compartido su riqueza con sus compañeros de bebida. Y sus vecinos se golpearían la frente contra el suelo pensando en lo que habían perdido.

Y lo que iban a perder. Fa Rong no era tonto. Aunque los dueños del lugar, criminales tatuados de la Hermandad sin Lazos, lo habían animado con sonrisas malintencionadas a que siguiera colocando sus monedas sobre las mesas de juego, él no se había gastado todo lo que tenía. La parte principal de su inesperada recompensa la tenía oculta bajo el colchón de su casa, lista para

emplearla con más calma en las siguientes semanas.

Envuelto en sueños de futuro lujo y envidia ajena, Fa Rong se tambaleó por las amplias y desiertas calles de la capital. Hasta con su borrachera se sentía capaz de orientarse en el cuadriculado diseño urbano, ejecutado tras consultar los augurios de los mejores escapulomantes y astrónomos de Qin. Una obra tan perfecta como la posición de las estrellas en el firmamento.

Cuatro o cinco ratas corretearon ante él, asustadas por su inesperada presencia, y de algún modo eso le recordó que tenía ganas de orinar. Se apoyó como pudo en una columna exterior de la decorada casa de un alfarero al que conocía de vista, y allí mismo comenzó a descargar. La diosa lunar Heng'e miró toda la maniobra desde lo alto, la mitad de su cara oculta como si la tapara con timidez. Fa Rong sacudió de forma ostensible su fofo miembro.

—¿Qué pasa? —rio con voz pastosa—. ¿Te gusta lo que ves? ¡Baja! ¡Te dejo que lo pruebes!

La idea de la diosa arrodillada frente a él lo excitó, hasta que entre las brumas alcohólicas recordó que la bella Heng'e había acabado convertida en sapo. Con aquella imagen, la fantasía perdió todo su encanto. Dejó caer las últimas gotas, algunas de las cuales salpicaron su ropa y sus manos, y reemprendió la zigzagueante marcha.

Escuchó un ruido tras de sí, como de pies arrastrándose por el empedrado de la calle. En el silencio de la noche el sonido llegó a él con la claridad de un grito. Fa Rong se volvió, sobresaltado, pero no vio nada extraño entre las sombras. El esquivo viento era su única compañía.

Trató de calmarse. No debía temer. No podía haber ladrones agazapados. No tan cerca del barrio de los juegos. Aquel vecindario estaba vigilado con mano de hierro por los criminales que controlaban el ocio nocturno de la ciudad. Ellos mismos eran los que garantizaban que las calles fueran seguras. No podían permitir ningún conato de violencia, porque de lo contrario provocarían una acción contundente de la guardia. Los soldados del emperador hacían la vista gorda ante todos los oscuros negocios del barrio, pero siempre que el crimen se desarrollara de forma civilizada. Un cadáver apuñalado en las calles sería algo que no podrían pasar por alto. Además, semejante negligencia los llenaría de vergüenza ante sus superiores, por no mencionar el castigo que recibirían. Y entonces la implacable venganza de los militares caería sobre todo el barrio. Así que los gremios del crimen dejaban bien claro que tales acciones no serían toleradas. Algunos insensatos, que habían ignorado esas advertencias, pronto descubrieron a su pesar que la justicia de los señores de la noche podía ser incluso más dura que la del emperador.

Respiró hondo, convencido por fin de que ninguna persona lo seguía, y de

inmediato cayó en la cuenta de que había otra posibilidad. No debía temer a ningún humano, pero ¿qué pasaba con los fantasmas? Quizá había ofendido a algún espectro con su blasfemia a Heng'e. Quizá la diosa había mandado a alguien a castigarlo. Por eso no veía a nadie, porque no había nadie a quien ver.

El corazón se le desbocó y salió corriendo a trompicones. Recordó entonces que los fantasmas solo pueden avanzar en línea recta, así que comenzó a desviarse todas las veces que pudo, en cualquier esquina, hasta que quedó desorientado en el damero urbano. Se detuvo para recuperar el resuello y levantó la vista buscando la mejor referencia: los tejados alados del palacio imperial, el majestuoso conjunto de edificios que desde el centro de la ciudad vigilaban a todos. Una vez reubicado volvió a correr por las calles desiertas. Cuando estaba a punto de llegar a su casa relajó el paso. Sin duda había despistado al fantasma. Sonrió y decidió que Heng'e en forma humana estaría en sus pensamientos aquella noche, cuando se tumbara en el camastro y buscara alivio para otro tipo de necesidades.

Un chasquido sonó entre las sombras, y Fa Rong sintió un inesperado pinchazo en la espalda. Sutil como el aleteo de una mariposa, pero a la vez tan punzante como abrazar hojas de ortiga. Trató de frotar el foco del dolor, pero sus músculos no lo obedecieron. Lo golpeó un repentino mareo. Sus manos empezaron a temblar sin control. Trastabilló hasta su casa con la impresión de que todo giraba a su alrededor. Se convenció de que su miedo era realidad, que Heng'e había decidido vengarse, y los latidos de su corazón se volvieron locos. Sintió que el aire escapaba de sus pulmones y que no era capaz de recuperarlo. Se le nubló la vista. Cayó al sucio suelo y fue incapaz de levantarse. Aterrado, supo que estaban a punto de juzgarlo por sus pecados en el Inframundo.

2

Era el día más emocionante de su vida. A Daiyu le costaba no ir dando saltos sobre los charcos de la calle pavimentada; habría sido capaz de hacerlo incluso cargando con la pesada carretilla llena de rollos de seda. Respiraba hondo y disfrutaba de cada bocanada de fresco aire matutino como si fuera la muestra palpable de su recién adquirida libertad. También sonreía, dando a entender que trotar entre la gente en mitad de la todavía temprana hora de la luz matinal era una experiencia equiparable a pasear por los jardines imperiales bajo un sol veraniego. Estaba alegre incluso sabiendo que al anochecer le esperaría su habitual rutina de trabajo frente al telar. Su optimismo y vitalidad chocaban con la adusta actitud del resto de personas a su alrededor, hasta el punto en que más de uno de sus vecinos le había dirigido una mirada desaprobadora: no estaban jugando, estaban cumpliendo con su deber.

Al final, Tío Feng la observó con discreción y se limitó a levantar una ceja más elocuente que cualquier regañina a voz en grito. En ese momento la presión social pudo más, y Daiyu adoptó la pose sumisa y apagada que se esperaba de ella, de acuerdo con los cánones del maestro Kong. Igual que los demás comerciantes y artesanos en su silencioso, casi resignado, camino al mercado.

Para contener su entusiasmo trató de prestar atención a los detalles de lo que la rodeaba, confiando en que aquello la distraería durante el trayecto. El traqueteo de la ancha carretilla le resultaba incómodo y hacía que le dolieran los brazos, pero al menos habían dejado atrás las reducidas callejuelas sin adoquines y llenas de barro y excrementos: ya estaban en una de las avenidas principales de Xianyang, y aquello significaba espacio abierto. Padre le había contado a Daiyu que en las ciudades de la Antigüedad, en los gloriosos tiempos de los Zhou, podían avanzar codo con codo hasta tres carros de bueyes. Si aquello era cierto, parecía que el reino de Qin —siempre indiferente a las costumbres ajenas— no había seguido la misma norma en su capital: por allí podrían pasar dos carros con holgura, pero nunca tres. Aun así, y a pesar de las docenas de personas que iban a

su lado, a Daiyu le daba la impresión de que las amplias calles estaban casi vacías. Nada que ver con las aglomeraciones que se formarían al cabo de una o dos horas, cuando todo el mundo —no solo los vendedores— iniciara sus actividades diarias con la voracidad de las langostas.

Pasó entre casas de madera de uno o dos pisos, algunas pintadas de vivos colores con tejados en tonos rojos, amarillos y ocres. Las había cerradas y con patio interior, grandes y pequeñas. Pero todas elegantes, pues se encontraban al pie de una avenida principal, y aquello implicaba que sus propietarios eran gente adinerada. Atravesó calles dispuestas en perfectos ángulos rectos. Dejó cada vez más lejos la muralla exterior y vio acercarse la sombra de una de las interiores. Todo en la ciudad le resultaba conocido, pero al mismo tiempo parecía como si lo contemplara por primera vez.

En cierto modo, así era. En el último año no había podido recorrer el lugar con libertad, dado que no habría sido decoroso. Todo lo más, había acompañado a Tía Jiang o a Hermana Menor a hacer recados a casa de alguna vecina, siempre en silencio y con la cara cubierta por el velo. O, en contadas ocasiones especiales, cuando llegaba alguna de las jornadas de descanso y a Padre y a Tío Feng les parecía bien, habían hecho alguna breve escapada al río Wei o al parque de los melocotoneros. El resto del tiempo, como era natural, lo había pasado encerrada en casa.

De ahí que la propuesta de Tío Feng de acompañarla al mercado le hubiera sonado como música de un carillón de campanas. En un primer momento le pareció que Padre se negaría, pero no había sido así. Seguramente ambos hombres habían hablado antes y habían decidido que aquella era una buena manera de dar por finalizado el luto. Los tres años del ritual se habían cumplido; quizá no de la manera más escrupulosa, dado el repentino viaje que había habido por medio, pero al menos sí con la suficiente devoción para que el espíritu de Hermano Mayor no se sintiera agraviado y volviera para vengarse. A ningún vecino le parecería mal la decisión, porque no tenía sentido seguir dando muestras externas de lamento. De todos modos, Daiyu todavía notaba en su interior la ausencia de sus dos hermanos, y rezaba en el altar familiar por el reposo eterno de Hermano Mayor. Ante el serpenteante humo del incienso y las ofrendas, también le hablaba de su vida y le contaba lo que había hecho cada día como si aún estuviera allí. Solo que no era verdad. El luto había acabado, la ropa de Daiyu podía cambiar de color otra vez, de nuevo podía ornamentar su pelo y la dejaban cantar y bailar, pero su corazón seguía petrificado. Y no ignoraba que el de Padre también. Ojalá supiera ser la hija que se esperaba que fuera. Ojalá pudiera reducir ese sufrimiento en vez de aumentarlo.

Aunque quizá se trataba de aquello, al fin y al cabo. Con toda certeza la idea

habría sido de Tío Feng, que conocía el dolor de Padre tan bien como él. Tal vez había tratado de encontrar la manera de aliviarlo, de distraer los negros pensamientos de su apreciado huésped. Alegrando a su hija, único resto que le quedaba de la antaño próspera y feliz familia de Li Ping, existía la posibilidad de que él también sintiera algo de dicha. Esa era la manera de pensar, a la vez sencilla y noble, de Tío Feng.

Daiyu no tenía palabras para agradecer la hospitalidad del patriarca. De no haber sido por él, ni ella ni Padre estarían donde estaban. Teniendo en cuenta su baja extracción social, eran admirables los esfuerzos que Tío Feng había hecho por lograr que se sintieran como en casa. Quizá los gobernantes de Qin tenían razón, y la valía de alguien no se medía por la familia donde hubiera nacido, sino por su manera de comportarse en la vida.

En cualquier caso, Daiyu no tenía manera de saber si sus teorías sobre el motivo de su viaje al mercado eran ciertas. La expresión de Tío Feng era tan inescrutable como el lejano cielo, salvo cuando él dejaba escapar algún atisbo de emoción. El resto del tiempo parecía un maestro de hacía siglos, lleno de invisible sabiduría ancestral. Para percibir esa sensación no había más que fijarse en él, caminando erguido pero con paso tranquilo, en silenciosa meditación mientras los demás mercaderes cargados y sudorosos farfullaban frunciendo el ceño, adormilados. En vez de un simple comerciante daba la impresión de ser un duque de paseo. El hecho de que fuera casi una cabeza más alto que la mayoría de hombres acentuaba esa apariencia de superioridad. De tanto en tanto se atusaba el largo bigote, que le caía más allá de la barbilla afeitada, como si le diera vueltas a una reflexión particularmente profunda. Aunque no llevaba sombrero ni ningún tipo de ornamento en su moño, el largo cabello estaba tan ordenado como si hubiera sido obra de una cohorte de sirvientes. El único toque que se salía de lo ordinario en su atuendo era el color de sus ropajes de lino, teñidos de un pardo algo más brillante de lo común, casi amarillo.

La ropa de Daiyu y de Grano de Mijo, por supuesto, estaba sin teñir, como correspondía a prendas destinadas a mancharse. Tanto sus pantalones como sus túnicas hasta las pantorrillas eran piezas sencillas y prácticas, sin las largas y holgadas mangas que preferían llevar los escribas, funcionarios y demás personas que no tenían que trabajar duro. Por el contrario, su vestimenta era más ajustada, con el objetivo de facilitar el movimiento de toda una jornada de actividad. Remataban el conjunto las sandalias con suela de cáñamo, abiertas para hacer frente al calor, pero poco prácticas si volvía a llover como en días anteriores.

Al lado de Daiyu, Grano de Mijo empujaba entre soplidos otra carretilla más pesada, en la que se amontonaban los bártulos que usarían para montar el

tenderete de Tío Feng en el mercado. El lampiño esclavo caminaba, como siempre, cabizbajo y sin mediar palabra a menos que le hicieran una pregunta directa. Parecía de su edad, con unos quince o dieciséis años —Daiyu seguía sin estar segura del todo—, y a veces era fácil olvidarse de que estaba ahí. Su voz era ronca y su piel morena, como solía ocurrir con los nacidos al este de Chu.

Chu. El reino de los lagos. El cálido Chu. Su hogar, Chu.

El país lleno de ríos y exuberante vegetación cuya naturaleza escondía una sorpresa tras cada pequeño otero. Donde enormes flores de penetrante fragancia se abrían por doquier, invitando a los insectos y decorando los bosques. Los vastos arrozales, la Montaña Sagrada del Sur donde el Emperador Amarillo había conseguido la inmortalidad en remotos tiempos pasados.

El lugar hermoso en el que habían vivido cuando, en casa de Li Ping, eran cinco en vez de dos.

Las canciones de Madre mientras lavaba la ropa en el río. Las amistosas peleas de Hermano Mayor y Segundo Hermano durante sus prácticas de pugilismo y tiro con arco. Los jóvenes aprendices de Padre cuando aún era respetado y admirado. Las visitas de emisarios de la casa real de Chu. Las largas charlas en las que Padre explicaba a sus tres hijos, sin distinción de sexos, las artes de la curación y los clásicos del periodo de primaveras y otoños.

Antes de la guerra. Antes de la derrota. Antes de la tragedia y la muerte.

Daiyu notó que se le humedecían los ojos. Sacudió la cabeza. Había que dejar esos pensamientos atrás. No estaba de luto. No era una jornada triste. Era el día más emocionante de su vida.

*

—Recuerda, Daiyu. Ten mucho cuidado. Tras esa muralla hay otro mundo con sus propias reglas. Un mundo que debes respetar o te morderá como un lobo hambriento. Hacer o decir algo fuera de lugar puede ser peligroso. Así que compórtate, ¿de acuerdo?

La joven asintió tratando de quitarle preocupaciones a Tío Feng, pero lo cierto era que se estaba poniendo nerviosa. En especial por lo inusitado de sus grandilocuentes consejos, ya que Tío Feng ahorraba las palabras igual que ahorraría capullos de seda o piezas de bronce. Que recalcara tanto su advertencia, sobre todo cuando en los días anteriores ya habían tratado el tema, decía mucho de la importancia que le daba. Aunque nadie le hablaba, Grano de Mijo también asintió en silencio, con la mirada todavía baja, como si aquello fuera con él. Luego escupió al suelo y pareció pensar en otras cosas.

La cola avanzaba con la lentitud de las nubes en el cielo. Se habían detenido frente a las murallas del mercado, el baluarte que rodeaba aquella ciudad dentro de la ciudad. A unos *zhang* de distancia de donde estaban se abría el único acceso a la zona, que hacía las veces de puesto de control. Desde allí, un par de funcionarios vestidos de seda revisaban a todo el que deseaba acceder, con el objetivo de hacer un inventario que luego usarían para cobrar los impuestos del día. Tanto sus ropajes como los de los seis guardias que los custodiaban eran negros, el color oficial del emperador. Los soldados no iban equipados con armadura, pero sí llevaban las espadas al cinto y los ajustados yelmos redondeados. Los seis ganduleaban en la parte interior del acceso a la muralla con aire entre distendido y aburrido, tratando de guarecerse del cada vez más brillante sol: sin duda, a media mañana se morirían de calor. Por lo menos, Daiyu estaría bajo un toldo. No era lo mismo que el refrescante interior de la casa-taller, pero superaba con creces lo que les había tocado a los soldados.

—Me pregunto si padre estará bien —dijo distraída y en voz alta. Por mucho que le apeteciera estar ahí, una parte de ella sentía un nudo en el estómago ante la idea de dejar solo a su progenitor.

Solo, así lo imaginaba, aunque en realidad estuviera rodeado de efusivas atenciones. Era la primera vez en años que se separaba tanto de él, y la sensación resultaba difícil de digerir.

Aunque su frase no iba dirigida a nadie, Tío Feng contestó.

—Lo estará. Tía Jiang y Yue cuidarán de él tan bien como tú. Oh, no.

Daiyu lo miró, desconcertada por la última expresión, y se encontró con que Tío Feng fruncía el ceño. Estaba viendo algo que no parecía agradarle. Casi al mismo tiempo hubo un coro de murmullos en la cola: otros comerciantes imitaban su reacción. Daiyu siguió la mirada de todos y descubrió que se estaban fijando en un hombre de unos cincuenta años que avanzaba hacia la puerta con pasos tímidos, gesto humilde, cabeza gacha y manos entrelazadas.

—¿Qué pasa, tío?

—Algo incómodo —respondió tras chasquear la lengua.

—Va a intentarlo otra vez —intervino el mercader que tenían detrás, un tipo desdentado que llevaba unas gallinas en jaulas de bambú.

—Sí —repuso Feng—. No lo culpo, pero… —Se encogió de hombros.

— … pero lo que es imposible, es imposible —terminó el desdentado.

Daiyu se controló y no pidió más información. Era de mala educación que una mujer fuera charlatana y preguntona, y Tío Feng le había insistido en que se comportara. De modo que se mordió la lengua, aunque las dudas por lo que ocurría se removían en su interior como abejas en un panal.

A medida que el hombre se fue acercando al puesto de control, los guardias

olvidaron su ademán despreocupado y se irguieron como si se les aproximara todo un ejército invasor. Las duras miradas que le dirigieron no frenaron su avance. Cuando apenas estaba a uno o dos *zhang* de ellos, se tiró al suelo y golpeó los adoquines con su frente.

—¡Piedad! —suplicó a voz en grito—. ¡Piedad, nobles señores! ¡Tengan piedad de mí y de mi familia!

—¡Vete, pesado! —le respondió uno de los guardias.

—¡Piedad! —repitió el hombre con el rostro lleno de lágrimas—. ¡Por los dioses, piedad!

Con cara de fastidio, el guardia le dio una patada en el costado.

—¡Que te vayas de una vez! ¡Vete o tendremos que arrestarte!

El hombre dudó unos instantes, pero acabó dándose por vencido. Se levantó y se alejó por donde había venido, con la expresión de un perro al que no le daban las sobras de la mesa del amo. Los guardias volvieron a su actitud desenfadada, como si nada hubiera ocurrido.

—Es un artesano laqueador —explicó Tío Feng, que por lo visto escuchaba las preguntas de la mente de Daiyu igual que si las estuviera gritando—. Hace unos meses descubrieron que su hijo falsificaba los libros de cuentas para ahorrarse impuestos. Lo denunciaron y lo condenaron a trabajos forzados.

Daiyu tragó saliva. Aunque ese castigo se suponía que era por un tiempo limitado, normalmente un año, las condiciones eran tan duras que «trabajos forzados» solía ser sinónimo de «no volver jamás».

—¿Y el padre era cómplice?

—No. El magistrado decidió que no sabía nada. Su hijo lo había hecho a sus espaldas, así que fue benévolo y no aplicó el castigo colectivo.

—¿Y por qué suplica el padre aquí? Si quiere que vuelva su hijo ¿no debería hablar con el magistrado?

—Es que no quiere eso. Quiere trabajar en el mercado. Sí, el problema es que ahora no puede trabajar porque nadie se responsabiliza de él.

—¿Responsabilizarse? ¿Como en los vecindarios?

Tío Feng asintió. La ley de Qin exigía que los vecinos se controlaran unos a otros, en grupos de cinco familias. Si alguien sabía que uno de ellos había cometido un delito y no lo denunciaba, se le solía aplicar la misma pena que al delincuente. Era una manera drástica pero eficiente de reducir el crimen en la ciudad.

La medida tenía un lado positivo, que consistía en que los grupos familiares también debían socorrerse entre sí. Si alguien de una de las familias gritaba pidiendo ayuda, la ley obligaba a todos los demás a prestarle asistencia de inmediato.

Pero eso no terminaba de mitigar la tensión del control mutuo.

—En el mercado funciona igual. Cada sección está controlada por un responsable, al que se considera tan culpable como cualquier delincuente que haya. Así que los responsables se aseguran de que todos cumplan la ley. De hecho, al hijo lo denunció su responsable, que descubrió sus irregularidades. Si no lo hubiera hecho, también él habría sido condenado.

—¿Y qué culpa tiene el padre de todo esto?

—Ninguna. Pero ahora nadie quiere hacerse responsable de él. Piensan que será tan delincuente como su hijo y no quieren arriesgarse. A ellos tampoco los culpo. Pero sin alguien que se haga responsable de ti, no puedes tener un puesto en el mercado.

Daiyu suspiró.

—Así que ese hombre ha perdido a su hijo y su fuente de ingresos.

—Sí. Tendrá que buscar otra manera de ganarse la vida. Nunca volverá al mercado.

Perderlo todo. Daiyu podía comprender demasiado bien la situación en la que se encontraba aquel maestro laqueador. Aun así, lo que realmente golpeó su estómago fue darse cuenta de las implicaciones del sistema de castigo colectivo. Por supuesto, Padre ya le había explicado cómo funcionaba. Pero una cosa era tener el conocimiento en su mente, almacenado como ropa sin usar en un arcón, y otra muy distinta ver con sus propios ojos lo que significaba. Al pensar en ello se dio cuenta de lo arriesgado que era lo que Tío Feng hacía con Padre en su casa. Lo que llevaba un largo año haciendo. El nivel de gratitud que ya sentía hacia él aumentó tanto que el pecho casi le estalla.

Lograron llegar al puesto de control. Sentado junto a una mesa baja colocada sobre un pequeño estrado, a la sombra de un parasol pintado con diseños de garzas, un escriba tomaba notas sobre trozos de seda blanca, manejando el pincel con la habilidad de un artista, la manga derecha sujeta por la mano izquierda para evitar manchas. Junto a él tenía un baúl de madera oscura ornamentado con motivos florales, dentro del cual se podía ver una pila de rollos hechos con delgadas tablillas de bambú atadas entre sí. Algunos de ellos estaban desplegados sobre la mesa, lo que dejaba al descubierto los caracteres trazados en su parte interior. Legajos similares colgaban de la puerta principal del mercado, a la vista de todo el mundo, puesto que era costumbre en el metódico y legalista Qin dar la máxima publicidad a los edictos imperiales. Con una mirada de reojo, Daiyu había sido capaz de leer títulos como «Leyes sobre dinero y propiedad» o «Leyes sobre impuestos en mercados».

El escriba, un hombre más joven que Tío Feng, tan alto como él, con un bigote todavía más largo y una barba puntiaguda que no se quedaba atrás, hizo

un desganado movimiento con la mano. A su lado, un ayudante mucho más anciano pero tan emperifollado como él, y con el mismo bonete alto que revelaba su cargo, se agachó junto al baúl y comenzó a rebuscar.

Tío Feng ejecutó con elegancia una larga inclinación, el saludo formal dirigido a superiores, doblándose con la mirada baja al tiempo que la palma en vertical de su mano izquierda cubría el dorso de la derecha; todo en un movimiento que llegaba por debajo de las rodillas y se quedaba allí unos instantes. Daiyu y Grano de Mijo soltaron sus carretillas y lo imitaron, aunque la muchacha colocó por delante la mano derecha, como se esperaba de una mujer.

Los funcionarios no devolvieron la cortesía. Ni siquiera ejecutaron una baja inclinación, el saludo que se ofrecía a las personas inferiores. Todavía agachada, Daiyu frunció el ceño. Seguro que aquellos letrados conocían los ritos de los Zhou, así que su actitud grosera no era por ignorancia, sino intencional. ¿Cómo podían los representantes del Imperio saltarse las normas sociales en las que se basaba?

—Buenos días, excelencia —dijo Tío Feng, todavía sin levantar la cabeza—. Se presenta Hu Feng, comerciante de seda, acompañado de Daiyu, aprendiza tejedora, y el esclavo Grano de Mijo.

Los tres siguieron inclinados mientras el burócrata examinaba en silencio el rollo de bambú que le acababa de pasar su ayudante.

—Hu Feng —leyó al final, con una voz aguda y estridente—. Tejedores y sastres. Sección de Guan Bai. Levantaos. Pasaporte.

Tío Feng se enderezó y sacó de entre los pliegues de su ropa una tablilla de bambú escrita y sellada. Acto seguido la acercó a la mesa con un gesto de lo más servil. Daiyu hizo otro tanto, mientras uno de los guardias echaba un rápido vistazo al contenido de las carretillas.

El escriba alto revisó los documentos de viaje, en los que constaban los datos identificativos de cada uno de ellos y de sus familias según los registros imperiales. En el caso de Tío Feng aparecería la oportuna mención a Grano de Mijo como propiedad. Daiyu, por su parte, había entregado la tablilla de Padre, en la que ella constaba como hija. Al no encontrar el funcionario nada extraño ni signos de manipulación o falsificación, los devolvió sin mucho ceremonial.

—Podéis pasar.

Así fue como Daiyu accedió por primera vez en su vida a uno de los mercados de Xianyang. Tras la muralla había un enorme espacio abierto, quizá de más de un *li* de largo, donde docenas de mercaderes y vendedores estaban montando sus puestos de venta. Los más ricos, los que se lo podían permitir, no tenían que realizar ese trabajo cada mañana. En vez de eso disponían de tiendas fijas construidas en madera; al acabar el mercado se cerraban las puertas de la

muralla, así que todo su contenido quedaba protegido por la noche. La mayoría, sin embargo, no contaba con semejante lujo.

Las posiciones de los negocios no eran aleatorias, ya que en Qin se aborrecía lo irregular. Cada uno tenía asignada una sección concreta de la amplia plaza amurallada. Daiyu pudo ver que se agrupaban, en ordenadas líneas rectas, por profesiones o gremios: aquí había herboristas, allá reposteros, luego orfebres y alfareros, a su lado herreros, y más al norte una acumulación de jaulas y animales de granja, entre muchos otros oficios. Pero una vez en la franja correcta, cada puesto podía colocarse en cualquier sitio. Eso a veces daba lugar a auténticas peleas por conseguir una localización favorable para la tienda. Daiyu pudo ver a un par de vendedores de brazaletes enfrentados por ello. De las palabras pasaron a los gritos, de ahí a los puños, y casi seguro que la cosa habría acabado mal de no haberse acercado alguien —quizá el responsable de la zona— a mediar con cara de pocos amigos.

En ocasiones los puestos eran del todo itinerantes, listos para moverse a lo largo del día. Por ejemplo, los pequeños carros de mano de los vendedores de alimentos que estaban preparando variados ingredientes para aplacar el hambre de los futuros visitantes. La mayor construcción permanente del lugar era la torre que se erguía en su centro, un pequeño edificio de dos pisos de cuyos tejados rojos colgaban los estandartes negros de Qin. La madera barnizada de sus columnas estaba tallada con elegancia en la forma de dragones enroscados, y tenía delante calderos ceremoniales para ofrendas a los dioses. El piso superior albergaba un enorme tambor, y dado que el inferior estaba vacío pero tenía dentro lujosas alfombras, tapices y otros adornos, Daiyu dedujo que sería el lugar de trabajo de los dos funcionarios de la puerta. Alrededor de la torre no había ningún puesto, lo que dejaba un espacio abierto, una separación física entre el mundo de los comerciantes y el de la burocracia imperial.

Tío Feng fue saludando gente aquí y allá; muchos parecían conocerlo y respondían con sonrisas y referencias corteses a su familia. Daiyu también se fijó en que a otros ni les hablaba, y ellos giraban la cabeza a su paso como si no existiera, o lo miraban igual que al asesino de un familiar.

Al llegar a una zona donde estaban los otros vendedores de tela, Tío Feng ordenó montar el puesto. Grano de Mijo sacó de su carretilla varios caballetes, tablas anchas, postes y una tela que fue poniendo en su lugar hasta tener una tienda con toldo tan cómoda y amplia como permitían las circunstancias. Sobre las tablas anchas, a modo de mesa, colocaron las muestras de tela y la caja en donde guardarían los ingresos del día y el libro de cuentas. Luego, como mandaba la ley, situaron las etiquetas de bambú donde se veía el precio de cada producto. Estaban listos para empezar su jornada de trabajo. A su alrededor, el

resto de mercaderes también fue terminando sus preparativos.

Tras un rato de espera, la pareja de funcionarios de la puerta, escoltada por los seis guardias, atravesó en ceremoniosa procesión la plaza atestada de tenderetes en dirección a la torre. Al llegar, los funcionarios quedaron junto a la puerta flanqueados por cinco de los soldados. El último subió la escalerilla de madera hasta el piso superior y comenzó a golpear con fuerza el tambor, a un ritmo tranquilo. Las voces del mercado fueron apagándose. Cuando se hizo el silencio, el tambor calló también, y el escriba de la voz estridente se puso a vociferar:

—¡Es la hora quinta del día cuarto-duodécimo del noveno mes del año séptimo-quinto, vigesimosexto del reinado del Hijo del Cielo, el divino emperador Qin Shi Huang! ¡Se abre el mercado de Xianyang!

*

Un aforismo tradicional decía: «En el mercado de la mañana, principalmente mercaderes. En el del mediodía, principalmente gente corriente. En el de la tarde, principalmente vendedores ambulantes». Daiyu vivió de primera mano el pleno significado de aquellas palabras.

Tan pronto como se abrieron de forma oficial las puertas comenzaron a entrar los compradores. Sin embargo, a primera hora de la mañana la afluencia de gente del exterior fue reducida. Esos momentos fueron aprovechados sobre todo para intercambios entre quienes ya se encontraban dentro: los cocineros adquirían cereales y especias, e incluso fruta antes de que los dueños de los tenderetes disimularan el género podrido entre el bueno; los toneleros y carreteros revisaban la mercancía de los carpinteros; los malencarados carniceros examinaban el género vivo de los granjeros.

En el puesto de Tío Feng ocurrió algo parecido. Los sastres querían aprovechar la primera hora para hacerse con las mejores telas del mercado, antes de que llegaran como una riada los compradores de la ciudad. De modo que apareció una nube de hombres de elegantes ropajes hechos por ellos mismos. Los sastres se apresuraron de un tenderete a otro, a la caza del material que necesitaban para sus creaciones. En el área del mercado donde se encontraban había vendedores de diferentes tejidos: lino, cáñamo, incluso algodón y lana, teñidos o sin teñir, e hilos de cualquiera de los materiales. También había curtidores que ofrecían cueros de distintas durezas y calidades. Y, por descontado, había rollos de la especialización de Tío Feng: la seda, el tejido más noble que existía. Tanto que ni siquiera sastres o tejedores podían llevarlo,

puesto que estaba reservado para la gente de alto rango o los trabajadores imperiales.

Varios costureros se detuvieron ante su puesto y comprobaron con ojo experto lo que Tío Feng ofrecía. Revisaron el tacto de la seda, la calidad del entretejido de los hilos y la uniformidad del tinte. Algunos no parecieron convencidos y se marcharon. Otros —los menos, según descubrió Daiyu con tristeza— optaron por comprar parte del material.

Cuando eso pasaba, Tío Feng medía la tela que le solicitaban y la cortaba con cuidado. Había un intercambio de monedas de bronce —las de Qin eran redondas, con un agujero cuadrado en el medio, en vez de tener las formas de cuchillo o azada que habían usado otros reinos—, y Tío Feng apuntaba con cuidado la transacción en el libro de cuentas hecho con tablillas de bambú. En general la clientela se marchaba contenta, aunque Daiyu también notó que otros sastres ni siquiera miraban a Tío Feng al pasar. Fijándose en ellos vio que se detenían en los puestos de aquellos tejedores que se habían mostrado hostiles con él por la mañana. Parecía que algo estaba pasando, alguna especie de rencor, pero Daiyu no tuvo mucho tiempo para darle vueltas al asunto, puesto que Tío Feng la distrajo con un recién llegado.

—Liu, deja que te presente a Daiyu, una de mis tejedoras.

Daiyu bajó de las nubes y se dio cuenta de que tenía delante a un hombre de la edad de Padre, con pómulos salidos y sonrisa de grandes dientes de caballo. Casi sin pensarlo realizó ante él una larga inclinación, dado que era una mujer saludando a un varón.

—¡Encantado, señorita! —dijo el hombre, alegre, ejecutando una inclinación media, reservada a amistades y gente próxima, en la que las manos no bajaban de la altura del pecho.

—El señor Liu es sericultor. Él nos vende capullos de seda.

Daiyu repitió la reverencia.

—Muchísimas gracias por su seda, señor Liu.

El aludido rio con fuerza.

—¡Deja las formalidades, por favor! ¡Entre nosotros hay confianza!

Daiyu se irguió con lentitud y no pudo reprimir media sonrisa.

—Muchas gracias —repitió. Luego, como le había dado pie a abandonar la formalidad, inició la clásica conversación sobre temas personales—. El acento del señor Liu me resulta familiar. ¿Es posible que también provenga de Chu?

—¡Una mujer muy lista! Sí, mis raíces están en Chu. Por eso me encanta hacer negocios con vosotros. ¡Entre compatriotas tenemos que ayudarnos!

Daiyu volvió a sonreír, pero se dio cuenta de que Tío Feng no lo hacía. Algo en aquella frase lo había preocupado. Sin embargo, la cháchara de Liu la distrajo.

—¿Qué te parece todo esto, pequeña Daiyu? —le preguntó, pasando también a la informalidad—. ¿Impresionada? Mi primer día en el mercado me dejó sin palabras.

—Sí, es todo tan… diferente. Tío Feng tenía razón, es como entrar en otro mundo.

Liu volvió a reír.

—¡Claro! ¡Lo hacen a propósito! Parece que disfrutan complicando las cosas. Como lo de las fechas. ¿Has oído cómo lo anuncian? —preguntó, e imitó con bastante acierto la voz chillona del burócrata—: ¡El día *nosecuántos* del año *yoquesé*! ¡Qué raros son!

Daiyu tuvo que morderse la lengua para no carcajearse también, cosa que habría sido muy poco apropiada en una dama. Lo cierto era que el señor Liu había hecho una parodia demasiado buena del funcionario imperial. Suponía que el aludido no se sentiría halagado por ella, pero si Liu hubiera subido a un escenario seguro que habría sabido entretener a los espectadores. Tío Feng y él conversaron sobre las próximas entregas de seda y llegaron a diversos acuerdos sobre precios, cantidades y calidades. Al final se despidieron con las efusivas y alegres inclinaciones que uno dedica a amigos íntimos.

Daiyu vio su oportunidad en el momento de calma que siguió tras la partida del sericultor.

—Tío Feng, ¿quiénes son esos hombres? —Movió con discreción la cabeza en dirección a los tejedores que parecían odiarlos.

Tío Feng chasqueó la lengua una vez más.

—Debí de suponer que lo notarías —dijo, bajando la voz—. Sí, no les caemos bien.

Como quedó en silencio, Daiyu lo animó a seguir.

—Pero ¿por qué?

Tío Feng respiró hondo, sin muchas ganas de responder.

—Porque son de Qin —dijo al fin—. Y nosotros no. Sus familias llevan generaciones en este mercado. Ahora hemos venido nosotros y nos odian porque creen que les robamos el trabajo. Que no deberíamos estar aquí. Bueno, ni nosotros ni los comerciantes de Wei, Han, Qi… Cualquiera que no sea de Qin.

Daiyu tuvo una revelación.

—¡Por eso negocias con el señor Liu! ¡Porque es de Chu!

Tío Feng hizo un leve asentimiento.

—Sí. O porque no es de Qin. Negociaría con gente de Yan si hiciera falta. Nadie de Qin nos dará nada.

—Entre compatriotas tenemos que ayudarnos —repitió Daiyu.

—Así es. Porque nadie más lo hará. Si queremos algo, tenemos que tomarlo

nosotros.

⋆

A mediodía, el mercado estaba abarrotado. Los clientes entraban por decenas desde la ciudad, esparciéndose igual que las chispas de un incendio por los tejados. Estaban los nativos, conocedores de cada recoveco de la plaza y capaces de encontrar las mejores rutas hacia sus vendedores de confianza. También había despistados visitantes de otras tierras, para quienes Xianyang era el final de un largo viaje por motivos variopintos. El cielo despejado, de cálida pesadez como los más nublados días anteriores de aquella semana, no había ayudado a reducir la tenaz aglomeración. Hombres y mujeres —sobre todo mujeres— se desplazaban entre tenderetes como moscas zumbando por la pradera, ahora aquí, luego allí, sin detenerse más de lo imprescindible y haciendo ver a voz en grito sus urgentes necesidades en cada puesto, para que los atendieran primero hubiera o no gente esperando. Se derramaban por el lugar al igual que la ubicua mezcla de olores a incienso, especias, sudor, verduras fritas, empanadillas al vapor y orín de perro.

La riada llegó a la zona de tejedores y se comportó con la misma avidez. Hubo quien pasó de largo al darse cuenta de que nada de aquellas tiendas le interesaba, pero la mayoría había acudido al lugar a propósito. Esas clientas necesitaban telas para sus remiendos domésticos o para hacer alguna sencilla prenda. Ninguna de aquellas mujeres iba a comprar nada a Tío Feng, al serles la seda inalcanzable como las estrellas, pero eso no les impedía toquetear el género. Se daban aires de ver su calidad para decidir si se lo quedaban o no, pero tanto Tío Feng como Daiyu sabían que su única motivación era el placer prohibido de disfrutar con el suave tacto de la seda. Cuando se marchaban, entre fingidas expresiones de asco como «¡esto no vale lo que cuesta!», le tocaba a Grano de Mijo recolocar lo que habían desordenado sin miramientos.

Daiyu tenía claro que, aparte de los costureros de la mañana, los únicos que podían estar interesados de verdad en la seda eran los ricos: la gente que vivía en los múltiples palacios de la ciudad o los emisarios de cortes lejanas que visitaban la capital. Para ellos, ir al mercado no suponía una necesidad sino un entretenimiento, y lo cierto era que Daiyu ya había oteado a varias mujeres que parecían de la nobleza, con elegantes vestidos de seda multicolor y un grupo de sirvientes trotando tras ellas mientras el resto de las personas se apartaban de su camino, bajo pena de recibir fuertes golpes de fusta de los lacayos. Sin embargo, aquel día no parecía que tan insignes personalidades tuvieran intención de ir

hacia su zona. Más que por las telas, mostraban interés por cabras y conejos, ante cuyas jaulas soltaban tímidas risitas y hacían chistes como si nunca hubieran visto uno de aquellos animales vivos.

Daiyu ya había perdido toda esperanza cuando vio aproximarse a un hombre con aspecto de funcionario imperial. Cubría su grueso cuerpo con lino oscuro en vez de con seda, pero aun así su alto moño estaba sujeto por tres agujas largas de bronce, más ornamentales que funcionales. El bigote y la barba, que ocultaban en parte la notoria papada bajo su cabeza redonda, también estaban acicalados casi pelo a pelo. Varios hombres revoloteaban a su alrededor, hablándole de cosas que Daiyu no pudo escuchar con el jaleo del mercado, pero el supuesto noble tampoco les prestaba demasiada atención. Lejos de ofenderse, los otros seguían sumisos tras él con la mirada baja, haciéndose notar de tanto en tanto en la esperanza de que tuviera a bien hacerles caso. No obstante, su atención inmediata parecía estar fija en otro punto: la tienda de Tío Feng. Hacia allí se dirigió con el paso indolente de un gato que se sabe idolatrado por los humanos del hogar. En cuanto estuvo cerca, Tío Feng salió a recibirlo con una reverencia tan pronunciada como la que había dedicado al burócrata de la entrada. Al ver que Grano de Mijo también lo hacía, Daiyu optó por imitarlos, aun sin saber a quién se dirigía.

—¡Buenos días, jefe Guan Bai! —dijo Feng, ceremonioso—. ¡Gracias por tu visita!

El aludido hizo una torpe baja inclinación y sacudió la mano como si tanta cortesía lo molestara.

—Sí, sí, buenos días. He oído que hay alguien nuevo en tu puesto. ¿Es esta chica?

—Sí, jefe Guan Bai. Permite que te presente a Daiyu, aprendiza de tejedora. Daiyu, este es el jefe Guan Bai. Él es el responsable de nuestra sección del mercado.

Daiyu se ruborizó al entender el poder que tenía aquel hombre sobre ellos. De inmediato repitió la reverencia, hasta que el jefe Guan volvió a sacudir la mano.

—Educada es, desde luego. Supongo que también será de fiar.

—Sí, jefe Guan Bai. Daiyu es de mi máxima confianza. Se aloja en mi propia casa y es trabajadora y seria. Te aseguro que no te dará ningún problema.

El jefe la examinó igual que a una mula en venta. Frunció el ceño un par de veces, apretó los labios y, al final, asintió.

—Está bien. Confío en ti. Tengo que hablar contigo. ¿Puede encargarse de tu tienda?

—Eh… Sí, jefe Guan Bai. Claro que puede. Daiyu, cuida de esto mientras

estoy fuera.

Tío Feng la miró con seriedad y ella entendió que no debía añadir ni una palabra. Hasta aquel momento, Tío Feng se había ocupado de todo, desde atraer la atención de los clientes hasta comentar las virtudes de la tela, pasando por cobrar e inscribir las transacciones en el libro. Ella solo había prestado alguna ayuda menor, por ejemplo a la hora de medir y cortar, igual que podría haberlo hecho Grano de Mijo. Y de repente, mientras Tío Feng y el jefe Guan Bai se alejaban para charlar de sus cosas, se encontró como máxima responsable del puesto. Miró a Grano de Mijo, que por toda respuesta se encogió de hombros.

La cosa no fue tan terrible como creía. Al fin y al cabo, seguían sin venir clientas interesadas en lo que ofrecían. Todo lo más, tuvo que hacer frente a un par de «tocadoras de seda», como empezaba a llamarlas. El resto del tiempo sus ocupaciones consistieron en mirar lo que pasaba alrededor: los soldados de la guardia, que en su patrulla por la zona golpeaban con fuerza a algún borracho escandaloso hasta que se marchaba; niños mugrientos que correteaban entre los puestos sin ningún adulto que los atendiera; el ocasional tendero que abofeteaba a su mujer por cualquier insulto real o imaginado; las prostitutas que trataban de atraer clientes a las tabernas desvencijadas del mercado y sus alrededores, donde no solo se vendía alcohol… Daiyu creyó que saldría de aquella sin sorpresas desagradables.

Se equivocaba.

Al cabo de un rato otra persona se acercó al tenderete. Era un hombre que habría destacado entre diez mil. Grandes músculos en los brazos al descubierto. El cabello que llegaba a la espalda sujeto por una coleta, como hacían los bárbaros. La mirada de un tigre a punto de saltar sobre su presa. Un largo cuchillo colgando de su cinturón. Y el detalle más notorio: un tatuaje sobre su mejilla izquierda. El distintivo que significaba «ladrón violento». Aquel hombre era un delincuente que había sido condenado en el pasado y lo habían marcado para siempre, a fin de que cualquiera lo supiera nada más verlo. Pero lejos de sentirse humillado por la señal, el hombre había decidido llevarla más allá. Sus brazos y cuello también tenían elaborados tatuajes en la forma de feroces animales. Solo la gente de baja estofa maltrataba así su cuerpo, regalo de los antepasados que debía ser tratado con respeto. Cualquiera que viera venir a alguien así sabría de inmediato que corría peligro.

Daiyu dio un tímido paso atrás y notó cómo Grano de Mijo, lejos de protegerla, trataba de pasar desapercibido. Estaba sola ante lo que pretendiera aquel hombre. Sin duda, no haría nada malo con tanta gente mirando, pero su mera presencia la hizo temblar.

El hombre no hizo ni la menor inclinación. Clavó sus negros ojos en ella y

mostró media sonrisa, presagio de que la cola del escorpión estaba a punto de golpear. Pero su grave voz fue casi un ronco ronroneo cuando habló por fin.

—Tú eres nueva.

—S… Sí, señor —Logró articular algo parecido a una reverencia—. El dueño del puesto vendrá enseguida. Está con el jefe Guan Bai. No están lejos. Llegarán enseguida. Muy pronto.

La sonrisa se agrandó y el hombre se relamió los labios.

—No tengas miedo, florecita. No te voy a comer. Dale un saludo al viejo Feng de parte de Buey Nocturno.

Con eso, se marchó igual que había venido. Aunque no había pasado nada, Daiyu tardó en volver a respirar con normalidad.

*

Tío Feng regresó malhumorado de su charla con el jefe Guan Bai resoplando y habiendo perdido la compostura que solía tener, así que Daiyu sintió que no era el momento de hablarle de la desagradable visita que había tenido. Por descontado, tampoco le quiso preguntar qué le había ocurrido. La experiencia le decía que era mejor dejar que Tío Feng se explicara cuando quisiera, si decidía hacerlo.

Así que pasaron el rato los tres en silencio, sin más compañía ni distracciones. Cuando ya había pasado la hora del almuerzo, Tío Feng habló por fin y sugirió comer algo. Tía Jiang no había podido llevarles nada, puesto que se quería encargar de cuidar a Padre como a un huésped de honor, de modo que habían traído consigo algunas provisiones. Sentados sobre el cálido suelo empedrado, con mordiscos pausados, llevando en su gesto relajado la contraria al bullicio que había por todos lados, dieron cuenta de varios huevos duros y una pasta de mijo con tropezones de judías y rábano, aderezada con el toque agrio que debían tener los alimentos en otoño para ser saludables. Tomaron la comida con las manos; estaba fría pero les ayudó a saciar el hambre. Con el estómago lleno, Tío Feng alegró su ánimo e incluso hizo algunos divertidos comentarios sobre la forma de caminar de los visitantes. Luego bebieron y se asearon por turnos en el pozo del mercado, entre tullidos que les suplicaron alguna moneda y nada obtuvieron.

Caída la tarde ya era evidente que no harían más ventas. Para la mayor parte de las personas ya no quedaba nada de interés que adquirir. Tío Feng fue haciendo recuento de las ganancias y preparó la parte que correspondía a los impuestos. Daiyu no pudo dejar de observar que se trataba de un gran montón

de monedas. Cuando estaba a punto de hacer un comentario al respecto, se fijó en un hombre que se acercaba. Su primera impresión fue que volvían a tener clientes, quizá algún mercader en busca de saldos de última hora. Por desgracia no se trataba de eso: era el artesano laqueador de la mañana.

Caminaba hacia ellos con la misma expresión resignada que había dedicado a los guardias de la puerta. Avanzaba con lentos pasos que eran más un sutil arrastre de pies. Frotaba despacio sus manos frente a él y no levantaba la vista. Cuando estuvo ante ellos su voz fue casi inaudible.

—Una limosna, por piedad.

Tío Feng respiró hondo. Miró al hombre. Chasqueó la lengua. Al final le entregó en silencio un par de monedas del montón de sus ganancias. Al artesano se le iluminaron los ojos por la sorpresa; no debía de haber tenido mucha suerte en las otras tiendas. Se echó al suelo, golpeó varias veces la cabeza contra el barro y comenzó a besar los pies de su benefactor entre sollozos.

—¡Gracias, gracias, noble señor! ¡Gracias!

Turbado, Tío Feng lo ayudó a levantarse. Durante un buen rato estuvo el laqueador prosternado y agradeciendo el gesto, implorando a los espíritus y los dioses que lo bendijeran. Tan llamativa fue la escena que todos los comerciantes de alrededor la contemplaron. Los de Qin torcieron el gesto; seguramente añadirían aquello a la lista de agravios contra Tío Feng, ya que su generosidad los dejaba a ellos como desalmados.

El artesano venido a menos se marchó por fin, y Tío Feng pudo seguir con sus cuentas, fingiendo que no notaba tantos pares de ojos clavados en él. Daiyu también se comportó con naturalidad, hasta que la gente dejó de prestarles atención.

El tambor de la torre sonó entonces, primero con un rápido ritmo que exigía atención y luego con la lenta cadencia que anunciaba un próximo aviso. Al igual que por la mañana, todo el mercado quedó en silencio, y el escriba de la voz chillona volvió a dejarse oír:

—¡Es la hora undécima del día cuarto-duodécimo del noveno mes del año séptimo-quinto, vigesimosexto del reinado del Hijo del Cielo, el divino emperador Qin Shi Huang! ¡Cierra el mercado de Xianyang!

Los pocos clientes que quedaban abandonaron el lugar y los vendedores recogieron el género. Sin embargo, ninguno de ellos se marchó. Todavía quedaba una parte insoslayable del día: pagar los impuestos.

Los dos funcionarios imperiales, acompañados por tres de los seis soldados, visitaron puesto por puesto y revisaron sus cuentas. En cada tienda, tras formales reverencias de los vendedores, se llevaron la porción que le correspondía al imperio —ciento veinte monedas por cada dos mil de ganancias, la mitad para

artesanos y trabajadores del metal—. La maniobra se ejecutaba con rapidez; ambas partes implicadas sabían bien lo que se esperaba de ellas y realizaban una coreografía perfeccionada tras años de práctica. En ocasiones las monedas estaban agrupadas en montones de diez o cien y atadas por cordeles de cáñamo que pasaban por el agujero central, lo que aceleraba aún más el intercambio. Aun así, Daiyu no pudo dejar de observar que había tenderetes en los que los funcionarios se detenían menos tiempo a revisar los libros de cuentas, y que eso ocurría, sobre todo, en puestos dirigidos por algunos comerciantes de Qin. Le llegó el turno a Tío Feng y el recaudador tomó las monedas con desprecio, como si tocar un dinero de tan innoble origen pudiera despertar alguna maldición. Pero eso no le hizo perdonar ni una sola pieza de bronce.

Tras la marcha de la comitiva, Grano de Mijo comenzó a desmontar la tienda. Al acabar volverían a casa, cenarían, y Daiyu debería dedicarle algún tiempo a tejer con las demás mujeres antes de irse a dormir. Si quería decir algo, debía hacerlo ya.

—Tío Feng —se atrevió por fin—, antes vino un hombre. Dijo que te diera recuerdos de parte de Buey Nocturno.

A Tío Feng se le cayó la tabla que estaba colocando en la carretilla.

—¿Qué?

—Vino antes, cuando estabas con el jefe Guan Bai. ¡No pasó nada! —añadió, preocupada, al ver la lividez repentina de su rostro. Tío Feng se desplomó en el suelo y se pasó la mano por la cara.

—No debí traerte. No es bueno que vengas aquí.

—¡Tío Feng, no ha pasado nada!

Él la miró, trocando la inquietud en seriedad.

—No. Pero pudo pasar. Escúchame, Daiyu, ese hombre es peligroso. No quiero que estés a solas con él. ¿Has oído hablar de la Hermandad sin Lazos? Son delincuentes. Buey Nocturno es su líder. Se pavonea por el mercado y extorsiona a los más débiles. Hasta ahora nos ha dejado en paz, gracias al Cielo, pero su osadía contigo… A mí no se me habría acercado. —Chasqueó la lengua—. No debí traerte. Ha sido una mala idea.

—¡Pero no ha pasado nada! —insistió—. ¡No te puedes echar atrás! ¡Si le dices eso a padre, no dejará que vuelva! ¡Te necesito para convencerlo!

Tío Feng suspiró y se mesó los bigotes.

—Daiyu…

—¡No! ¡Hoy me lo he pasado bien! ¡No quiero volver a estar encerrada en casa! ¡Ya sé que a Padre no le habrá gustado que venga, pero si tú le convences…!

—Daiyu —la interrumpió Tío Feng suspirando de nuevo—. No hay que convencer a nadie.

Se miraron y, tras unos instantes, la joven comprendió. Abrió los ojos tan grandes como los lagos de Chu.

—¡Esto no ha sido idea tuya! ¡Ha sido idea de padre! —Tío Feng asintió—. ¡Tú no le has convencido de que me deje! ¡Ha sido él quien te ha pedido que me traigas! ¡No estoy aquí para celebrar el final del luto! ¡Es para que me vean! ¿Verdad? ¡Es eso! ¡Para que los hombres me vean! ¡Para que me conozcan! ¡Padre busca una oferta de matrimonio! ¡Me habéis puesto en venta!

Tío Feng la tomó de la mano y le indicó que se sentara a su lado.

—Daiyu, sabes que respeto a tu padre. No podría respetarlo más aunque fuera mi hermano mayor o alguien de mi propia familia. Lo que le debo, jamás podré pagárselo. Y si él sugiere algo, yo lo escucho. Sí, la idea fue suya. No me pareció mal. Y supongo que sigue estando bien a pesar de lo de Buey Nocturno. Si a ti te gusta estar aquí y tu padre lo aprueba… quizá esté bien. Quizá sea bueno que aprendas cómo funciona el mercado. Quizá algún día tú necesites saber todo lo que yo sé. Yue también se casará, Jiang y yo envejeceremos… Quizá lo que tenemos pase a ti… —Sonrió—. Si insistes en no buscar marido.

»Pero no culpes a tu padre. Tú has rechazado ver a una casamentera, así que tu padre ha buscado otra manera de asegurarte un matrimonio. —Frunció el ceño—. Menos digna, menos respetable. Así no podrás tener el marido que mereces. Pero si la gente te conoce, si ve la gran mujer que eres, algo bueno puede salir de esto.

Daiyu bufó. Le importó poco seguir comportándose como una chica ejemplar. Al contrario, se esforzó por parecer vulgar y habló en un tono demasiado alto.

—¡Nada va a salir de esto! ¿Me oyes? ¡Nada! ¡Esto no os servirá para libraros de mí!

III

Cao Xin había sospechado de todos, como de costumbre. La noche anterior había sido el único del grupo que no había sentido alivio al llegar al puesto de avituallamiento. Los demás habían disfrutado de la posibilidad de quitarse armadura y yelmo, el reposo tras una jornada de marcha, la comida caliente y la compañía de otros soldados con los que intercambiar chismorreos. Él, no. Él apenas había dirigido un saludo desvaído a los seis miembros de la guarnición; tras eso, en vez de unirse a quienes no dejaban de ser camaradas en armas de la imparable fragua bélica de Qin, se había tirado en una esquina del salón principal y, desde allí —mientras limpiaba sus botas de tela del polvo del camino—, había lanzado repetidas y silenciosas miradas de desconfianza. Los otros soldados sin duda debieron de sentirse ofendidos por ello, pero la presencia del consejero Chen y de Zheng Gao los obligó a cabalgar por las llanuras del comedimiento y a fingir que Cao Xin y sus desmanes no existían.

El arquero, por su parte, había aprovechado cualquier ocasión para seguir con su rutina habitual. Si podía acercarse a Zheng Gao en privado le susurraba al oído advertencias como «capitán, esta gente oculta algo» o «señor, creo que tienen algún plan oscuro». Cuando esto pasaba, Zheng Gao —menos constreñido por la cortesía hacia quien no dejaba de ser un subordinado— ponía los ojos en blanco y optaba por no contestar. De haber tenido que replicar a cada funesta amenaza que vislumbrara el cetrino Cao Xin, se habría quedado sin aliento antes de salir de Xianyang: «Señor, los guardias de la puerta han cuchicheado algo al pasar nosotros»; «capitán Zheng Gao, ese campesino se mueve demasiado lento; creo que es un espía»; «aquellos pájaros de la arboleda acaban de salir volando, algo los ha espantado»; y así varias veces al día.

Gracias a los dioses, y dejando de lado semejante excentricidad, Cao Xin era un excelente soldado. Obedecía sin dudar cualquier orden, no retrocedía en combate y era el mejor rastreador que Zheng Gao hubiera conocido. Aparte de su obsesión con que todo el mundo tramaba algo contra él, nunca había dado un

solo motivo de queja.

Por eso su desaparición resultaba tan extraña.

Zheng Gao recordaba haberlo visto después de levantarse. Tampoco era que soliera llamar la atención, dado que su impulso natural era diluir su presencia, pero el capitán casi podía jurar haberlo saludado por la mañana a primera hora. Era posible que hubiera tomado algo de comer con el resto, pero ahí ya no estaba tan convencido de su propia memoria. El consejero Chen había aprovechado el momento para recomendar mejoras al puesto de control y Zheng Gao —por descontado— le había prestado su absoluta atención, igual que habían hecho todos los presentes. Cao Xin podría haber estado allí… o no. Después de aquello nadie estaba seguro de haberse cruzado con él.

En el interior no podía esconderse; el puesto de avituallamiento era una sencilla construcción de madera de un piso, en la que se hacinaban los seis soldados que compartían el pequeño dormitorio común —vaciado para el uso exclusivo del consejero Chen—, la cocina y el salón. Aparte de aquello tenían un establo que no pasaba de chamizo, con espacio para dos monturas, y el huerto y el corral con el que cubrían parte de su alimentación. Por no tener, no tenían ni granero.

Zheng Gao salió de la sobria edificación. Ante él, el cielo de la hora del alba mostraba unas tonalidades que iban desde el púrpura nocturno hasta el anaranjado brillante que prometía un nuevo día. Dos de los caballos estaban atados a un poste, y los otros dos, los que tirarían del carro del consejero, pacían en el establo. Sentado en los escalones de la casa estaba Lu Gong, ya listo para partir. Tenía puesta tanto la armadura —pintada, como la de todos, en negro— como el yelmo esférico. A diferencia de los demás, el de Lu Gong estaba tallado con la figura de un rugiente tigre en el frente y las sienes. No se trataba de una celada como las otras: tan lujoso casco no había sido proporcionado como equipo estándar del Ejército, sino que lo había traído Lu Gong de casa. Era un yelmo más ostentoso incluso que el de Zheng Gao, que llevaba un emplumado rojo como marca visible de su autoridad. Seguro que el de Lu Gong había estado en su familia durante generaciones. Otro tanto ocurriría con la espada *jian* llena de filigranas, que estaba afilando con amor.

—¿Has visto a Cao Xin?

—No, señor —respondió Lu Gong sin alzar la vista. A la luz del amanecer parecía que tenía más vello facial, cuando uno de sus rasgos distintivos era precisamente el aspecto de marfil pulido de su agudo rostro—. Habrá salido a cazar enemigos invisibles.

Zheng Gao ni prestó atención a la burla. Contestarle habría dado lugar a más insinuaciones sobre por qué debían permitir las locuras de Cao Xin, y Zheng Gao

no tenía ganas de entrar en otra lucha de autoridad con Lu Gong. Si no aceptaba que él, hijo de un campesino, fuera *bugeng* y su capitán, tanto peor. Mientras obedeciera las órdenes —cosa que de momento sí hacía—, su estado de ánimo le importaba poco.

Avanzó cuatro pasos y miró alrededor mientras la brisa matinal agitaba su capa, otro distintivo de su posición como oficial. El terreno era llano y permitía otear en todas direcciones; aparte del arroyo que había cerca, ese era el motivo principal del emplazamiento del puesto. El otro era que se encontraba a un día de marcha del próximo control, que a su vez también estaría a un día de marcha del siguiente, cosa que se había hecho para que misiones como la de Zheng Gao pudieran realizar con comodidad largos viajes.

La llanura no ofrecía más que un sitio en el que Cao Xin pudiera haberse ocultado. A uno o dos *li* hacia la izquierda había una arboleda, un conjunto de pinos apretados que podrían dar cobijo al arquero.

En aquel momento salió de la casucha el enorme cuerpo de Da Wei, también uniformado y preparado para marchar. Se estiró con un movimiento largo y lento acompañado de un sonoro bostezo, y luego se inclinó.

—¡Buenos días, capitán! —dijo sonriente, aunque ya había saludado a Zheng Gao justo tras despertar. Acto seguido fue con paso calmoso a recoger la *ge* que reposaba sobre el carro; un arma con lejano aspecto de alabarda y que le había correspondido llevar. No tanto como herramienta de combate —dado que nadie atacaría a una escolta imperial en el corazón de Qin—, sino por el emblema negro de Su Majestad que colgaba de ella. A Da Wei le había correspondido el honor de ser el portaestandarte.

Antes de que llegara a su destino, Zheng Gao fue hacia él y lo detuvo con un gesto.

—¡Espera, Da Wei! —Todo el mundo llamaba así al hombretón, con el demasiado obvio apelativo de «Gran Wei»—. Vas a tener que buscar a Cao Xin. Si no está aquí, tiene que andar por aquel pinar. Ve a decirle que venga de una vez.

—Sí, capitán —Se inclinó, con otra sonrisa, Da Wei.

—¿Hemos perdido a un hombre?

La voz a su espalda paralizó a Zheng Gao. No esperaba que el consejero Chen estuviera listo tan pronto. Y mucho menos que hubiera escuchado la orden que le acababa de dar a Da Wei. Pero no tenía sentido postergar lo inevitable, así que se volvió y se lanzó al suelo de rodillas, procurando que la capa no se hiciera un lío y tocando la tierra con la frente en señal de máximo respeto ante su superior. Da Wei y Lu Gong hicieron otro tanto. El consejero pasaba los cincuenta y su largo pelo, bigote y barba apenas empezaban a encanecer. Vestía un elegante conjunto de seda verde y un elaborado sombrero ceremonial —no

tan práctico como vistoso— que lo identificaba como miembro del círculo interno del palacio, una de las pocas personas autorizadas para dirigirle la palabra al Hijo del Cielo. Al costado ceñía la espada, pues a pesar de las apariencias no era un mero escriba, sino un soldado igual que todos los demás. Junto a él, el joven Bai Fu, que además de ser el conductor de su carro le hacía las veces de sirviente, portaba la voluminosa caja con su material de escritura.

—¡Consejero Chen, estoy a sus órdenes! —casi gritó Zheng Gao desde el suelo, con todo el celo profesional del que pudo hacer acopio—. Sí, consejero Chen, el soldado Cao Xin no aparece por ninguna parte. Creo que estará en el pinar. Tiene por costumbre explorar los lugares nuevos en busca de amenazas.

Chen se rio.

—¿Amenazas? ¿A un día de la capital?

Zheng Gao notó a su pesar que se ruborizaba.

—Señor, yo…

—Tranquilo, *bugeng*. No os estoy pidiendo explicaciones. Ya me he dado cuenta de las pintorescas costumbres del soldado Cao Xin. Avisadme cuando estemos listos para partir.

Zheng Gao ahogó un suspiro, aliviado.

—¡Sí, consejero Chen! ¡A sus órdenes, consejero Chen!

Mientras el consejero y Bai Fu colocaban las cosas en el carro, el capitán se levantó y se volvió hacia Da Wei para repetirle las instrucciones, aunque no fuera necesario hacerlo. Lo que vio entonces le dio ganas, al mismo tiempo, de cantar de alegría y de gritar furioso: desde detrás del establo aparecía Cao Xin, con toda la tranquilidad del mundo en su semblante lleno de arrugas y una larga hierba asomando entre sus labios resecos.

—¡Soldado Cao Xin! —exhortó Zheng Gao—. ¿Se puede saber dónde estabas?

El aludido se puso firme y se inclinó con velocidad.

—Estaba cagando —dijo, en un tono que sin duda le parecía respetuoso.

—¡Soldado Cao Xin! —gritó Zheng Gao, señalando con la cabeza al consejero Chen. Cao Xin se sobresaltó al ver allí al asesor del emperador. Le hizo una larga inclinación y se disculpó… a su manera.

—¡Perdón! Quería decir… estaba cagando, excelencia.

—¡Soldado Cao Xin!

—Tranquilo, capitán —intervino, divertido, el consejero—. Ya que hemos resuelto el misterio, creo que podemos proseguir el viaje.

—¡Sí, consejero Chen! —Se dirigió a sus hombres—. ¡Todos en marcha!

Mientras remataban los últimos preparativos, Cao Xin musitó al pasar por su lado:

—Solo estaba cagando, señor. No es para tanto.

*

Como misión era sencilla, incluso relajada. Nada de cargar contra miles de enemigos vociferantes, confiando en que tu habilidad y una pizca de ayuda de los dioses volverán a salvarte la vida. Nada de trepar enormes murallas a toda velocidad por quebradizas escalerillas de madera, con el corazón marcando un acelerado ritmo de tambor en tu pecho, mientras piedras, flechas, aceite y tus propios compañeros caen a tu alrededor. Nada de emboscar en largas y frías esperas durante horas, vigilando que ningún descuido delate tu posición. Nada de hambre, agotamiento, miedo o incluso añoranza del trabajo en el campo. Solo viajar. Acompañar al consejero Chen durante unos días y regresar a Xianyang a tiempo para la reunión de la corte que se celebraría al mes siguiente.

Una misión sencilla pero al mismo tiempo importante. Un imperio no se mantenía solo; había que engrasarlo como al eje de un carro. Zheng Gao no había leído libros como solían hacer otros oficiales; aun así sabía que el poderío militar no bastaba cuando había que regir las vidas de millones de personas, porque un dominio tan grande necesitaba que cada uno cumpliera con su función. El grandioso emperador de Qin no solo tenía la perspicacia para descubrir cómo poner de rodillas a rivales en la lucha, sino también la visión para entender ese principio. De ahí la trascendencia del encargo que iban a llevar a cabo el consejero Chen y otros grupos similares que ya viajaban hacia diferentes regiones de los territorios unificados. Su trabajo consistía en hacer inspecciones sorpresa en todos los puntos de su camino, para verificar que se aplicaran las leyes del emperador, sus unidades de medida estandarizadas, la llevanza de libros, la revisión de las obras públicas y el cálculo exacto de los impuestos. Todos, desde ciudades importantes como Anyi hasta aldeas minúsculas, debían sentir en sus nucas el omnipresente ojo del soberano supremo. De ese modo siempre cumplirían las leyes, porque nunca sabrían si al día siguiente aparecería de entre las sombras otro inspector venido de la corte.

En resumen se trataba de hacer un vistoso y sobrecogedor desfile, una muestra del poderío imperial. De ahí la parafernalia: estandarte, carro, caballos, armadura completa. En algunos territorios —como el testarudo Chu o el traicionero Yan— debían aprender a temer la enseña negra y a inclinarse siempre que la vieran. Pero Zheng Gao y los suyos ni siquiera debían hacer frente a tan ridículo escollo. Tenían la ventaja añadida de estar inspeccionando las áreas más cercanas a Xianyang, donde nadie dudaría del poder de su bandera. Era, en

definitiva, una misión sencilla.

Zheng Gao sabía bien el sudor que le había costado ganarla. Él no estaba en el grupo como el joven Bai Fu, por una cuestión de contactos personales sin importar su nula experiencia en combate. Estaba ahí porque lo merecía, por cada chorro de sangre que había derramado en nombre de Qin. Por ello estaba disfrutando del viento en su rostro, del tardío cantar de las cigarras, del relajante golpeteo de su caballo al paso. Le encantaba llegar a un puesto de control y que su rango de honor de *bugeng*, escrito con orgullo en su pasaporte, le ofreciera un tratamiento especial en el aprovisionamiento: un *dou* de grano, medio *sheng* de salsa fermentada, sopa de carne y verduras con sal, y medio *sheng* de heno y paja para su caballo. Reía cuando el bueno de Da Wei contaba durante el camino divertidas anécdotas cazadas al vuelo en algún campamento. Hasta podía disfrutar de la obsesión de Cao Xin por la seguridad, como si se tratara de un excéntrico familiar al que se apreciaba de todos modos.

Sonrió. Aún le esperaban varias semanas de aquello. Lo gozaría mientras durara.

Después tenía claro lo que pasaría. Una vez estabilizado el imperio, cuando la maquinaria funcionara por sí sola impulsada por el río de la Historia, el emperador repetiría su hazaña. Tras la gloria conseguida unificando los grandes reinos bajo su mando, su siguiente objetivo era obvio para Zheng Gao: debía pacificar a los bárbaros follacaballos del norte. Eran una molestia fronteriza para Qin, y el Hijo del Cielo no podría tolerar semejante afrenta a su autoridad durante mucho tiempo. Así que, más pronto que tarde, volvería a movilizar a sus hombres, esta vez con la tarea de conquistar las vastas llanuras de los *xiongnu*. Y Zheng Gao, como siempre, acudiría con entusiasmo a la llamada de su señor. Gracias a haber recorrido aquel camino es que estaba donde estaba. Ya no era el segundo hijo de unos granjeros cuya única herencia sería una vida de penurias.

Al ser reclutado en el servicio militar que todo hombre de Qin debía cumplir durante dos años, Zheng Gao había sentido miedo. Pero pronto había descubierto en el ejército un modo de ascender en la vida, mediante las generosas regulaciones sociales del emperador. Los veinte rangos de honor estaban abiertos a todo el mundo, sin importar su cuna. Los logros personales, los servicios a Qin, las proezas castrenses más allá del cumplimiento del deber, eran llaves que abrían esas puertas, con independencia de origen, nobleza o riqueza. Cualquiera podía escalar aquella montaña si se lo proponía y, si bien a campesinos como Zheng Gao les resultaba casi imposible acceder a los niveles superiores al octavo, cualquier paso hacia arriba era beneficioso: tierras, salario, provisiones, respeto social e incluso sirvientes acompañaban a cada rango de forma creciente. Quizá para un cortesano ahogado en lujos la posición de *bugeng*,

cuarto rango de honor, significara poco; pero para Zheng Gao había supuesto el acceso a un mundo hasta entonces inalcanzable. Por ello se había mantenido en el ejército dos años más, y seguiría haciéndolo mientras le quedaran posiciones que subir. Solo regresaría a su pueblo cuando pudiera garantizar a su familia —a la que tanto hacía que no veía— un cómodo retiro.

*

Primero divisaron los campos. Varios parches de tierra vacíos a ambos lados del camino; terrenos que Zheng Gao de inmediato identificó como listos para plantar soja. Pegadas a ellos descubrieron una docena de endebles cabañas apelotonadas, igual que si se protegieran las unas a las otras de los peligros que pudieran acercarse por el sendero. Más allá, amagando un escondite o una ruta de huida para todo el lugar en caso de que fuera necesario, un bosquecillo se extendía en todas las direcciones.

No era la primera aldea con la que se encontraban desde su partida, así que tenían bien claro lo que debían hacer. Se resumía en una palabra: impresionar. Algo fácil de cumplir con campesinos. Zheng Gao sabía que sus padres habrían sentido auténtico terror de haber visto aproximarse una comitiva como la suya: delante, el enorme Da Wei enarbolando el estandarte en su *ge*; tras él, Cao Xin, que cuando estaba callado ofrecía un realista aspecto de soldado curtido en diez mil batallas; luego los caballos de Zheng Gao y Lu Gong, que por el mero hecho de ir cabalgando ya parecían héroes salidos de antiguas leyendas. Por último, guiado con experta mano por el joven Bai Fu —que sin ser soldado veterano, al menos tenía buena planta—, el llamativo carro de ruedas altas con parasol bajo el que descansaba el consejero Chen, vestido con la seda que solo llevaba la gente con poder de decisión sobre la vida y la muerte de otros. Para cualquier persona sin rango de honor ni experiencia en combate, la visión era espectacular. De eso se trataba.

El humo que salía de algunas chozas dejaba claro que estaban interrumpiendo la comida de aquellos labriegos. Aun así no tardaron en salir en tropel para presentar sus respetos, como se esperaba de ellos. Personas andrajosas y sucias, pero que se ganaban de forma honrada el sustento; no como los miles de vividores igual de andrajosos y sucios que Zheng Gao había visto parasitando Xianyang. Los hombres iban delante, con las cabezas inclinadas y haciendo reverencias desde el primer momento; a poca distancia iba el grupo de mujeres y niños, con gesto todavía más sumiso. Zheng Gao contó unos cuarenta. Algunos eran bebés de pecho, otros, ancianos que se apoyaban en bastones.

Mientras avanzaban se iban lanzando discretas miradas preocupadas, tratando de discernir qué hacía ahí tan deslumbrante grupo. No era una reacción inusual al verlos, así que Zheng Gao no les prestó demasiada atención. Solo más tarde caería en la cuenta de que la frecuencia con la que las miradas ocurrían y el grado de preocupación en los rostros eran muy superiores a lo que habían visto en otras aldeas.

Los pueblerinos llegaron por fin al encuentro del grupo y se tiraron al suelo haciendo que sus frentes tocaran la tierra. Zheng Gao dio la orden de parar.

—¡Nobles señores, bienvenidos!

Había hablado uno de los ancianos más adelantados, dirigiendo el saludo mientras todavía besaba el camino. Era un tipo de grandes orejas y el pelo blanco del todo. Estaba calvo en la parte alta de la cabeza, pero a los lados había dejado crecer salvajes greñas hasta los hombros. Nadie más pronunció palabra ni se movió. Ni siquiera los bebés protestaron ante tan incómoda postura.

—Levantaos —dijo el consejero Chen. Los aldeanos obedecieron de inmediato, pero mantuvieron la mirada baja—. Hemos venido a visitar vuestro pueblo en nombre de su majestad imperial, el Hijo del Cielo. Acompañadnos.

La mención al gobernante de Qin provocó escalofríos en algunas de aquellas personas. Aun así, cumplieron la orden con presteza y llevaron a la escuadra hasta el centro del villorrio. De nuevo Zheng Gao captó silenciosas miradas de preocupación, y de nuevo las consideró irrelevantes. Una vez en su destino, Zheng Gao y Lu Gong desmontaron; Bai Fu ayudó al consejero a bajar del carro y tomó la caja con su material de escritura y una silla plegable.

—¿Eres el jefe? —preguntó Chen al anciano de las orejas grandes.

—Sí, noble señor.

—Llévanos a un lugar donde podamos hablar.

El anciano pareció dudar.

—Eh… Eh… El… El lugar más digno para acoger a un noble señor es… es el granero.

Más miradas. Algunas se le habían escapado al anciano. Otras habían viajado como un relámpago entre los hombres y mujeres del grupo. Zheng Gao apretó los dientes al fin. Aquello era raro. El consejero Chen, por su parte, no lo vio o no le dio importancia.

—Sea. Vamos allá.

Se pusieron a caminar hacia una construcción de aspecto algo más sólido que las demás, y de mayor tamaño que cualquiera de las casuchas. Cao Xin se acercó y le susurró al oído a Zheng Gao.

—Señor, creo que esta gente oculta algo.

Para su sorpresa, el capitán hizo un minúsculo asentimiento.

—Sí, soldado —respondió también entre susurros—. Mantente alerta.

Cao Xin hizo lo que se le daba mejor: desaparecer a simple vista. Zheng Gao sabía que nadie repararía en él hasta que fuera necesario. Cao Xin podía tener manías exasperantes, pero como soldado era una baza insustituible.

El anciano abrió las puertas del granero y los invitó a entrar. El consejero fue el primero, seguido de Bai Fu; Zheng Gao maniobró para pasar justo detrás, con la mano en el pomo de la espada como quien no quiere la cosa. Aunque echó un buen vistazo alrededor, dentro no había ninguna amenaza: tan solo era el lugar donde se amontonaba la escasa reserva de alimentos de aquella gente. Zheng Gao no entendía lo que estaba pasando, y no le gustaba no entenderlo. Los campesinos no eran rival para ellos, aunque atacaran todos en tropel, pero la sensación de que quisieran ocultarle algo era como una astilla bajo sus uñas. Sobre todo porque la seguridad del consejero Chen estaba en sus manos; él respondería de cualquier cosa que le pasara. De modo que siguió buscando peligros ocultos.

Todo el pueblo quedó congregado de pie en el granero, dejando un respetuoso círculo vacío alrededor del consejero y los soldados. En aquel momento, Chen empezó a hablar con tono tranquilo.

—Hemos venido a comprobar que aquí se respeta la ley de Qin. Vamos a revisar cada pequeño detalle del funcionamiento de esta aldea. —De repente, su modo de hablar se hizo duro y agresivo, y su cara fue una máscara de rabia—. ¡Pero si alguien osa engañarme, si alguien osa ocultarme algo, juro por el Cielo que pagará su crimen! —Su voz pasó a ser un grito rabioso—. ¡Él y toda su familia!

Zheng Gao frenó la sonrisa que volaba a su cara. ¡El consejero también se había dado cuenta! Solo había fingido ignorancia para sorprender con su repentino cambio de actitud.

La estratagema funcionó. Apenas había terminado de hablar cuando una de las mujeres rompió a llorar.

—¡No tenemos la culpa! —sollozó—. ¡No somos desobedientes! ¡Nosotros solo…!

Su confesión quedó interrumpida por el bofetón que le dio el hombre que tenía al lado, quizá su marido.

—¡Calla, mujer!

Pero la flecha ya había sido disparada y no podía volver a la aljaba.

—¡Silencio! —tronó el consejero, el rostro rojo y autoritario como si fuera una encarnación del dios supremo Shangdi—. ¿Cómo te atreves, perro? ¡Solo yo decido quién debe callar!

Ante tal muestra de ira, todos los aldeanos volvieron a tirarse al suelo. El

hombre de la bofetada golpeó su frente contra el suelo una y otra vez mientras imploraba misericordia entre murmullos.

Zheng Gao representó el papel que le correspondía. Desenvainó su espada con un movimiento veloz y siseante que cortó el aire, hizo una reverencia al consejero y la alzó sobre la cabeza del hombre que había osado interrumpirlo. Hubo varios gritos apagados pero nadie se movió. En el último momento, el consejero fingió haberlo pensado mejor.

—¡Esperad, *bugeng*! —dijo, resaltando su rango de honor, eco de las innumerables gestas que había cumplido arma en mano para llegar allí. Una posición social que sugería que, para su dueño, la cabeza de un campesino valía menos que una boñiga de cabra—. De momento no será necesario.

—¡A sus órdenes, consejero Chen!

Zheng Gao siguió la pantomima y guardó la hoja, dirigiendo al hombre de la bofetada la mirada de quien acaba de ser privado de un placer que anhelaba. Una impostura efectista pero funcional; los estremecimientos del hombre aumentaron, prueba de que no se atrevería a interrumpir de nuevo. El consejero, por su parte, hizo una señal a Bai Fu para que desplegara la silla tras él. Después de sentarse, cruzó las manos frente a sí y se dirigió a la mujer.

—¡Tú! ¡Habla! ¿Qué ibas a decir?

Zheng Gao estaba preparado para estudiar las reacciones. Miedo en la mujer y su marido. Pero también en el jefe de la aldea y en algunas personas a su alrededor. También rabia contenida de varios hombres. Se quedó con las caras de esos últimos. Eran los peligrosos, los que podían responder con violencia.

La mujer avanzó de rodillas hasta colocarse frente al consejero.

—Mi… Mi señor… Yo no quería…

—¡Te recuerdo que si mientes, pagarás por ello!

—¡No, no, mi señor! ¡No mentiré!

—¡Habla pues, y cuéntalo todo!

—Es que… —La mujer trató de recomponerse antes de continuar—. Es que nos han hecho una injusticia. Y no queremos obedecer porque es injusto. No es justo que nos hagan pagar a nosotros. Nuestro hijo no tiene la culpa de nada, pero el jefe Yuan no quiere verlo. Porque entonces sería culpa de su hijo.

Varios de los aldeanos se removieron ante las palabras de la mujer. Debían de tener ganas de replicar, pero tras la calculada explosión de falsa rabia del consejero no osaban abrir la boca.

—¡Explícate mejor! —exigió Chen—. ¿Culpa por qué?

—¡Por lo de los ratones! —replicó con rapidez, como si aquello zanjara todo.

Zheng Gao alzó una ceja. ¿Ratones? ¿A qué se refería la mujer? El líder de la aldea levantó con timidez la cabeza, pidiendo permiso para hablar.

—¿Tienes algo que añadir?

—S… Sí, noble señor. Puedo explicarlo todo. Hubo un agujero en este granero y por ahí entraron ratones. Se comieron parte del grano. La ley manda castigar al responsable. Y el responsable del mantenimiento era Fang, el hijo de Chunhua. —Señaló a la mujer—. Por tanto él es quien tiene que pagar la multa.

—¡Mentira! —bramó uno de los hombres con ira contenida. El consejero Chen solo tuvo que dirigirle una mirada para que volviera a callar.

—*Bugeng* Zheng Gao, si alguno de estos villanos vuelve a hablar sin mi permiso, ejecutadlo.

—¡A sus órdenes, consejero Chen! —respondió el capitán, al tiempo que desenvainaba de nuevo la espada. El silencio reinó otra vez, y Zheng Gao empezó a preguntarse por qué les hacían perder el tiempo con una estúpida discusión por unos ratones.

—Tú. —El consejero señaló al hombre que había interrumpido—. ¿Por qué dices que el jefe miente?

—Noble señor, yo soy Fang. Chunhua es mi madre. Y juro por los dioses que yo le dije a Peng, Peng es el hijo del jefe Yuan, yo le dije que había que revisar la pared. Yo y él teníamos un acuerdo, que yo le hice el favor con cortarle leña cuando estuvo enfermo, y él dijo que me lo *despagaría*. Así que le pedí de revisar la pared. Pero él no fue y entonces entraron los ratones. No es culpa mía, ¡es suya!

—Jefe Yuan, ¿tienes algo que añadir?

—Noble señor, Fang ya me contó esa historia. Pero mi hijo asegura que no es verdad, que no le prometió nada, y que quien debía revisar la pared era Fang. Yo lo creo.

—Porque es tu hijo —acusó el consejero.

—¡No, noble señor! ¡Juro que he sido imparcial! ¡Si mi hijo fuera culpable, le hubiera impuesto una multa incluso mayor!

—Ya veo. —Chen meditó en silencio durante un tiempo en el que pudo oírse hasta el zumbido de las moscas—. Esta es mi decisión: el jefe Yuan ha obrado bien. No ha habido favoritismo. Fang ha sido justamente castigado. Su familia acatará la decisión y pagará la multa, o se enfrentará a las consecuencias.

Nadie abrió la boca, aunque en el granero algunos tenían ganas de protestar por lo que consideraban un atropello y otros querían lanzar gritos de celebración. La convivencia en la aldea iba a ser complicada cuando la tropa de Zheng Gao se marchara.

—Gracias, noble señor —logró decir el anciano.

—Ahora ordeno que todo el mundo, excepto el capitán Zheng Gao y el jefe Yuan, salgan de este granero y nos dejen hablar en privado.

Aldeanos y soldados obedecieron sin rechistar, aunque una nube de miedo enturbió los ojos del jefe Yuan. Cuando estuvieron a solas y las voces del gentío se escuchaban lo bastante lejos como para considerar que tenían intimidad, el consejero Chen habló a Zheng Gao.

—*Bugeng*, acercaos.

El capitán, que todavía llevaba la espada en la mano, cumplió la orden. La respiración del jefe Yuan cada vez era más entrecortada. A pesar del fallo del consejero, le resultaba imposible ver un escenario en el que aquello no acabara mal para él. ¿Por qué, si no, lo habrían dejado a solas con aquellos hombres? Parecía una reunión para dictar sentencia sumarísima.

—Guardad vuestra arma.

Para tranquilidad del anciano, Zheng Gao hizo lo que se le pedía.

—A sus órdenes, consejero Chen.

—Decidme, capitán, y hablad sin reparos. ¿Por qué creéis que he tomado esta decisión?

De modo que no era una prueba para el jefe, sino para él. Zheng Gao ordenó sus pensamientos y trató de darles forma en palabras.

—No sé decirlo, señor —admitió con humildad—. Yo creía que solo teníais dos opciones, porque en realidad no sabemos lo que pasó. La primera opción era perdonar a ambos hombres. Pero esa opción habría sido injusta porque alguien debe pagar por el error cometido, y se animaría a que en el futuro hubiera más errores. La segunda opción, mi preferida, era castigarlos a ambos. De ese modo todo el pueblo habría sido más responsable en el futuro, y habría vigilado que los demás también lo fueran.

—Pero eso también habría sido injusto para quien fuera inocente.

—Puede ser, consejero Chen.

—¿No estáis seguro de ello? Podéis llevarme la contraria, solo estamos hablando entre amigos —añadió con una sonrisa como si estuvieran solos. El jefe Yuan, tembloroso, todavía no se consideraba parte de ninguna charla amistosa.

—En ese caso… No, no estoy seguro, consejero Chen. Nadie fue del todo inocente, porque quien cometiera el error no fue debidamente vigilado.

—Bien argumentado. Son dos buenas opciones. Pero yo he tomado otra decisión. ¿Por qué?

—Creo que el consejero Chen ha sido sabio. Ha validado la decisión del jefe Yuan para no privarle de autoridad en el futuro. Así, sus vecinos respetarán sus decisiones y no volverá a haber rebeldes como la familia de Fang. A mí no se me habría ocurrido esa opción. Sin embargo…

—Hablad, *bugeng*. Sin miedo.

—Gracias, consejero Chen. Sin embargo, tengo una pregunta: ¿Eso no

animará al jefe Yuan a abusar de su posición?

El consejero dio una fuerte palmada con alegría. El jefe Yuan dio un respingo ante el inesperado gesto.

—¡Esa pregunta es excelente, *bugeng*! En efecto, mi intención ha sido reafirmar la autoridad del jefe Yuan. Él es el líder aquí y, por tanto, habla con la voz del imperio aunque sea un simple labrador. Nadie debería llevarle la contraria como ha hecho la familia de Fang. Sin embargo, como bien decís, puede que el jefe Yuan crea que ahora puede salirse con la suya con cualquier decisión. Por eso he pedido que se quede aquí. Porque quiero que escuche esto con atención. —Se dirigió al aludido, que comenzaba a vislumbrar una tormenta a lo lejos—. Jefe Yuan, voy a anotar todo lo que ha pasado aquí. Cuando regrese a la capital lo incluiré en mi informe. Así, los demás funcionarios sabrán lo que hemos visto en esta aldea. En el futuro, alguien como yo vendrá a visitaros por sorpresa, a ver si seguís siendo cumplidores de la ley. Esa persona estará sobre aviso: sabrá el privilegio que os he dado y por qué. Y sabrá también que tiene que revisar todas vuestras decisiones a partir de ahora. Si encuentra cualquier tipo de abuso, recomendaré que os condenen a la extirpación de tres generaciones. ¿Ha quedado claro?

El jefe Yuan solo pudo temblar y asentir.

*

El carro se bamboleaba con suavidad cual junco en un río mientras las altas ruedas avanzaban sin problemas por el pedregoso camino, en dirección a unas cercanas colinas. Más allá no se veía hacia dónde llevaba la carretera. La capa y el emplumado del yelmo de Zheng Gao se balanceaban al ritmo del suave viento. Incluso con su alivio, el sol golpeaba con la fuerza de media tarde y todos, salvo el consejero Chen y Bai Fu —cubiertos por el parasol—, estaban sudorosos.

Aun así, los ánimos volaban sobre los montes. A pesar de la parada en aquella aldea, en unas horas llegarían al siguiente puesto de avituallamiento. Y lo harían con una divertida historia que contar sobre unos ratones que casi habían hecho que los pueblerinos se mataran entre sí. Seguro que en boca de Da Wei la narración resultaría de lo más cómica. Zheng Gao esperaba con ganas el momento en el que parodiaría a Cao Xin, actuando como si los campesinos fueran peligrosos arqueros de Chu. De no ser por el respeto debido al rango, estaba seguro de que él mismo también sería imitado; su entrada en el granero buscando amenazas tras cada sombra, vistas las cosas en perspectiva, era hilarante. Pero incluso sin ese material, Da Wei sabía hacer reír a los otros.

—Eso no es todo —siguió la vieja historia el alegre hombretón, con su pequeño público atento a cada palabra—. El marido se marcha, su mujer se queda a mi lado con cara de no entender nada, y al cabo de un rato el tipo me trae el caballo y me dice: ¿Lo ves? ¡Sabe recitar poesía!

Las carcajadas retumbaron por el valle. Hasta el consejero Chen se tuvo que limpiar una lágrima tras el relato. Al enviado imperial le gustaba recordar la camaradería del ejército, y por eso había permitido que relajaran las formas mientras estuvieran solos. De ahí que los miembros de la escuadra hubieran acabado charlando entre sí durante la marcha igual que si estuvieran ante un fuego de campamento, cosa que había llevado como el fluir de un fresco río a los chistes y chanzas de Da Wei.

—Yo creo que tenía razón —intervino Lu Gong—. Seguro que el caballo era mejor poeta que algunos que he escuchado en casa de mis padres.

—No sé —dijo Cao Xin—. Yo no tenía poetas en casa de mis padres. Bueno, en el pueblo había un recaudador de impuestos que hablaba como si tuviera una sandalia en la boca, pero creo que no cuenta. En fin, que no sabría distinguir un poeta malo de uno bueno.

—¡Esperad! —exclamó Da Wei—. ¡Pero si tenemos un poeta aquí! ¿Por qué no lo aprovechamos?

—¡Es cierto! —corroboró Cao Xin—. ¡Cántanos algo, Bai Fu!

El muchacho, a las riendas del carro, se ruborizó y negó con la cabeza.

—No, no creo… —dijo con timidez.

—¡Claro que sí, Bai Fu! —insistió Lu Gong, a caballo justo delante de él—. ¡A ver si eres de los buenos o de los malos!

—Es que…

—Yo creo que de los malos —se burló Cao Xin—. Pero si hace llover al menos nos refrescaremos. ¡Canta, Bai Fu!

—Soldado Bai Fu —dijo Zheng Gao—, a todos nos encantaría oírte.

Al verse animado por su capitán, al que idolatraba, el joven se rindió y empezó a cantar:

Desbrozan la hierba, los árboles;
sus azadas abren la tierra.
En mil parejas arrancan maleza y raíces,
a través de las tierras bajas, a través de las cumbres.
Ahí están el maestro y su hijo mayor,
ahí el jefe y el supervisor.
Marcan y roturan.

Al final, su voz clara y despreocupada se difuminó en el viento y todos quedaron en silencio paladeando las últimas notas. Nadie alabó las habilidades líricas de Bai Fu, ya que todos querían seguir jugando a hacerse los duros con él, pero Zheng Gao vio con satisfacción que hasta el huraño Cao Xin sonreía.

—¡Excelente, joven Bai! —dijo el consejero Chen, sacando al capitán de su ensimismamiento—. ¡Ni un poeta profesional de palacio habría extraído tanta belleza a esos versos! Me alegra ver que entre la soldadesca también hay gente refinada. —El consejero consiguió con tales palabras lo que quería, enorgullecer al muchacho. Bai Fu no dijo nada, pero pareció flotar como una cometa al viento mientras avanzaban hacia las colinas entre las que serpeaba el camino.

—No crea, Su Excelencia —replicó Cao Xin—. Yo también soy muy refinado. Me sé una canción sobre una dama y un alabardero de larga arma que…

—Estoy seguro de que será una composición tan notoria como la del joven Bai, soldado —intervino con semblante alegre el consejero—. Sin embargo, me gustaría discutir unos asuntos con el capitán. *Bugeng*, por favor, acercaos.

—A sus órdenes, consejero Chen. —Zheng Gao maniobró hasta que su caballo quedó a la altura del carro.

—Quería deciros que me ha resultado interesante la conversación de la aldea. Deseaba saber cómo responderíais a dudas sobre ética y virtud. Debéis tener en cuenta que la vida de un oficial no es solo la práctica de las artes marciales.

—Por supuesto que no, señor —respondió con una inclinación de la cabeza —. Y agradezco la oportunidad de aprender de alguien como el consejero Chen.

—Me parece que ambos hemos aprendido del otro. Por mi parte he conocido un poco más a esta persona que me acompaña. Y me he reafirmado en una decisión que, de cierto modo, ya había tomado. Sabéis que el Hijo del Cielo y yo solemos hablar…

Zheng Gao asintió. Todo el mundo lo sabía. La relación entre ambos era lo más familiar que permitían las diferencias de posición social. Se decía que el consejero Chen no solo asesoraba al emperador, sino que también era su confidente y amigo, alguien que conocía algunos de sus secretos más íntimos. Se rumoreaba incluso que el Hijo del Cielo a veces paseaba de incógnito por la capital, mezclándose entre sus gente, y que cuando aquello ocurría era el consejero Chen quien lo acompañaba. Entre los soldados se comentaba que, a pesar de su edad, el emperador prefería —a menos que estuviera indispuesto— llevarlo junto a él como escolta. Hasta tal punto estaban unidos.

—Sé que Su Majestad os honra de esa manera, sí.

—Pues sabed que en nuestra última conversación se habló de un capitán llamado Zheng Gao.

Se le escapó un fruncimiento de ceño, al tiempo que el latido de su corazón se aceleraba.

—No entiendo, señor.

—Es muy sencillo. Vuestros superiores os tienen en alta estima. Tanta, que han hecho una recomendación sobre vuestra posición. Normalmente habría sido un tema burocrático que jamás habría llegado a mí, pero se han expresado de forma tan elogiosa que han despertado cierta curiosidad en el palacio. Al final yo mismo he leído su petición, e incluso he creído oportuno hablar de ella con el Hijo del Cielo. En nuestra última reunión le sugerí que se os seleccionara para este viaje. Así podría ver en persona vuestro trabajo, para decidir si acepto las recomendaciones que hemos recibido. —Detuvo su monólogo para reír—. Ocultáis bien vuestras emociones, pero estoy seguro de que sabéis de qué estoy hablando ¿verdad?

Zheng Gao asintió, entusiasmado.

—Creo que sí, consejero Chen.

—Pues sabed que voy a aceptar la petición. Cuando volvamos a Xianyang dejaréis de ser *bugeng*. Por vuestros servicios al imperio se os nombrará *dafu*, quinto rango de honor, con todos los privilegios vinculados.

De inmediato sintió la misma oleada de pasión que arrebata a uno justo después de conquistar con gran esfuerzo una ciudad enemiga. Era el sabor de la gloria. Una vez más estaba caminando en la dirección adecuada, subía un peldaño más de la escalera. Aquel ascenso suponía muchos cambios, todos favorables. No solo implicaba privilegios económicos, sino estatus dentro del Ejército. El nuevo rango tendría efectos visibles. Hasta su posición en las batallas futuras sería diferente: tendría a treinta y seis hombres bajo su mando. Cabalgaría entre los líderes enfrentado en primera línea a las hordas *xiongnu*, abriendo brecha entre los enemigos. Él, en una de las más gloriosas posiciones del Ejército. Él, dueño de amplios terrenos con sirvientes y estipendio. Él, segundo hijo de unos campesinos pobres como ratas, un *dafu* del emperador.

Aquel sueño —«en mil parejas arrancan maleza y raíces»— apenas duró un suspiro.

*

Como no podía ser de otro modo, fue Cao Xin quien dio la alarma. A pesar de la importante charla que estaba teniendo Zheng Gao y de las órdenes de mantener la formación, en un momento dado se acercó al capitán con falso caminar despreocupado.

—Señor —dijo con disimulo—, en esas colinas hay algo.

Zheng Gao, todavía pensando en futuras recompensas, tardó en entender a su paranoico arquero.

—¿Cómo dices, soldado?

—Un brillo, señor. En la cima de aquella colina a la derecha. Como si hubiera algo de metal. Pero algo que se mueve.

Zheng Gao echó un vistazo. Sí que se estaban acercando a un pequeño paso entre dos colinas llenas de altas rocas y frondosos arbustos, pero por más que se fijó no vio ningún motivo para…

Un resplandor.

Había sido algo rápido, a la derecha como había dicho Cao Xin, surgiendo entre las ramas de uno de los arbustos. El reflejo que produciría una pieza de metal. Solo que no había ninguna construcción humana en las inmediaciones. Y lo que fuera se había movido.

Estaban a punto de llegar al paso entre colinas. Si era una emboscada —¿una emboscada tan cerca de la capital?— no tenían mucho tiempo para reaccionar. Zheng Gao decidió que era preferible ser prudente, igual que en la aldea de los ratones.

—¡Alto! —ordenó en un tono no demasiado fuerte, aunque si había alguien en las colinas seguro que lo habría oído.

La comitiva se detuvo. El consejero Chen miró a Zheng Gao con seriedad, pero no dijo ni una palabra; había escuchado la conversación tan bien como el capitán.

—Soldado Cao Xin, averigua qué hay tras esas colinas. Nosotros esperaremos tu señal.

—¡A sus órdenes!

El arquero cargó su arma con rapidez y avanzó hacia la cobertura más cercana que encontró, un roble retorcido a tres o cuatro *zhang* de ahí.

—Mientras tanto, Bai Fu, prepara el arco. Los demás…

Un zumbido perforó el aire y el cuello de Cao Xin. Una flecha lanzada desde los arbustos lo alcanzó antes de que llegara al árbol.

—¡Proteged al consejero! —gritó Zheng Gao, al tiempo que colocaba su caballo entre el cuerpo de Chen y la línea de tiro de la colina.

Cinco hombres con arcos, cuatro de ellos cargados, aparecieron tras los arbustos en lo alto del otero de la derecha. Antes de que nadie tuviera tiempo a reaccionar, descargaron sus venablos. Zheng Gao vio que uno de ellos iba directo hacia él. Su mano derecha se movió sola; en un gesto instintivo, fruto de la práctica, desenvainó a la vez que el dardo llegaba a su alcance. La flecha quedó partida en dos, inofensiva. No podría repetir ese truco, y menos con tantos

arqueros, pero le acababa de salvar la vida. Zheng Gao dio una rápida ojeada alrededor.

Otras flechas habían errado sus blancos; el tiro repentino había sido incontrolado. Bai Fu, tembloroso, se estaba haciendo un lío con las riendas y el arco hasta que el consejero lo ayudó. Wei había dejado de llevar la *ge* como un estandarte y la tenía apuntando a la colina; retrocedía hacia el carro con cuidado, también para usar su cuerpo como escudo. Lu Gong no tuvo paciencia para esperar órdenes. Azuzó al caballo y salió al galope hacia los enemigos, espada en mano.

—¡Lu Gong, espera!

En cualquier otra ocasión, un caballero de Qin habría podido abatir a cinco arqueros, incluso yendo colina arriba. Pero en su frenesí, Lu Gong no había visto los pardos abrojos de metal que sus rivales habían ocultado en el camino. Las enormes púas afiladas se clavaron en los cascos del caballo y le hicieron tropezar, dolorido. Lu Gong se salvó de quedar aplastado por el animal pero cayó al suelo, perdió el yelmo con relieves de tigre y tuvo que rodar entre las piedras para no desnucarse.

De ambas colinas surgió una treintena de enemigos más, que hasta entonces habían estado ocultos tras rocas o tirados en el suelo. No llevaban arcos, sino que eran una turba zarrapastrosa armada con palos y dagas largas. Corrieron colina abajo y se arrojaron como hienas contra Lu Gong, que apenas había logrado incorporarse de nuevo.

Gracias a Cao Xin habían frustrado su plan de ataque —de haber estado entre las dos colinas los habrían rodeado por sorpresa—, pero eran demasiados. Necesitaban alguna ventaja. Zheng Gao se fijó en que no todos los rivales habían salido en estampida. En lo alto del monte izquierdo se habían quedado tres hombres con la cabeza embozada que contemplaban la escena. Eso le dio la idea que buscaba.

—¡Bai Fu, elimina a los jefes! —le gritó, señalando el objetivo, pero el joven estaba pálido y seguía estremecido.

Una nueva volea de flechas cayó junto a ellos. La primera impactó en el costado del caballo de Zheng Gao, que relinchó pero, a pesar de todo, aguantó el tipo como buen corcel de guerra. Otra le dio a Da Wei en el hombro derecho sin atravesar la armadura, y las restantes se clavaron cerca del consejero Chen.

—¡Estúpidos! —gritó uno de los líderes enemigos—. ¡No disparéis al carro!

El consejero alcanzó su espada *jian* e hizo amago de bajar para unirse al combate.

—¡Ni os atreváis! ¡Tiraos al suelo!

El tono frío e inflexible de Zheng Gao no daba opciones para el debate. El

asesor imperial obedeció a su subordinado y se arrojó tras el carro al polvo del sendero, como un vulgar pedigüeño.

Bai Fu logró preparar la flecha, tensar el arco, apuntar y disparar. Aun así, erró el tiro. Lu Gong ya había abatido a cinco de sus enemigos y, aunque sangraba por varias heridas en el costado y la cabeza, seguía peleando con la rabia de un incendio forestal. Sus rivales habían aprendido a temer el filo de su hoja y mantenían la distancia.

Zheng Gao frunció el ceño. Mantenían la distancia sobre todo a su espalda. Que estaba encarada a la colina derecha. Donde los arqueros ya le apuntaban. No lo pensó.

—¡Da Wei, los arqueros!

Gran Wei corrió hacia ellos con un sonoro bramido. Y cambió. Fue la diferencia que hay entre ver un oso retozando juguetón con un panal de miel y encontrarse al mismo animal acometiendo contra ti entre rugidos, con babas en las fauces abiertas llenas de dientes. El alabardero ya no era un simpático gordito, sino doscientos *jin* de furioso guerrero entrenado, a la carga con armadura completa y un arma mortífera más larga de lo que alto es un hombre. Los arqueros olvidaron a Lu Gong y trataron de apuntarle, pero a dos de ellos se les cayeron las flechas de las manos temblorosas y los demás, aterrados, no impactaron ni a su sombra.

—¡Bai Fu, protege al consejero!

Zheng Gao avanzó hacia Lu Gong, con cuidado de no pisar los abrojos. Da Wei alcanzó la distancia de combate y trazó un enorme arco con la *ge*. Dos de los arqueros quedaron decapitados, y el filo siguió su avance asesino hasta clavarse en el cuello de un tercero, que murió al instante. Con un berrido salvaje arrancó el arma atascada del cuerpo, que elevó a los cielos una vistosa salpicadura de sangre, mientras los dos arqueros que quedaban trataban de huir de semejante demonio en forma humana.

Zheng Gao llegó hasta el enjambre que aguijoneaba a Lu Gong. Desde su posición elevada a caballo, y avanzando por la espalda, mató a tres antes de que supieran siquiera que estaban siendo atacados. Lu Gong, sangrante y agotado, recuperó el ímpetu al encontrarse con refuerzos y aprovechó la sorpresa de sus adversarios para ensartar a dos más con su espada teñida de rojo. Zheng Gao tenía bien marcadas las palabras de su primer instructor: en batalla no hay esgrima. Así que se olvidó de filigranas y hermosas poses y agitó a diestro y siniestro su filo, buscando la fuerza del impacto y no la belleza del movimiento, clavándolo en cuellos, hombros y ojos; también hizo que su caballo se encabritara, y dos cabezas se abrieron como fruta podrida.

—¡Lluvia Gris, hay que hacerlo! —ordenó el más alto de los líderes,

pronunciando un nombre que trajo reminiscencias a Zheng Gao. El aludido se adelantó del trío y apuntó al *bugeng* con una extraña ballesta que tenía una pieza alargada de madera en la parte superior. Con movimientos diestros apretó el gatillo y no uno, sino dos virotes volaron hacia Zheng Gao. Aunque no lo alcanzaron, sí que dieron de lleno en el costado de su caballo, que lanzó un relincho quejumbroso. El capitán decidió que aquella era una amenaza más acuciante que la chusma, de modo que trató de que su montura cargara contra él. No obstante, en el breve tiempo que tardó en maniobrar, el tal Lluvia Gris accionó una palanca lateral de la ballesta hacia atrás, luego hacia delante, y acto seguido volvió a disparar en dirección a Zheng Gao. Los dos virotes de nuevo fallaron su objetivo y volvieron a hacer impacto en el más sencillo blanco del caballo. Uno de los proyectiles, que podría haber alcanzado a Zheng Gao en la cara, perforó el cuello del animal con un tiro letal. Zheng Gao descabalgó con rapidez, para evitar ser arrollado en su caída o que el cadáver le atrapara la capa, y miró incrédulo al ballestero. No podía aceptar lo que acababa de ver. ¿Qué clase de arma era aquella? ¡Había lanzado cuatro virotes en cuestión de latidos! ¡Sin recargar manualmente!

Un grito sonó desde la colina de la derecha. Da Wei había matado o puesto en fuga a los dos arqueros restantes y comenzaba la carga cuesta abajo. La marea del combate empezaba a cambiar. Zheng Gao, dispuesto a aprovecharla, corrió también con amplias zancadas hacia el tal Lluvia Gris. Se colocaría a distancia de cuerpo a cuerpo antes de que tuviera ocasión de recargar, por rápido que fuera el gesto.

El tercero de los líderes impidió que lo lograra. Dejó al alto en retaguardia, descendió un poco la colina y se interpuso entre ambos, al tiempo que desenvainaba un sable *dao*, más largo y curvo que la recta espada *jian* de Zheng Gao.

—¡Yo me encargo de él! —gritó a sus colegas—. ¡Cumplid la misión!

Lluvia Gris decidió que no tendría ocasión de detener a Da Wei con virotes, por muchos que le lanzara a su cuerpo acorazado. Soltó su ballesta, empuñó otro *dao* y salió apresurado al encuentro del gigante en terreno llano. El enorme alabardero adoptó una posición estándar de lucha y lanzó como una centella la punta de su arma contra el pecho sin armadura de su adversario. Lluvia Gris movió su sable desde la guardia baja y desvió la hoja en el último momento. Sin dudar, en vez de retroceder como habría hecho cualquiera de forma instintiva, avanzó. Con ello inutilizó la *ge*, ya que Da Wei no podía maniobrar para clavársela. El *dao* de Lluvia Gris voló a la cara de Da Wei, que sí dio un salto atrás para evitar el golpe mortal. Aun así, no logró sacar al espadachín de la zona interior de ataque. Al ver que no podía clavarle la alabarda, la usó como un

bastón y le dio con ella en la cabeza. Aturdido por el inesperado movimiento, Lluvia Gris quedó parado el tiempo suficiente para que Da Wei se alejara y tratara de usar el filo curvo de la *ge* como un gancho, con la intención de atraparle el cuello. Pero de nuevo Lluvia Gris desvió la hoja con su *dao*, redujo la distancia y lanzó la estocada. En esa ocasión, medido bien el alcance y la maniobrabilidad de Da Wei, sí que perforó la boca del soldado, cuyo cadáver cayó al suelo como un saco.

Entretanto, Zheng Gao había descubierto que su recién llegado adversario no tenía intención de luchar uno contra uno. Lu Gong había caído y, aunque parte de sus rivales —dirigidos por el tercer líder— se abalanzaban ahora sobre Bai Fu y el consejero, otro grupo de los que había dejado abajo corría hacia él. El tiempo iba en su contra, así que no dudó.

Lanzó un tajo en arco hacia arriba, pero el otro lo detuvo sin problemas desde su posición elevada. La turba, sobre todo armada con palos, ya estaba llegando a su altura. Zheng Gao dirigió una mirada preocupada hacia el consejero y vio que tanto él como Bai Fu se encontraban ya rodeados por el resto de atacantes, incluido Lluvia Gris.

La distracción le costó cara. El espadachín lo sorprendió con una acometida que podría haberle amputado el brazo derecho, pero que esquivó por poco a costa de llevarse un doloroso arañazo en el bíceps. Un garrotazo lo alcanzó por detrás, cerca de la rodilla, y a punto estuvo de caer, cosa que ante tantos rivales habría sido su fin. Hizo un gran giro semicircular y logró lo que buscaba: que la chusma —asustada por el reciente recuerdo del arma de Lu Gong— se apartara de él y lo dejara respirar. Aun así, el espadachín aprovechó el momento para descargar otro golpe desde arriba, que le impactó entre los omóplatos; de no haber sido por su armadura lamelar, habría muerto.

Se encaró a él y lanzó la punta hacia su abdomen desprotegido. Su contrincante solo tuvo que dar un paso atrás para quedar fuera de su alcance. Mientras controlara el terreno alto sería casi intocable. Los secuaces aprovecharon y lo atacaron por la espalda. Varios palos le dieron; uno de ellos en la pierna, con la suficiente fuerza para ponerlo de rodillas. El espadachín vio su oportunidad ante el desequilibrio y lanzó un tajo que lo decapitaría. Zheng Gao se agachó y, al tiempo, cortó con fuerza las piernas del rival a la altura de sus espinillas. El espadachín gritó de dolor y cayó también. Zheng Gao no pudo levantarse porque los demás lo habían alcanzado y comenzaron a descargar sus golpes por todo su cuerpo, en especial en la cabeza. A pesar de soltar espadazos a ciegas, no acertó a nadie.

Vio a Bai Fu ensartado por varias dagas a la vez. El consejero Chen tenía algunos cadáveres a su alrededor, pero el círculo cada vez se le estrechaba más.

Zheng Gao trató de levantarse para ir en su ayuda, pero un poderoso mazazo le sacudió la coronilla. Se derrumbó sin fuerzas y con la visión borrosa. Se le cerraron los ojos. Tumbado sobre el suelo notó patadas en su cabeza, bastonazos por todo el cuerpo, una puñalada que lo atravesaba con saña. Escuchó a lo lejos alguien gritar «¡deprisa, ayudadnos con este!», y los pasos apresurados de sus enemigos en dirección al consejero Chen. El combate pareció alejarse de él, ir corriendo hacia el Reino de los Cielos mientras una nota aguda sonaba cada vez más fuerte en sus oídos. No supo nada más.

四

Li Ping se empeñaba en vestirse solo. A sus cuarenta y cinco años no aceptaba que nadie lo tratara como un tullido; ni Daiyu ni, por descontado, alguna de las mujeres de su familia de acogida. Puede que hubiera un punto de orgullo en su empecinamiento, incluso algo de miedo si se paraba a examinar la realidad. Pero lo cierto era que le gustaba fingir que seguía siendo independiente, ni un niño pequeño ni un anciano delirante; le encantaba proclamar con sus gestos y actitudes que él era un hombre adulto capaz. De esos que no necesitan ayuda para ponerse la ropa.

Siempre se levantaba el primero, de todas formas. Su sueño llevaba años siendo ligero como pluma de fénix. Las escasas horas en las que lograba hilvanar algo parecido a un inquieto descanso terminaban mucho antes de que el sol se planteara siquiera mostrar su cálido rostro. Y como para Li Ping no había muchas diferencias entre el día y la noche, en el momento en que sus invidentes ojos se abrían —sin necesidad de oír cantar a los numerosos gallos de los vecinos— él comenzaba su jornada. Mucho antes de que hubiera alguien despierto, para el remoto caso de que hubiera querido pedir ayuda. De modo que se vestía solo.

Aquella mañana no fue la excepción. A juzgar por los leves ruidos de la calle —algún lejano caminante con sandalias de madera sobre el adoquinado, ningún sonido de carromatos o animales urbanos— todavía debía de ser antes de la hora del alba. El momento en que cualquier otra persona trataría de dormirse de nuevo. Li Ping, en cambio, se levantó. Tanteó el suelo junto a su cama hasta que localizó el ligero bastón de bambú. Con su ayuda caminó hasta el baúl sobre cuya tapa, e ignorando sus quejas, el día anterior Daiyu había desplegado la ropa para que le resultara más fácil encontrarla. Se puso encima las frescas prendas de lino, ordenó como pudo su abundante melena en un torpe moño —que sí debería retocar luego su hija— y culminó el conjunto con su accesorio favorito, su única vanidad: el pequeño bonete coronado con dos plumas de faisán.

En realidad no necesitaba ver para llevar a cabo aquellos gestos automáticos.

Cualquiera podía vestirse con los ojos cerrados. Sin embargo, muchas personas se admiraban de lo bien que Li Ping se manejaba por el mundo a pesar de su ceguera. Había incluso quienes lo achacaban a alguna especie de don sobrenatural, como si el hecho de haber perdido la vista le hubiera agudizado sus otros sentidos. Por descontado que aquello era falso. Los sentidos son los que son, no cambian por la obra mágica de un espíritu. Lo que ocurre es que no solemos darnos cuenta de lo que hacen. Los damos por sentados y prescindimos de la información que nos ofrecen, que creemos poco importante. Vamos por la vida igual que si leyéramos un libro: asimilando las frases pero sin fijarnos en el tipo de letra en el que están escritas. Si de repente dejáramos de verle sentido a las palabras, seguro que descubriríamos los matices de la tinta usada, la caligrafía, su inclinación, su tamaño, su belleza o fealdad. Matices que siempre estuvieron ahí, que nunca se ocultaron y que éramos capaces de percibir, pero a los que no habíamos hecho ningún caso.

Él mismo lo había comprobado en Chu, incluso antes del accidente con sus elixires que le hizo perder la vista. En ocasiones, muy de mañana, salía a pasear al monte. Buscaba una roca cómoda, se sentaba sobre ella y cerraba los ojos, centrado en su respiración. Entonces se daba cuenta de que junto a él zumbaba una libélula, o de la tibia caricia del sol, o del aroma de las plantas empapadas de rocío. Todas aquellas sensaciones no aparecían de la nada, siempre habían estado ahí; solo que él ni se había fijado en ellas porque tenía toda su atención puesta en la vista.

La vida era igual: obsesionarse con un detalle hasta que no notabas todo lo que había alrededor.

Caminó hacia la puerta, tres pasos alejada del baúl. La habitación le seguía pareciendo pequeña, aunque sabía que, para las posibilidades de Hu Feng, aquella residencia era un palacio. De no haber sido por la interesada generosidad del gremio de tejedores (interesada porque bien cobraban al viejo Feng por el privilegio de ocupar la casa vacía y sin herederos), a saber dónde habrían acabado.

Al abrir la puerta, el frío en el rostro le confirmó lo temprano de la hora. El olor a flores de cártamo maceradas le hizo saber que en las cuerdas de secado de tintes, allá a su izquierda, se estaba elaborando seda roja; esa era su particular manera de ver los colores. Avanzó otros cuatro pasos en línea recta, sin usar el bastón para no hacer ruido. Se agachó y tanteó el suelo hasta que encontró la manija de la trampilla. La abrió con un leve chirrido y buscó la escalerilla de madera. Cuando la localizó, se agarró a ella con una mano, sujetó el bastón con la otra y descendió. Una vez en la planta baja sí que tuvo que hacer uso de la caña para no chocar con los cambiantes obstáculos del reducido almacén en el

que se encontraba. Llegó hasta la cortina que separaba la letrina y allí se alivió y desaguó con el cubo que siempre se colocaba para tal efecto. Luego lo rellenó con agua de la cisterna, repleta gracias a las recientes lluvias. No le hacía gracia malgastarla, pero aquel día las mujeres tenían pensado ir al pozo que había a varias calles de distancia. Era una maniobra que repetían con frecuencia para no agotar las reservas domésticas.

Se acicaló cara, bigote y barba, se sentó en su silla junto a la puerta principal y esperó.

Estaban en una de las jornadas de descanso semanal. Eso ocurría cada cinco días, lo que permitía aprovechar para llevar a cabo ciertas actividades de higiene. Lavarse todos los días, como saben hasta niños y mujeres, atrae a las enfermedades. Lo sano es bañarse cada tres y lavarse el pelo cada cinco. Esta coincidencia de cifras (nada casual, pues cinco son los colores, los sabores, las notas musicales y los órganos del cuerpo) permitía convertir una supuesta jornada de asueto en un tiempo de bulliciosa actividad adecentando las cabelleras con agua fresca, cosa que reforzaba la necesidad de viajar al pozo. Ese frenesí empezaría poco después de que todos se hubieran despertado y duraría hasta la hora del almuerzo temprano. Luego, día de descanso o no, las mujeres dedicarían el tiempo que pudieran a trabajar en el telar, la rueca y las cubas de teñido, contando para variar con algo de luz solar.

El primero en despertar, como de costumbre, fue Grano de Mijo. El esclavo parecía oír hasta el más leve movimiento matutino de Li Ping, y usaba eso como señal de que era hora de ponerse en marcha. Salió de la cocina donde dormía, saludó con un tímido murmullo —los susurros de su ropa demostraban que ni fingía hacer reverencias ante un ciego— y volvió sobre sus pasos para empezar a preparar los cubos y tinas para el agua.

Una puerta se abrió en el piso de arriba y llegó hasta sus oídos un cuchicheo de voces femeninas seguido de risitas muy mal disimuladas. Las chicas también estaban listas para empezar la jornada. Fueron hasta la escalerilla y le saludaron al llegar abajo.

—Buenos días, maestro —dijo Yue en primer lugar.

—Buenos días, padre —coreó Daiyu tras ella, mientras se dirigían a la cocina. Se había levantado de buen humor, al fin y al cabo. Li Ping no las tenía todas consigo después del arrebato de genio en el mercado. El arrebato en el que había dejado claro, otra vez, su deseo de no casarse jamás.

Obsesionarse con un detalle hasta que no notabas todo lo que había alrededor. Li Ping creía saber cuál era su obsesión personal, la que le impedía alcanzar el vacío y dejarse llevar por el camino como le habría gustado. «Lo pesado es raíz de lo ligero. La calma es la maestría de la intranquilidad. Así, el

sabio camina todo el día sin abandonar su pesado equipaje. Aunque le rodeen paisajes excelsos, conserva su paz y se sobrepone a ellos».

Encontró escaso alivio en las sabias frases. Todo le parecía hueco menos él mismo. Él era un fardo lleno de piedras.

Los pasos firmes, rápidos y sonoros de Jiang lo distrajeron de su tormentoso ensueño.

—¡Buenos días! —dijo en voz muy alta y entre sonrisas al llegar al patio—. ¡El maestro Li Ping es todo un madrugador! ¡Ojalá pudiera seguir su ejemplo!

—Buenos días. La señora Jiang me honra. Considera virtud algo que no es más que fruto de mis imperfecciones. ¡Bien me vendría que los dioses me permitieran descansar más!

La mujer volvió a reír.

—¡Qué cosas dice, maestro Li Ping! ¡Qué cosas dice!

Sin querer escuchar más de esas cosas, la señora Jiang avanzó con rapidez hasta la cocina, donde empezó a dar órdenes a las chicas y a Grano de Mijo sobre cómo debían prepararlo todo para tener listos los baños cuanto antes.

Cuando el patriarca de la casa se sentó a su lado, las mujeres hicieron el primer viaje al pozo.

—Buenos días, viejo Ping.

—Buenos días, viejo Feng.

Durante unos instantes no dijeron nada más. La confianza de años les permitía estar juntos sin necesidad de llenar el aire de palabras vacías. Aun así, Li Ping habló.

—¿Qué te preocupa, viejo amigo?

Hubo un instante de vacilación antes de contestar.

—¿Cómo sabes que estoy preocupado?

—Algunos de tus silencios son más densos que otros. Además… —Dejó salir media sonrisa—. Has dudado y no has respondido diciendo que no estabas preocupado.

Feng rio.

—Siempre caigo en tus trampas. —Bajó el volumen de su voz—. Sí, estoy preocupado. Por mi mes de servicio anual al imperio. Empezará en unos días.

—Otra vez ayudando a construir palacios ¿eh?

Su amigo suspiró.

—Sí. Como si fuera un albañil. Como si no tuviera un negocio del que encargarme. Ojalá pudiera postergarlo más. —Chasqueó la lengua—. Jiang sabe llevar la tienda, pero es una mujer. Los demás no la respetarán igual. En resumen, el mes que viene habrá menos ingresos.

Li Ping sacudió la cabeza.

—Pero eso ocurre cada año. Ya es rutina. Todos los hombres pasan por esto. Hace un año también tuviste tu mes de servicio y no hubo tantos problemas. Así que te repito: ¿Qué te preocupa, viejo amigo?

Feng se rindió.

—Está bien. La verdad. Estuve hablando con el jefe Guan Bai. Van a poner más impuestos en el mercado. ¡Cualquiera diría que quieren que desaparezcamos! Más dinero, menos ingresos… —En el silencio, Li Ping se imaginó que Feng se encogía de hombros—. Cada vez cuesta más ir tirando.

Li Ping asintió. Feng se había detenido casi a tiempo, pero había hablado más de lo que pretendía.

—Y también tenéis que pagar mis impuestos porque vivo con vosotros. Soy una carga. —Suspiró—. Sabes que tenemos…

—No —interrumpió Feng—. No sigas.

—Sabes que tenemos dinero ahorrado —insistió Li Ping—. Puede servir para superar el bache. Por lo menos hasta que Yue se case y haya una boca menos que alimentar.

—No, viejo, no. El dinero es vuestro. Vuestro ahorro. Y no te digo esto por generosidad o porque Daiyu se lo haya ganado. Lo digo por egoísmo. Me interesa. Si logras reunir lo suficiente como para comprar una licencia de medicina, podrás ejercer en condiciones en vez de esconderte como un criminal. Así podrás cobrar más porque tendrás clientes mejores, no la pobre gente que viene a nosotros porque solo puede pagar a médicos con huevos o pescados del río. Una consulta oficial nos dará más dinero a todos, así que guárdate tus ahorros. Cuando seas un médico reconocido tendremos dinero de sobra.

—Y ya no viviremos con el miedo de que descubran nuestra consulta ilegal.

Feng ni trató de negar lo evidente.

—Eso también.

Tras los baños, las mujeres prepararon el almuerzo y montaron la mesa en el salón principal. Ambos hombres se dirigieron allí. Li Ping detestaba igualmente que le sirvieran primero en solitario como a un anciano, según mandaban las estúpidas reglas de los letrados confucianos. Así que todos habían acordado que comerían juntos sin más distinciones que la de dejar a Grano de Mijo en la cocina. Durante un tiempo, Li Ping también había mostrado su rebeldía contra el maestro Kong comiendo con cuchillo y tenedor en la mesa, cosa que habría escandalizado al antiguo y redicho sabio, pero a la postre acabó acomodándose a unas mínimas normas sociales y aceptó tomar los alimentos, bien con las manos, bien con cuchara y palillos. Daiyu, eso sí, le servía en el plato los trozos calientes para que no se quemara buscándolos a ciegas. Algunas cosas eran inevitables.

—¿Qué le parece la comida, maestro Li Ping? —preguntó Jiang,

sobreponiendo la necesidad de recibir reconocimiento a la educación que le exigía silencio en la mesa.

—Deliciosa como siempre. Los cinco sabores están en perfecta armonía. Creo que la señora Jiang ha aprendido a elaborar platos muy saludables.

La aludida rio con falsa modestia.

—¡Ahora es el maestro Li Ping quien me honra a mí! Yue, ponle más gachas al maestro Li Ping.

—Sí, madre.

—Por favor, ya lo hago yo —intervino Daiyu.

Li Ping escuchó el intercambio de utensilios y supo que su hija le serviría. Se tragó las ganas de insistir otra vez en que lo haría él solo. Sabía que en esas ocasiones nadie le hacía caso, así que se resignó. Aun así, vio una manera de convertir aquello en una pequeña oportunidad. Al tiempo que Daiyu acercaba la comida, él extendió las manos como si quisiera agarrarla. Chocó de forma leve con su muñeca.

—Perdona, hija —dijo, disimulando el hecho de que seguía tocándola—. No me he dado cuenta.

—No pasa nada, padre.

Daiyu le dio una cariñosa palmadita y se separó para colocarle la comida. Le había bastado. Li Ping había podido notar un atisbo de su pulso. Le había dado la impresión de que estaba algo acelerado. Daiyu no estaba tan tranquila como pretendía; solo era fachada.

Tratándose de su hija, aquello significaba que había problemas en el horizonte. Algo tendría que hacer para disolverlos.

Pero no sabía qué.

*

Zheng Gao estaba muerto.

No de una manera literal; el cuerpo le dolía demasiado para pensar que se había acabado el mundano sufrimiento y gozaba del descanso eterno. Pero sí de un modo metafórico que, a pesar de todo, resultaba más terrible que la idea del fin de la propia existencia.

Con un esfuerzo similar al de tener que levantar una oveja con una mano, abrió los ojos. La luz del amanecer le mordió sin piedad y añadió ese aturdimiento al persistente zumbido en su oído derecho. Se dio cuenta de que al respirar se sentía como si tragara tizones al rojo, y el mero hecho de girar la cabeza para resguardarse del brillo le provocó un latigazo desde la nuca hasta la

rabadilla. Se llevó la mano a la parte alta del muslo izquierdo, donde alguien le había apuñalado, y se frotó para reducir el malestar. Eso hizo que los moratones cercanos gritaran de agonía.

Tenía sed. Los ojos se le acabaron acostumbrando a la luz y el zumbido fue bajando de intensidad. Era el comienzo de un nuevo día, ya no por la tarde. ¿Había pasado toda la noche inconsciente? Podía ser, estaba helado. Su piel tenía el recuerdo ardiente de cada golpe que le habían propinado los bandidos. Su cabeza le daba vueltas. Le apetecía dormirse. Cerrar los ojos. Descansar.

Se incorporó a pesar de las múltiples punzadas. Miró a su alrededor. La carnicería que se encontró sumó el dolor del alma al del cuerpo. Lu Gong desangrado, su hermoso rostro desfigurado por los tajos enemigos y el cuerpo doblado en una retorcida y antinatural postura. El bueno de Da Wei con un enorme agujero en su nuca. Dos cuervos graznaban sobre su cabeza, peleándose por arrancarle la lengua tras haber dado cuenta de sus ojos. Furioso, Zheng Gao se levantó y gritó para espantarlos. Trastabilló con extraña torpeza, cayó de bruces y las aves se limitaron a mirarlo como si fuera un mero entretenimiento. Se incorporó de nuevo, agarró una piedra y se la arrojó a los cuervos, que decidieron marcharse al fin y dejar tranquilo el cadáver.

Un cadáver entre decenas. Por fortuna parecía que otras alimañas todavía no habían hallado el suculento botín. La escuadra de Zheng Gao había diezmado a sus rivales, cuyos cuerpos estaban desparramados aquí y allá. Nadie los había recogido para darles el funeral que necesitaban. Un acto indigno, lleno de desprecio, que ni siquiera esa gentuza se merecía. Porque gentuza era. Algunos de los muertos estaban tatuados como criminales. Sus ropas sucias mostraban tanto desgaste que, como mínimo, debían de tener diez años. Los mejor equipados entre ellos tenían en sus manos muertas largas dagas de bronce, pero con una manufactura tosca y sin adornos. Algunos de los cuchillos ni siquiera eran de metal sino de hueso. Delincuentes. La clase de personas que viven al día, sin respeto por nada ni por nadie. Purria a la que se puede contratar para llevar a cabo ataques como el que había sufrido la gente de Zheng Gao.

Contratados. ¿Por quién? Se dio la vuelta. No estaba el cadáver del líder al que había desmembrado. Tampoco sus pies. A él sí se lo habían llevado. A él sí le tenían respeto, lo bastante como para ofrecerle las debidas pompas fúnebres. O no querían que nadie lo encontrara. Quizá su cara podía dar información. Los tres líderes iban embozados, al fin y al cabo.

Tenía la garganta seca. No solo era por la sed. Se daba cuenta de que estaba alargando el momento, evitando enfrentarse a lo inevitable.

Debía ver al consejero Chen.

Se giró, sintiéndose avergonzado y sucio, y avanzó a trompicones hacia el

carro. Seguía en su sitio, aunque no los caballos. Allá, a lo lejos, Cao Xin todavía reposaba con una flecha atravesando su cuello. También estaba el cuerpo destripado de Bai Fu, el sensible poeta, en un círculo de enemigos muertos. ¿Los mató él o lo hizo el consejero Chen? Zheng Gao decidió pensar que había sido el joven arquero, en un arrebato final de heroísmo. Si alguien le preguntaba, esa sería la historia que contaría.

El consejero Chen no estaba.

Pensó que era por su aturdimiento y los mareos que todavía le venían al moverse. Quizá no estaba buscando bien. Tal vez había quedado cubierto por cadáveres rivales. Pero no era así. Por más que buscó, no encontró el cuerpo del asesor imperial. También se lo habían llevado. ¿Por qué? Y más importante, ¿vivo o muerto?

Tenía que estar vivo. Sí, tenía que ser así. Si estaba muerto, era absurdo que se hubieran llevado el cadáver; no les serviría de nada. Además, un líder había ordenado que no dispararan al carro. Debía de ser porque no quería matar por error al consejero. «Cumplid la misión», había dicho el otro. La misión. Podía ser que la misión fuera secuestrarlo. Tenía sentido.

Pero seguía sin aclarar el por qué.

Por Shangdi, cuánta sed tenía. Le tomó la cantimplora a Bai Fu y dio un largo trago. Luego se sentó y trató de pensar.

Los caballos no estaban. Había huellas en el camino, dirección sur. Habían ido al lugar de donde venían Zheng Gao y su grupo. Nadie más había llegado hasta allí y se había encontrado con aquella escena de batalla. Zheng Gao no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. ¿Se lo había preguntado ya? Le sonaba, pero no estaba seguro. Miró el sol. Amanecer. ¿Cuándo sufrieron el ataque? No era capaz de recordarlo. Pero sí cayó en la cuenta, por fin, con una negra idea que logró reptar hasta su corazón, de lo más importante de aquella situación: él, Zheng Gao, estaba muerto.

Era un hecho indiscutible. Había fracasado en su misión de proteger al consejero Chen. Su único trabajo era asegurarse el bienestar del amigo del emperador, contando para ello con cinco soldados de Qin, y no había sido capaz de hacerlo. Había dejado que cuatro indeseables masacraran a los suyos y se llevaran a la persona de la que debía cuidar. Y no era una infracción que se pudiera evitar pagando el importe de un par de armaduras y sufriendo una degradación de su rango de honor. Su misión implicaba proteger la augusta persona de un consejero imperial, para más señas allegado del Hijo del Cielo, y no la había cumplido.

No solo eso, sino que seguía vivo. Eso, a ojos de mucha gente, bastaría para lanzar una acusación directa. Si Zheng Gao hubiera tenido que juzgar a alguien

que se encontrara en su misma situación, único superviviente de un grupo en el que un asesor imperial había sido secuestrado, él habría tenido clara la condena: el capitán en cuestión era un cobarde. Para él, esa sería la única explicación posible al hecho de que el acusado viviera y su protegido hubiera desaparecido. Un verdadero capitán habría dado su vida por salvar la de Chen.

Así eran las cosas. Daría igual que él explicara cómo ocurrió el ataque. Todos pensarían que mentía, que huyó de la lucha como una rata. Habría quien añadiría que eso era lo que cabía esperar de un campesino.

Así que estaba condenado. Si tenía suerte, solo lo ejecutarían a él por su fracaso. Si no, podrían llegar a castigar también a sus padres para dar ejemplo.

Fuera como fuera, Zheng Gao estaba muerto.

La idea de la deserción pasó por su mente. Ni siquiera un *bugeng* del emperador estaba más allá de esos pensamientos. Nadie sabía que seguía vivo. Podía dejar todo atrás y huir, marcharse y empezar una nueva vida en…

En…

¿Dónde?

No podía volver a casa; sería tanto como condenar a muerte a sus padres. Tampoco podía establecerse de nuevo en Xianyang, en cuyas calles cualquiera acabaría por reconocerlo. Quizá podría vivir durante un tiempo como un mercenario nómada, recorriendo los caminos, luchando para quien le pagara mejor, pero tarde o temprano una patrulla imperial lo identificaría y juzgaría.

Además, no tenía ganas de llevar esa vida miserable. No después de todo lo que había logrado. De todo lo que había estado a punto de conseguir.

El suicidio era la única opción honorable.

Eso haría. Suicidarse. Se clavaría la espada y pagaría así por su fracaso. Con algo de suerte, al mover su cadáver nadie se daría cuenta de lo que había pasado y darían por supuesto que lo habían abatido con el resto de miembros de la escuadra. De ese modo no condenaría a sus padres ni a muerte —la peor opción — ni a la deshonra de vivir con el fracaso de su hijo —una posibilidad menos dolorosa para el cuerpo, pero más difícil de sobrellevar en la vida de aquellos ancianos—.

Fue a buscar su arma, que había quedado tirada en la colina. Se colocó junto al carro, en el lugar en el que debería haber caído, protegiendo al consejero hasta el final. Colocó la punta de su *jian* en la base del cuello. Pensó en la primera vez que la había empuñado, recluta acongojado, y en todas las veces que luego había probado el sabor de la sangre enemiga. A ella también la había deshonrado. Solo esperaba que, en el más allá, sus antepasados fueran comprensivos con él. Había fallado, pero lo había hecho tan bien como había sabido. Su último pensamiento fue para sus padres, un juramento solemne de que los protegería desde el más

allá. Cerró los ojos. Gotas de sudor rodaron por su frente. Apretó la mano en la empuñadura. Respiró hondo. Contó mentalmente. Tres. Dos.

El consejero Chen no estaba muerto.

Abrió los ojos. Bajó el arma. Chen no estaba muerto. Habían procurado no herirle por accidente. Se lo habían llevado. Así que estaba vivo. Y si estaba vivo, sería posible rescatarlo.

La *jian* se le escurrió entre los dedos y golpeó el suelo. Podía rescatar al consejero Chen. Podía hacer eso por él. No serviría de nada a Cao Xin, Lu Gong, Da Wei o Bai Fu, pero podía evitar que el consejero se uniera a ellos. Era lo mínimo que le debía, la única manera de seguir cumpliendo con su misión. Si podía encontrarlo y devolverlo al palacio, al menos borraría la acusación de cobardía cuando le juzgaran. Sus padres se salvarían. Solo él pagaría el precio del deshonor.

Pero… había obstáculos. No podía contar con nadie. No podía avisar a las patrullas imperiales. No podía siquiera decirles lo que había ocurrido. En cuanto se presentara ante ellos, lo detendrían hasta esclarecer los hechos. Una vez detenido no tendría posibilidades de rescatar al consejero. Sería juzgado y condenado como un cobarde; quizá también su familia. Además, mientras las patrullas investigaran se perdería demasiado tiempo. No podía esperar. Debía perseguir a los secuestradores mientras el rastro estuviera fresco.

Se levantó y dejó de notar los moratones, el frío, el mareo, el hambre, la sed y los tajos de su pierna y su brazo. Tenía un nuevo propósito en la vida. Salvaría al consejero Chen aunque fuera lo último que hiciera.

Revisó los cadáveres de sus compañeros. Pidió disculpas a sus espíritus y les quitó el dinero, la comida y la bebida. Ellos ya no necesitaban tales minucias materiales, pero él sí. Les prometió ofrendas en su honor cuando terminara su nueva misión.

Rebuscó en el carro, por si había algo más que pudiera utilizar, y encontró algo inesperado. Oculto tras la caja de escritura del consejero, en un lugar donde sus apresurados captores no habrían pensado en mirar, reposaba una placa de plata. Era de medio palmo de grande y tenía enormes caracteres por toda su superficie. Un sudor frío recorrió el cuerpo de Zheng Gao al reconocerlo. Era el sello de mando del consejero Chen. Quien lo portara podía decir que hablaba en nombre del propio consejero. Se arrodilló en el suelo y, entre elaboradas inclinaciones, dio gracias a los espíritus de sus compañeros soldados por haberle ayudado a encontrarlo: aquel sello le podría ser muy útil en el futuro. Lo guardó con cuidado en una de sus bolsas de cuero.

Terminados los preparativos, decidió ponerse en marcha. Sabía hacia dónde debía ir: al sur, siguiendo las huellas de los caballos hasta que el adoquinado de

los caminos imperiales lo hiciera imposible. Pero incluso entonces tendría un destino cierto, un lugar en el que empezar a buscar. Porque no iba perseguir unas monturas, sino la fama de un nombre.

Lluvia Gris. El nombre que había pronunciado uno de los jefes del ataque. Lluvia Gris. Lo conocía de oídas. En Xianyang se rumoreaba que había un mercenario con ese apodo, alguien que vivía en los bajos fondos y cuyos servicios de espadachín a sueldo estaban al alcance de quien pudiera permitirse su elevado precio. A juzgar por cómo se había enfrentado a Da Wei, el hombre con el que se había cruzado debía de ser ese luchador misterioso.

Zheng Gao se encaminó, con paso decidido y dolorido, de vuelta a la capital.

*

El desconocido se asomó por el umbral de la doble puerta entreabierta, entre titubeos, y durante un momento pareció ser una mera cabeza flotante con barba desaliñada que los espiaba, girando de lado a lado. Luego se fijó en la muchacha que le estaba mirando con extrañeza desde el patio y el rubor pintó su cara redonda y tiznada de negra suciedad.

Daiyu dejó el cubo con el que había estado baldeando el patio para que se refrescara y se acercó a él. Supuso que le correspondía hacerlo, dado que Tía Jiang y Yue habían ido con Grano de Mijo a lavar la ropa, dejando a Daiyu al cuidado de la limpieza de las habitaciones, la cocina y el patio. Tío Feng también se había marchado a media mañana, pues aunque fuera día de descanso los contactos con otros comerciantes eran la parte más importante de sus negocios. En ausencia de todos, Padre era la persona responsable de la casa, pero por su ceguera todavía no se había dado cuenta de la presencia del desconocido. Así que fue ella quien le dio la bienvenida con una educada inclinación y extendiendo las manos entrelazadas en saludo.

—Buenos días, señor. ¿Puedo ayudarle?

El hombre, dubitativo, metió medio cuerpo bajito por entre las puertas y respondió con otra reverencia menos formal.

—Buenos… —Un tosido interrumpió la cortesía; el hombre se limpió con disimulo en la ropa la flema de la mano—. Buenos días. Busco al maestro Li Ping. Me han dicho que vive aquí.

—Yo soy el maestro Li Ping —respondió desde la silla donde reposaba, recolocando con gracia el bonete de plumas de faisán. Daiyu habría preferido que no llevara aquel trapo viejo; el moño que le había hecho tras lavarle tenía un aspecto hermoso. Pero no había manera de separar a Padre de su sombrero.

El recién llegado sonrió y entró del todo en el patio a pesar de no haber sido invitado.

—¡Mucho gusto, maestro Li Ping! Soy Lu, pero todos me llaman Otoño. Porque… —Volvió a toser—. Porque dicen que soy seco como la hojarasca.

—Encantado de conocerle, señor Lu. Y de ayudarle, si es eso lo que necesita.

—Sí, maestro. Necesito… —Otro tosido—. Necesito un curandero.

Padre no vaciló ni un instante, y la sonrisa de su rostro quedó inmóvil como en una pintura. Ya tenía práctica.

—Ah, pues me temo que le han informado mal. Yo no soy médico. Solo vendo hierbas curativas. Pero necesito que usted me diga lo que quiere, según los consejos de algún experto. Yo no puedo diagnosticarle. Entiéndame, podría hacerle daño. ¡Además —dijo, y comenzó a reír con una sinceridad que todavía sorprendía a Daiyu—, imagine usted! ¡Un médico ciego! Ridículo ¿verdad?

El señor Lu parecía confuso.

—Eso no puede ser. Es aquí donde tenía que…

—Viene de mi parte, maestro. —Detrás de él, Tío Feng estaba cerrando la puerta de acceso al patio—. Te has dado prisa, Otoño.

—¡Toda la que he podido! —respondió el otro con una inclinación—. Pero el maestro Li Ping me dice…

—Al maestro no le gusta presumir de sus habilidades. Pero sé que si yo se lo pido, contigo hará una excepción y te tratará como a alguien de la familia. ¿Verdad, maestro?

Padre, tan desconcertado como Daiyu, tardó un par de latidos en contestar.

—Por supuesto —dijo al fin, agrandando su sonrisa—. Cualquier amigo del señor Hu Feng es amigo mío.

—Maravilloso —dijo Tío Feng—. Otoño es una persona muy bien informada sobre lo que pasa en el mercado. Suele comentarme rumores poco conocidos para echarme una mano en el negocio. Cuando he visto que estaba enfermo he pensado devolverle el favor.

Daiyu comprendió el subtexto tan bien como Padre. Si el mercado, como había empezado a entrever, era un mundo de intrigas y politiqueos, tener información suponía una ventaja frente a los demás. Daiyu no sabía cómo habría encontrado Tío Feng a Otoño, pero desde luego que había sido astuto poniéndolo a su servicio. A juzgar por su aspecto no debía de tener mucho dinero; sería algún habitante de las partes más pobres de la ciudad, los arrabales que había pegados a la muralla. Seguro que el señor Lu no le haría ascos a algún ocasional pago en metálico a cambio de sus informes. Lo de preocuparse por su salud sería un añadido, un pequeño regalo para mantener su lealtad.

—Entonces veamos qué puedo hacer por él —zanjó Padre al tiempo que se

levantaba con la ayuda del bastón—. Por favor, sígame, señor Lu.

Nadie tuvo que decirle a Daiyu que los acompañara. Para ese tipo de trabajos, Padre necesitaba que le prestara sus ojos. Entraron en la salita que utilizaban de farmacia —el negocio legítimo de Padre—, donde había una mesa de trabajo y dos paredes con cuatro estantes llenos de tarros, cajas de madera e incluso algún lujoso frasco de cristal, todo iluminado por un par de pequeñas ventanas a la altura del techo. Cada recipiente tenía relieves que permitían a Padre conocer su contenido mediante el tacto, aunque en muchas ocasiones el olor era suficiente hasta para ella. Llegado el caso, Padre medía las cantidades y las dispensaba según lo que demandara el cliente. También había un pequeño laboratorio con calderos, cacerolas, morteros y cuchillos. Sin embargo, aquel no era el sitio al que se dirigían. Atravesaron una cortina y accedieron al verdadero lugar de trabajo del maestro Li Ping.

Era por completo diferente a la sala anterior. En vez de mobiliario abarrotado había una estancia despejada. En vez de multitud de cachivaches se veía solo una mesa baja, un desgastado arcón abierto con material de acupuntura y de escritura, y un cómodo suelo alfombrado con cáñamo. De haber querido, Padre habría podido juntar a diez personas en la habitación; ocupándola solo él, Otoño y ella, casi parecían estar todavía en el espacio abierto del patio en vez de en una estancia cerrada. Padre se sentó frente a la mesa e invitó al señor Lu a hacer otro tanto. Daiyu se arrodilló junto a ellos.

—Antes de que me cuente lo que le pasa, permítame un consejo: en el futuro venga a verme a primera hora de la mañana. No le importe despertarme. Es el mejor momento para examinar a un paciente; el momento en el que el *yang* está repleto y el *yin* todavía mantiene la calma de la noche. En esas condiciones nuestro cuerpo es como un estanque con agua que ni está agitada en olas ni se ha secado. Cualquier perturbación, por tanto, es causada por la enfermedad. Eso hace que sea más fácil detectarla. Ahora acérquese.

Sobrecogido por la apariencia de autoridad que había surgido tras la máscara de inocente farmacéutico, el señor Lu obedeció. El maestro procedió entonces a oler su rostro, su aliento y el sudor pegado a su ropa.

—Abra la boca.

El paciente también lo hizo, pero en esta ocasión fue Daiyu quien examinó la lengua sin tocarla.

—Y ahora dígame, ¿qué le ocurre exactamente?

—Pues que no me libro de la tos. Me salen mocos, me duele la cabeza y la lengua. También tengo calores. Pensaba que se me pasaría, pero no. Empiezo a pensar que es grave.

—Entiendo. No se preocupe. Ahora necesito que me cuente lo que suele

comer.

Daiyu prestó especial atención. Aquella era una parte importante del trabajo: cuando el señor Lu se marchara, ella debería anotar en tablillas de bambú todos los aspectos de su vida. Así, en futuras consultas Padre tendría más información con la que trabajar. Como cada paciente era un mundo y no se podía crear tratamientos que sirvieran para todos, era imprescindible conocer bien a cada uno de ellos.

—¿Lo que como? —dudó Otoño.

—Sí. Luego hablaremos de cómo duerme, del ejercicio que hace, de cómo trabaja…

—Son muchas cosas.

Padre sonrió.

—Pierda cuidado, tenemos todo el día. —Frunció el ceño—. ¿Ocurre algo, señor Lu? ¿Hay algo que le incomode? Si es la presencia de mi hija, le aseguro que ella está capacitada para ayudarme.

—Eh… No, no es eso. Es que… no esperaba esto. Yo le había pedido al señor Hu Feng un curandero.

—Y yo le voy a curar.

—Ya, pero… No se ofenda, pero esto es una tontería. Saber lo que como no me va a curar. Yo lo que necesito es alguien que expulse al espíritu que me ha poseído.

El rostro de Padre no se inmutó, pero tardó unos latidos en ser capaz de contestar.

—El espíritu…

—Sí. Pensé que, como ustedes son de Chu, sabían hacer magia de chamanes. ¡Pero aquí no tiene ni una mísera concha de tortuga para escribir hechizos! ¿Cómo me va a curar?

Padre no dijo nada. Asintió. Se levantó en silencio y avanzó con cuidado hasta la farmacia. Una vez allí, cerró la puerta del patio. Regresó. Se volvió a sentar junto a la mesa. Y habló en un tono de voz muy diferente, menos alegre.

—Es usted inteligente. Alguien que sabe cómo funcionan las cosas. Debo pedirle disculpas.

El señor Lu volvió a dudar.

—¿Sí?

—Por supuesto. Usted no se merecía esto. Entienda que hay mucha gente ignorante por el mundo. No todos son tan listos como usted. A ellos no puedo hablarles de magia porque se asustarían. Por eso tengo que comportarme así. Fingir que soy normal. Pero usted no tiene miedo de las artes oscuras.

Solo Daiyu vio que el señor Lu palidecía.

—Claro. Claro que no.

—Usted no tendrá miedo a un exorcismo.

—No. No, no.

—Entonces nos entendemos. Yo usaré mi magia para expulsar al espíritu que le corroe. Seguramente se lo haya mandado un vecino envidioso.

—¡Seguro! ¡Tengo muchos vecinos envidiosos!

—Pues ahí está. Ya sabemos lo que es, ahora necesitamos echarlo. Deme las manos para que pueda notar su *qi* sobrenatural. —Entre aterrado y fascinado, el señor Lu le extendió los brazos. El maestro se los tomó a la altura de la muñeca, mantuvo la pose unos instantes, y luego tocó a su paciente por la zona de pecho y abdomen sin nuevas protestas—. Ajá. Ya lo tengo. Ahora, señor Lu, le voy a pedir que salga al patio. Usted no está autorizado a ver la magia que llevaré a cabo. Además, sería peligroso para usted, estando poseído como está.

Sin parar de asentir, el paciente abandonó el lugar con toda precipitación. Cerró la puerta como si fuera una barrera que lo protegería contra diez mil demonios. Solo entonces Daiyu vio que la sonrisa volvía al rostro de su padre.

—¿A qué juegas? —le preguntó por fin—. ¿Espíritus? ¿Qué han sido todas esas locuras sobre magia y exorcismos?

Padre parecía contento de tenerla perpleja.

—Siéntate a mi lado, hija. Y dime una cosa: ¿Recuerdas lo que nos dice el *Canon*? «Si un paciente es supersticioso y no cree en la medicina, o si un paciente rehúsa el tratamiento…».

Daiyu comprendió al fin y terminó la cita.

—« … entonces nada de lo que haga el médico servirá para que se encuentre bien».

—«Lo cual es la prueba de que la curación en realidad viene de dentro». El señor Lu quiere que lo curen, y a él, en el fondo, le da igual que hablemos en términos médicos. Si quiere creer en fantasmas, pues que crea. Si él cree que le quitamos la maldición, hasta sanará más rápido. Eso es lo importante: que hagamos que se sienta mejor. Nuestro deber es ese; convencerlo de que los fantasmas no existen, no. Ahora vayamos a lo serio. Háblame de la inspección visual.

—S… sí. Eh… Postura y color de la piel normales. Rostro algo ruborizado. Nada raro en el brillo de los ojos. La lengua no era pálida. Roja con densa pelusa amarillenta.

—¿La flema?

—También densa y amarilla.

—Bien. Si te digo que el pulso es rápido y no flotante, ¿qué crees que tiene?

Daiyu meditó un poco, pero la respuesta parecía sencilla.

—Calor interno con humedad. Deficiencia del *qi* y del *yin* de los pulmones.

—Y necesita…

A eso contestó con más seguridad.

—«Donde hay calor, usar métodos que enfríen. Donde hay humedad, usar métodos que sequen. Donde hay flema, resolverla. Donde hay deficiencia, tonificar». Hay que darle un tónico de *qi* para fortalecer los pulmones y facilitar el movimiento del aire. También hay que darle uno de *yin* para nutrir el pulmón, humedecer la flema seca y permitir la secreción de fluidos del cuerpo. Quizá… ¿Efedra, pinellia y naranjo amargo, con regaliz para armonizar? —Padre asintió aceptando el tratamiento propuesto y ella no pudo evitar sentirse orgullosa, por enfadada que estuviera con él—. También debe comer comida amarga para luchar contra la humedad interna.

—¿Y sus emociones?

—Tristeza. La tristeza daña los pulmones. —Daiyu, gran conocedora de la melancolía, siempre recordaba esa parte: era fácil si pensabas que cuando estás triste suspiras más, algo que ocurre porque esa emoción ataca a los pulmones más que a otro órgano—. Debería encontrar la fuente de la tristeza y superarla. Además, como estamos en otoño, que es el momento del año en el que el *yang* pasa a *yin*, es conveniente que mantenga la calma para poder hacer la transición al invierno. Debe recuperar energías y no gastarlas, ni físicamente ni con emociones fuertes.

La sonrisa de Padre aumentó. Daiyu se dio cuenta de que él también se sentía orgulloso. Su enfado hacia él se redujo un poco.

—Bien dicho, hija mía. Ahora vamos a preparar los tónicos.

Cuando terminaron su trabajo en el laboratorio de la farmacia encontraron al señor Lu dando vueltas por el patio, preocupado. Tía Jiang y Yue ya habían regresado, pero ni sus atenciones lo habían apartado de funestos pensamientos plagados de fantasmas vengadores y maldiciones. El maestro, de nuevo serio, le entregó los tónicos y le dijo cómo tomarlos.

—Estos elixires alterarán el *qi* de su cuerpo, cosa que expulsará al espíritu. Pero para que el hechizo funcione tiene que hacer algo más.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó Otoño, ansioso.

—Para empezar, no le dé energía al fantasma. Contenga sus emociones o le dará más fuerza. En especial la tristeza; este espíritu se aferra a la tristeza como una enredadera, es su alimento preferido. ¡No se deje dominar por ella! Debe permanecer tranquilo e imperturbable como el firmamento. Tampoco debe acostarse tarde, para que la luz del sol le proteja. Tome comidas amargas, pues este espíritu aborrece ese sabor. Y vuelva a verme dentro de dos semanas o si empeora en vez de mejorar.

El paciente escuchaba con la boca abierta.

—¡Es… es usted prodigioso! ¡Gracias, maestro Li Ping! ¡Gracias!

Daiyu se mordió la lengua para no reírse. No dejaba de ser irónico que el satisfecho señor Lu se marchara convencido de que aquel falso exorcismo acabaría con un fantasma que no existía. Poco podía imaginarse que por culpa de lo que acababan de hacer otro espectro más letal estaba a punto de entrar en su vida.

*

Cuando Zheng Gao llegó a la aldea, la emoción de su nuevo propósito se había difuminado hasta el punto que el dolor volvía a ser su compañero de viaje. En ocasiones, si se movía demasiado rápido, un fuerte latido desde la cabeza le hacía saber que aquello era muy mala idea. Las cuchilladas en su brazo y su pierna no sangraban, pero eso no les impedía quemar a cada paso. Y qué decir de la cohorte de contusiones de su cuerpo.

Aun así trató de parecer digno cuando divisó a lo lejos la familiar silueta de las cabañas desvencijadas. Se sacudió el polvo de la ropa y la capa, adecentó el penacho de su yelmo y ocultó como pudo sus heridas más llamativas. Para cuando estuvo a la vista de los aldeanos, volvía a tener el aspecto duro y marcial que habían conocido, no el de un hombre derrotado caminando entre la vida y la muerte.

Se repitió la escena del recibimiento, que Zheng Gao atajó tan rápido como pudo. Las miradas de los pueblerinos dejaban claro que no entendían nada, ni por qué había vuelto ni por qué lo hacía solo y sin montura. Pero Zheng Gao no había ido a dar explicaciones, sino órdenes.

—¡Jefe Yuan! ¡Escucha bien! Siguiendo el camino hay unos treinta cadáveres junto a dos colinas. —Las miradas de confusión se convirtieron en unas de simple y puro miedo—. Os ordeno que vayáis allí, recojáis los cuerpos y los traigáis para hacerles los preparativos del funeral.

El anciano asintió, tembloroso.

—Así se hará, noble señor. Aunque será difícil y tendremos que usar a todo el pueblo. Treinta cuerpos son muchos cuerpos…

Zheng Gao reprimió el impulso de degollar al jefe por su insolencia. Como hijo de granjeros sabía que lo que estaba pidiendo ocuparía mucho tiempo de necesario trabajo en la aldea.

—¡Pues empezad ya y así acabaréis antes! —dijo, usando la agresividad verbal en vez de la física—. ¿O queréis que treinta fantasmas vengativos os pidan

cuentas por no haberles hecho un funeral digno?

Aquella posibilidad pareció espantarlos más que la realidad de la espada *jian* que portaba Zheng Gao.

—¡No, no, para nada, noble señor! ¡Empezaremos ahora mismo!

—Bien. Cuando hayáis terminado con los cuerpos enviad un mensajero al puesto de guardia. Informadles de lo que tenéis y decidles que nuestro grupo sufrió un ataque. ¡Es importante! ¿Entiendes?

El jefe Yuan asintió. Nadie en la aldea se atrevió a preguntar lo evidente, por qué no iba él en persona a avisar.

—Así lo haremos, noble señor.

—Una última cosa. ¿Habéis visto pasar a alguien por aquí?

—Sí, sí, noble señor. Un pequeño grupo de jinetes. Iban hacia el sur.

—¿Tenían algo que os llamara la atención?

—Sí, noble señor. En los caballos había un par de cuerpos inconscientes. O puede que muertos, no sé.

—Bien. Ahora, ¡marchaos!

Los campesinos salieron en tropel a cumplir la orden y, en unos momentos, Zheng Gao se quedó solo en un pueblo abandonado. Se sentó en un desvencijado banco de madera y trató de pensar. Los secuestradores seguían yendo hacia el sur, avanzando hacia Xianyang. ¿Cómo pasarían los puestos de control? No con dos cuerpos de los que no podían explicar nada. Así que obviamente esquivarían los cuarteles del camino y vadearían ríos sin usar puentes, también vigilados. El riesgo entonces era que se encontraran una patrulla ambulante por la carretera. Si les pedían los pasaportes verían que no estaban sellados en los puestos de control. Eso podían evitarlo, o bien saliendo por completo de las vías imperiales y avanzando campo a través, o bien falsificando sus pasaportes; si habían llegado al extremo de secuestrar a un asesor imperial, no existían límites morales para ellos.

Ahora bien, una cosa era esquivar controles en carretera y otra muy diferente colar al consejero Chen por las puertas de la capital, si de verdad aquel era su destino final. Era imposible que los guardias de los accesos pasaran por alto algo tan llamativo como dos cuerpos. Así que, casi seguro, no los introducirían en la ciudad. Quizá su intención era esconderse cerca de Xianyang sin llegar a entrar.

Pero el tal Lluvia Gris sí que entraría. Sus documentos de viaje estarían en orden. Una vez cumplida su misión, volvería a la ciudad donde vivía y se habría labrado una reputación. El lugar donde podría conseguir nuevos trabajos como matarife a sueldo. Por eso sería allí donde Zheng Gao lo encontraría.

Lluvia Gris. Aunque el mercenario no lo supiera, le quedaban unos pocos

días de vida.

五

Hablar con los muertos era más fácil que con los vivos. Siempre que se arrodillaba ante el altar familiar que había en la casa, Daiyu notaba que se le soltaba la lengua. En aquellas ocasiones las palabras le salían solas. En susurros, eso sí —en parte por vergüenza y en parte por decoro fúnebre—, pero brotaban como un riachuelo. No sentía miedo o preocupación por herir los sentimientos de nadie, solo la libertad de decir lo que pensaba. Sus inconexas ideas, que en general se movían como la niebla cada vez que trataba de atraparlas en sus pensamientos, se entrelazaban igual que los patrones de un tejido. Se volvían sólidas, visibles. Coherentes. Ella fijaba la vista en la tablilla con el nombre de Hermano Mayor y el resto ocurría de forma natural.

—Tú me entiendes, ¿verdad?

En su cabeza, Hermano Mayor asentía con su habitual gesto meditabundo. La entendía mejor que ella misma. Daiyu sabía que no eran imaginaciones. Si él hubiera estado frente a ella, también habría sido el único en comprender por qué hacía las cosas. O, quizá, no el único. Segundo Hermano también le hacía caso, pero era diferente. Cuando regresara de dondequiera que estuviera —porque no estaba muerto como creía Padre, de eso Daiyu estaba segura en el fondo de su ser—, también la escucharía. Sin embargo, no lo haría como lo hacía Hermano Mayor. Segundo Hermano no podía tomarse nada en serio, y aunque Daiyu era la primera en soltar carcajadas con las constantes bromas que le gastaba, en aquel momento necesitaba a alguien capaz de hablar de las dificultades de la vida. Resultaba extraño que la persona más indicada para ello fuera su difunto allegado.

Pero aquel había sido siempre el gran don del primogénito de la familia: entender lo que motivaba a los demás. Lo hacía y guardaba el conocimiento dentro, como si fuera un secreto que jamás revelaría sin permiso. Solo lo usaba cuando la persona afectada le pedía ayuda. Entonces se convertía en un pozo de sabiduría, a veces incluso mayor que Padre. Daiyu echaba mucho de menos a

Hermano Mayor.

Se ruborizaba al pensar que sentía más nostalgia por él que por Madre. Sabía que aquellos pensamientos eran de mala hija, y que sin duda Madre la estaría mirando con el entrecejo arrugado, pero era la verdad. Solo esperaba que ella lo comprendiera; que se diera cuenta de que, por mucho que hubiera cuidado y amado a Daiyu, tenía tendencia a darle la razón a Padre. Y en aquel momento Padre se equivocaba, así que no necesitaba en su cabeza el eco de los reproches de su madre.

A Daiyu le fastidiaba que todo el mundo (Padre, Tío Feng, Tía Jiang, todos) pensara que su comportamiento era debido a una especie de rabieta infantil. Creían que su rechazo a casarse era algo inmaduro, irracional y desconsiderado. A nadie se le había ocurrido pensar que ya era una mujer hecha y derecha, y que podía tener motivos altruistas para la decisión que había tomado. Hermano Mayor habría sabido verlo. Se habría dado cuenta de que si tenía edad para casarse, también la tenía para tomar decisiones importantes y meditar sus consecuencias. Pero la gente a su alrededor parecía pensar que se movía por egoísmo. Y eso le hacía hervir la sangre y le daban ganas de gritarles a la cara lo idiotas que estaban siendo. No lo hacía, claro, porque entonces pensarían que habían tenido razón desde el principio y que ella no era más que una niña con pataletas, pero lo pensaba muy fuerte. Ya buscaría la manera de hacérselos ver.

De momento, estar en el mercado era una primavera en mitad del otoño. Su nueva ocupación la había ilusionado incluso más allá de la sorpresa inicial del primer día. Moverse al aire libre, charlar con la gente —incluso con las «tocadoras de seda»—, y ayudar con las cuentas se habían convertido en actividades relajantes. Trabajar con Tío Feng le daba la oportunidad de observar el día a día de cientos de personas, de saber que había vida más allá de las paredes de su habitación; era casi como volver a estar en Chu.

Aun así, habían decidido que no siempre se quedaría la jornada completa. Habría días que se encargaría de la casa junto a Hermana Menor, porque no podía olvidarse de esos trabajos tan necesarios. Y alguna vez Tía Jiang la relevaría tras la hora de comer, momento en que ella volvería a casa y se ocuparía de las tareas domésticas que hubieran quedado sin hacer. Pero aunque solo estuviera unas horas fuera, iban a resultar más curativas para ella que cualquier píldora de Padre. Hasta el punto que no le importaba tener que trabajar más para gozar de aquel privilegio.

Tío Feng le había explicado que iban a pagar más impuestos. Era un tema que le preocupaba, pero parecía haber pensado una estrategia para tratar de solucionarlo. Se la había explicado a Daiyu con plena confianza: si podían tejer más seda, quizá serían capaces de vender el excedente al imperio. El Estado

creado por Qin veía con buenos ojos a quienes trabajaban duro, de manera que solían premiarlos con una reducción de las tasas. Conseguirlo podría ser un alivio económico para ellos, y además les crearía una buena reputación ante los funcionarios imperiales.

Pero —y ahí Tío Feng la había mirado con preocupación— para lograrlo necesitarían más manos en el telar. Daiyu no podía pasarse las mañanas en el tenderete; sobre todo cuando era la tejedora más rápida de la familia.

Daiyu primero se quedó helada y luego negó con vehemencia. Una vez más le imploró a Tío Feng que no le hiciera renunciar a aquello. Acompañó sus súplicas con una propuesta: si podía seguir yendo con él al mercado, Daiyu se quedaría tejiendo hasta más tarde por la noche. Él ponderó la oferta y, tras reflexionar como solía hacer, aceptó.

—Al fin y al cabo, todavía tengo que pensar en cómo convencer a esos burócratas de que compren nuestra seda y no la de la gente de Qin…

Aquellas palabras dieron un nuevo objetivo secreto a Daiyu: si se fijaba bien en los artesanos de la competencia, sobre todo en los oriundos de Qin, tal vez encontrara la manera de abrirle a Tío Feng las puertas de aquel nuevo negocio. Era lo mínimo que le debía por todo lo que estaba haciendo. Así que se puso a observar.

No tardó en tener bien identificados a los tres líderes de aquel grupo de rivales, las personas que eran más hostiles con Tío Feng y el resto de los comerciantes de Chu. Estaba Su, un hombre de pellejo reseco que no solo era malencarado con ellos, sino también con sus propios clientes, a pesar de lo cual solía acabar el día con un buen montón de monedas en su caja. Lejos de él tenían el puesto de Tang, un vendedor anciano y de pocas palabras que por lo visto tenía algún rencor oculto con Su. El más joven de los tres era Zhu, heredero de un puesto que al parecer tenía cierta solera en el mercado desde hacía generaciones. Él, sin embargo, era un falso y un asqueroso: con sus clientes era todo amabilidad, pero cuando tenía ocasión le soltaba a Daiyu todas las obscenidades que pasaban por su mente.

Entre los tres llevaban la voz cantante de los tejedores de Qin. También se llevaban la mayor parte del reparto de la seda vendida al imperio. Daiyu decidió que, por mucho que tardara, averiguaría cómo habían accedido a ese mercado tan elitista. Por desgracia, no pudo hacerlo en aquel momento. Algo más importante ocupó su mente.

Cuando vio llegar al señor Liu, el amigo de Tío Feng, Daiyu sonrió sin pensarlo; todavía recordaba las chanzas del primer día. Sin embargo, la expresión afable se evaporó de su rostro en cuanto vio el del sericultor. Tenía los ojos hundidos como si no hubiera dormido bien y su labios estaba retorcidos en una

mueca de nerviosismo. Tío Feng también lo notó.

—¡Liu, amigo! ¿Qué te pasa?

Los ojos del mercader se enrojecieron.

—Feng… ¡Ay, Feng! Tengo un gran problema.

Tío Feng respiró hondo antes de contestar, muy serio.

—Cuéntame. Si puedo ayudarte, sabes que estaré a tu lado.

—¡Ay, Feng! Eso espero. Es mi única posibilidad.

—Siéntate. Dime qué te pasa.

Se acomodaron en el suelo y el señor Liu trató de ordenar sus ideas entre el ensordecedor jaleo.

—Es… Es la Hermandad sin Lazos.

Daiyu recordó al hombre de la coleta, el tal Buey Nocturno, y la preocupación que les había provocado. Echó un vistazo discreto a Tío Feng y vio que volvía a tener la misma expresión adusta en su semblante.

—¿Qué te han hecho?

—Todavía nada. Pero… Pero quieren que sea su vasallo. ¿Entiendes? Yo… no puedo permitírmelo. No puedo pagarles diezmos. Apenas nos alcanza para vivir. Pero si no lo hago… Ya sabes cómo son. Por favor, Feng, necesito tu ayuda. Yo no soy nadie, a mí no me harán ni caso, pero tú… Habla con ellos, haz algo. A ti te escucharán. Todo el mundo te escucha. Diles que yo no tengo dónde caerme muerto.

La charla se convirtió en un lamento quejumbroso. El señor Liu se cubrió la cara, tratando de tapar sus lágrimas, y Daiyu aguardó con paciencia. Sabía que Tío Feng estaba a punto de dar una respuesta astuta para solucionar todo aquello, y tenía curiosidad por saber qué haría en concreto para ayudar a su amigo. ¿Hablaría con aquellos criminales, como quería el sericultor? ¿Informaría de todo a las autoridades?

—No puedo ayudarte.

El señor Liu detuvo sus lloros de golpe. No se movió ni habló, como si se hubiera convertido en estatua. Algo parecido le pasó a Daiyu. No estaba segura de haber entendido bien. Pero Tío Feng repitió sus palabras.

—No puedo ayudarte. Lo siento, Liu. No puedo meterme en esto. Tienes que entenderlo.

Liu lo miró, estupefacto. Luego se derrumbó con un asentimiento que parecía una condena a muerte.

—Lo entiendo —dijo en tono de voz monocorde—. Perdona por haberte molestado.

No añadió nada más ni Tío Feng intentó detenerlo. Se arrastró de vuelta al mercado y perdieron de vista su destrozada silueta.

Daiyu no tenía palabras para expresar su asombro.

—¡Tío Feng! ¡Has dejado que se vaya!

—Sí —repuso, cabizbajo.

—¡Sin ayudarlo!

Él la miró con irritación.

—No necesito que me señales lo que ya sé.

Daiyu trató de dulcificar su tono.

—Pero… tenemos que hacer algo.

Tío Feng sacudió la cabeza.

—Daiyu, no entiendes lo que pasa.

—Sí que lo entiendo —replicó con energía—. La Hermandad sin Lazos está extorsionando al señor Liu.

—Así es. Obtienen dinero amenazando a comerciantes débiles.

—Y tú no lo vas a ayudar.

Tío Feng suspiró.

—No.

—¿Por qué? ¡Seguro que hay algo que puedas hacer!

Tío Feng dejó salir media risa llena de frustración.

—Oh, claro que lo hay. Muchas cosas. Pero todas acabarían mal. Todavía no entiendes bien cómo funciona este mundo. No entiendes que la Hermandad sin Lazos quiere, precisamente, que haga algo. Por eso es que no lo voy a hacer.

Daiyu se encogió de hombros.

—Tienes razón, no entiendo nada.

Tío Feng chasqueó la lengua.

—La Hermandad sin Lazos no es la única banda criminal de la ciudad. Sus mayores rivales son la gente del Filo Oculto. Aquí no los verás, porque esto es territorio de la Hermandad. El Filo Oculto trabaja en el mercado de esclavos. Pero se llevan a muerte. No es una forma de hablar. A muerte de verdad, en las calles. Y necesitan poder y dinero para no ser aplastados por los otros. Yo juego un papel importante para la Hermandad. Soy una persona influyente entre los refugiados de Chu. Liu ha acertado al decir que la gente me escucha. Por eso la Hermandad me quiere de vasallo: porque si lo soy, saben que los demás me seguirán. Pero no se atreven a actuar contra mí directamente, dado que si me acorralan podría volverme contra ellos con mucha fuerza. Así que actúan de forma indirecta, presionando a Liu. Ellos no lo quieren a él de vasallo, me quieren a mí.

»Pero yo no puedo aceptar, Daiyu. Ser su vasallo no es solo perder dinero, es perder nuestra libertad. Estaríamos en sus manos para siempre. Y tampoco quiero que le pase esto al resto de los comerciantes de Chu que confían en mí.

Eso sin decir que si me convierto en aliado de la Hermandad pasaré automáticamente a ser enemigo del Filo Oculto, lo que tampoco mejora la cosa.

—¡Entonces haz algo! ¡Lucha contra ellos!

—¡Tampoco puedo! Si los provoco abiertamente, si los ofendo en público, ellos creerán que deben recuperar su «honor», que tienen motivos para emplear la violencia. La usarán contra mí, o contra ti, contra nuestra familia. Casi lo están deseando, porque es su manera de hacer las cosas.

»Y de todos modos, ¿qué puedo hacer yo? ¿Enfrentarme con armas contra unos asesinos, contra delincuentes condenados? ¿Crees que tendría alguna posibilidad? ¿Y crees que eso no tendría consecuencias en el mercado? ¿Qué crees que pensarían las autoridades si yo alterara el orden público de esa manera? ¡Eso sería la excusa perfecta, la que están buscando los de Qin para echarnos de aquí!

»No, Daiyu, lo único que puedo hacer es lo que he hecho hasta ahora: no ser ni enemigo ni aliado, mantener el equilibrio. Si yo no lo rompo, la Hermandad tampoco lo hará.

—¡Tío Feng, ya lo han hecho!

Pero no hubo manera de convencerlo.

*

Li Ping conocía una gran verdad universal: que la medicina era la mejor herramienta para salvar vidas. Valoraba tanto aquel conocimiento que incluso había memorizado numerosas secciones del *Canon interno del emperador*; el resto las había absorbido hasta tal punto que conocía su sentido aunque no recordara las palabras exactas. El saber ancestral, de siglos de antigüedad, que contenía el *Canon* preveía todo lo necesario para sanar a la gente: cómo leer su pulso en distintas partes del cuerpo, qué alimentación recomendar a cada persona, cómo afectan las estaciones y las horas del día al estado de salud, de qué modos el cuerpo humano refleja el orden celestial, cómo funcionan los cinco órganos y las Cinco Fases, de qué manera se puede equilibrar el *yin* y el *yang*, cómo sacar el máximo partido a la acupuntura… Alguien que dominara aquellas técnicas podría arrancar a los enfermos de las garras de la muerte.

Li Ping conocía otra gran verdad universal: que todo aquello era mentira.

Cuando vinieron las fiebres, él hizo todo lo posible. Midió con absoluta concentración el pulso en manos, pecho, estómago y piernas. Evaluó su intensidad y velocidad, así como su punto de origen. Calculó su cadencia en relación con el ritmo respiratorio. Analizó la complexión, el color de piel, ojos y lengua, y el olor predominante. Estudió la evolución de la enfermedad para ver si

se desplazaba de arriba abajo o de un lado al otro. Tuvo en cuenta toda la dieta seguida en los últimos meses, para confirmar que resultara adecuada a cada estación. Buscó posibles exposiciones a fuentes de humedad, sequedad, frío o calor que pudieran haber agotado el *yang* o perturbado el *yin*. Revisó cómo se transportaba la energía a través de los cinco órganos para tratar de deducir si había algún bloqueo. Insertó agujas de acupuntura con la precisión de un maestro, el tiempo justo, la profundidad exacta. Siguió todas y cada una de las recomendaciones del *Canon*. Hizo el mejor trabajo de su vida.

Aun así Yu, su querida mujer, murió.

Hacía doce años de aquello, y Li Ping seguía sintiendo el desgarro en su pecho como si hubiera ocurrido la pasada noche. Tenía agridulces recuerdos neblinosos de los meses de su noviazgo y del tiempo antes de la desgracia. El nacimiento de Yun, amamantándose con la fuerza de un campeón. La primera vez que Daiyu y ella llevaron vestidos a juego. Cuando se preocuparon por aquella aparatosa caída del travieso Yang, que luego quedó en nada. Las incontables horas hablando con su amada Yu de todas las cosas que sabía, arte, ciencia, política, y cómo ella escuchaba embelesada… para luego resultar ser más sabia que él siempre que tenía que aconsejarlo en algún problema serio.

Le dolía darse cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Le dolía todavía más ser consciente de que, a su pesar, se estaba olvidando de su rostro.

Un rostro que se le escurría por la memoria, igual que se escurrió entre sus dedos la vida de tan asombrosa mujer sin que pudiera hacer nada por salvarla. A pesar de haberlo hecho todo.

Suponía que aquella era la conclusión. Había intentado controlar las cosas y eso era algo que no se podía lograr. La gran montaña del mundo no se puede abarcar, no se puede controlar. Hay que asimilarla. Hay que fluir con ella. Acción en la inacción. Ese era el Camino.

El Camino.

Bufó.

Yu había muerto durante las mismas fiebres en las que Li Ping había conseguido salvar a… otras personas. Gente que lo merecía, gente que no lo merecía, gente a la que había aplicado los mismos cuidados que a Yu, o incluso menos. Gente que, al contrario que Yu, habían sobrevivido.

Con el tiempo, Li Ping había aceptado que el *Canon* no dejaba de ser una herramienta. Sin ella, la enfermedad campaba a sus anchas. Pero tenerla no implicaba necesariamente una victoria. El arquero no siempre acertaba en el blanco, por muy ornamentado que estuviera el arco. Aunque le fueran muy útiles los consejos del *Canon* acumulados por generaciones de dedicados médicos que habían vivido antes que él, a veces funcionaban y, a veces, fallaban.

Pero por algún motivo a él siempre le fallaba la herramienta cuando más la necesitaba. Yu. Yun. Yang, cuyo cadáver ni siquiera había podido ver.

¿Qué sentido tenía todo? ¿De qué había servido venir a Xianyang? Una decisión que en su día le había parecido tan acertada había acabado convertida en una fuente adicional de desdichas para todos. En ocasiones se imaginaba volviendo a Chu y apartándose del mundo, viviendo entre las montañas con la única preocupación de conseguir nuevas plumas de faisán para su sombrero. Pero aquel sueño era imposible, como tratar de pescar el reflejo de la luna en un lago.

Escuchó el sonido de unos pasos que se acercaban. Sonaron casi al mismo volumen que el lejano soniquete de las mujeres tejiendo, que era lo único que debería oírse en casa a aquellas horas de la noche. Pero desde su asiento en el patio Li Ping tuvo claro quién se aproximaba.

—Buenas noches, viejo Feng.

Su amigo tomó otra silla y se puso a su lado. No tuvo que preguntar cómo lo había reconocido. No era por su forma de caminar ni nada tan críptico: las mujeres estaban trabajando en el telar, así que solo quedaban los hombres. Y Grano de Mijo no se caracterizaba por su locuacidad.

—Buenas noches, viejo Ping. ¿Qué te preocupa, maestro?

Li Ping se volvió hacia él con las cejas alzadas y media sonrisa.

—¿Y si te digo que no me preocupa nada?

—No te creería. Tenías la cabeza levantada hacia las estrellas. Los dos sabemos que no ves ni torta, así que no las estabas contemplando. Me pareció la pose de alguien que le da vueltas a algo.

Li Ping exhaló una suave risita, apenas un suspiro.

—Te he enseñado bien.

—Entonces…

—Los recuerdos, viejo Feng. Me preocupan los recuerdos.

El comerciante respiró hondo.

—Mala cosa cuando se nos pegan. Por fortuna… —Li Ping escuchó un sonido sordo y luego le llegó una vaharada de aroma a licor—. Tengo algo aquí que puede ayudar.

Feng le colocó en la mano un pequeño platillo de cerámica lleno de alcohol con aires frutales. Brindaron en silencio y bebieron todo de un trago. Luego volvieron a llenar los recipientes.

—¿Día duro en el mercado? —preguntó Li Ping al fin.

—Sí. Pero no por tu hija, no sufras.

Li Ping repitió su risa de hombre agotado.

—No sufrir por mi hija… Ojalá pudiera. —No había nada que añadir, así que

Feng nada añadió. Li Ping siguió hablando—. ¿Alguna vez te planteas si esto tiene sentido? Me refiero a estar aquí en vez de en casa.

—Trato de convencerme de que esto es casa ahora.

—Al final resultará que dominas el Camino mejor que yo.

Volvieron a vaciar y a llenar los cuencos.

—Maestro, conozco el peso que cargas. Lo sabes.

—Pero lo sobrellevas. Y te envidio por ello. Y no lo entiendo. Me tienes aquí como un invitado de honor, cuando lo que soy es un recordatorio de tu pérdida.

—Yo no lo veo así. Cuando She enfermó, tú lo salvaste. No hay nadie que pueda pagar esa deuda.

A lo lejos, un hombre discutió con otro a gritos en la calle. Un perro ladró y un bebé se despertó llorando.

—Yo lo salvé… Pero luego los de Qin lo reclutaron a la fuerza y murió en el frente, luchando con el uniforme de nuestro enemigo. Como mi Yun. Primero tu hijo y luego los míos. ¿Qué sentido tiene? ¿Realmente salvé a She de algo?

Hu Feng le puso una mano sobre el hombro.

—Viejo Ping, me diste dos años más con él. Cada hora, cada instante que pudimos pasar con She durante ese tiempo fue un regalo que nos hiciste.

Li Ping sintió la angustia abriéndose paso a través de su garganta. La ahogó con otro trago de licor. Cambió de tema.

—Llevo días intentando encontrar el vacío. No lo logro. No me libero de mí. No soy capaz de fluir. Solo tengo en mi mente a Yun y a Yang. Y a Daiyu. Daiyu. Si los dioses hubieran querido… Si hubiera seguido en Chu… Si yo hubiera obedecido… quizá ella estaría mejor. Podría estar en una buena familia, como tu hija Dehuai.

Feng chasqueó la lengua.

—No pienses así. No te eches la culpa, que no la tienes. ¿Quieres saber quién es responsable de nuestro sufrimiento? No es el destino ni los dioses. Yo lo tengo claro. La culpa de todo la tiene Qin. Su violencia. Su avaricia. Cuando siento que me estalla el alma de dolor, es a Qin a quien odio.

Li Ping suspiró.

—Yo no sé si soy capaz de odiar. No sé si me quedan fuerzas. ¿Sabes lo único que me mantiene en marcha? Lo he descubierto hace poco. Burlarme de todo. Reírme de esta enorme farsa. Te voy a confesar un secreto: cuando le conté a tu amigo aquella estúpida historia sobre fantasmas… me sentí vivo, Feng. Vivo por primera vez en mucho tiempo. Me preocupa que la vida ya solo sea un chiste para mí.

*

Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes. Daiyu repetía los movimientos sin pensar en ellos, con una habilidad que había desarrollado tras horas frente al telar. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes. Poco a poco, con el constante esfuerzo de aquellos gestos repetitivos, se iba creando uno de los rollos de seda que acabarían vendiendo en el mercado. En esa ocasión era de color azul, ya que habían teñido los hilos de seda con hojas de añil. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes. Desde que Tío Feng le había contado su idea de vender excedentes al imperio, Daiyu había puesto todo su esfuerzo en acelerar el proceso sin estropear el trabajo. Aquello requería mucha concentración, pero parecía que lo estaba consiguiendo, que iba a ser capaz de producir más tela que de costumbre. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes.

La acompañaba el runrún de las otras mujeres moviéndose en elaborada coreografía. La vetusta señora Hong giraba una de las ruecas con la rauda habilidad de una araña veterana. La otra la movía, con algo más de torpeza en sus dedos gordos, la señora Tao; los trompicones de su rueca sacaban muecas de burlona satisfacción de la señora Hong. Tía Jiang y Hermana Menor estaban clasificando capullos de seda de una enorme cesta de mimbre con olor a naturaleza añeja. Los había de dos grandes tipos, blancos y amarillos, cuyo color dependía de la alimentación que hubiera seguido el gusano en su cría. Los ordenarían por tamaños y calidades y luego los cepillarían para encontrar los filamentos, que se devanarían en un hilo listo para ovillar. Tras eso, las madejas se cocerían para el descrude, se secarían lejos del sol directo y, tras teñir los hilos si hiciera falta, se formarían las urdimbres que luego usarían en el telar para crear el tejido final con la trama elegida.

Mientras esperaban su turno en las máquinas, las demás mujeres se ocupaban de diversas tareas secundarias como seleccionar capullos igual que Tía Jiang o aprovechar el tiempo para hacer remiendos a las ajadas ropas de sus familiares.

Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes.

En la sala flotaba una nube de cera caliente y sudor. Como solían hacer, las mujeres habían empezado el trabajo cantando. La melodía ayudaba a mantener un ritmo constante, pero al final el esfuerzo resultaba agotador, así que siempre la abandonaban. En su lugar, se concentraban en un afanoso silencio salpicado de chismorreos intrascendentes.

Había sido uno de los requisitos para que Tío Feng y su familia pudieran ocupar aquella casa deshabitada: compartir el telar con las mujeres de los demás tejedores del gremio. Era una condición cómoda, así que no se habían negado. Como consecuencia, tras la puesta del sol la residencia de Hu Feng recibía la visita de varias matronas. Todas de Chu, eso sí; las mujeres de Qin, igual que sus maridos, se comportaban como si la cercanía de la familia de Hu Feng fuera indigna. Pero, para sus compatriotas, reunirse de aquella manera tenía muchas ventajas. Cada cual traía una silla y los materiales con los que pensaba trabajar, y se repartían por turnos el telar y las ruecas. También tenían un fondo común para gastarse en velas que usaban para iluminar la febril actividad: aquello era más barato que conseguir luz por separado en cada una de las casas.

—Dicen que el Festival de la Cosecha será impresionante este año —comentó la inquieta señora Bai sin venir a cuento. Era una de esas personas que no pueden soportar el silencio, enemigas de sus propios pensamientos—. Mi hijo conoce a gente y le han contado que vendrán muchos visitantes de otros reinos.

—No hay otro reinos —replicó, mordaz, la señora Hong—. Solo hay uno. No digas tonterías.

Durante unos momentos nadie volvió a hablar. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes.

—Dehuai me ha dicho lo mismo —intervino al final Tía Jiang—. En su casa están preparando grandes adornos para que los vean los emisarios de fuera.

Daiyu se daba cuenta de que la frase no había sido inocente. La había dejado caer para quitarle a la señora Hong el control de la conversación y, a la vez, presumir de su hija mayor. Hermana Menor lo había notado. Desde su banco junto a la cesta de mimbre la miró y, con disimulo, puso los ojos en blanco. Daiyu se mordió la lengua para no reírse. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes.

—¡Qué maravilla! —dijo la aduladora de la señora Mi, siempre dispuesta a congraciarse con Tía Jiang—. ¡Seguro que les quedará preciosa! ¡El señor Dong tiene mucha clase! ¡Dehuai es tan afortunada con la familia que le buscasteis!

Tía Jiang sonrió, satisfecha.

—Sí, son una gran familia. Y tratan a Dehuai como una más.

—¿Y tú qué, Daiyu? —preguntó la señora Bai—. ¿Hay algún hombre en el horizonte?

Todas las mujeres, menos Tía Jiang, rieron con picardía. A Daiyu le subió la sangre a la cara, y no solo por vergüenza. Arrojar la lanzadera por debajo, alcanzarla al otro lado, alternar hilos, comprimir la trama con dos golpes.

—Eh… Yo… no tengo tiempo para hombres.

—Claro —dijo la señora Hong, sin parar de dar vueltas al hilo de su rueca—. Estás muy ocupada yendo por el mercado.

Más risas. Tía Jiang frunció el ceño. Hermana Menor agachó la cabeza. La señora Tao chasqueó la lengua varias veces.

—Pues más te vale centrarte. No serás joven siempre. Luego, ningún hombre te querrá.

—Daiyu vale mucho —replicó al fin Tía Jiang—. Sabe mucho de medicina y está aprendiendo muchas cosas en el mercado. Los hombres se pelearán por ella.

Daiyu apretó los labios. Aunque las palabras parecían una defensa, Tía Jiang solo estaba protegiendo su propia reputación. Estaba en juego su posición dentro de aquella reunión. Las normas sociales establecían que nada de lo que se hablara entre mujeres debía salir de la sala de las mujeres, igual que las conversaciones de los hombres no podían entrar. Por eso Tía Jiang insistía en ser la líder de la manada: las mujeres en el telar formaban un grupo jerárquico propio, una corte imperial en miniatura, sin la influencia de los hombres.

Pero a Daiyu le molestaba que se avergonzara de ella de aquella manera, solo porque no hacía lo que todo el mundo esperaba. Trató de controlar su respiración para no decir nada inoportuno. Al fin y al cabo, daba la impresión de que la cosa iba a quedar allí.

Pero la señora Hong no desperdició la oportunidad de soltar la suya. Miró a Hermana Menor con una sonrisa maliciosa y señaló a Daiyu con un dedo huesudo.

—Yue, tú no sigas el ejemplo de esta. Busca un buen marido en cuanto puedas. ¡Y si puede ser de Qin, mejor!

Casi todas las mujeres se rieron a carcajadas.

*

Cuando se marcharon de vuelta a sus hogares, Daiyu apagó las velas comunes y fue a buscar algunas de Tía Jiang. Le había prometido a Tío Feng que trabajaría más y pensaba hacerlo, pero no podía gastar el dinero de las otras mujeres.

Al volver al telar, Hermana Menor estaba ahí. Con una enorme sonrisa que brillaba como un rayo de sol entre las nubes.

—No les hagas caso —dijo sin más, y le dio un abrazo. Daiyu lo disfrutó

tanto como pudo.

—Gracias. Esas viejas resecas no tienen ni idea. No saben lo importantes que son las cosas que pasan en el mercado.

Hermana Menor se sentó en el suelo junto a ella.

—Cuéntamelas a mí —dijo con alegría.

Daiyu tuvo un momento de duda pero le apetecía desfogarse con alguien. Así que le explicó lo que había ocurrido con el señor Liu.

—Es injusto que le haya caído eso encima —terminó—. Pero igual tu padre tiene razón. No se me ocurre ninguna manera de ayudarlo sin ponernos a todos en peligro. ¡Y mira que he estado pensando!

—Seguro que se te ocurrirá algo.

—Ya me gustaría…

—¡No, de verdad! Seguro que pensarás algo que solo se te habría ocurrido a ti. —Hizo una pausa—. ¿Sabes lo que más me gusta de ti? Que no esperas a que nadie te diga lo que debes hacer. Ojalá yo tuviera también esa iniciativa. Me gustaría ser valiente como tú.

Daiyu sacudió la cabeza.

—No te creas que lo soy. Hay muchas cosas que me asustan.

Las había. De aquello no cabía duda. Una de las cosas que más la asustaban era no poder defenderse. Quedar a la merced de gente que quisiera hacerle daño o… secuestrar a sus hermanos. Hermana Menor no se daba cuenta de que su carácter no era algo bueno. Lo que a Hermana Menor le parecía decisión en realidad había sido una cuestión de supervivencia, aprendida a base de golpes. Si era honesta consigo misma, Daiyu hubiera preferido que Madre siguiera estando ahí para tomar las riendas de todo. Pero no era el caso y no tenía más remedio que tomar decisiones, incluso cuando la asustaban. Porque la asustaban. Quería pensar que podía superar cualquier envite de la vida, pero veía que no era así. Por eso le dolía tanto lo del señor Liu, porque le recordaba lo indefensa que estaba en el fondo.

Pero la fe de Hermana Menor le dio un empujoncito. Daiyu decidió que trataría de ser la mujer que ella veía. Encontraría la forma de arreglar los problemas de Tío Feng en el mercado.

*

A Zheng Gao le asombraba la belleza de Xianyang. Casi tenía forma cuadrada, como cuadrado era el mundo con sus cuatro puntos cardinales. Un pequeño saliente al norte, junto al río Wei, perturbaba un tanto la perfección de sus

formas, pero aun así era una ciudad que quitaba el aliento. Un cansado viajero que llegara a ella por primera vez se encontraría a lo lejos con sus impresionantes murallas de casi cuatro *zhang* de altura, signo de que ninguna fuerza humana podía hacerlas caer. Y a medida que se acercara se daría cuenta de las descomunales dimensiones del conjunto. El año anterior, el Hijo del Cielo había ordenado que ciento veinte mil familias de distintas comandancias se mudaran a las zonas cercanas a la capital. ¡Ciento veinte mil! Zheng Gao recordaba las comitivas que fueron llegando poco a poco, en lujosos carros llenos de adornos y protegidos por coloridas escoltas. Eran nobles de los antiguos estados que Qin había sojuzgado y que el emperador deseaba tener cerca para evitar insurrecciones, así como para usarlos de rehenes en caso necesario. Los afectados se habían desplazado junto con sus sirvientes, concubinas, esclavos, consejeros y demás séquito, de manera que el número final de personas que llegaron a las inmediaciones de la ciudad había sido enorme. Zheng Gao solo tenía que hacer un cálculo rápido: si cada una de esas ciento veinte mil familias constara solo de cuatro miembros, eso significaba que la población de la región había aumentado en casi medio millón de habitantes. ¡Medio millón! ¡Y aun así había sido capaz de absorber a los recién llegados! Tal era la imponente majestad de la capital imperial. Como muestra definitiva de su grandeza, el emperador había ordenado que todas las armas de los derrotados se fundieran para crear doce estatuas gigantes de bronce, que ahora custodiaban la entrada de su palacio personal como guerreros protectores en el centro de la capital.

Zheng Gao había viajado por los estados de Han y Chu y había tenido la ocasión de contemplar sus ciudades. No se podían comparar, ni en tamaño ni en belleza, a Xianyang. Por descontado que otros pueblos del imperio habían construido murallas, palacios, academias, templos y grandes obras públicas. Pero ninguno de ellos llegaba al nivel de lo conseguido por el Hijo del Cielo. Con una sola ojeada a Xianyang, quedaba claro. Más allá de la capital, en la ribera norte del río Wei —que fluía en el eje este-oeste—, había una gran cantidad de lujosas construcciones. Su origen era testimonio de la fuerza de Qin. Cada vez que el emperador conquistaba la ciudad principal de un reino, ordenaba que se edificara en Xianyang una réplica exacta de su palacio. Era una manera contundente de exteriorizar su poder. Un mensaje arquitectónico que decía: «Pude capturar todas estas capitales; no tengo rival bajo el cielo». Un rápido vistazo al conjunto permitía contar varias docenas de estos edificios, en distintos estados de construcción. Docenas de mansiones, copias exactas de otras tantas, esparcidas a lo largo de docenas de *li*. Y en la ribera sur del río se estaba alzando un nuevo palacio para aposentar en el futuro cercano la sede imperial. Qin podía

permitírselo. Como podía permitirse el personal necesario para llevar a cabo tan magna obra. Moviéndose por las tripas de las construcciones a medio hacer había trabajadores, contados por miles, entre criminales vestidos de rojo condenados a ello, funcionarios imperiales a sueldo y jornaleros realizando su mes anual obligatorio de servicio a Su Majestad.

Su Majestad, por su parte, tenía mucho que ofrecerles y necesitaba de cada par de manos. A lo largo del imperio, legiones de obreros cavaban descomunales canales para irrigación, adoquinaban anchas carreteras o desbrozaban agrestes montes. Todo el rostro del Gran Qin cambiaba a ritmo vertiginoso, dirigido por las brillantes órdenes del Hijo del Cielo. Y Xianyang no podía sino ser un reflejo de la grandeza de aquella voluntad imparable, ya que en la ciudad residía el supremo gobernante de todo el mundo conocido. En el centro de la capital, rodeadas por una descomunal muralla, se encontraban las edificaciones del ciclópeo palacio imperial, cuyo complejo elevado podía divisarse desde cualquier lugar de la urbe. Entre los parques, jardines y plazas de aquella ciudad dentro de la ciudad, transitaban los funcionarios y los soldados en sus diarios quehaceres. También se rumoreaba que había otros caminos, más reservados, que usaba Su Majestad para moverse con disimulo cuando deseaba pasear de incógnito por su ciudad capital.

En aquel momento, Zheng Gao envidió la posibilidad de caminar oculto; se encontraba en un lugar en el que no podía estar más al descubierto. Las carreteras imperiales, en las inmediaciones de Xianyang, se convertían en enormes vías capaces de absorber todo el tráfico entrante y saliente. En sus puntos más anchos, la vasta avenida empedrada medía cincuenta pasos, divididos en carriles diferenciados: los centrales estaban dedicados al tránsito de carros y los laterales para el avance preferente de oficiales y mensajeros. Zheng Gao ocupaba uno de esos carriles, haciendo uso de sus privilegios de rango. El calor del sol podría haber sido un problema, de no ser porque la previsión imperial volvía a hacer acto de presencia: cada tres *zhang*, con precisión matemática, se había plantado un árbol a ambos lados del camino. La sombra y el cobijo para quienes desearan descansar estaban garantizados.

También lo estaba el alimento que necesitaban tantas bocas. Incontables campos rodeaban la ciudad en todas direcciones, labrados con la misma eficacia con la que Qin había dominado el mundo. Y a poca distancia, varias ciudades hermanas ofrecían a Xianyang oleadas de suministros que llegaban con rapidez gracias a los caminos imperiales o a la impresionante red fluvial. El río Wei siempre aparecía salpicado de veleros mercantes.

La capital hervía de vida dondequiera que uno mirara, pero siempre en orden. Los oficiales debían residir cerca del palacio. Los artesanos y comerciantes

estaban obligados a establecerse junto a los mercados. Los granjeros debían alojarse al lado de las puertas. Y el resto de la gente se amontonaba en los suburbios que brotaban en el exterior de las murallas. Cada persona en su sitio y un sitio para cada persona, imitando la perfección del orden celestial.

Sí, Xianyang era hermosa.

También inexpugnable. Y el lugar al que Zheng Gao tenía que colarse sin autorización.

Hasta ahí, había sido fácil. Un solo hombre a pie, incluso herido, podía esquivar con facilidad los controles y las patrullas. Zheng Gao no había tenido necesidad de mostrar su pasaporte a nadie. Pero entrar por una de las seis puertas de la ciudad era harina de otro costal. En cada uno de los accesos había un pequeño barracón de soldados que miraban de forma meticulosa los documentos de todos aquellos que deseaban pasar, y en algunos casos los cotejaban con los registros imperiales. Las mercancías de los comerciantes eran revisadas para evitar contrabando, y de todo ello —personas, animales, bienes— se tomaba minuciosa nota, copiando los datos plasmados en el pasaporte. Una de las mayores penas que había para un guardia de la puerta, llegando incluso a tres años de trabajos forzados, era no darse cuenta de manipulaciones de aquellas tablillas de bambú, de modo que los soldados tenían especial celo en este punto, a fin de evitar castigos físicos o económicos. Los guardias examinarían la documentación de viaje de Zheng Gao y le harían muchas preguntas incómodas sobre por qué estaba ahí, desequipado y sin su grupo. Preguntas para las que el capitán no tenía ninguna respuesta válida.

Aun así, tenía que entrar. Y tenía que hacerlo rápido. Si se había dado la suficiente prisa, era posible que llegara antes que los mensajeros imperiales que vendrían alertando del ataque al consejero Chen. Zheng Gao sabía que los pueblerinos de la aldea tenían que recoger los cuerpos, ir a pie hasta el puesto de control y avisar. Cuando les hicieran caso, los soldados irían a la aldea para examinar los cuerpos y luego a las colinas donde murieron. Después de eso, enviarían un rápido mensajero a caballo con toda la información disponible. Pero cuando Zheng Gao y su grupo estuvieron alojados no tenían monturas en el establo; quizá otro grupo de emisarios se las había llevado con órdenes de rango superior. Aun así, incluso si contaran con corceles, su llegada a Xianyang ocurriría después de la de Zheng Gao. Todavía tendría cierto margen, dado que deberían informar en el cuartel general, dar la alarma y esperar a que la jerarquía militar se pronunciara sobre qué hacer a continuación. Eso le daba varias jornadas de ventaja, pero no mucho más. No podía remolonear en busca de una entrada clandestina, sobre todo porque cada día que pasara era un día que el rastro de los secuestradores se difuminaba.

Además, el dolor de sus heridas estaba aumentando. Necesitaba un refugio cuanto antes.

Respiró hondo y tomó una rápida decisión. Si algo había aprendido en combate era que aparentar valor solía parecerse mucho a sentirlo de verdad. Lo mismo ocurría con la autoridad.

Avanzó a grandes zancadas hacia la muralla, su capa una sombra flotante tras él. Ni se molestó en colocarse al final de la fila de mercaderes y viajeros que aguardaban su turno para pasar el control. En vez de eso caminó como si la ciudad le perteneciera, mirada al frente y con el pecho henchido, sin prestar atención al resto de las personas. Nadie se atrevió a decirle nada. Llegó hasta el puesto de guardia, hizo caso omiso a las dos personas que aguardaban permiso para entrar —un joven a caballo con un bastón en la grupa y cuyas riendas las llevaba, sumisa, una muchacha frente a él—, y sacó su pasaporte y la placa de mando que había recuperado del carro tras la lucha. La mostró a los guardias con toda la firmeza que pudo poner en su autoritario tono de voz.

—¡Abrid paso en nombre del consejero Chen!

La maniobra era osada. Usurpar de aquel modo la identificación de un alto cargo se consideraba traición y era indicio de que el infractor pretendía dar un golpe de Estado. De hecho, con una maniobra parecida, el falso eunuco Lao Ai, en connivencia con la reina viuda Zhao —la madre del actual emperador— había intentado derrocar al Hijo del Cielo antes de que lograra unificar los grandes reinos. Lao Ai había usado el sello de mando de la propia dama Zhao para movilizar tropas dentro de Xianyang; sin embargo, el soberano había sido capaz de aplastar la rebelión con rapidez. Cientos de soldados de Qin habían muerto en las calles de Xianyang en una masacre fratricida y, aunque Lao Ai logró escapar, una recompensa de un millón de monedas por su captura hizo que pronto fuera apresado y regresara a la capital, donde fue descuartizado por caballos y su familia ejecutada, incluyendo los dos hijos que había concebido con la emperatriz madre. Desde entonces resultaba impensable que alguien tratara de repetir la traición del supuesto eunuco, pues las consecuencias de tales actos eran obvias.

Zheng Gao contaba con que aquello jugara a su favor. Suponía que los guardias de la puerta darían por sentado que solo un loco intentaría lo que el *bugeng* estaba haciendo. Entre aquello, su uniforme, el rango de honor que marcaba su pasaporte, y el hecho de que realmente había salido de la ciudad escoltando al consejero Chen, esperaba que su pantomima resultara creíble.

Era todo lo que tenía.

Los guardias no parecieron muy convencidos.

—¿Qué quiere decir eso, señor? —dijo el de más graduación, que también

portaba un penacho rojo en el yelmo. La pregunta la hizo acercándose a él cejijunto, pero obsequiándolo con una larga inclinación llena de respeto.

—¡Quiere decir que abráis paso! ¡Vengo en una misión urgente del consejero Chen! ¿Es que no me has oído?

Todavía dubitativo, el oficial examinó el sello de mando y el documento de viaje. Zheng Gao trató de controlar con su pensamiento el sudor que le empezaba a resbalar por la frente. Se daba cuenta de que su apuesta era demasiado arriesgada. Su aspecto era raro, estaba manchado y polvoriento, iba a pie, iba solo. ¿Qué clase de misión obligaba a un capitán a moverse en esas condiciones?

Pero no tenía ninguna otra manera de colarse rápido en la ciudad. Así que disimuló y recordó que, al fin y al cabo, ya estaba muerto.

El oficial dejó de darle vueltas a la documentación. No había encontrado signos de falsificación porque, después de todo, ni el pasaporte ni el sello eran falsos.

—¿Qué misión es esa, capitán? ¿Por qué nadie nos ha avisado de nada?

Zheng Gao fingió enfadarse.

—¡Te estoy avisando yo! ¿Es que no entiendes que es una misión secreta?

El oficial se lo pensó. No tardó en tomar una decisión.

—Entiendo, señor. Pero tengo que comprobarlo. Voy a avisar al cuartel para que manden a alguien que pueda verificar lo que dice. Espere, por favor.

Era el final. Si venía alguien con verdadera autoridad, la actuación de Zheng Gao se desmoronaría a la primera. No podía arriesgarse. La única manera de evitarlo era elevar su mentira a un nivel superior. Imitó como pudo el bramido del consejero Chen en la aldea de los ratones y se puso a gritar a pleno pulmón, escupiendo palabras a un par de palmos de la cara del oficial.

—¿Cómo te atreves, perro? ¡Soy el capitán Zheng Gao! ¡Yo participé en el asedio a Shouchun! ¡Mi pelotón fue el primero en abrir brecha en la capital de Chu! ¡Mis hombres y yo ayudamos a capturar a su rey, Fuchu! ¡Yo derramé mi sangre junto a la de Wang Jian y Meng Wu cuando lograron hacer prisionera a la familia real del estado de Yue! ¡He ganado honores por mis hazañas en el campo de batalla! ¡He entregado a mis superiores más cabezas de enemigos que las que hayas visto tú en tu miserable vida! ¡Soy *bugeng* del Ejército imperial y escolta personal del consejero Chen, íntimo amigo del Hijo del Cielo! ¡Porto su sello de autoridad y hablo en su nombre! ¡No tengo que explicarme ante un grupo de paletos que se pasan el día comiéndose los mocos que se sacan de la nariz mientras fingen trabajar! ¡Así que deja de hacerme perder el tiempo y apártate ahora mismo o atente a las consecuencias!

El oficial no supo qué contestar. Al final, el miedo ante posibles represalias de

un amigo de la corte pudo más que la prudencia. El guardia hizo otra larga inclinación.

—Disculpe, señor. No quería importunarle. Apuntaremos su nombre en el registro de entrada y ya hablaré yo luego con mi capitán por si hace falta preguntarle algo más. —Le devolvió la documentación—. Puede pasar.

Zheng Gao asintió y cruzó la puerta con la misma tranquilidad fingida con la que había llegado. Esperaba que el oficial de la puerta no recibiera un castigo demasiado grande por lo que acababa de hacer, pero Zheng Gao tenía otras consideraciones en mente; la vida de un consejero imperial era más importante que el hecho de que un soldado tuviera que pagar una multa injusta o sufrir una degradación. El pensamiento no lo hizo sentir menos culpable, pero así era la vida.

Al atravesar la muralla exterior, se encontró con que dentro había otra que formaba un pequeño camino hacia la derecha en ángulo de noventa grados. Todas las puertas tenían la misma protección adicional: si un ejército invasor lograba derribar uno de los accesos, en vez de llegar a la ciudad se encontraría en una minúscula ratonera desde la que los guardias de la muralla podían seguir atacando mientras los enemigos trataban de abrir brecha en la segunda puerta. Sin embargo, en tiempos de paz, el otro acceso estaba siempre abierto para no bloquear el tráfico.

Zheng Gao apretó los dientes. Había logrado entrar en la ciudad. Y sabía que, pasara lo que pasara en los próximos días, no saldría vivo de ella.

*

La segunda vez que la cabeza flotante de Otoño apareció entre las puertas principales, Daiyu estaba ayudando a Hermana Menor a hacer la comida. Por eso no se dio cuenta de su llegada, absorta como estaba en la preparación de la carne de serpiente con salsa fermentada de gambas. Vigilaba el guiso que se calentaba a fuego lento en el *ding*, la cacerola metálica de tres patas que servía para cocinar casi todos los platos que tomaban, cuando escuchó ruido en el patio.

—¡Buenos días, maestro Li Ping! —Sonó la voz del señor Lu, saludando a Padre con familiaridad. Él le contestó de inmediato.

—¡Señor Lu, qué alegría! Ya oigo que está usted mejor de su tos.

—¡Totalmente curado, maestro Li Ping! ¡Es usted tan bueno como me dijo el señor Hu Feng! ¡No, tan bueno no, es usted mejor!

—No creo que sea para tanto, pero gracias.

—¡Bienvenido, señor Lu! —dijo Daiyu, que había salido a recibir al visitante tras dejar a Hermana Menor a cargo del *ding*. Al llegar a su altura le hizo una larga inclinación a la que Otoño contestó con un gesto mucho menos envarado.

—¡Buenos días, señorita! Me alegro de verla por aquí. Bueno, ya sabía que estaba. Me lo ha dicho el señor Hu Feng —aclaró, al ver su gesto de desconcierto —. Por eso he venido hoy.

Daiyu trató de no mostrar emoción en su respuesta.

—Creo que no le entiendo, señor Lu.

El hombrecillo se acercó y, sin pedir permiso a nadie, se arrodilló junto a ellos. Luego habló en tono confidencial.

—Es que quería que estuvieran aquí los dos. Porque me he dado cuenta de que… trabajan juntos. Ya me entienden. —Miró a un lado y a otro del patio vacío antes de seguir—. Con la magia.

Padre asintió y respondió también en voz baja.

—Sigue usted igual de observador. Así es. Mi hija me ayuda en mis invocaciones. Como bien sabrá, las mujeres de Chu tienen un don natural para el espiritismo.

—¡Claro, claro! Ya sabía yo que era por eso. Y por eso quería que estuvieran los dos. Tomen.

Rebuscó en su bolsa de piel y sacó una larga y pesada cuerda de monedas. Se la colocó en las manos a Padre, que no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Y esto?

—Cien monedas, maestro Li Ping.

—Cien mo… Señor Lu, esto no es necesario. Lo curé a usted como favor personal al señor Hu Feng. No tiene que pagarme. Y mucho menos esta fortuna.

—No, no, no me ha entendido. Esto no es por curarme. Esto es porque queremos contratarle. Hay algo que solo usted puede arreglar.

Padre sopesó la cuerda.

—Señor Lu, esto sigue siendo mucho dinero para una curación. Traiga al paciente y yo…

—No, no, no es una curación. Es algo mucho más difícil. Necesitamos un exorcismo mayor.

Padre no reaccionó de ninguna manera, como si estuviera acostumbrado a que todos los días le hicieran solicitudes similares.

—¿Hay algún otro fantasma del que deba ocuparme?

—¡Dos, en realidad! Por eso le pagamos tanto. Porque imaginamos que será más difícil.

—Bien. Cuéntemelo todo. De qué fantasmas hablamos, quiénes aparte de usted me están contratando, ya que habla en plural, y por qué les es tan

importante.

—¡Por supuesto, maestro! Yo se lo explico. Hace unos días murió un vecino de mi barrio. Un pariente lejano. Vecino y pariente. Más vecino que pariente. No teníamos mucho contacto, pero era familia al fin y al cabo. No nos acercábamos mucho a él porque… bueno, porque apestaba. Trabajaba en las alcantarillas ¿sabe? Le pagaban por desbloquear atascos en la mierda, reparar grietas y esas cosas. La cuestión es que murió. Ocurrió de noche, en mitad de la calle, muy cerca de su casa. Nadie vio ni oyó nada. Nadie sabe qué pasó. Lo que sí sabemos es la cara que tenía el cadáver de Fa Rong, que así se llamaba el muerto. Era el rostro de alguien que ha visto… cosas. Cosas como… demonios, fantasmas, algo. El viejo Fa Rong murió aterrado.

—¿Y cree que lo mató un fantasma?

—Sí. Fa Rong no estaba enfermo ni nada. Esa misma noche se había ido de borrachera a una casa de juegos y todos los que lo vieron dijeron que estaba bien. Incluso contento. Cuando se marchó lo había perdido todo, pero seguía sonriendo. Algo pasó entre la casa de juegos y la casa de Fa Rong. Algo que lo aterrorizó.

—Perdone, señor Lu, pero igual alguien quiso robarle.

—¡Ya lo pensamos, pero es que no tenía dinero, se lo acabo de decir! ¡Se lo gastó todo en vino y dados, iba con lo puesto! Y además… Además está lo otro. El cuerpo… —Acercó la cabeza a la pareja, como si fuera a confesar un secreto bochornoso—. No tenía ninguna marca. Ninguna. Ni puñaladas, ni cortes, ni contusiones. No parecía que lo hubieran atacado. Era como si el viejo Fa Rong, simplemente, hubiera dejado de vivir sin motivo. Pero muy asustado.

—Como por un fantasma —corroboró Padre.

—Así es. Y, verá, hay otra cosa más. Fa Rong no ha sido el primero. Ha habido otros. Otros muertos por el fantasma. La gente está asustada.

—Espere… ¿Ese fantasma ha matado antes?

—Sí. Siempre a gente de mi barrio. Siempre sin testigos. Siempre sin dejar señales.

—Cuénteme acerca de eso.

—Pues le cuento lo que sé, que tampoco es mucho. Hace unas semanas murió un pordiosero en mitad de la calle, igual que Fa Rong. Y pocos días después murió otro. No le puedo decir más porque… bueno… nadie vio nada.

—A nadie le importó la muerte de unos mendigos —dijo Padre, exteriorizando las palabras veladas. Otoño pareció avergonzado.

—Así es, maestro. Lo siento, pero fue así. La gente pensó que uno o dos pordioseros menos tampoco importaban. Sí que hubo murmuraciones sobre lo raras que habían sido las muertes, pero nada más. La gente muere en las calles,

no es raro, sobre todo si es gente pobre. Pero lo de Fa Rong es diferente. Él tenía trabajo, casa… Si el fantasma lo ha atacado a él puede atacarnos a todos. Así que tenemos miedo. Mis vecinos y yo. No queremos que el fantasma nos ataque ahora a nosotros o a nuestros hijos. Y tampoco queremos que Fa Rong se sienta olvidado. Si resulta que el fantasma lo mató por nuestra dejadez, puede que Fa Rong se enfade con nosotros y también quiera vengarse. ¿Lo ve? ¡Tenemos dos fantasmas en el barrio! ¡No uno, dos! Eso no lo podemos soportar. Así que todo el mundo ha colaborado, todos hemos puesto algo de nuestra parte para pagarle. Como le decía, es algo que solo usted puede arreglar. Por favor, calme a esos dos fantasmas.

El médico se rascó la cabeza por encima del sombrero y pensó largo y tendido.

—Señor Lu —dijo al fin—, mi hija y yo vamos a ir a mi laboratorio a compartir impresiones sobre esto. Espere aquí, por favor.

Una vez lejos del visitante, Daiyu fue la primera en hablar, con cuidado de que no se la escuchara.

—¡Cien monedas! ¡Con eso podemos comprar tres conejos vivos! A Tío Feng y a Tía Jiang les vendría muy bien ese dinero.

—Sí, no está mal a cambio de no hacer nada. Pero pensaba que intentarías convencerme de que fuera honesto.

Aunque Padre no vio el gesto, Daiyu se encogió de hombros.

—Si no somos nosotros, será otro. Además, ahora no podemos decirle a Otoño que en realidad no sabemos nada de espantar fantasmas.

—Tienes razón, sabia hija mía. De todos modos, quizá sí podamos ayudar al señor Lu.

—¿Ayudarlo? ¿Cómo? ¿Vas a encontrar al fantasma que mató a Fa Rong?

—No, claro. Seguramente Fa Rong murió por abusos de alcohol y sexo. Diría que también comía mal y no vigilaba sus emociones. Gastar en apuestas un dinero que debería ahorrarse indica poco autocontrol. Me da que sería igual en todos los aspectos de su vida: excesos por todas partes. Muerte natural, en definitiva, por muy asustada que estuviera su cara. Ahí no podemos hacer nada. Pero sí otra cosa. Los fantasmas no existen, pero existe la creencia en ellos. Si el señor Lu y sus vecinos me ven haciendo un exorcismo se sentirán más tranquilos, que en el fondo es lo que quieren. No es muy diferente de cómo curamos al señor Lu haciéndole creer que fue cosa de magia. Así que nos pagarán por un trabajo que sí haremos, aunque no sea el que ellos esperan.

»Y ¿qué quieres que te diga? Me apetece. Lo único que hago es estar sentado y ver pasar los días. Tengo ganas de hacer algo diferente. A alguien como yo no se le ofrecen muchas posibilidades como esta. —Clavó en su hija sus invidentes

ojos—. ¿Te parece bien?

Daiyu sonrió porque sabía que su padre no podía verlo. Compuso la cara antes de contestar en tono neutro.

—Me parece bien.

—Perfecto. Entonces invitemos a comer al señor Lu. Por la tarde iremos con él a examinar el lugar donde ocurrió todo. Ahí nos encargaremos de los fantasmas.

*

La casa de Fa Rong era un despojo de maderas claveteadas como por accidente. Juntas constituían techo, paredes y suelo, pero tenían la misma cercanía a una residencia humana que un charco de barro a los baños imperiales. El retorcido conjunto se apoyaba en la muralla oeste de la ciudad, que le proporcionaba una de las paredes, y con toda seguridad se habría derrumbado de no ser por ello. No tenía algo tan lujoso como un escalón o un porche elevado que permitieran apartar el suelo de los numerosos desechos de la calle, de manera que la húmeda porquería invadía el interior. Incontables insectos correteaban por las oscuras esquinas y buscaban rápido escondite si se sentían observados. Un hombre adulto que se metiera dentro de aquella madriguera y extendiera sus brazos casi llegaría de un lado al otro con la punta de los dedos. Si fuera alto, además, rozaría con la cabeza el techo lleno de goteras. Gran parte del espacio disponible lo ocupaba lo que en otros tiempos fue un jergón sobre un tablón grueso para evitar el contacto con lo peor de la mugre. En aquel momento, sus restos de paja estaban desperdigados por todas partes, dando el aspecto de una pútrida nevada amarillenta. Alguien había rajado el jergón de extremo a extremo y lo había vaciado a conciencia, para regocijo de los escarabajos que lo habían convertido en su hogar. Los dos baúles ajados y el brasero de metal que constituían el resto del mobiliario no habían corrido mejor suerte: estaban volcados y a su alrededor había una plétora de trozos de carbón, vasos, jarras y platos de barro hechos añicos.

Junto a la puerta, tras un dosel de moscas zumbantes, una callejuela llena de oscuros charcos olía a perro en descomposición, y seguramente alguno ocultaba entre sus recovecos. Dos personas podían recorrerla a la vez, pero solo si caminaban de lado, apretadas y frotándose contra las viviendas adyacentes, ninguna de las cuales tenía salida al maloliente estercolero del callejón. Ni siquiera el sol lograba iluminar todo el lugar, frenado por la imponente muralla de piedra y lo angosto del camino. Eso hacía que muchos rincones estuvieran en

perpetua sombra, y que el apestoso fango del suelo nunca estuviera seco del todo. Tras unos quince pasos el callizo desembocaba, turbio afluente, en una calle perpendicular algo más espaciosa y cuidada. Lo que en la callejuela eran chabolas ahí se convertían en casas sólidas; pequeñas pero decentes, para residencia de gente con vidas también pequeñas pero decentes. Esas personas los miraban con curiosidad y sin disimulo desde todas las puertas y ventanas de los alrededores. Algunas habían sacado sillas a la calle y se habían sentado a observarlos como quien estudia el vuelo de los pájaros.

—Aquí encontraron el cuerpo.

Otoño apuntaba a un sitio en mitad de la calzada, a tres o cuatro *zhang* de la intersección de acceso al callejón. Varios vecinos señalaron al trío y se dijeron cosas al oído. Daiyu, con la nariz arrugada por el hedor, guio a su padre al lugar marcado. Él dio unos golpecitos en el suelo con el bastón y movió la cabeza a un lado y a otro, como si estuviera viendo los alrededores.

—Descríbeme todo —pidió a Daiyu. Ella lo hizo y, luego, Li Ping se dirigió a Otoño—. ¿Hacia dónde miraba?

—¿Fa Rong? Hacia allí, hacia su casa.

—Y dice usted que no tenía marcas de violencia.

—No. El fantasma no dejó ninguna. Igual lo mató de un susto. Porque su cara… Joder, era la cara de alguien muerto de miedo.

—¿Fa Rong tenía enemigos?

—No. Por eso estamos seguros de que fue el fantasma. A ver, tampoco tenía muchos amigos, las cosas como son, pero nadie querría verlo muerto. Fa Rong no hacía daño a nadie. Solo olía a mierda.

—Entiendo. ¿Podemos volver a la casa?

—Claro.

Entre Otoño y Daiyu ayudaron a Li Ping a escurrirse a través de los desperdicios del callejón, hasta llegar al exterior de la chabola del finado.

—Dígame, señor Lu. ¿Alguien ha entrado aquí? Este desorden, ¿lo ha provocado alguien, que usted sepa?

Otoño fue tajante.

—¡No! ¡La casa ya estaba así cuando encontramos a Fa Rong! Sin duda lo hizo el fantasma, que debe de estar muy cabreado. Yo no pienso poner un pie ahí dentro hasta que usted lo purifique. Y toda la gente con la que he hablado opina igual. Este lugar está maldito.

—Por supuesto. Bien pensado. Son ustedes muy prudentes. —Se acarició el largo bigote—. Señor Lu, ahora tengo que pedirle que nos deje. Necesito sentir las energías del espectro y usted, como no está entrenado, podría alterar el flujo de su *yang*. Así que quiero que vuelva al sitio donde encontraron a Fa Rong y se

concentre en él. Piense en Fa Rong hasta que yo le avise. ¿Entendido?

—¡Sí, maestro! —El hombrecillo corrió a obedecer la orden. Cuando se hubo marchado, Li Ping habló a su hija bajando el tono de voz.

—Daiyu, ¿puede vernos u oírnos alguien?

—Eh… Creo que no.

—Bien. Vas a tener que ayudarme.

—¿A fingir un exorcismo? —respondió, sarcástica.

—Puede que más adelante. Ahora necesito otra cosa. Creo que me he equivocado, pero tengo que verificarlo. Dime si hay huellas dentro de la casa.

La joven echó un vistazo a las marcas de barro.

—Pues… Sí. Las hay. Y parece que son de distintos tamaños. —Frunció el ceño—. Distintos tamaños significa distintas personas.

El médico sonrió.

—Cosa curiosa para alguien que no tenía amigos en vida, y que en muerte nadie se atreve a entrar en su casa maldita.

Daiyu asintió.

—Entonces —dijo—, o bien el señor Lu nos miente, o bien le falta información.

—Pero recoger información se le da bien a nuestro amigo. Nos lo dijo el viejo Feng.

—Entonces miente.

Li Ping sacudió la cabeza.

—No lo creo. Su miedo al fantasma me parece genuino. Lo que significa que estamos tocando informaciones que ni el señor Lu puede conocer. Cosas ocultas…

Daiyu levantó las cejas.

—No irás a decirme que crees que pudo ser un fantasma.

Li Ping convirtió la silenciosa sonrisa en risa apagada.

—¡Je! ¡Estaría bueno! No, para nada. En mi vida he visto señales de la intervención de los dioses y avisos del Camino, pero son cosas indirectas y sutiles, signos que hay que interpretar. Lo que jamás he visto, ni conozco a nadie que lo haya vivido, es un encuentro con un ser venido de más allá de la muerte.

—¿De qué cosas ocultas hablas?

—Del dinero de Fa Rong.

—El que no tenía.

Li Ping abrió su sonrisa.

—¿Por qué crees que no tenía más?

—Pues… porque… —Daiyu calló a mitad de la frase, dándose cuenta del sinsentido que iba a soltar—. Porque nos lo había dicho el señor Lu. Pero no es

una fuente de información fiable.

—No, no lo es. Fa Rong tenía más dinero. No se llevó a la sala de juego todo lo que tenía. Eso explica que se marchara alegre a pesar de haberlo perdido todo. Fue porque *no lo había perdido*. Tenía más. Y si no lo llevaba encima, tenía que ocultarlo en su casa.

—Y por eso su casa está así —continuó Daiyu—. Alguien más lo sabía y quería encontrarlo.

—¡Exacto! —replicó Li Ping con la misma alegría que mostraba cuando su hija acertaba un diagnóstico.

Daiyu volvió a contemplar el desorden de la chabola.

—Pero ¿quién lo hizo?

—¿Qué crees que soy, hija, un chamán que habla con los espíritus? No tengo ni idea. Pero el caso es que este Fa Rong, un trabajador de las cloacas, tenía dinero. Mucho. No debería tenerlo, pero lo tenía. Lo estuvo gastando a espuertas en la sala de juego y todavía guardaba más en su casa. Pero si no está aquí, es que lo han robado. ¡Robado! —insistió—. Robado por personas, no por fantasmas. Me he equivocado. Pensaba que todo esto era una cosa accidental, pero cuanto más lo analizo menos me lo parece. La muerte de Fa Rong pudo no ser natural. Y quizá el señor Lu tenga razón y esto esté relacionado con las otras dos muertes del «fantasma».

—¿Por qué dices eso?

—Por el vínculo entre las cosas. Aquí hay dos hechos diferentes: un robo y una muerte. Estamos de acuerdo en que el robo no fue cosa de fantasmas. Así que hubo personas, personas vivas, que robaron a Fa Rong. Queda la muerte. Supongamos que fue algo natural. En ese caso parece demasiada casualidad que Fa Rong muriera de forma natural justo la misma noche en que alguien quiso robarle. No, me inclino a pensar que lo mataron.

—¿Para robarle?

—Puede ser. Pero también es extraño. Si lo que querían era robarle nada más, ¿por qué matarlo? Habría sido más fácil esperar a que se marchara y, con la casa vacía, quitarle lo que fuera que estuvieran buscando. No hacía falta el asesinato.

—¿Y no puede ser que Fa Rong muriera y, por casualidad, alguien lo viera, aprovechara la ocasión y rebuscara en su casa?

—Quizá. Pero de nuevo es demasiada coincidencia que hubiera alguien aquí justo en el momento de la madrugada en que murió. Tendría que haber sido alguien que estuviera vigilándolo, lo que implicaría que el robo estaba planeado.

—Entonces, quien lo hizo quería las dos cosas. Matarlo y robarle. Quizá quisieron robarle a él, lo mataron, y luego robaron en su casa también.

—Es una posibilidad. Puede ser.

Daiyu frunció el ceño.

—Pero no crees que pasara eso.

—No. No sé. Es por la muerte… En este barrio, quien te quiera mal te pegará una puñalada o te dará una paliza con varios amigos. El crimen aquí no está oculto. ¿Por qué iba a estarlo? La gente que vive aquí está indefensa ante criminales fuertes. Sin embargo, Fa Rong murió a escondidas y sin señales aparentes en su cuerpo. Algo que parece obra de seres poderosos, capaces de matar sin rastro pero que, al mismo tiempo, se ocultan. Sí, como si lo hubieran hecho fantasmas. —Rio—. Eso es raro. No encaja con este lugar. —Li Ping se mesó la barba, reflexivo—. Pero lo otro también sería raro. Si no lo mataron los mismos que le robaron, quiere decir que había dos grupos, asesinos y ladrones, y que no trabajaban juntos, quizá ni se conocían. Eso me parece demasiado artificial. Sin embargo… —Sacudió la cabeza—. No sé. No sé, hija. No sé qué pensar. Me falta información para un buen diagnóstico.

»Pero de algo sí que estoy seguro. Aquí hay cuatro enfermedades. Cuatro misterios: quién mató a Fa Rong, quién le robó (si fue otra persona), qué relación tiene esto con las otras muertes del «fantasma», si la hay… y lo más importante, de dónde sacó Fa Rong tanto dinero. Esa puede ser la verdadera clave, la que nos lleve a la respuesta a todo lo demás. Creo, hija mía, que aquí hay más de lo que parece. Y tú y yo vamos a averiguarlo.

六

La gente se apartaba a su paso. A pesar de que las puertas de acceso a Xianyang daban a las avenidas principales de la ciudad, y aunque esas avenidas estaban repletas de cientos de personas apelotonadas, nadie osaba tocar siquiera a Zheng Gao. Las madres arrastraban a sus hijos de la mano lejos de él. Los porteadores que cargaban a sus espaldas enormes bultos hacían un esfuerzo adicional y, entre sudores, se aplastaban contra la pared más cercana. Los clientes de los puestos ambulantes no tenían reparos en quedar mejilla contra mejilla para abrir un hueco. Los carreteros hacían infructuosos amagos de maniobra para ver si los bueyes tenían a bien apartarse. Incluso un grupo de coloridos artistas ambulantes se detuvo en mitad de su espectáculo de cabriolas y malabarismos para vaciar el valioso espacio callejero que ocupaban.

Todo para dejarle pasar.

Zheng Gao estaba acostumbrado. El imperio protegía a sus súbditos con cariño, pero no permitía ninguna falta de respeto a la autoridad. Con el paso del tiempo, los habitantes de la capital habían aprendido a ser sumisos y obedientes con cualquier persona de uniforme, y habían llegado al extremo de no tocar siquiera a los soldados por si lo consideraban algún tipo de ofensa. Después de todo, los magistrados solían condenar, fuera justo o no, a quienes los guardias dijeran que eran culpables; no merecía la pena arriesgarse. Era una prerrogativa que Zheng Gao siempre había considerado adecuada: alguna ventaja debía tener el haber arriesgado la vida tantas veces por el bien común. Con frecuencia había sonreído y —no podía negarlo— se había sentido poderoso ante tanta deferencia de quienes eran socialmente inferiores.

Sin embargo, en aquel momento la situación resultaba un inconveniente. Zheng Gao se daba cuenta de lo llamativa que se había vuelto su presencia, justo cuando su intención era ser discreto. En cuanto los vigilantes de la puerta avisaran de su llegada, la verdadera guardia —a la que él ya no estaba seguro de pertenecer— lo buscaría por las calles de Xianyang. Si cientos de personas se

arremolinaban a su paso, los soldados lo encontrarían fácilmente. Cualquier centinela apostado en las puertas interiores que separaban los distintos barrios de la ciudad podría, desde su posición elevada en la muralla, verlo con claridad entre la multitud. Si aquello pasaba, se acabaría su misión secreta.

De modo que le hacía falta un disfraz.

Por fortuna, le sobraba el dinero. La bolsa de piel que había robado al cadáver de Lu Gong estaba más que repleta. Si la racionaba bien podía permitirle una cómoda existencia durante un par de semanas. Después… Bueno, si después de dos semanas no había encontrado al consejero Chen, todo daría igual.

Necesitaba pensar. También descansar, porque la herida de su pierna cada vez le dolía más. Se apoyó en una columna exterior de una casa que, a juzgar por las herramientas tiradas en el suelo de la entrada, parecía pertenecer a un alfarero. Nadie, ni siquiera la mujer seria y enjuta que lo miraba desde dentro, le dijo nada por aquel gesto descortés. Se secó el sudor de la frente. Se frotó la pierna para aliviar el dolor y trató de darle vueltas a su situación. Un disfraz. Alguna manera de disimular su presencia. ¿Dónde podría conseguirlo?

En el mismo sitio donde se podía conseguir casi cualquier cosa. Avanzó con paso decidido hacia su nuevo destino. No le quedaba mucho tiempo.

*

Los guardias de la puerta del mercado no quisieron ver su pasaporte. Más bien se tomaron su acceso como una minucia. Nadie podía culparlos; no se solía pedir documentación en las murallas interiores. Además, él era un soldado imperial de uniforme. Ni remotamente fue necesaria la placa del consejero Chen.

También había otro motivo para la desidia de los centinelas, y era uno que suponía un problema adicional para Zheng Gao: el mercado estaba a punto de cerrar. De modo que no se anduvo por las ramas. Casi corrió hacia los puestos de los tejedores, tan rápido que estuvo a punto de tirar al suelo a un comerciante alto que pasaba por ahí, y se puso a buscar con rapidez. Descartó de inmediato los tenderetes de seda y tejidos caros y se decantó por las telas más simples que pudo ver. Localizó las tiendas de cáñamo y, al ver que ninguna de ellas tenía clientes a aquella hora tan tardía, se decidió por la que le quedaba más cerca. El osado vendedor era un hombre obsequioso que primero lo trató como si fuera alguien de la familia real. Pero debió de notar la impaciencia del capitán y acabó cobrándole más de lo que valía la tela. Zheng Gao no protestó ni le señaló que aquel no era el precio que marcaba la legalmente obligatoria tablilla de bambú del puesto: no le convenía llamar la atención de la gente por unas monedas que,

al fin y al cabo, no eran suyas. Compró el material que quería y se marchó. El rollo de cáñamo pardo era basto y picaba, pero iría perfecto para lo que pretendía hacer.

Buscó un rincón apartado, en el lateral de una casa de baños, y se puso manos a la obra. No tenía tiempo para encargarle a un sastre una túnica hecha a medida, que tardaría días en estar lista, así que optó por un apaño más sencillo. Cortó un trozo de tela suficiente para cubrirle dos veces hasta los muslos y a la mitad hizo una abertura, por la que pasó la cabeza. Se lo colocó encima de la armadura a modo de sobrevesta, después de recoger la capa como pudo, y quedó satisfecho al ver que ocultaba su uniforme. Con otro trozo de cáñamo se hizo un tosco cinturón y, con otro, un lazo para sujetarse el moño.

Era un intento de vestimenta bastante resultón. A ojos de un observador casual, Zheng Gao parecería un campesino más entre la multitud. Justo la clase de disfraz que necesitaba. El conjunto, eso sí, era burdo e incómodo. Seguro que le habría raspado toda la piel de no haber llevado puesta la armadura, pero por descontado que no tenía intención de quitársela. No cuando lo que pretendía era meterse en las zonas más peligrosas de Xianyang a buscar a Lluvia Gris.

Le satisfizo verificar que su protección corporal y la capa quedaban disimuladas bajo la falsa túnica. Como mucho, Zheng Gao daba la impresión de ser algo más musculoso de lo que era en realidad. Aun así, había dos elementos discordantes en su recién adquirido camuflaje: su yelmo y su *jian*.

El casco con penacho desentonaba como un *xiongnu* en una audiencia imperial. Llevarlo puesto equivalía a demoler sus esfuerzos de caracterización. Respecto a la espada, por muchas vueltas que le diera al cinturón o la vaina, el bulto sobresalía. Como nadie más que los soldados podía llevar armas largas en la ciudad, también era un aspecto que tiraba por tierra su disfraz.

No sabía cómo arreglar de forma definitiva aquellos problemas, pero sí tenía un plan para salir del paso. Con el cáñamo restante hizo un fardo en el que escondió ambos objetos. Con él a la espalda tenía el aspecto de un jornalero, igual a cualquiera de los miles que trajinaban por la ciudad. Por descontado, no podía ir a todas partes con él. Desde luego no a su objetivo principal, los barrios más conflictivos de la capital. En los controles de acceso revisarían su improvisada saca y muchas preguntas incómodas surgirían ante su contenido. De momento bastaba con no moverse de la zona en la que estaba y eludir a las patrullas itinerantes. Ya tendría tiempo de pensar una solución más duradera.

El hambre, la sed y el agotamiento lo convencieron para buscar una posada. Encontró un establecimiento cuya madera estaba pintada de un relajante verde, en vez de las tonalidades rojas y amarillas que había visto en otros negocios similares. El conjunto le resultó estético y su exterior parecía limpio y cuidado,

así que se dirigió allí. Tras la entrada, varios clientes disfrutaban de su apacible cena sentados en el suelo, sobre esterillas frente a mesas bajas. Dos mujeres les servían en silencio mientras otra más joven, apenas una adolescente, limpiaba el suelo de rodillas.

Zheng Gao caminó hacia el mostrador que hacía las veces de barra y de recepción del establecimiento. El dueño, un anciano con cara de estar molesto con toda la humanidad, le hizo una reverencia seca y cortante, sin decir palabra. Zheng Gao se dio cuenta de que quizá no sería igual de hostil con otras personas; el desprecio del posadero iba dirigido a él. En concreto a su aspecto de sucio pedigüeño, tan poco en consonancia con el resto de huéspedes del lugar. Parecía que el disfraz funcionaba mejor de lo previsto.

El capitán pasó por alto el desaire y saludó con amabilidad.

—Buenas tardes, abuelo. Desearía una habitación.

Antes de que el posadero tuviera ocasión de replicar con el insulto que ya volaba a sus labios, tomó una larga cuerda de monedas y la depositó sobre la barra. Al oír el tintineo metálico, el dueño dio por respondida cualquier pregunta que tuviera en su mente sobre el extraño visitante. Su rostro se iluminó en una sonrisa tan brillante como falsa y repitió la reverencia, en esa ocasión casi tocando el suelo con la frente.

—¡Bienvenido, noble señor, a la Casa de la Armonía! ¡Ha venido al lugar ideal para descansar! ¡Permita que lo acompañe a su habitación!

Haciendo nuevas inclinaciones cada dos pasos, el posadero lo guio al piso superior y allí le enseñó una habitación de dos *zhang* de largo por un *zhang* de ancho. Era pequeña, pero suficiente para lo que Zheng Gao requería. Tenía un colchón que parecía limpio, un pequeño baúl para guardar cosas y estantes con una miríada de recargados objetos decorativos, entre dragones de madera, representaciones de los dioses en distintos tipos de piedra, braseros, pebeteros de bronce y amuletos de buena suerte hechos con algo que parecía jade y que, obviamente, no lo era.

El posadero lo abarcó todo con un arco de su brazo, como si fueran obsequios dignos de un monarca, y luego se retiró caminando hacia atrás.

—Si hay algo más que necesite, noble señor, no dude en pedírmelo.

—Sí que lo hay. Querría un buen baño para quitarme el polvo del camino. Y luego una buena cena.

—¡Por supuesto, noble señor!

Así fue como consiguió que una de las mujeres, hija del anciano, le frotara todo el cuerpo en una bañera que había en una estancia del primer piso. La joven, discreta, no hizo ningún comentario sobre las contusiones y cicatrices de Zheng Gao, pero se le escapó un alzamiento de cejas involuntario al verlas. Un

rato después disfrutó de un delicioso plato de pescado con cereales y una salsa de naranja algo menos dulzona que las constantes sonrisas y elogios del posadero, que parecía haberse convertido en el mejor amigo de Zheng Gao.

De vuelta en la habitación se desplomó sobre la cama y no tardó en quedarse dormido. Justo antes de viajar al reino de los sueños se le ocurrió una idea para guardar en lugar seguro su espada y su yelmo.

*

Con fantasma o sin él, había mucho trabajo que hacer tanto fuera como dentro de casa. De modo que, al día siguiente, Daiyu volvió a acompañar a Tío Feng al mercado. Lo hizo, eso sí, con los ojos adormecidos de un viejo espíritu de montaña. Decir que apenas había descansado la noche anterior era llevar al extremo los eufemismos. Tenía diez mil cosas en la cabeza, y la maraña de pensamientos y emociones que repiqueteaba en su corazón no le permitía sumergirse en el sueño. Tras la ineludible sesión nocturna de telar había pasado horas tumbada con los ojos abiertos en la cama que compartía con Hermana Menor, mientras sus más recientes experiencias saltaban ante ella exigiendo que las recordara una y otra vez antes de reposar. La que más brillaba en su mente, la que menos le dejaba dormir, era la pequeña aventura que estaba teniendo con Padre. Fingir ante extraños que tenía poderes mágicos mientras en realidad trataba de resolver un misterio inescrutable era, sin lugar a dudas, lo más interesante que había hecho en años. El fuerte latido de su corazón tenía aroma de excitación. Se lo estaba pasando de maravilla con Padre, y aquellas eran palabras que no solían pasar por su mente.

Quizá era porque él también estaba disfrutando de la situación y había transmitido su entusiasmo a su hija. Daiyu se daba cuenta de que si para ella la vida era rutinaria, tanto más debía serlo para él. Padre ni siquiera tenía el alivio momentáneo de ver otros paisajes o abandonar la silla del patio; su mayor entretenimiento era atender al ocasional paciente. Pero ahora había visitado otras zonas de la capital, hablado con gente desconocida y, además, tenía un enigma al que dedicar sus pensamientos. Había despachado a Otoño diciéndole que debía preparar el exorcismo más adecuado, que necesitaba meditar bien al respecto porque se enfrentaban a un fantasma más peligroso de lo normal. Y, en parte, no había mentido: a meditar se dedicó. Al volver a casa se había sentado en el cómodo suelo de su consulta y se había puesto a pensar. En el dinero, según le explicó a Daiyu. Fa Rong tenía que haberlo sacado de alguna parte. Si lograba averiguar de dónde, tendrían media investigación resuelta. A Daiyu no se le

ocurrió nada que pudiera ayudarlo, así que lo dejó feliz y concentrado en sus reflexiones.

Nada dijeron Tío Feng y Tía Jiang sobre aquella tarde de trabajo perdido, ni sobre las que probablemente vendrían después. Una cuerda con cien monedas era todo el acicate que necesitaban. Ni siquiera Hermana Menor había mencionado nada sobre todas las tareas adicionales que habían caído de golpe sobre sus hombros. Al contrario, se la veía tan entusiasmada como Daiyu por el hecho de que su mejor amiga estuviera viviendo una aventura parecida a las que a veces narraban en las calles los cuentacuentos ambulantes. De todos modos, Daiyu no se quedó de brazos cruzados: ayudó con la cena, tejió con las otras mujeres y le pidió a Tío Feng ir con él por la mañana.

Cosa que hizo a pesar del sueño. Y a pesar de que sus otros pensamientos nocturnos no habían sido tan alegres.

No se olvidaba de que, antes de la llegada del falso fantasma, a Daiyu le preocupaban los problemas del mercado. Entre excitación y excitación había tratado de ponerse seria, de aferrar en su mente planes para desarrollar una estrategia coherente. Estrategia que, como una mala salsa, no acababa de cuajar del todo.

Dos obstáculos emergían ante ella: por un lado, cómo convencer a los funcionarios imperiales de que la seda de Tío Feng era mejor que la del trío de mercaderes de Qin. Por el otro, ayudar al señor Liu en sus tratos con la Hermandad sin Lazos. Sin embargo, Daiyu seguía sin saber cómo afrontar ese segundo reto sin meterse en una espiral de violencia. Respecto al primero, no se le ocurría otra cosa aparte de espiar a los comerciantes de Qin y tratar de copiar sus maneras.

Antes de que lograra llegar a una conclusión sobre el tema, apareció Tía Jiang.

No era extraño verla por el mercado, pero sí que viniera antes de la hora del almuerzo tardío, cuando les acercaba la comida. Al verla trotar hacia ellos, Daiyu frunció el ceño. Algo importante debía de pasar para que Tía Jiang, feliz esclava de sus rutinas, dejara a Hermana Menor con todo el trabajo y la responsabilidad añadida de cuidar de Padre. Al ver su cara de preocupación, ambos quisieron quitarle importancia al asunto; le dijeron que todo estaba bien, que solo deseaban hablar con ella a solas.

Cosa que la preocupó más.

—Tío, tía… —empezó, dudando sobre cómo encarar la respuesta—, si esto es sobre mis planes de boda, yo…

Tía Jiang la interrumpió con una mueca y un rápido aleteo de su mano.

—No, nada de eso. Eres mayorcita para saber lo que haces. Aunque, la

verdad, deberías pensarlo. Estás haciendo daño a tu padre. Lo que una buena hija debe…

—Jiang —intervino, con suavidad, Tío Feng—. Ahora no.

Tía Jiang pareció molesta, pero inclinó la cabeza ante su marido.

—Sí. Es cierto. No he venido a eso. Necesitamos que hables con Yue.

Daiyu quedó desconcertada ante la petición.

—¿Hablar? ¿De qué? ¿Le ha pasado algo?

—No —dijo Tío Feng—. Pero le pasará si no hablas con ella.

—Feng, esposo mío, ahora la estás asustando. —Tía Jiang trató de sonreír con dulzura—. Querida, para nosotros eres como una hija, ya lo sabes. Y a tu padre lo respetamos como si fuera el nuestro. Jamás nos meteremos en las cosas que vosotros hagáis, porque no somos dignos de ello. Pero Yue… ella no solo te quiere. Te admira. Quiere ser como tú. Hacer lo que tú hagas. Pero ella no puede hacer lo que tú.

—No… No entiendo, tía.

Tío Feng, más directo, eligió ese momento para volver a intervenir.

—Lo que queremos decir es que necesitamos tu ayuda. Yue tiene que entender que su vida será diferente a la tuya. Tu padre y tú podéis dejarlo todo y perseguir fantasmas imaginarios… pero Yue no. Ella quiere imitarte y sueña con vivir las cosas que tú tienes. Si sigue pensando así, a la larga su dolor será mayor. Ella no es la hija de un maestro médico que ha atendido a duques y a reyes. Es la hija de un vendedor. Su vida futura será la de la hija de un vendedor. Seguirá los pasos de Dehuai, no los tuyos. Tiene que aceptarlo. Tiene que hacerlo o la vida se lo enseñará por las malas.

Tía Jiang asintió.

—Pero a nosotros no nos escuchará. Así que, como ella te admira tanto, creemos que deberías hablar con ella. No es bueno que tenga tantos pájaros en la cabeza.

Marido y mujer callaron por fin y se la quedaron mirando. Daiyu no supo qué contestar. Era la primera vez que sus tíos adoptivos le hablaban de forma tan directa, tan lejana de la educada y distante cortesía que solían tener con Padre y con ella. Además, aunque las palabras habían sido suaves como la seda del telar, su contenido raspaba como el esparto. Sobre todo porque a Daiyu no se le había ocurrido ver las cosas de aquel modo, y se sentía un tanto ridícula por no haberlo hecho. Era evidente que la sociedad no las trataría igual a Hermana Menor y a ella. A pesar de la caída en desgracia de Padre, Daiyu seguía teniendo un origen social superior a Tío Feng y Tía Jiang. Si eligiera casarse, podría hacerlo con pretendientes más respetables y ricos que Hermana Menor. Y mientras ese día llegara, Daiyu podría permitirse juegos como los que estaba teniendo con Padre

y el fantasma. Juegos que quedaban muy lejos de Hermana Menor, cuyo pensamiento debía estar centrado en lo importante: cuidar de la casa y cuidar de su familia.

Tenían razón. Ella debería haberlo pensado antes. Debería haber ayudado a Hermana Menor a encajar en su lugar.

Agachó la cabeza y trató de ocultar la vergüenza que se le escapaba.

—Perdonad, tíos —dijo como pudo—. Siento haber sido tan descuidada. Hablaré con ella.

Tía Jiang sonrió y, en un inusitado arrebato de contacto físico, le acarició la mejilla.

—Gracias, hija.

*

—El tigre es un animal que siempre ha protegido a mi familia. Cuando mi padre sirvió en el ejército llevaba el amuleto de un tigre. Jamás ninguna hoja enemiga logró tocarlo siquiera, y estoy seguro de que fue por la protección que tenía. Ahora quiero lo mismo para mí.

El maestro artesano contempló la espada *jian* desde varios ángulos, serio como si la estuviera tasando para un mercader. Tras unos instantes asintió y sus tiznados dedos la colocaron con cuidado sobre el aparador de madera, igual que si devolvieran un huevo a su nido.

—Entiendo perfectamente, señor. El tigre es una buena opción. Elegida por muchos. Hay quien dice que logra sentir su fiereza o su fuerza. Yo mismo he visto a cobardes cargar a gritos hacia una muerte segura solo porque sentían el valor del tigre en sus venas. El *yang* del tigre es poderoso.

—Entonces ¿puede hacerse? —preguntó Zheng Gao sin más circunloquios.

El artesano, un hombre musculoso de piel morena, volvió a asentir.

—Esta espada y este yelmo son equipo básico del Ejército. Los hacen todos siguiendo las mismas medidas. Eso facilita este tipo de trabajos. Yo he hecho con mis propias manos adaptaciones parecidas a la que pedís. Hay docenas de espadas que llevan mi sello de calidad, señor. Me sentiría honrado de poder añadir la vuestra a la lista.

El taller olía a barnices, aceites, sudor, tradición y concentración. Era una espaciosa estancia con amplias ventanas para dar mucha luz y ventilación. Aun así, una neblina de pequeñas partículas de piedra y madera flotaba en el ambiente, y poco a poco caía hasta cubrir con una sábana de polvo mesas, baúles, estantes de armas o el mismo suelo de arena prensada. Mientras un niño

limpiaba con cuidado varios cuchillos, otros tres aprendices de más edad dedicaban toda su atención a las figuras religiosas o de animales que estaban tallando en hueso. El maestro artesano, por su parte, acabaría ensamblando las figuras con delicadeza en las armas a las que pertenecían, o bien se encargaría de los detalles más sutiles.

Los tres muchachos se dedicaban a su trabajo con cuidado, pero también con velocidad. Todos los aprendices del imperio, fuera cual fuera su profesión, debían cubrir una cuota de producción. Si no lo lograban, o si la artesanía resultante era de baja calidad, tanto ellos como su maestro pagarían una multa. Qin reprobaba la holgazanería.

Por doquier podían verse piezas en distintos estados de elaboración: redondos escudos con adornos a medio tallar, armaduras a las que se estaba devolviendo el lustre que el uso había hecho desaparecer, plumas de colores para yelmos. Al final, todo aquel equipo recibiría el sello de calidad del maestro, una marca con su nombre que servía para identificar quién había realizado el trabajo y ofrecía la garantía de que se había llevado a cabo según los exigentes estándares del imperio.

Zheng Gao no había buscado mucho. Cualquier artesano del barrio de los herreros le habría servido. Aun así, tuvo la precaución de elegir uno que no estuviera muy concurrido de soldados. Eso significaba dirigirse a un taller más caro y elitista, pero tendría que hacer ese esfuerzo a cambio de la tranquilidad de no encontrarse con alguien que pudiera identificarlo; después de todo, para llevar a cabo la pantomima tenía que volver a colocarse su parafernalia militar y transformarse otra vez en un soldado que destacaba entre la gente. Si reducir riesgos significaba quedarse sin la mitad de sus reservas de dinero, que así fuera. La maniobra era necesaria.

No podía dejar su yelmo y su espada tirados por ahí, ni siquiera en su habitación de la Casa de la Armonía: se arriesgaba a que cualquiera curioseara y desmontara su identidad falsa o, peor, que se los robaran. Tampoco podía llevarlos consigo cuando iba caracterizado como un campesino. Así que se le había ocurrido una opción alternativa. Una manera de mantener su equipo a salvo y a su disposición cuando lo necesitara.

—Está bien —dijo—. Lo dejo en vuestras manos, maestro.

El hombre sonrió.

—Entonces ¿tigres en ambos?

—Sí. Tallados en el yelmo y en la nueva empuñadura de la espada. —Entregó ambas piezas al maestro, que de nuevo las tomó con delicadeza y las guardó en un baúl.

—Pondré toda mi alma en ello, señor.

Seguro que lo haría. Mientras tanto, Zheng Gao podría moverse con más tranquilidad. Para defenderse solo le quedaría su daga, pero al tratarse de un arma que sí estaba autorizada dentro de la ciudad no le ocasionaría tantos problemas. Por no decir que sería más fácil de ocultar. Le dio al artesano el dinero acordado como adelanto y aceptó su larga inclinación de agradecimiento.

—Vendré a recogerlas antes de que acabe mi permiso.

*

Después de comer, Daiyu pidió autorización a Tío Feng y Tía Jiang para ir a casa. Ellos se la dieron sin necesidad de que mencionara la intención subyacente de hablar con Hermana Menor. Se despidió y marchó de vuelta al hogar. Las preocupaciones le llegaron incluso antes de salir del mercado. No tenía ni idea de cómo acercarse a Yue. No sabía de qué modo empezar a decirle a su amiga que dejara de soñar despierta, que nunca iba a estar a su altura. Lo dijera como lo dijera sonaría a traición, por muy buena intención que tuviera en realidad.

Quizá debería pedirle consejo a Padre.

Fue un pensamiento extraño. Le vino a la mente sin permiso, y Daiyu se sintió desconcertada al encontrárselo de frente. En mitad de las corrientes turbulentas que eran sus ideas sobre lo que ella debía hacer en la familia, la ayuda de Padre nunca era un tronco flotante al que le apeteciera aferrarse. Si no la entendía, tampoco podía ayudarla. Pero aquella ocasión sí que parecía propicia para pedirle consejo. Los últimos días se habían acercado más de lo que habían estado en los últimos años. Alzó la vista a las alturas para agradecer al Cielo la inspiración. Al bajarla se encontró de casualidad con Su, Tang y Zhu.

Los vendedores de Qin.

Caminaban por uno de los laterales del mercado. A Daiyu le pareció raro que fueran juntos; aquellos tres no eran amigos, solo fríos socios. Había otros aspectos desconcertantes: Tang, el más anciano de los tres, de vez en cuando echaba la vista atrás, como si temiera que alguien los siguiera.

Daiyu no tomó la decisión consciente de ir tras ellos con disimulo. Pero lo hizo.

Debía ser cautelosa. Aquella gente la despreciaba igual que a Tío Feng o a cualquier persona de Chu. Si la veían husmeando montarían un escándalo, y eso sería cualquier cosa menos una ayuda. Así que tenía que disimular, fingiendo que miraba por los puestos mientras en realidad estudiaba a sus rivales desde lejos. Por un momento se sintió como Zao Shen, el dios del hogar que espiaba para los demás dioses y les informaba del comportamiento de cada familia. Daiyu sabía

que era algo de locos, pero le parecía importante averiguar qué tejemanejes se traían entre manos. ¿Tendría algo que ver con su éxito a la hora de vender telas al imperio? Vigilarlos era la única manera de desvelar qué estaba pasando.

Sonrió. Parecía que resolver misterios se estaba convirtiendo en una nueva faceta de su vida.

Vagabundeó sin quitar el ojo de encima al trío. Entonces se percató de la repentina presencia de los dos funcionarios del mercado en la cercanía, y su entusiasmo felino aumentó en intensidad. Estaban esperando tras un destartalado montón de maderas, junto a un rincón que les ofrecía un poco de cobertura. Y el trío de mercaderes avanzaba con paso decidido hacia ellos.

Daiyu hizo como que observaba la calidad de unos cuencos de bronce, bajo la desconfiada mirada de un herrero grande como el palacio imperial, y se quedó mirando la escena. Una voz en su cabeza le gritó que aquello parecía importante y que no perdiera detalle, por lo que le hizo caso. Fue así como vio que entre los tablones daba lugar un inesperado intercambio: los tres comerciantes de Qin, con gesto rápido, entregaron a los recaudadores sendas cuerdas con monedas. El más alto de los dos las tomó y se las guardó.

Daiyu comprendió de inmediato. ¡Era un soborno! ¡Por eso los funcionarios pasaban al final de cada día menos tiempo verificando las cuentas de Su, Tang y Zhu! ¡Porque no las verificaban! ¡Los mercaderes de Qin les pagaban para evadir los impuestos que les correspondían! ¡Quizá era así también como habían llegado a colocar su seda al imperio!

El golpeteo de su pecho aumentó tanto de intensidad que comenzó a notarlo en sus oídos. La respiración se le aceleraba. Aquel secreto era un grave delito. ¡La clave para librarse de los tres de Qin! ¡Debía contárselo a Tío Feng!

Se dio cuenta de otra cosa: también tenía que evitar que la vieran. Los dos funcionarios gozaban de poder casi absoluto en el mercado. Si se veían amenazados, quién sabía lo que le harían. Se dio la vuelta, tratando de moverse con naturalidad a pesar de los temblores que recorrían su cuerpo, y se dispuso a caminar —no debía correr— hacia el puesto de Tío Feng.

Se encontró cara a cara con uno de los soldados.

Lo conocía de los controles de cada mañana. Era el encargado de tocar el tambor para dar los avisos oficiales. Un joven fuerte, moreno y serio. En su rostro cuadrado de frente amplia nunca se veía la expresión de una emoción. Sus labios delgados siempre estaban cerrados.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con voz ronca.

Daiyu, asustada, dudó. Podía contarle lo que había visto y confiar en que el guardia hiciera saber de la ilegalidad a sus superiores. Pero también podía ocurrir que el soldado fuera parte del complot, y entonces Daiyu estaría en peligro si

hablaba demasiado. Todo dependía, en el fondo, de si el guardia era o no alguien justo. Y Daiyu no tenía ni idea.

Decidió ser prudente. Ya tendría tiempo de hablar más adelante si hacía falta. Intentó buscar una respuesta válida a lo que le habían preguntado.

—Yo… Solo…

El guardia no la dejó seguir.

—Has visto a esos. —Señaló con la cabeza a los comerciantes de Qin y los dos funcionarios—. Y has visto lo que hacen.

No tenía sentido seguir ocultándolo. Daiyu tragó saliva y asintió.

—Lo he visto.

El soldado negó con la cabeza.

—No lo has visto.

—¿Qué? —preguntó ella, desconcertada.

—Que no lo has visto. No has visto nada. —El hombre se le acercó demasiado, tanto que pudo oler su aliento rancio, y bajó la voz—. Si te pones a acusar a esos dos acabarás muy mal. Tienes suerte de que no te hayan descubierto. Pero si abres la boca, si te ven como un peligro, te destruirán. Sigue mi consejo: finge que no lo has visto. —Respiró hondo—. Haz como yo. Vivirás más.

El guardia se dio la vuelta y la dejó, temblorosa e insegura, entre la gente que iba y venía. Daiyu miró, allá en la zona de los tejedores, el puesto de Tío Feng y Tía Jiang. Tan cerca. Tan lejos.

Eligió regresar a casa.

*

Había llegado el momento de la verdad. El primer paso para localizar al consejero Chen era encontrar al fugitivo Lluvia Gris. Zheng Gao no podía permitirse el lujo de esperar más, ni quería arriesgarse a que la única pista que le quedaba se evaporara también. De modo que, en cuanto salió del taller del artesano, volvió a colocarse su disfraz de campesino sobre la armadura y se dirigió a su destino.

Xianyang tenía varios barrios de mala reputación. Muchos de ellos tocaban la muralla, tanto por dentro como por fuera, ya que eran los lugares más baratos para vivir. Las personas sin recursos se apiñaban en aquellas zonas destartaladas en las que el crimen era simplemente otro modo de ganarse la vida. Uno arriesgado, pero en general más lucrativo que los caminos honrados. La guardia imperial ni se molestaba en limpiar aquellos estercoleros; aunque lo hicieran, al

día siguiente aparecería más escoria infrahumana para aprovecharse del vacío de poder. El crimen era tan consustancial a aquellos lugares como la necesidad de mear de vez en cuando. A Zheng Gao le daba vergüenza admitirlo —y lo sentía por los escasos ciudadanos honestos de aquellas barriadas—, pero era bueno que las cosas estuvieran como estaban. Arrestar a los líderes de las bandas delincuentes solo provocaría una oleada de violencia hasta que surgieran nuevos jefes. En realidad, esos lugares eran más seguros dejando las aguas sin remover. Y los criminales devolvían el favor manteniendo un cierto amago de orden en las calles que la guardia no solía pisar. Era un equilibrio que a ambas partes les parecía bien, y hasta ahí llegaban las vueltas morales que Zheng Gao le daría al tema.

Su verdadera preocupación en aquel momento eran las puertas interiores de la ciudad. Separaban los distintos barrios y podían cerrarse como protección en caso de altercados o asedios, pero también se cerraban cada noche para impedir el movimiento de gente fuera de sus hogares. Al fin y al cabo, tras la puesta del sol deberían estar en esos hogares en vez de merodeando como los vagos y maleantes.

El problema para Zheng Gao era que la gentuza trasnochaba. Para encontrar a Lluvia Gris debía moverse por un mal barrio tras el cierre de las puertas. Pero eso lo dejaría bloqueado allí, sin acceso a ningún sitio donde dormir o guarecerse con seguridad.

Como solución intermedia, había decidido que haría un par de intentos de búsqueda bajo la luz del día. Si aquello no funcionaba se arriesgaría con una noche en vela, buscando sin posibilidad de escapar a zonas más seguras.

Mientras avanzaba, rodeado de los hacendosos trabajadores de la ciudad y carros tirados por malolientes bueyes, suplicó ayuda a Shangdi, dios supremo del panteón tradicional y antiguo regente del orden y la justicia. En cuanto terminó se sintió un poco ridículo por haberlo hecho. Era conocido que el Hijo del Cielo veía con malos ojos a ciertos ritos religiosos. Xianyang respetaba el orden celestial y veneraba a las divinidades de los puntos cardinales —sobre todo al blanco dios del oeste, protector geográfico de Qin—. Aun así, no estaba tan sometida a filósofos y sacerdotes como otros reinos que el *bugeng* había visitado. Además, se esperaba de él —como servidor imperial— una entrega plena al tangible mandato de la Ley, no a etéreas teorías o mitos. Por eso Zheng Gao se sintió incómodo tras haber caído con tanta facilidad en las supersticiones pueblerinas en las que había sido educado.

Sin embargo, toda ayuda sería bien recibida. Y si el divino Shangdi sentía el impulso de responder a su oración, tanto mejor para el consejero Chen.

Los codazos involuntarios de la gente que caminaba junto a él le recordaron

dos cosas: que tenía una misión que cumplir y que ya no llevaba el uniforme. No podía moverse como si la calle fuera suya; se suponía que era un pobre labriego. Se encorvó, bajó la mirada y trató de parecer insignificante.

El ritmo de los caminantes fue reduciéndose y eso le hizo saber que se acercaban al puesto de control. Zheng Gao dudaba de que estuvieran mirando pasaportes o cargamentos, ya que eso habría bloqueado por completo la circulación, pero la puerta interior no dejaba de ser un cuello de botella que frenaba a todo el mundo. La muchedumbre era otra ventaja para él: si hubiera habido menos gente —por ejemplo, si en vez de ir a un barrio cochambroso hubiera intentado ir a la zona noble de la ciudad—, los guardias de la puerta sí que habrían dedicado algo de tiempo a revisar su documentación o a preguntarle cuál era su destino. Entonces hubiera traído problemas.

Pero Zheng Gao descubrió que los tenía igualmente.

Entre los soldados había un hombre que no debería haber estado ahí. Era de estatura media y tenía una perenne expresión de desconcierto en su rostro redondo, que acentuaba por su tendencia a fruncir el entrecejo. Parecía estar asombrado de que hubiera tanta gente a su alrededor, pero Zheng Gao sabía que ese era el aspecto que tenía su semblante en todo momento.

Lo sabía porque Zheng Gao conocía al hombre.

Se trataba del oficial Han You. Capitán como él, héroe de guerra como él, *bugeng* como él. Sus caminos no solo se habían cruzado, sino que se entrelazaban como estorninos en vuelo. Habían compartido varias reuniones militares en campaña, mientras sus comandantes planificaban futuras estrategias. Habían estado juntos en las mesas de los banquetes ceremoniales. Habían intercambiado chistes mientras iban con otros compañeros a buscar prostitutas. Por si aquello no bastara, era de origen aristocrático y se había hecho amigo de Lu Gong, con quien había pasado buenos ratos cuando Zheng Gao —superior directo del caballero— estaba cerca.

En definitiva, era alguien que podía identificar su rostro a pesar del destartalado disfraz que llevaba.

Zheng Gao no tenía ni idea de por qué un capitán se veía haciendo una tarea tan baja como la de vigilar el acceso a una sucia barriada, pero ahí estaba. Delante de él. A menos de veinte pasos. Justo en el lugar al que la marea humana lo estaba arrastrando.

Han You solo tenía que mirar en su dirección, fijarse en su cara entre las demás, y lo reconocería sin dudas. Zheng Gao no podía apartarse entre tanta gente obstruyendo el paso. La única manera era abrirse camino a codazos, pero esa era la clase de movimiento que llamaba la atención de un guardia vigilante.

Llamar la atención… Zheng Gao tuvo una rápida idea. Sabía bien, igual que

cualquier habitante de Xianyang, que las multitudes eran un escondite perfecto para ladronzuelos. Con tanta gente apretada, unas manos hábiles podían vaciar bolsas sin que su dueño se percatara. Por eso todo el mundo solía prestar mucha atención a sus pertenencias.

Miró a su alrededor. Vio a un tipo grueso que se estaba alejando de ellos como buenamente podía. No huía de nada, no había hecho nada malo, tan solo deseaba ir al otro extremo de la calle.

Pero todo era cuestión de perspectiva.

Zheng Gao le habló a un hombre que tenía delante, cargado con muchos fardos.

—Hermano, creo que ese gordo te acaba de robar.

Al ver al supuesto ladrón alejándose, la mera sospecha fue todo lo que necesitó el otro. La apariencia se convirtió en certeza, y esta en acusación. Así funciona la naturaleza humana.

—¡Eh, tú! —gritó el de los fardos—. ¡Tú, para!

El otro no se dio por aludido ni pensó que le estuvieran hablando a él, sino que siguió empujando para alejarse, cosa que terminó de convencer al de los fardos de que le habían robado. Apretó también el paso y se puso a gritar.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

Toda la gente prestó atención a la escena. Los guardias, por descontado, también lo hicieron. El propio Han You dejó su puesto para interceptar al supuesto ratero, que comenzaba a darse cuenta de que aquel jaleo era por su causa. Y mientras cientos de ojos estaban pendientes de otra cosa, Zheng Gao trató de escabullirse con discreción. Sin que nadie lo mirara, pasó por debajo del arco de la muralla interior con la cabeza agachada. Lanzó un vistazo de soslayo para asegurarse de que todo iba bien.

Han You lo estaba mirando con su cara de sorpresa.

Zheng Gao volvió a agachar la cabeza. ¿Lo había visto? ¿Lo había identificado? ¿Realmente se estaba fijando en él? ¿No sería solo que miraba en su dirección? Disimuló como pudo y resistió el impulso de acelerar. Debía parecer inocente, y salir corriendo ante la autoridad era el síntoma más evidente de culpabilidad. Dio un paso tras otro esperando el momento en que lo arrestasen, en el que todo se vendría abajo.

Pero nadie gritó su nombre. Nadie le dio el alto. Nadie lo detuvo.

Había logrado cruzar la puerta.

Varias calles más lejos, una vez tranquilizado y convencido de que Han You, después de todo, no se había percatado de su presencia, se puso manos a la obra. Se frotó la pierna, que cada vez le dolía más. Recuperó por completo el resuello. Buscó una taberna, hizo caso omiso del olor a vómito y de la desaseada clientela

que lo miraba con ojos torvos, avanzó hacia el dueño del lugar y le habló, no como el campesino de su disfraz, sino con el tono de quien está acostumbrado a que se le obedezca.

—Busco a alguien al que llaman Lluvia Gris. Tengo un trabajo para él.

*

La jornada de descanso no le sirvió a Daiyu para tranquilizar sus emociones, sino más bien lo contrario. De todo lo que quizá podría haber hecho, no había llevado nada a cabo. Se había limitado a pensar, sola, completamente sola; más sola que cuando perdió a Madre y a Hermano Mayor, más sola que cuando abandonaron su hogar, más sola que cada vez que trataba de explicarle a Padre sus sentimientos y quedaba claro que no hablaban el mismo idioma. No podía contarle a nadie lo de los sobornos de los mercaderes de Qin. Si lo hacía, quizá Tío Feng o Padre decidieran tomar cartas en el asunto. O lo que era lo mismo, ponerse en peligro. Así que no podía decirles nada. No podía compartir esa carga. Ni Padre ni Tío Feng ni Tía Jiang se habían dado cuenta porque estaban demasiado ocupados con sus cosas. Padre con la emoción de sus investigaciones. Tío Feng dándole vueltas al problema de los impuestos y a cómo vender más tela; cosa que, como bien sabía Daiyu por fin, jamás ocurriría mientras los tres comerciantes de Qin y los funcionarios del mercado actuaran en comandita. Tía Jiang tampoco era un gran apoyo porque… bueno, porque Tía Jiang nunca había sido un pilar para ella o para Yue.

Hermana Menor sí que se había fijado en que Daiyu estaba rara, y le había preguntado con dulzura qué ocurría. La mejor amiga que tenía, la persona a la que llevaba un año confiándole todo. Pero Daiyu no se sentía con ganas de abrirle su corazón, no hasta que supiera cómo enfocar el favor que le habían pedido Tío Feng y Tía Jiang. Así que se había distanciado de ella cuando más la necesitaba.

No sabía de qué manera lograría salir a flote. No sabía si sería posible hacerlo.

七

Nadie conocía a Lluvia Gris. Ya era el tercer día que Zheng Gao empleaba en buscar algún rastro del mercenario, pero el resultado siempre era el mismo. Dondequiera que fuera se encontraba la misma respuesta genérica, en mil variantes subjetivas: «No sé quién es ese hombre». En distintos tonos de voz, con distintos grados de cordialidad, pronunciada con los distintos acentos de media docena de regiones del Gran Qin, todo el mundo parecía ignorar la existencia del hombre que tantos quebraderos de cabeza le estaba ocasionando. Daba igual si preguntaba a regentes de tabernas o albergues, si cuestionaba al azar a paseantes por la calle o si trababa un amago de amistad con clientes de casas de juego o burdeles.

Nadie conocía a Lluvia Gris.

Lo cual no dejaba de ser sorprendente, ya que aquel nombre en realidad era una leyenda de la que muchos charlaban entre susurros, a medio camino entre la morbosa realidad de la vida de un asesino a sueldo y el halo fantástico del protagonista de una narración épica de espadachines. Si él, que ni siquiera había nacido en Xianyang, había oído hablar de Lluvia Gris, resultaba evidente que muchas otras personas debían de haberlo hecho también.

Pero nadie lo conocía.

En lo que se refería a las respuestas, había tres grandes grupos de personas: estaban quienes, al ser preguntados, palidecían y se dejaban llevar por el frío abrazo del miedo; su «no sé quién es ese hombre» significaba «por favor, no quiero meterme en un lío». Algunos había que, con total e inesperada sinceridad, admitían un desconocimiento real. Y por último quedaban los más interesantes para el *bugeng*, los que cabalgaban a lomos de la mentira; su «no sé quién es ese hombre» significaba «no voy a decirte lo que sé».

Esos eran los más atractivos para él. El verdadero objetivo de su burda maniobra de tanteo.

Zheng Gao no esperaba que ante su interrogatorio alguien le dijera sin más

«¡claro que lo conozco, es mi vecino!». Si Lluvia Gris era un personaje legendario se debía, en gran medida, al hecho de que sabía ocultarse. En su trabajo, aquello era un rasgo necesario para no terminar mal. Alguien que se dedicaba a matar a otras personas por encargo acababa haciendo una larga lista de enemigos. No sería de extrañar que en aquel mismo instante otros guerreros estuvieran haciendo como Zheng Gao, buscar a Lluvia Gris con la intención de vengarse de afrentas pasadas, de cobrar una recompensa por su cabeza o simplemente de derrotarlo para poder vanagloriarse de que fueron la causa de su caída y vivir de esa fama. Si Lluvia Gris era sensato, procuraría no dejarse ver demasiado. Por eso Zheng Gao no se había desanimado al no encontrar ni rastro del mercenario. Esperaba tal obstáculo, y eso no había hecho mella en su ánimo.

Al menos al principio.

Su verdadera intención había sido agitar las aguas para ver qué se movía. Sabía que, con independencia de lo que le dijeran sus interlocutores, alguien debía de relacionarse con el asesino. Alguien debía de conocerlo y ser capaz de transmitirle un mensaje. Después de todo, Lluvia Gris no podía conseguir nuevos trabajos si se pasaba la vida debajo de una piedra. De modo que Zheng Gao utilizó una clásica técnica de caza menor: meter un palo en la madriguera para hacer que la alimaña trate de escapar por la otra salida… donde sería capturada.

Por eso se había centrado en los mentirosos. Si faltaban a la verdad era porque conocían a Lluvia Gris. Y si no tenían miedo a la pregunta era porque tenían buena relación con él. Así que cada vez que se encontraba a uno de estos personajes, Zheng Gao fingía aceptar la respuesta y marcharse, pero en realidad se quedaba vigilando. Acechaba al mentiroso con la esperanza de que fuera a avisar a Lluvia Gris de que alguien lo andaba buscando. Incluso tuvo la esperanza de que aquello ocurriera con más facilidad el día anterior, que había sido una jornada de descanso; Zheng Gao había pensado que, al no tener deberes laborales, los supuestos conocidos de Lluvia Gris lo tendrían más fácil para dejar lo que estuvieran haciendo y transmitir el mensaje al mercenario.

Solo que nunca había pasado.

Ninguno de aquellos hombres había hecho de correveidile. Se habían quedado en el sitio y habían seguido con sus vidas como si Zheng Gao, oculto a poca distancia, no hubiera mencionado ningún nombre prohibido. Parecía que no hubiera aguas que agitar ni madriguera que revolver.

A medida que pasaba el tiempo, el *bugeng* comenzaba a impacientarse. Para llegar al consejero Chen debía encontrar a Lluvia Gris, y para ello debía dar con alguno de sus socios. Pero el plan no estaba funcionando. Tales socios no parecían existir siquiera.

La pequeña gota de la duda comenzó a taladrar las pétreas convicciones de su mente. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si estaba siguiendo un camino erróneo? Había dado por supuesto que Lluvia Gris regresaría a Xianyang una vez acabado el trabajo pero ¿y si no era así? Por lo que él sabía, quizá la misión de Lluvia Gris no había terminado aún. Tal vez no había vuelto a la capital. Es más, si uno lo pensaba con detenimiento, lo más probable era todo lo contrario. ¿Por qué había supuesto que podría encontrar al asesino en la ciudad? Solo en las comandancias cercanas había miles de escondites alternativos para alguien que acabara de terminar un trabajo ilegal y tuviera dinero para permitirse una larga ausencia. Presuponer que encontraría a Lluvia Gris sin más era lo mismo que imaginar que encontraría un almendro en flor en un bosque solo porque acababa de ver el dibujo de uno. Una idea estúpida.

Pero era la única que tenía. Sin eso, y a menos que fuera a consultar a un astrólogo, no sabía cómo encontrar al consejero Chen.

Algo repiqueteó en su cabeza. Consultar un astrólogo.

¿Por qué no?

Por toda la ciudad había augures, magos, chamanes, adivinos y videntes. Aseguraban ser capaces de predecir el futuro y, aunque Zheng Gao tenía cierto escepticismo al respecto, en el ejército había conocido historias de compañeros que se salvaron de problemas por un vaticinio acertado, que triunfaron en sus trabajos gracias a las místicas recomendaciones de los hexagramas o que supieron el sexo de los hijos que iban a tener por las interpretaciones que un astrólogo hizo del ciclo celeste.

Hasta Su Majestad consultaba los almanaques para tratar de adelantarse a la voluntad de las estrellas. Se decía que escuchaba a sus astrólogos como a cualquier otro de sus consejeros. El mismo consejero Chen tenía los conocimientos necesarios para interpretar los libros de días, y de vez en cuando había hecho incluso alguna predicción menor.

El consejero Chen. Al pensar en él, el pesar volvió al corazón de Zheng Gao. Debía encontrarlo. Si tenía que hacerlo por medios mágicos, que así fuera. Al menos, lo intentaría.

Abandonó el barrio pobre que había recorrido durante los últimos días, como siempre vigilando que su conocido Han You no estuviera de guardia otra vez. De vuelta a una zona más respetable de la ciudad, se adentró en las calles que no estaban ni junto a la muralla, ni cerca de los mercados ni al lado de las puertas. Los lugares entre lugares donde solían hacer su trabajo los hechiceros.

Vagabundeó hasta encontrar un edificio de dos pisos cuyo cuidado aspecto hablaba de cierto éxito en los negocios, señal de que el dueño del lugar era famoso por sus acertados vaticinios. Atravesó los dos enormes braseros

ceremoniales de bronce que flanqueaban la puerta y pasó a un patio interior cubierto de enredaderas y plantas colgantes. Dos sirvientes se apresuraron a recibirlo entre inclinaciones y lo acompañaron a una amplia sala con asfixiante olor a incienso donde al parecer no se permitía la entrada al sol matutino. Dentro se encontró, arrodillado frente a una mesa baja salpicada de rollos de bambú, con un hombre al que saludó con la más educada reverencia que supo hacer. Debía de pasar los cincuenta e iba vestido con ropas anaranjadas que centelleaban a la tímida luz de los farolillos. Llevaba un gorro negro de medio palmo de alto con delicados engarces tan plateados como su larga barba. En la cámara había un caótico cúmulo de anaqueles y cofres lacados llenos de exóticos objetos: plantas secas, esqueletos animales, rocas de distintos colores y variopintos talismanes. Las paredes estaban ornamentadas con cuadros pintados en seda, todos motivos naturales excepto los que colgaban de la pared norte, donde había una representación del firmamento. Zheng Gao reconoció de un vistazo la constelación del Pájaro Rojo, la Estrella de Fuego, el Corredor Celestial, la Tejedora…

El hombre estudió a Zheng Gao, circunspecto. Al cabo de un tiempo demasiado largo para las exigencias de la cortesía, hizo una sencilla inclinación sin levantarse.

—Bienvenido a la morada del maestro Yan. —Indicó con un ademán el lugar frente a él y Zheng Gao, aceptando la tardía invitación, se arrodilló al otro lado de la mesa—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Necesito un augurio, noble maestro. Estoy buscando a… un adversario. Quiero saber si lo encontraré.

El vidente volvió a guardar silencio y le clavó sus ojos rodeados de arrugas hasta que Zheng Gao intuyó lo que pasaba. Sacó una cuerda de monedas (la penúltima que le quedaba) y la colocó sobre la mesa. El maestro Yan levantó una ceja pero tomó el dinero. Después, con clara intencionalidad, cerró un cofre lleno de conchas de tortuga que tenía a su derecha y abrió el que tenía a su izquierda, uno más sencillo repleto de tallos de milenrama. Sin mediar palabra le acababa de decir a Zheng Gao que no desperdiciaría una valiosa concha de tortuga con un pobretón como él: tendría que conformarse con la adivinación por hexagramas.

—¿Puedo conocer vuestros ocho caracteres?

Zheng Gao asintió y le recitó la lista. Era una serie de palabras que contenían los datos de año, mes, día y hora de su nacimiento, información esencial para poder hacer vaticinios personalizados. Tras memorizarla, Yan despejó su mesa y desenrolló uno de los libros de bambú. Pasó con rapidez los dedos por los caracteres.

—Antes del augurio, consultemos el almanaque. Hoy es un día décimo y sexto. Eso, en este mes, implica lo siguiente —dijo, procediendo a la lectura de las tablillas—: quienes deserten, no serán atrapados. Quienes estén enfermos, de cansancio morirán. Se puede tratar asuntos con oficiales menores, puesto que se hablará con elocuencia. El hombre superior se liberará de sus fallos. Hmmm…

El maestro cerró los ojos como si reflexionara acerca de las palabras que acababa de leer y tratara de darles un sentido en relación con la consulta. Los volvió a abrir, guardó el libro de días y colocó en su lugar un pequeño arenero cuadrado y una delgada rama recta.

—¡Entréganos tu eterna verdad! —dijo en voz alta, entonando la fórmula ceremonial—. ¡Que por tu poder seamos guiados en nuestra elección!

Tomó en sus manos los tallos de milenrama y comenzó el proceso de adivinación. Zheng Gao ya había visto otras veces a hechiceros prestando sus servicios, así que sintió una cierta familiaridad con los movimientos y tuvo claro qué se esperaba de él. Sabía que había cincuenta tallos, ni uno más ni uno menos. Zheng Gao retiró uno de ellos y colocó los restantes en dos montones arbitrarios. Luego empezó a quitar cuatro tallos de cada montón, alternativamente, hasta que quedaron menos de cuatro. Aquello era esencial. Dependiendo del número de tallos remanentes, el adivino trazaría en el arenero una línea completa o una cortada. Luego repetirían el proceso hasta conseguir seis líneas, lo que daría lugar a un hexagrama dibujado en la arena. En tal diseño estaba la respuesta a la pregunta.

El maestro Yan contempló el resultado con el ceño fruncido, como si fuera un rompecabezas que solo él podía reconstruir. Cuando quedó satisfecho volvió a mirar a Zheng Gao y le dio su respuesta.

—Encontrarás al hombre que buscas. Pero lamentarás haberlo hecho. ¡Que vivas mil otoños y diez mil años!

Ni el maestro alargó la sesión ni Zheng Gao esperó que lo hiciera. El augurio había sido ofrecido y ya no tenía sentido que se quedara más tiempo ahí. Salió a la calle, parpadeando por la claridad, y le pareció que el aroma a excremento reseco era más respirable que el denso humo aromático de casa del maestro.

De modo que iba a encontrar a Lluvia Gris. O por lo menos eso decían los vaticinios. Zheng Gao seguía sin saber cómo pasaría semejante prodigio, pero de algún modo aquello reconfortó su alma.

Pero no su cuerpo. Sintió un pinchazo en la herida del muslo. Cada vez le venían con más frecuencia y le impedían pensar con claridad. Se sentó en el suelo para masajearse la pierna entre sudores fríos. Al frotarla, latigazos de dolor lo golpearon por todo su ser. Tuvo que apretar la mandíbula para no dejar salir un gemido. Respiró hondo y trató de relajarse con los ojos cerrados. Cuando los

abrió, una figura se plantó ante él y le tapó el sol. De aquella inesperada sombra a contraluz salió una voz chillona.

—¡Eh, tú! ¿Estás buscando a Lluvia Gris? ¡Dime por qué!

*

La ejecución fue muy vistosa. Contraviniendo la práctica habitual se decidió llevarla a cabo pronto, apenas alcanzada la hora del almuerzo temprano. Era un mal momento para cumplir con las sentencias penales, porque de aquel modo se dificultaba que hubiera testigos de la justicia imperial —que era en definitiva el objetivo último de semejante exhibición pública—, y se obstaculizaban las importantes transacciones del mercado recién abierto. Pero la escasez de público también ofrecía una ventaja: los dos oficiales debieron de pensar que aquello daría tiempo suficiente para limpiar el desbarajuste que iba a montar el verdugo.

La audiencia del espectáculo era reducida pero fiel. Casi todos los comerciantes habían decidido que, por una vez, no pasaba nada si se retrasaban al montar sus puestos. Las condenas a muerte no ocurrían todos los días: era normal tratarlas como la llegada de una inesperada compañía de acróbatas. Además, tampoco iban a perder gran cosa si sus propios clientes pasaban el rato hechizados viendo a las fuerzas del orden en acción.

Daiyu estaba allí, en primera fila de aquel reducido corro de gente, apenas cien o doscientas personas. Aunque Tío Feng era uno de los pocos que no se habían congregado en la plaza junto a la torre, ella había sentido una inexplicable atracción por el evento, una mezcla de miedo, curiosidad y rebelde deseo de ver cara a cara a los corruptos oficiales mientras fingían con hipocresía ser garantes de la ley. Había pedido permiso para ir y Tío Feng, con un encogimiento de hombros, se lo había dado.

No era la primera ejecución a la que Daiyu asistía, pero sí la primera en territorio de Qin. No esperaba que hubiera grandes diferencias, puesto que la muerte de un criminal es lo mismo con independencia de dónde se celebre la condena, pero sí se preguntaba quiénes serían los delincuentes y qué habrían hecho para merecer su castigo.

La impresión que daban, desde luego, resultaba lamentable. Eran tres, de rodillas frente a la torre del mercado, con las manos atadas al frente y los pies entre sí, a modo de cadena humana. Sus ropas estaban sucias y rasgadas, como si no se las hubieran quitado durante los días que hubieran durado los interrogatorios. Tenían la cara hinchada y amoratada, con heridas que apenas empezaban a cicatrizar, testimonio del trato recibido a manos de los guardias.

Las marcas resultaban visibles porque los criminales ya habían sido afeitados y su rostro lampiño no ocultaba nada en su rapada cabeza. Aquello era en sí una condena: el pelo era un préstamo recibido de los antepasados y jamás debía cortarse. Hacerlo suponía una falta de respeto que se pagaría en la otra vida. Y aquel trío de desarrapados estaba a punto de hacer el trayecto.

Los tres eran jóvenes, alguno incluso de la edad de Daiyu, y asumían la inevitabilidad de su destino con diferentes actitudes: uno de ellos erguía su tronco en claro desafío y otro estaba cabizbajo como si buscara la paz interior, mientras que el tercero tenía el rostro lleno de lágrimas y no controlaba sus escandalosos sollozos.

El tambor de la torre, que hacía poco había sonado para anunciar la apertura del mercado, volvió a retumbar a un ritmo más comedido. Más fúnebre. Los dos oficiales —a los que Daiyu no había visto desde que descubrió su apaño ilegal con los vendedores de Qin— salieron de la torre a paso regio, con las manos entrelazadas frente a su pecho. Al ritmo del tambor se colocaron frente a los criminales, a quienes custodiaban seis soldados imperiales de negra armadura y semblante imperturbable, y los miraron con altivo desprecio hasta que dejó de oírse el calmo redoble. En ese momento el oficial larguirucho de la voz aguda dio la espalda a los reos, sacó un rollo de bambú de su manga y lo leyó a gritos hacia los congregados.

—¡Es la hora quinta del día decimo-sexto del noveno mes del año séptimo-quinto, vigesimosexto del reinado del Hijo del Cielo, el divino emperador Qin Shi Huang! ¡En el nombre de Su Majestad Imperial, se ejecuta la condena a los criminales llamados Cheng Dang, Cheng Fan y Liang Hou! ¡Se los acusa de haber robado y agredido a ciudadanos de Xianyang en este mercado! ¡Los criminales han confesado sus delitos y se les ha condenado a muerte pública por apaleamiento! ¡Sus cadáveres tendrán derecho a sepultura sin quedar expuestos en la muralla! ¡Así sea!

Los oficiales se apartaron y dieron paso al verdadero protagonista del momento, el verdugo. Daiyu se sorprendió al reconocerlo: era el mismo tamborilero, el guardia de cara cuadrada que le había recomendado no decir nada sobre los sobornos del mercado. Había bajado de la torre mientras su superior leía la condena y se disponía a practicar otro tipo de percusión. En sus manos llevaba un largo bastón de madera maciza.

Tras un gesto teatral del funcionario, el guardia cumplió con su obligación. Golpeó la espalda del criminal desafiante con tanta fuerza que el chasquido se escuchó con claridad por toda la plaza. Aun así, el condenado volvió a alzarse y a mirar con odio a su verdugo. El soldado no se inmutó y repitió la maniobra. El reo quiso mantener su digna compostura, pero tras recibir cuatro o cinco

bastonazos su voluntad se evaporó y trató de huir. No pudo ir muy lejos, ya que estaba atado a sus cómplices y los demás guardias, preparados, lo inmovilizaron y lo tumbaron boca abajo en el suelo. El soldado del bastón se colocó en un sitio donde no pudiera herir por error a sus compañeros y siguió su negro recital. El criminal, que ya chillaba de dolor, trató de forcejear a pesar de tener las manos atadas y de que tres hombres lo sujetaban.

Un día, cuando era niña, Daiyu se coló jugando en el granero de su casa. Imaginaba ser una heroína en busca del secreto de la inmortalidad y que el granero en realidad era el palacio de los dioses a los que iba a subyugar con su encanto. De repente se encontró entre las vigas de madera con una tela de araña, como tantas otras que había visto ya, y a la que no habría prestado atención de no ser por una cosa: justo en aquel momento, una mosca quedó atrapada en ella. Al sentirse inmovilizada comenzó a rebullirse entre espasmos, como si las locas sacudidas garantizaran su supervivencia. Cuanto más se movía, más atrapada quedaba; sin embargo, cuanto más claro quedaba que jamás saldría de aquella, más aumentaba su forcejeo. A Daiyu le había sorprendido que en un cuerpo tan pequeño cupiera tanta desesperación.

El reo de la mirada desafiante le estaba recordando a aquella mosca. Trataba de sacudirse de encima a los tres hombres que lo aferraban, aun sabiendo que era inútil. Como le había pasado a la mosca, su vida llegaba a su fin.

El guardia continuó partiendo huesos con implacable eficiencia. Sus golpes se repartían con equidad por toda la anatomía del criminal, que ya esputaba sangre, pero nunca en su cabeza. Sin duda el protocolo dictaba que los condenados tardaran en morir, y abrirle la cabeza hubiera sido demasiado bondadoso para la pena impuesta.

Cada uno de los impactos resonó por toda la plaza. La gente miraba en silencio. El público no aplaudía ante la demostración de fuerza o por el castigo a un malhechor. Los congregados, supuso Daiyu, no creían que aquello fuera justicia. Solo un entretenimiento. Seguramente conocían bien la realidad del mundo que los rodeaba, un mundo en el que el bien y el mal no se diferenciaban con la claridad del *yin* y el *yang;* ese mundo sobre el que Tío Feng había tratado de advertirla y que Daiyu empezaba a vislumbrar por las malas.

Al cabo de un rato, el criminal dejó de moverse. El guardia siguió apaleándolo varias veces más, por si acaso. Luego remató la tarea mediante un fuerte golpe en la cabeza que le reventó el cráneo con un escalofriante crujido.

El verdugo se movió hacia el segundo criminal. Por fortuna para él, perdió la consciencia rápido y no sintió la mayor parte del suplicio. Cuando le tocó el turno al tercero, el que no había parado de llorar en todo momento, su voz quejumbrosa suplicó clemencia. Imploró compasión, juró arrepentimiento,

ofreció acusar a más cómplices, rogó en nombre de su familia, hasta mencionó hijos pequeños.

El soldado del tambor lo mató de todos modos.

Los cuerpos quedaron sobre el adoquinado de la plaza, rotos, desfigurados, con algunos huesos atravesando la piel y grandes ríos de sangre y orín. Una pulpa que apenas podía considerarse humana y que pronto sería limpiada por un escuadrón de esclavos que, desde lejos, aguardaban la señal. Una mácula ocultada para el olvido. Algunos niños, entre risas, jugaron a ver quién era el más osado y se acercaba más a los cadáveres.

Daiyu miró aquellos cuerpos y, en cierto modo, se sintió identificada. La angustia del día anterior seguía siendo su compañera y lastraba cada paso que daba, cada respiración, cada latido.

Se preguntaba hasta qué punto aquello había tenido que ver con su deseo de asistir a la ejecución.

Pero la ejecución ya había acabado. Sin más espectáculo, los comerciantes se dirigieron por fin a sus lugares de trabajo. Daiyu se resignó a hacer lo propio y, al dar la vuelta, se encontró a pocos *zhang* del señor Liu, el sericultor.

A Daiyu se le escapó un suspiro de sorpresa.

Su cara estaba inflamada y llena de cardenales, salpicada por numerosas heridas recientes. En vez de su abierta sonrisa, tenía el aspecto cabizbajo con el que se había despedido la última vez de Tío Feng. Conmovida por su estado, Daiyu no pudo evitar acercarse a él. El sericultor se percató entonces de su presencia y trató de ocultar el rostro.

—¡Señor Liu! En el nombre de Zhi Nü, ¿qué le ha pasado?

—Se… Señorita… No, nada, por favor, no se preocupe.

—¿Que no me preocupe? ¡Por favor, señor Liu, tiene que venir conmigo! ¡Mi padre le curará esas heridas!

El hombre sacudió las manos con rapidez.

—No, no, no hace falta. Estoy bien.

—¡Vaya, florecita, otra vez tú!

A Daiyu se le erizaron los pelos de la nuca al reconocer aquel sonido: la grave voz de Buey Nocturno. El hombretón se colocó junto al señor Liu y la miró con media sonrisa.

—Bu… Buenos días, s… señor —tartamudeó el sericultor.

—Buenos días, amigo Liu —dijo el criminal, dándole una fuerte palmada en la espalda—. ¿Qué, florecita? ¿Ya conoces a mi nuevo vasallo?

Vasallo. El corazón se le hundió en el pecho al comprender. Privado de todo apoyo, el señor Liu se había visto obligado a ceder al chantaje de Buey Nocturno, no sin antes recibir una paliza por su obstinación. Todo por culpa de la dejadez

de Tío Feng.

O de que Daiyu no hubiera sabido cómo ayudarlo.

No dejó que las lágrimas llegaran a caer. Miró a Buey Nocturno con ojos enrojecidos y destiló todo el desprecio que pudo en su voz.

—Algún día te ejecutarán a ti también. —Y señaló con la cabeza hacia la plaza que los esclavos empezaban a limpiar.

Buey Nocturno se rio, como si le divirtiera la osadía de aquella niña.

—Lo dudo, florecita.

—Seguro que ellos también lo dudaban.

—Oh, sí. Lo dudaban. Dime, florecita, ¿quién crees que los denunció? —Volvió a sonreír al ver cómo Daiyu abría los ojos de par en par, pero cuando habló su tono era frío—. Sí. Esos tres eran del Filo Oculto. Enemigos. Creían de veras que podían meterse en mi territorio. Que podían amenazar a mi gente. Que podían robarme en mi propia casa. Ahora habrán comprendido el poder que tengo. Todo el mundo acaba comprendiéndolo. —Hizo una pausa—. Saluda al viejo Feng de mi parte.

*

—¡Te he hecho una pregunta, vómito de gusano descompuesto! ¡Contesta!

La sorpresa impidió a Zheng Gao responder de inmediato. Ante sí, con los brazos en jarras, tenía a un chaval de no más de diez u once años. Iba vestido con toscos ropajes raídos en los que destacaba un colorido cinturón rojo con flecos azules, desmadejados al igual que su pelo. Sus gruesos labios estaban tan fruncidos como su entrecejo. Dado que el *bugeng* estaba sentado en el suelo, el niño lo miraba desde lo alto a pesar de su baja estatura.

Zheng Gao no hizo caso del insulto, que le había sonado más bien como el ladrido de un perrito que pretende ser intimidante, y decidió tantear al muchacho.

—Sí, busco a Lluvia Gris. Y no eres tú.

El niño resopló.

—¡Claro que no! ¡Yo soy Mono Plateado, su ayudante! ¡Yo decido si puedes verlo o no! ¡Lluvia Gris no pierde el tiempo con montañas de mierda derretidas al sol! ¡Solo te verá si yo quiero! ¡Así que contesta! ¿Por qué lo buscas?

Zheng Gao se masajeó el cuello, que tenía un poco rígido, y estiró los brazos con calma antes de hablar.

—Tengo un trabajo para él.

—¿Qué trabajo?

—Uno que discutiré con él.

—¡Discútelo conmigo!

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de ti.

—¡Yo tampoco me fío de ti, feto de búfalo devorado por lombrices!

—Entonces que decida Lluvia Gris. No un niño maleducado.

—¡Eh! ¡No sabes con quién hablas! ¡Lluvia Gris decidirá lo que yo quiera!

—Eso dices tú. —Se levantó y la diferencia de tamaño entre ambos se hizo patente. Aun así, Mono Plateado no se achicó—. Si Lluvia Gris quiere mi trabajo, que me venga a buscar a la Casa de la Armonía, junto al mercado del oeste. Allí me alojo.

Hizo ademán de marcharse, pero el niño le tiró de la manga.

—¡Eh! ¡No te he dado permiso para que te vayas! ¡Así no le diré nada a Lluvia Gris!

Zheng Gao se encogió de hombros.

—No lo harás porque en realidad no lo conoces.

Mono Plateado le señaló con un dedo.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Estoy diciendo que no tengo por qué creerte. ¿Cómo sé que lo que dices es cierto? Es más… ¿Lluvia Gris no se puede permitir un ayudante mejor que tú? ¿Tan pobre es que tiene que conformarse con un niño? Eso es que no le deben de ir bien las cosas. Y, si no tiene clientes, será porque trabaja mal. Estaré mal informado. Igual debería buscar a otro… más profesional.

—¡Oye! ¡Guárdate esa lengua de sapo aplastado por un cerdo! ¡Lluvia Gris es el mejor en su trabajo!

—¿Y tengo que creerte? Bien, demuéstramelo. Demuéstrame que es bueno y que lo conoces de verdad. Dime algo que haya hecho últimamente, algo que merezca la pena. Convénceme.

Mono Plateado soltó una risotada.

—¡No tienes ni idea! ¡Lluvia Gris tiene grandes clientes! ¿Me oyes? ¡Grandes! ¡No se junta con bolas de barro rellenas de cucarachas como tú!

—Yo también soy grande.

—¡Ja! ¿Con esas ropas? ¡El último cliente de Lluvia Gris llevaba más seda de la que tú hayas visto nunca! ¡No podrías ni ser uno de sus sirvientes! ¡Tú no vales ni…!

Mono Plateado se calló de golpe, con repentina lividez en el rostro. Resultaba que el niño no era tonto del todo y se había dado cuenta: acababa de hablar demasiado. Mencionar a un cliente vestido de seda daba muchas pistas

sobre su origen social. Mono Plateado le pegó una patada en la espinilla, enfurecido, y salió corriendo.

Zheng Gao fue tras él. Era su oportunidad. Lo más probable era que el chiquillo no fuera su ayudante, pero que sí trabajara como correo para el mercenario, alguien que ganaba algunas monedas trayéndole clientes sin que Lluvia Gris tuviera que exponerse en persona. Si era así, significaba que Mono Plateado tenía contacto directo con él. Solo tenía que seguirlo y lo llevaría hasta el asesino. Justo como acababa de vaticinar el maestro Yan.

Trató de no perderlo entre la multitud, cosa que fue más difícil de lo que parecía. Mono Plateado era pequeño y se escurría entre la gente. Por fortuna, su cinturón rojo y azul llamaba la atención a través de las piernas de los caminantes. Abriéndose paso a codazos cuando hizo falta e ignorando las protestas de los hacendosos paseantes, Zheng Gao pudo mantener al niño a la vista. En un par de ocasiones le pareció perderlo —y en una de ellas tuvo que subirse al eje de una carreta para volver a localizarlo—, pero logró mantenerse a su cola.

Mono Plateado se desvió a la izquierda en una avenida cercana a la muralla y se adentró en calles más estrechas. Aquello era lo que Zheng Gao temía que hiciera, porque por allí transitaban menos personas. Si el niño miraba hacia atrás lo vería sin dificultad, lo que lo obligó a aumentar la distancia entre ambos, con el consiguiente riesgo de que el chiquillo se le escabullera por las esquinas. Pero no fue ese el problema.

Sin previo aviso, Mono Plateado hizo honor a su nombre. Trepó por la viga de una casa, subió con rapidez hasta el tejado y siguió su camino por las alturas.

—¡La madre que lo…!

Zheng Gao intentó no perderlo de vista. Aceleró el paso mientras el chaval iba dando saltos de azotea en azotea, alejándose en un camino que no estaba constreñido por el recorrido de las calles. El *bugeng*, en cambio, se vio obligado a serpentear a nivel del suelo, corriendo entre zonas de resbaladizo fango mientras miraba a las alturas, esperando vislumbrar un fragmento fugaz de Mono Plateado. Fragmentos que cada vez aparecían con menos frecuencia y más lejos.

El chiquillo no tardó en desaparecer por completo y Zheng Gao volvió a dejarse caer sobre el suelo.

Parecía que no se encontraría con Lluvia Gris después de todo. Se secó con la manga el abundante sudor de la frente. Acababa de perder su única pista para encontrar al mercenario.

Solo que no era su única pista.

La idea le llegó como un relámpago que anuncia una tormenta repentina. No era su única pista. Llevaba tres días pensando que sí, pero estaba equivocado.

Tenía otra manera de encontrar al consejero Chen. Siempre la había tenido.

Sonrió y se puso de pie. Sintió un mareo y se le emborronó la vista unos instantes, pero no hizo caso. Estaba demasiado emocionado. Debía darse prisa.

*

En el patio de la casa sonaban una y otra vez las más célebres tonadas tradicionales del reino de Chu. Cuando Li Ping terminaba de tararear las que se sabía, volvía a empezar con incansable determinación. A veces acompañaba las melodías con palmadas, a veces con golpecitos del bastón, ora al suelo, ora a la silla que había sido su más fiel compañera en el último año. El asiento debía de estar sorprendido de ver a su dueño tan risueño.

Era porque la oscuridad de su vida volvía a estar iluminada. No cabía más alegría en él. Estaba tan henchido de ella que se le escapaba por la voz, en forma de las canciones que solía cantar en su juventud.

Li Ping estaba disfrutando con el misterio que había volado a sus manos.

Tener algo así en lo que ocupar su mente le permitía viajar a imaginarios lugares sin necesidad de mover su cuerpo. Hacía mucho que no se sentía tan libre, y había decidido cubrirse con capas y capas de tan cálida sensación. El mundo no cambiaría mucho aunque lograra resolver los enigmas de la muerte de Fa Rong, pero para él sería una reafirmación interna.

A la tarea estaba dedicando todas sus capacidades. Incluso cuando comía lo hacía distraído, hasta el punto que el día anterior Daiyu había tenido que retirar su mano cuando estuvo a punto de agarrar la sopa hirviendo con ella pensando que era arroz. El mundo exterior no le llamaba tanto la atención como la sucesión de ideas y conexiones que estaba estableciendo en el vacío de su mente.

Lo importante era el dinero. Lo había pensado desde el principio. Fa Rong no debería de haber tenido la posibilidad de dilapidar una fortuna en la casa de juegos. No debería de haber resultado un blanco apetecible para quienesquiera que hubieran asaltado su chabola. No debería de haber acumulado dinero. Pero lo tenía, y eso atrajo a los ladrones, y casi seguro a sus esquivos asesinos, si es que eran otras personas. Todos los interrogantes descendían, como una imparable cascada entre las montañas, de aquel primer acertijo. Li Ping había creído que encontrar el origen de las riquezas de Fa Rong, cual si fuera la fuente de un río, desvelaría quién lo mató.

No obstante, se estaba dando cuenta de que tal vez ese planteamiento era erróneo. Quizá por eso había estado bloqueado todo un día. Porque se había centrado en encontrar la procedencia del dinero.

Qué tonto había sido.

La verdad era testaruda: no había manera de saber por qué Fa Rong estaba cargado de bronce. No la había porque era imposible que lo hubiera obtenido de forma regular. No existía ningún motivo normal para que Fa Rong tuviera ese dinero, cosa que significaba que el motivo era excepcional. Y dentro de aquella palabra cabían diez mil explicaciones. La más probable era que el finado hubiera hecho algo ilegal. Debía de haberse juntado con las personas equivocadas, que le pagaron por algún servicio, y luego eso se convirtió en una maldición. La duda era qué servicio podía prestar a malhechores un trabajador de las alcantarillas sin siquiera una red de contactos a la que pedir favores. De nuevo, no había explicaciones normales. Otra vez se difuminaba el rastro.

Pero no importaba. Lo había enfocado mal. Y al darse cuenta, en vez de sentirse frustrado, había reído y había empezado a cantar.

Desde su silla jamás adivinaría qué hizo Fa Rong para convertirse en el elegido del dios de la riqueza. Así que no debía intentar adivinarlo. Tenía que rastrear de otro modo. No debía ir a la fuente, debía ir a la desembocadura. ¡Tenía que preguntar a quienes lo vieron gastar su fortuna! Una casa de juegos, alcohol, desinhibición… Existía la posibilidad de que Fa Rong hubiera desatado su lengua. Quizá allí encontrara respuestas. El hecho de tener que tratar con criminales no lo desanimaba. Hablar con ellos de día en un lugar público era tan seguro —o peligroso— como vadear un río. No se llevaría a Daiyu a aquella tarea, claro. Tendría que pedirle a Hu Feng que le prestara a Grano de Mijo como guía, pero sabía que su amigo no se negaría.

Llevaba un buen rato pensando, entre canturreos, en cómo enfocar la charla con los dueños de la casa de juegos, cuando la puerta principal se abrió. Yue estaba limpiando las habitaciones del piso superior, así que ni se habría enterado de la visita. Li Ping dejó de tararear y trató de determinar si había venido un nuevo paciente para él. Podría ser algo bueno. Quizá la distracción de tratar una enfermedad, aun sin Daiyu, lo ayudara a hacer que sus ideas sobre Fa Rong se asentaran.

De inmediato supo que no era así. La persona que estaba entrando lo había hecho sin la cortesía de saludar, así que no era alguien que buscara hospitalidad. Eso reducía las opciones sobre su identidad.

—Hola, padre —dijo Daiyu, resolviendo el misterio. Pasó a su lado como si nada, pero a Li Ping le pareció captar algo en su tono de voz.

—¡Hola, hija! —repuso con disimulo—. ¡Qué pronto vienes hoy! Ni siquiera es la hora de comer.

—Sí, es que no me encontraba bien y les he pedido a Tío Feng y a Tía Jiang que me dejaran venir a descansar.

Li Ping asintió. Era una respuesta razonable. No había motivos para dudar

de ella. Solo que lo había dicho a un ritmo sin naturalidad, que sonaba ensayado. Se levantó y fue hacia Daiyu con parsimonia, entre golpeteos de su bastón.

—Ah, pues si estás mal deberías ir a tu habitación.

—Sí, padre. Si no te importa querría…

Daiyu dejó de hablar cuando su padre la tomó de repente por las muñecas.

—Hija mía —dijo, apacible, el médico—, explícame por qué tu voz suena calmada y tu pulso está acelerado.

Li Ping notó el temblor de su hija, pero no vio venir lo que pasó después. Daiyu se dejó caer sobre su pecho, lo abrazó y empezó a llorar.

—No puedo —sollozó—. No puedo.

Aturdido, Li Ping le devolvió el abrazo con fuerza.

—Hija mía, Daiyu, ¿qué te pasa?

—Padre… No puedo más… Necesito hablar.

Li Ping asintió y la besó en la frente. La llevó a la consulta, le preparó una infusión calmante y, en la intimidad de la sala, su hija habló. De los impuestos, de Yue, del señor Liu, de los funcionarios corruptos, de Buey Nocturno. Dejó salir todas sus preocupaciones como un torrente inacabable y, al tiempo que confesaba sus más recientes vivencias, sus lágrimas se fueron secando.

Li Ping escuchó con atención mientras sentía palabra a palabra que su corazón volvía a petrificarse y hundirse. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que su hija sufría tanto? ¿Cómo podía ser más ciego que un ciego? Se había ofuscado con Fa Rong y había dejado de fijarse en el resto. Obsesionarse con un detalle hasta no notar todo lo que hay alrededor.

Su suspiro fue audible por encima de los suaves sollozos finales de Daiyu.

—Hija mía, lo siento. Te hemos puesto encima demasiadas cosas. No deberías ocuparte de eso. Sé que quieres ayudar, pero no debes preocuparte tanto. Los impuestos de Tío Feng son cosa de Tío Feng. Él sabe qué hacer. Era comerciante antes de que tú nacieras y también saldrá de esta. No hace falta que cargues con ese peso. Solo con tu trabajo en el telar ya estás ayudando mucho. Así que olvida a los funcionarios del mercado. No deben ser tu preocupación.

»Sí creo que deberíamos contárselo a Tío Feng para que sepa la verdad. No temas, no hará nada irreflexivo. Ya lo conoces. Pero la información es valiosa, hija. Y este dato puede ser un tesoro. Quizá Tío Feng descubra cómo usarlo con seguridad.

Escuchó cómo Daiyu se secaba con el dorso de la mano los últimos restos de lágrimas.

—Gracias, padre.

Él acarició su pelo con delicadeza.

—Gracias a ti por haberte hecho cargo. No ha sido justo y no quiero que lo

hagas, pero te agradezco la intención. No debo ser tan egoísta, debo alejarte de las preocupaciones. Yo… —Dudó, sin saber bien cómo seguir, y al final decidió improvisar en vez de maniatarse con la fría reflexión; acción en la inacción—. No debo. Eso del señor Liu… No sé qué decir para que no te preocupen esos criminales. En realidad es normal que te preocupen. —Suspiró—. En el mundo hay gente mala. No se puede evitar, hija. Ojalá pudiera decirte lo contrario. Pero no, el mundo tiene cosas malas. De algunas no podemos librarnos, y aprenderlo es parte de la vida. Pero de otras… —Sacudió la cabeza—. No, no debo. El mundo ya es bastante malo sin que yo venga y lo empeore. Con el tema de ese Fa Rong te he cargado con más problemas. No es justo. Debería dejarlo, es lo mejor. Cerrémoslo. Hagamos un exorcismo falso para que se queden contentos y nos olvidamos del tema. Así no te pongo más preocupaciones encima. Y así tampoco estarás haciendo nada que dé envidia a Yue.

—Pero, padre, tú estás disfrutando con eso.

—Sí, pero no puedo disfrutar si eso significa que tú lo pases mal.

Hubo un momento de silencio. Cuando Daiyu volvió a hablar, y por raro que pareciera, su voz sonaba como si estuviera sonriendo.

—En realidad… En realidad a mí también me gusta. Estos días lo he pasado muy bien. Me ha gustado hacer esto juntos. Ha sido como cuando de pequeña me llevabas al campo y me enseñabas los nombres de todas las plantas.

Li Ping también se dejó llevar por la sonrisa.

—Sí, ¿verdad? A mí también me ha gustado compartirlo contigo. Volver a hacer cosas los dos. Como… antes.

«Como cuando tus hermanos vivían» fue la frase que no pronunció, pero que aun así ella escuchó. De repente le tomó la mano.

—Pues no lo dejemos —dijo con determinación—. Sigamos haciendo esto juntos.

—¿Y Yue?

Daiyu respiró hondo.

—Creo que voy a devolverte el consejo que me has dado sobre Tío Feng: ya me ocuparé yo; tú no te preocupes, que ya se me ocurrirá qué hacer.

Li Ping agrandó su sonrisa y abrazó a su hija.

—Estoy seguro de que lo harás.

Li Ping acarició la idea de aprovechar el momento de sinceridad y hablar también de otro asunto importante: la boda de Daiyu. Era algo que necesitaban tratar con calma, pero el médico no sabía cómo sacar el tema sin que ella se sintiera molesta. En aquel momento, lo último que quería era causarle más sufrimientos a su hija. Sin embargo, Daiyu debía entender. Quería encontrar la manera de explicarle que casarse era lo mejor que le podía pasar. Precisamente

podía ser la solución a sus angustias. Con el marido adecuado estaría protegida de todo ese mundo horrible que había más allá de la habitación del telar. Y Li Ping no quería acabar sus días sabiendo que dejaba a su hija sola, desamparada y sin familia que la cobijara.

No quería envejecer sabiendo que también le había fallado a su hija. Como había fallado a Yu, Yun y Yang.

Su mujer habría sabido qué decir; ella solía encargarse de aquel tipo de conversaciones con un toque emocional que él no tenía. Trató de parecerse a ella, de buscar la inspiración para afrontar la ardua charla, pero no pudo llegar a ninguna conclusión. Una llamada cargada de urgencia sonó desde la puerta del patio.

—¡Maestro Li Ping! ¡Maestro Li Ping!

El aludido puso cara de extrañeza al identificar la voz de Otoño. Daiyu se adecentó un poco y salieron al patio, donde Yue ya estaba atendiendo al huésped como era debido, a pesar de la escasa formalidad de sus maneras.

—¡Señor Lu! —dijo Li Ping con una reverencia, sin saber si el otro respondía igual—. ¡Siempre es un placer verlo por aquí! ¿Qué podemos hacer por usted?

Otoño prescindió otra vez de todas las fórmulas de cortesía y fue al grano.

—¡Maestro Li Ping, es urgente! ¡Es el fantasma! ¡Ha vuelto a matar! ¡Aquí al lado!

*

Como era de prever, había una muchedumbre congregada en la casa del finado maestro armero y las calles aledañas. No por indecente curiosidad, sino por estricta educación. Aquellas decenas de personas, con ropajes ceremoniales especialmente dedicados a semejantes ocasiones, habían venido a presentar sus respetos a la familia o traían mensajes formales de condolencia.

A pesar de la inoportuna interrupción de Otoño, Daiyu y Li Ping habían decidido acompañarlo tras un silencioso intercambio, basado más en sencillos apretones de manos que en palabras pronunciadas. Dejando de lado el reciente acuerdo de seguir con la investigación, a ninguno de los dos se le escapaba que la morbosa persecución de un inexistente fantasma podía ser una distracción para los pesares de ambos. Li Ping, además, llevaba el breve trayecto desde casa repitiéndose que, a plena luz del día, no podía haber peligro alguno. Mucho menos en un lugar tan repleto de gente como un velatorio.

Otoño les había dado, a la carrera y casi sin aliento, las informaciones básicas: un artesano armero llamado Ji había fallecido la noche anterior, al

parecer sin ninguna causa para ello. Se trataba de una persona sana, fuerte, vital, con la complexión atlética de alguien que moldea inquebrantables armas como forma de trabajo. Su cuerpo, según habían cotilleado los sirvientes, había aparecido en el suelo del patio de su casa en vez de en la habitación conyugal. Ese elemento, además de la cada vez mayor fama del etéreo fantasma, era el que —desde el punto de vista popular— eliminaba la posibilidad de una muerte natural.

Parecía, sí, que el espectro se había cobrado una nueva víctima. Pero si tal era el caso, había cambiado sus hábitos. Hasta aquel momento los fallecidos habían pertenecido a barrios humildes de la ciudad. Sin embargo, el artesano Ji era casi un prohombre. Como fabricante de armas no podía llamársele pobre, y su influencia en la política urbana era evidente. Al fin y al cabo, las leyes de Qin aclaraban que solo el imperio podía tener un ejército, lo que significaba que la producción de Ji solo la podía comprar el único cliente viable: el Hijo del Cielo. Según se comentaba, además, el taller de Ji producía materiales de mayor calidad que el de otros armeros.

Su pérdida, por descontado, no suponía un problema de abastecimiento para Qin. Li Ping sabía que solo en la capital había varios arsenales fuertemente defendidos, y que entre todos ellos podían suplir a decenas de miles de soldados en cualquier momento. Pero semejantes almacenes se nutrían del trabajo de gente como el maestro Ji, y aquello tenía un precio.

El resultado era que su residencia, aunque cerca del mercado, según mandaban las ordenanzas, no era la austera vivienda tradicional de los comerciantes que subsistían día a día. Se trataba más bien de un pequeño palacio en la esquina de dos avenidas principales. O, como dijo Daiyu al describir la escena:

—Es tan grande como nuestra casa de Chu.

El maestro Ji había sido un pequeño triunfador. La clase de gente que, al morir, ha ganado el derecho de que numerosas personas se inclinen ante su cadáver. Li Ping no solo podía oírlas hablando en lo que consideraban voz baja, sino que también era capaz hasta de oler la acumulación de sus cuerpos.

Daiyu le describió en pinceladas lo que veía, pero no le hacían falta muchos detalles. Li Ping conocía demasiado bien el ceremonial del luto. Hasta él, que resoplaba burlón ante la mayoría de los consejos del envarado maestro Kong, lo había respetado con rigor cuando llegó la indeseada ocasión. Por eso sabía, aun sin verlo, todo lo que estaba pasando.

El finado estaría en su habitación, bajo una ventana orientada al sur. Los invitados presentarían sus respetos al este de la cama, mientras la familia los recibía al otro lado (puesto que los espíritus, para poder reposar, deben dirigirse

al oeste). Acudirían en riguroso orden jerárquico, manteniéndose en respetuoso silencio y sin sonreír, suspirar o —los dioses no lo permitieran— cantar. Los saludos serían a la inversa que en otras ocasiones: los hombres con la mano derecha delante, las mujeres con la izquierda. Cuando llegaran a la cámara harían una expresión de sus emociones —condolencias si conocían a los vivos, aflicción si conocían al difunto—, pero no ofrecerían condolencias en caso de muerte por cobardía, imprudencia o ahogamiento. A todo ello, el representante de la familia respondería genuflexo y golpeándose la cabeza contra el suelo, en máxima muestra de sufrimiento. Luego, los visitantes harían ofrendas para el tránsito a la otra vida: herramientas como las que el fallecido usaba, para que pudiera seguir trabajando en el más allá, o cestas de abundante fruta o grano.

El cuerpo sería adecentado mediante un baño, se le recortaría su cabello, uñas y vello facial, se le cubriría el rostro y se le pondrían distintas capas de ropa en función del momento de luto en el que se encontrara. Los familiares le insertarían una cuña en la boca para mantenerla abierta, ya que posteriormente habría que llenarla de cereales como muestra de que sus seres queridos sufrían porque el fallecido nunca más fuera a poner alimentos dentro. También habría que prestar atención a aspectos más mundanos, como tener cerca cestas con pescado seco para atraer a los insectos y apartarlos del cuerpo.

Durante todo el proceso habría una sucesión de lamentos y muestras de duelo. Pero no vomitados de cualquier manera como animales, sino con la elegancia que surge del respeto. Después de todo, un funeral era un asunto serio que debía estar igual de regulado que un contrato. Así todos los participantes sabían cuándo debían llorar, cuándo debían golpearse el pecho, cuándo descubrirse los hombros o cuándo dar saltos por su profunda tristeza. Estas muestras de sincera emoción no debían hacerse ni con demasiada frecuencia ni con poca, puesto que debían tener templanza, mesura y graduación.

En lo que se refería a los lamentos, aquello llegaba a la categoría de arte. Tanto era así que un oyente lejano, incluso alguien ciego como Li Ping, podía identificar el grado de cercanía del doliente con el difunto solo con escuchar sus lloros. Los sonidos, duración, tono y volumen de los plañidos estaban vinculados a la fase del luto y a la posición de la persona que los emitía. También variaba la localización. Un hermano del fallecido, por ejemplo, debía lamentarse en el templo ancestral de la familia. Pero un alumno estaba obligado a hacerlo en las estancias privadas del maestro (aunque no frente a la puerta de esas estancias, lugar reservado para los amigos).

Al tercer día, el artesano Ji sería enterrado. Su cabeza se cubriría con un paño de seda, le taparían los oídos, le pondrían sus zapatos, atarían sus pies y cuerpo con cuerdas de seda y lo meterían en el ataúd donde descansaría para siempre. A

partir de ese momento, y hasta que se cumpliera el luto, sus familiares no podrían volver a pronunciar su nombre. Algunas familias llevaban esta regla al extremo de no pronunciar siquiera palabras que sonaran parecidas.

—Es como el funeral de un oficial de la corte —siguió explicando Daiyu—. Hay mucha gente vestida de seda. También hay soldados de uniforme.

Li Ping asintió.

—Los amigos importantes de un vendedor de armas. —Chasqueó la lengua—. No habrá manera de acercarse al cuerpo para estudiarlo. Me habría gustado comprobar las… marcas del fantasma. Pero no conocemos a la familia.

Otoño bufó.

—Aunque fuera así, con los ricachones que hay aquí, incluso el maestro Li Ping debería esperar su turno. No veríamos el cuerpo hasta que lo enterraran.

Li Ping se acarició la barba.

—El señor Lu tiene razón. Quizá lo único que podemos hacer es rezar por el alma del maestro Ji.

—O quizá no —intervino Daiyu—. Señor Lu, eso de al lado de la casa… ¿Lo ve? Padre, parece que el taller del maestro Ji también está aquí. Tiene las puertas abiertas, pero no veo a nadie dentro.

El médico sonrió.

—Porque están de luto, claro. No pueden trabajar.

—¿Y eso qué? —preguntó Otoño.

—Que podemos ir a echar un vistazo. Quizá en el taller haya algo que explique la… ira del fantasma. Si vamos con disimulo, quizá nadie se fije en nosotros. Solo seremos tres personas más entre la multitud.

Otoño no pareció muy convencido.

—Tres personas que no se dirigen a la casa sino al taller vacío. Pero bueno, si el maestro cree que es necesario, hagámoslo.

Avanzaron despacio, con las cabezas gachas y tratando de proyectar un aire de solemnidad. Cosa que Li Ping dudaba que Otoño pudiera lograr, pero se consoló pensando en que no podía ver lo que para el hombrecillo pasaba por discreción y ceremonia.

El maestro notó cómo atravesaban la multitud, que se abrió para dejar el camino libre al pobre ciego que deambulaba hacia ellos. Una vez logrado ese objetivo, y tras andar un trecho que a Li Ping le pareció demasiado largo, le llegó el aroma de resinas y serrín.

—Ya estamos —susurró Daiyu.

—¿Qué ves? —preguntó él, también en voz baja.

—Pues… lo normal. El taller es grande. Aquí pueden trabajar treinta personas y les sobra espacio. Veo… No sé, lo que te puedas imaginar que se ve.

No hay nada raro.

—Sé específica, hija.

—Pues… Qué quieres que te diga. Hay armas. Espadas, dagas, arcos, ballestas… Alguna maza de metal. Maniquíes con armaduras a medio hacer. Escudos. Muchas mesas de trabajo, todas desordenadas. Herramientas tiradas por el suelo. Las paredes están adornadas con caligrafía de Chu. También veo tres forjas; apagadas, claro. Ropas de cuero, quizá para protegerse. Leña, carbón.

Li Ping, que llevaba unos instantes dándole vueltas a algo, interrumpió a su hija alzando la mano.

—Espera, eso que has dicho, lo de la caligrafía. Repite.

—Eeeh… Pues eso. Las paredes están adornadas con caligrafía. En aquella pared creo que pone «Espada». No veo bien la de la derecha. En la izquierda…

—No, eso no. Has dicho que eran de Chu.

—¡Ah! Sí, es caligrafía de Chu.

Sonrió.

—¿De verdad?

—Padre, no soy capaz de reconocer la caligrafía de Zhao o de Wei, pero te aseguro que sé cómo se escribe en mi reino natal.

—¡Perdona, perdona, quería estar seguro! ¡Señor Lu!

—Diga, maestro.

—Usted es de Chu ¿verdad?

—Sí. Nacido en Juyang, maestro.

—Así que su familia es de Chu.

—Claro.

—¿Incluido su lejano pariente Fa Rong?

El silencio que siguió lo interpretó Li Ping como que Daiyu y el señor Lu empezaban a vislumbrar la importancia del dato.

—S… Sí, maestro.

El médico se regodeó en la confirmación de sus sospechas.

—¿Y los dos mendigos muertos? ¿Eran de Chu también?

—Eeeh… No sé, maestro. Yo no los… ¡Espere! ¡Sí! ¡Uno de ellos hablaba con acento de Chu!

Li Ping tuvo ganas de dar una palmada pero se frenó a tiempo, recordando que estaba junto a una comitiva fúnebre.

—¡Esto es estupendo! —susurró en cambio.

—Pero ¿por qué, maestro Li Ping?

—Porque… Porque nos permite conocer un poco más al… fantasma. ¡Está matando gente de Chu! ¿Entiende, señor Lu? ¡Es una pista muy útil! Si averiguamos por qué lo hace, por qué odia a Chu, podremos… podremos

calmarlo y hacer que descanse en paz. ¿Entiende?

—¡Aaaah! —se admiró Otoño—. ¡Entonces son buenas noticias!

—¡Oh, sí, señor Lu! Y ahora tengo que pedirle un favor. Váyase a casa. Déjenos a mi hija y a mí. Tenemos que meditar… eeeh… tratar de comprender al fantasma. Hemos de… rezar para pedir iluminación. Cuanto antes comencemos, antes encontraremos qué motiva al espíritu.

*

Caminaron a paso veloz por las callejuelas. Padre estaba tan entusiasmado que, a pesar de que iba agarrado de su brazo, Daiyu apenas lograba seguir su ritmo y evitar que tropezara con los obstáculos del camino. Insistió en tomar atajos para llegar cuanto antes a casa y reflexionar sobre lo que acababan de vivir.

—Esto cambia las cosas, hija —dijo, con una sonrisa en la cara mientras daba acelerados golpes con el bastón en el suelo—. Hay una relación nueva. Chu.

—Sí. Pero por favor, no vayas tan rápido. Te vas a caer.

—¡No puedo caerme, hija! ¡Estoy flotando!

Daiyu alzó las cejas. Dijera lo que dijera Padre, sus pies seguían bien anclados al suelo. Y el desierto callejón estaba repleto de charcos y barro con los que resbalar. Tal y como estaban caminando, ya tendría que pasarse un buen rato en casa limpiando sus sandalias. Eso si no daban un traspié y la cosa iba a peor. Intentó frenarlo con suaves tirones del brazo y, aunque no lo detuvo del todo, al menos redujo su paso.

Fue lo que impidió que se dieran de bruces contra el desconocido.

Se cruzó de golpe, saliendo sin más de una esquina. Daiyu fue a disculparse, pensando que había sido un accidente, pero pronto se dio cuenta de que no. El hombre no iba caminando, se había parado delante a propósito y ahora tenía los brazos cruzados. Su aspecto no ayudó a que Daiyu se tranquilizara: enorme, sucio, maloliente y con sus delgados ojos clavados en ella. Daiyu hizo amago de retroceder, y entonces vio a los otros dos. Uno igual de grande y sucio, otro más delgado pero también mugriento. Estaban tras ellos. Bloqueando la retirada.

—¿Qué pasa? —preguntó Padre. Ella no le respondió a él, sino que miró al primero de los hombres y habló fingiendo más coraje del que sentía.

—Eso. ¿Qué pasa?

El hombretón ladeó la cabeza sin dejar de estudiarla.

—¿Trabajáis con el otro?

El tipo delgado soltó un bufido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Cumplo las órdenes —respondió el grande.

—¡No, no lo haces! ¡Estás hablando demasiado!

—¡Saco información!

El de atrás volvió a bufar, al tiempo que miraba en todas direcciones como un conejo acorralado.

—¡No es tu trabajo, estúpido! ¡No tendrías que haberlos parado! ¡Solo seguirlos! ¡Vas a meternos en un lío! ¡Está claro que no son él!

—¡Pero puede que trabajen con él!

—¡Eso es una estupidez! ¡Vámonos!

La cara del bruto enrojeció de rabia.

—¡Deja de insultarme! ¡No soy estúpido! Si no trabajan con él, ¿por qué rebuscaban en el taller del ballestero?

El delgado apretó puños y dientes.

—¡Puede haber diez mil motivos, estúpido!

—¡Cierra la bocaza! ¡Yo estoy al mando! ¡Yo decido!

El tercer asaltante le puso una mano en el hombro al delgado.

—Es verdad. Él decide.

El otro, desesperado, deshizo su moño mesándose los cabellos.

—¡Haced lo que queráis! ¡Pero rápido! —Y volvió a lanzar miradas a diestro y siniestro mientras trataba de arreglar su peinado.

Daiyu decidió aprovechar el miedo del delgado para intervenir.

—Si os acercáis más, gritaremos y vendrá un montón de gente.

El hombretón, recuperada su autoridad, no se amilanó.

—Si gritáis, tendremos que mataros. Lo haremos rápido y saldremos corriendo. Nadie evitará vuestra muerte.

Padre, que ya debía de haberse hecho una composición de lugar, habló entonces.

—Nadie tiene que morir. ¿Qué queréis?

—¿Por qué estabais en el taller del ballestero?

—Somos chamanes. Nos han contratado para calmar al fantasma que está matando gente en la ciudad. Creemos que también mató al… ballestero.

Hubo un momento de silencio y, sin venir a cuento, a los tres rufianes se les escaparon unas risitas.

—¿Un fantasma? Esa es buena. ¿Nada más?

—Nada más.

El bruto se rascó la barbuda mandíbula.

—Pues no me fío.

El delgado volvió a resoplar.

—¡Pero serás…! ¿Qué más quieres hacer, a ver?

—Llevarlos con el jefe.

—¿Estás loco? ¿Vas a pasearlos por la ciudad? ¿Cómo piensas controlarlos? ¿Eh?

El supuesto líder se rascó la coronilla. De repente se le iluminó el rostro.

—¡Espera, tengo una idea! Vosotros os lleváis al viejo y yo me llevo a la chica. Vamos cada uno por un camino, separados. Si no llegamos todos, quiere decir que el otro grupo ha perdido a su prisionero. En ese caso, castigamos al que quede. Si a mí se me escapa la chica o hace que me arresten, vosotros castigáis al viejo. Y si se os escapa el viejo… —Se relamió—, yo castigo a la chica.

El delgado lo miró, boquiabierto.

—Usarlos para que no nos den problemas. No querrán que el otro sufra daño. ¡Joder, pues no es mal plan! Igual no eres tan estúpido.

El hombretón sonrió, ufano, y lanzó una mirada de superioridad a Daiyu.

—Entonces, ¿qué? ¿Os portaréis bien?

La conversación se detuvo de golpe. Justo tras el delgado y su amigo apareció un par de caminantes que venían distraídos. Daiyu respiró al darse cuenta de que estaban salvados. No hacía falta gritar. Los asaltantes huirían.

La alegría duró poco. Los recién llegados echaron un rápido vistazo a la escena, intuyeron peligro y, sin mediar palabra, salieron corriendo por donde habían venido.

La interrupción volvió a poner nervioso al delgado.

—¡Podrían avisar a alguien! ¡Hay que irse!

El grande asintió y repitió su pregunta.

—¿Os portaréis bien? —Para recalcar su posición, sacó un amarillento cuchillo de hueso y lo blandió de forma amenazadora—. ¡Contestad rápido o me cargo a alguien!

Daiyu tragó saliva. Incluso si los dos fugados iban a buscar ayuda, tardaría en llegar. Agachó la cabeza y habló con tono sumiso.

—No tenemos otra opción. —Se volvió hacia su padre, apartándose un poco del hombretón y su daga—. Tiene que portarse bien, maestro Wang. No haga nada raro, que en cuanto nos separemos estaremos a merced de esta gente.

Padre dudó y asintió. Daiyu esperaba que no se hubieran notado mucho ni el aviso que le lanzaba con el nombre falso ni la intencionalidad de la última frase. En cuanto se separaran ya no habría vuelta atrás. Pero antes de separarse…

Necesitaban ganar tiempo. Puso la mano sobre el bastón de su padre, que movió la cabeza en un casi imperceptible gesto de negación. Daiyu no le hizo caso.

Le arrebató el bastón, se giró hacia el tipo grande y le dio un fuerte golpe en la entrepierna. El hombre se dobló por el inesperado dolor al tiempo que Daiyu,

con la rapidez de una serpiente, sacudía al delgado en la cabeza. Quiso darle también al tercero, pero este sujetó con fuerza el bastón, se lo quitó de las manos y luego la atrapó a ella. Al agarrarla, Daiyu se dio cuenta de que el líder, recuperado, acababa de poner su cuchillo en el cuello de Padre. Aquello hizo que Daiyu se detuviera por completo.

—La has cagado —le dijo el hombretón, furioso—. Ahora te castigaré seguro, puta.

Fueron sus últimas palabras. De la misma esquina por la que había aparecido surgió un hombre alto, fuerte y con absoluta ausencia de miedo en sus ojos. Y lo más importante, con una afilada daga de bronce que usó para degollar sin contemplaciones al tipo grande. Su cadáver se desplomó y salpicó de sangre la cara de Padre, que tanteó el suelo hasta alcanzar el puñal de hueso.

El recién llegado se encaró a los dos restantes. Seguía sin haber duda en su rostro, pero Daiyu se fijó en que sudaba mucho. El hombre delgado, con más valor que sentido común, tomó el bastón de Padre y quiso golpear al otro como Daiyu lo había golpeado a él. Su rival detuvo el impacto con facilidad acercándose y usando su antebrazo izquierdo, al tiempo que con la mano derecha le hacía un rápido tajo en el bíceps. Al sentir el dolor, el delgado perdió fuerza y trastabilló hacia atrás. El otro, en menos de dos respiraciones, le clavó la daga cuatro veces en el abdomen y dejó que su cuerpo sin vida cayera al fango.

Solo quedaba el que estaba sujetando a Daiyu como si fuera un escudo. Era más alto que su rival y quizá tenía algún arma oculta. Las probabilidades no estaban…

Salió huyendo, no sin antes empujar a Daiyu contra el otro, que bajó el arma y la sujetó con fuerza en sus brazos. Ella notó su firme agarre, su respiración acelerada y el aroma de su piel, y lo miró a la cara perlada de sudor.

El hombre habló casi entre susurros, con la calma de un comprador en el mercado.

—Señorita, si está bien, tengo que marcharme. Debo seguir a es…

No terminó la frase. Los ojos se le cerraron y sus brazos cayeron a los lados cual peso muerto. Daiyu tuvo tiempo de sujetarlo igual que él había hecho con ella, justo antes de que su rescatador perdiera el conocimiento.

*

Abrieron el doble portón del patio de un empujón, asustando a Hermana Menor, que andaba barriendo el suelo, y lo cerraron tras de sí. Entre los dos cargaban al desconocido sobre sus hombros. Por fortuna estaban cerca de la casa, lo que

había hecho que Padre tuviera facilidad para orientarse y que no se cruzaran con demasiados desconocidos capaces de preguntar qué pasaba. Por si acaso tenían bien guardadas las dagas, Daiyu había limpiado la sangre de la cara de Padre y, de tanto en tanto, soltaban algún comentario sobre la gente que se desmayaba por no aguantar los golpes de calor. Con algo de suerte sus vecinos pensarían que estaban disimulando una vergonzosa borrachera, no algo peor. Nada por lo que avisar a la guardia.

A los soldados no solía gustarles que la gente fuera dejando cadáveres por las calles.

Aun sin saber lo que pasaba, Hermana Menor se apresuró a ayudarlos. Entre los tres arrastraron al desconocido a la consulta y lo tumbaron sobre las esterillas del suelo.

—¡Traed agua limpia! —exigió Padre—. ¡Este hombre apesta a infección!

Yue salió corriendo a cumplir la orden y Daiyu ayudó retirarle la ropa. De inmediato verificó lo que había sospechado mientras lo llevaba a cuestas: estaba cubierto por una recia armadura con capa bajo la tosca sobrevesta. Su padre la notó también y frunció el ceño, pero no hizo comentarios. En vez de eso se lo quitó todo y dejó al descubierto, en efecto, una herida con muy mal aspecto en la parte alta del muslo izquierdo.

Daiyu había visto a otros hombres desnudos. Sin mencionar los baños de sus hermanos en el río, en numerosas ocasiones había tenido que ayudar al maestro Li Ping durante un diagnóstico o en sesiones de acupuntura. Aun así, contemplar aquel cuerpo joven, musculoso y con cicatrices hizo que, por algún motivo, se sintiera turbada y que su corazón se acelerara. Apartó la mirada, temerosa de que hasta Padre pudiera ver su rostro ruborizado, y disimuló buscando entre las cosas del hombre, como si tratara de averiguar algo sobre él.

Lo que encontró, al tiempo que el médico preparaba las agujas de acupuntura, terminó de desbocar su corazón. Pero por otro motivo muy distinto.

El hombre tenía un pasaporte que lo identificaba como Zheng Gao. Otra cosa que hacía el libro de viaje era poner una incandescente marca de peligro sobre él.

El tal Zheng Gao era nada menos que un *bugeng*. Y no solo eso, sino que ocultaba algo aterrador: la placa de autoridad de un consejero imperial. A Daiyu solo se le ocurrió una explicación para que alguien así fuera vestido con harapos. Le tendió la placa a su padre, para que la reconociera por el tacto, y expuso su teoría.

—Creo que este hombre es un espía de incógnito al servicio de Qin. Un cazador de criminales.

Padre detuvo su apresurada actividad. Quedó paralizado en mitad de la sala. Apretó con fuerza la aguja de acupuntura que empuñaba. En aquel momento, Hermana Menor regresó con un cubo de agua y, al verlos a ambos mirando al enfermo sin moverse, decidió quedarse quieta también. Padre dirigió lentamente la cabeza hacia el *bugeng* y apretó los labios.

Daiyu fue entonces consciente de lo que había en su ciega mirada: el hombre al que atendían no era un paciente. Era un oficial al servicio de Qin. El reino que había traído la desgracia a su familia.

Y ahora estaba a su merced.

八

Li Ping hizo esfuerzos para controlar su respiración. Relajó las manos, alzó la cabeza y luego guardó con tranquilidad las agujas de acupuntura en su estuche de madera y marfil.

—La infección está muy avanzada —dijo—. No hay nada que podamos hacer.

Daiyu tardó un par de latidos en ser capaz de responder.

—¿Qué?

—Que es demasiado tarde para salvarlo.

De nuevo, duda. Li Ping sabía que era por incredulidad.

—¿No vas a hacer nada? —El tono mezclaba incomprensión y acusación—. ¡Padre, este hombre nos ha salvado!

Li Ping se encogió de hombros.

—Ya deberías saberlo. Mucha gente muere sin motivo. Incluso injustamente. Como tus hermanos.

El tono de Daiyu se tornó más serio.

—Padre, Yun y Yang no tienen nada que ver en esto.

—¡Tienen todo que ver! —respondió, más crispado de lo que le hubiera gustado—. ¡No vi que nadie de Qin perdiera el sueño para salvarlos!

—¡Pero no fue culpa de este hombre!

—¡Este hombre sirve al imperio que los mató!

—¡Nos ha salvado! —repitió ella.

—¡Pues estamos en paces! ¡Nuestras vidas compensan las de tus hermanos! ¡Pero no tengo obligación de ayudar a este matón de Qin!

Hubo un momento de silencio, mancillado por los acelerados jadeos de Li Ping y por Yue tragando saliva de forma sonora, que acabó rompiendo Daiyu.

—Mi padre no es un asesino.

El tono gélido le hizo más daño que las propias palabras. Dolió el doble porque rompía en pedazos el momento de sincera unión que habían tenido hacía

apenas una hora. Li Ping apretó los puños. Se vio forzado a pelear con su peor enemigo: él mismo. La lucha fue dura.

Al cabo de unos instantes, sacudió la cabeza.

—Hmmm… Si muere aquí habrá que responder muchas preguntas de las autoridades. No nos conviene. Tendré que salvarlo. Ayudadme a limpiarlo.

*

La tormenta empezó a la hora del bajo ocaso. Las gotas de lluvia cayeron primero con timidez, pero no tardaron en ganar valor y desplomarse como un ruidoso ejército a la carga sobre los tejados. El ensordecedor redoble de los truenos hizo pensar a muchos en iras divinas o maldiciones. La gente corrió a refugiarse en sus casas, las calles se vaciaron, las cisternas desbordaron y los animales de los patios se apiñaron bajo los pórticos.

Desde su consulta, Li Ping prestaba poca atención a los cambios meteorológicos. En su pecho arreciaba su propia tempestad. Por lo que había hecho y por lo que había estado a punto de hacer.

Se había comprometido a salvar la vida de aquel joven, pero no tenía claro que pudiera conseguirlo. En una cosa no había mentido a su hija: la infección estaba demasiado avanzada. Para mejorar las posibilidades de éxito había que encargarse de las dolencias antes de que surgieran. O como decía el *Canon*: «Tratar una enfermedad después de que haya empezado es como impedir una revuelta después de que haya estallado. Si alguien cava un pozo cuando tiene sed o forja armas después de entablar combate, no cabe sino preguntarse: ¿No llegan estas acciones demasiado tarde?».

Zheng Gao no debería haber acabado en la consulta en estado de inconsciencia. El paciente perfecto era el que le informaba de los primeros síntomas o, todavía mejor, el que visitaba con regularidad al médico aunque se sintiera bien.

Li Ping necesitaba que Zheng Gao le hablara, que le contara el origen de su herida, que le explicara su alimentación, sus emociones. Necesitaba que le detallara los síntomas que sentía, que lo ayudara a localizar el foco del mal en su cuerpo. Nada de aquello iba a ser posible. Por lo tanto, Li Ping no podría seguir las minuciosas pautas del *Canon*. Tendría que improvisar. Vaciar su mente y su alma, para luego unirlas en un todo sin distracciones. Debía dejarse llevar por el Camino de la curación, las Cinco Fases y el *yin-yang*. Debía guiarse por la intuición.

Lo primero que hizo fue saltarse el orden establecido y hacer un diagnóstico

sin estudiar la historia del paciente. Determinó que había que reducir el exceso de calor, con independencia de su origen, y dispuso paños con agua fría sobre el cuerpo desnudo de Zheng Gao.

El inconsciente *bugeng* no podía contarles sus síntomas, pero por fortuna el proceso de observación ofrecía pistas claras sobre él. Mientras lo lavaban y refrescaban, Daiyu fue narrando lo que veía de su complexión, color y sudores. Li Ping fingió que no se daba cuenta de la voz vacilante de su hija; el único motivo para que le bailara tanto debía ser que el casi desconocido paciente le preocupara más de lo normal. Como el maestro no tenía ganas de considerar las implicaciones de que Daiyu se sintiera atraída por aquel hombre de Qin, hizo caso omiso y se centró en las explicaciones de la exploración.

El que Zheng Gao tuviera un buen físico mejoraba sus expectativas de vida. Al ser soldado debía de hacer suficiente ejercicio. No había manera de saber si su alimentación también era sana, pero cabía suponer que sí. Además había luna llena, cosa que implicaba que la sangre y el *qi* estarían repletos, y los músculos tendrían fuerza para luchar si se les daba un empujón en la dirección adecuada. Aquello era positivo.

El resto de las cosas, no tanto.

La calidez, agarrotamiento y brillo de su cuerpo indicaban que la causa estaba en el *yang* del paciente, pues tales eran sus características esenciales. El enrojecimiento hablaba de exceso. Eso coincidía con el año en el que se encontraban. Su lugar en el ciclo sexagenario era séptimo-quinto, que en ambos casos estaba vinculado al *yang* y al desbordamiento.

El color de la piel ascendía, por tanto la enfermedad era rebelde. La tonalidad era anormal en el lado izquierdo, lo que en un varón también implicaba un avance incontrolado de la dolencia: su organismo, por sí solo, no podía derrotarla. Juntando ambos elementos cabía colegir que la infección no se había quedado en las capas exteriores del cuerpo, sino que estaba penetrando en las zonas más profundas, y quizá hasta hubiera llegado a alguno de los cinco órganos *zang*. Corazón, hígado, bazo, pulmones o riñones podían estar afectados.

No eran buenas noticias.

Dio gracias a los dioses por que estuviera anocheciendo. Al ser una enfermedad febril, la muerte ocurriría en el momento más caluroso del día. Tenía hasta entonces para estabilizar al joven.

O no sobreviviría.

Y Daiyu lo culparía para siempre por ello.

Porque había estado a punto de dejarlo morir sin más.

Su hija tenía razón, él no era un asesino. Pero había estado a punto de serlo.

Sí, el capitán era un enemigo. Su reino había matado a Yun y Yang. Al hijo del viejo Feng. A tanta gente, todo por la ambición de aquel sapo que se hacía llamar emperador.

Pero ¿era motivo para dejar morir a Zheng Gao?

Zheng Gao. Darle nombre lo humanizaba. No era un monstruo sin rostro sino una persona. Un soldado. Como había sido Yun. Alguien noble que los había defendido sin conocerlos. Quizá hasta también lo hubieran reclutado a la fuerza.

A Yun también intentó salvarlo de las fiebres. Fracasó.

Las manos le temblaban. No sabía si Daiyu lo había visto. Respiró hondo. No podía tratar a su paciente en esas condiciones. Solo con una mente concentrada y en calma podría detectar la enfermedad y saber cómo derrotarla. Cuando se relajó comenzó las palpaciones en el cuerpo para medir los Nueve Pulsos. Buscó sus ritmos, sus frecuencias, sus intensidades. Eso le daría información sobre dónde estaba la infección y cómo avanzaba. En eso debía pensar. En eso, y en nada más.

Pulso hundido y rápido.

En otoño el pulso debe ser flotante y sentirse justo bajo la piel, como si los insectos prepararan sus casas para cobijarse del frío. Es en invierno cuando el pulso, que sigue los ciclos de la naturaleza, debe sentirse hundido, profundo y junto al hueso, como si un animal hibernara en una caverna.

El pulso del paciente no estaba alineado con el orden natural. Pero aquello no era necesariamente malo: cuando un pulso tiene las características de la siguiente estación puede ser una buena señal, una indicación de que el cuerpo lucha.

Sin embargo, un pulso hundido hablaba de enfermedad profunda, como ya sospechaba Li Ping. Y un pulso rápido, además de confirmar que se trataba de un problema de exceso de calor, significaba que la enfermedad estaba atacando al corazón.

El ritmo interno del paciente le daba tanto indicaciones de diagnóstico buenas como malas. Li Ping sacudió la cabeza, fastidiado con los dioses que parecían jugar con él.

No podía enfocar más su análisis, así que debía empezar el tratamiento con aquel dibujo incompleto de la situación. Quisieran las movedizas divinidades que aquello bastara.

Fue a su farmacia y buscó entre los frascos las hierbas que necesitaba. Con luna llena no se debe tonificar demasiado porque se desbordaría la sangre y el *qi*. Por fortuna, el problema era el inverso: había exceso de calor, de *yang* y de *qi*. De modo que debía reducirlo.

El primer recipiente que abrió llenó la sala de un fuerte aroma amargo, tan

intenso que hasta lo sintió como sabor a pesar de solo haberlo olido. Tal era la fuerza del loto perforador del corazón. Lo preparó y añadió la cantidad adecuada de glasto, ruibarbo, flor de plata dorada, líder amarillo y regaliz. Una mezcla capaz de reducir el *yang* y, con suerte y si el diagnóstico había sido el adecuado, también el calor.

Li Ping pidió a Daiyu que terminara de procesar el preparado y voló de vuelta junto a Zheng Gao para la fase más importante del tratamiento: la acupuntura.

La más importante y también la más peligrosa. Jamás se debe usar con pacientes que acaban de sufrir ataques de ira, que estén cansados o que recientemente hayan tenido alguna conmoción emocional. Además, el *Canon* recuerda que, cuando la enfermedad está en su momento cumbre, es necesario esperar a que mengüe. Solo así se puede tener éxito con el tratamiento.

En definitiva, y según las prescripciones de la ciencia médica, Li Ping no debía tratar con acupuntura a Zheng Gao en aquel momento. Pero si esperaba el avance de la enfermedad podía ser aún más peligroso, de modo que decidió correr el riesgo.

Reflexionó sobre el cuerpo que tenía ante sí. Un mapa de trescientos sesenta y cinco puntos de acupuntura flotó en su mente, mientras Li Ping recordaba los meridianos principales y los extraordinarios, tratando de elegir la vía más conveniente para atacar la enfermedad.

Tomó una decisión. Eligió los meridianos de *yang* adecuados y preparó al paciente. Iba a trabajar sobre pecho y abdomen, y a nivel muy profundo, así que como protección cubrió primero la zona con una tela gruesa de algodón, a través de la cual insertaría las agujas.

La precaución no era baladí: perforar por error el corazón implicaba muerte en menos de media hora. Perforar el bazo o los pulmones era muerte en cinco días. Perforar un riñón suponía muerte en una semana.

Guiándose por el tacto, volvió a preparar las agujas ante sí. Eran nueve, de distintos tamaños y formas, cada una con una misión concreta. Tomó la octava, *chang zhen*, indicada para punciones profundas en la carne.

De nuevo hizo esfuerzos por relajarse. Para la acupuntura había que avanzar con el mismo cuidado que se tendría al estar frente a un abismo. Se debía sujetar la aguja como la correa de un tigre, con fuerza y control.

Li Ping esperó a la inhalación del joven capitán. Era el momento adecuado para aplicar la aguja, dado que se estaba tratando una situación de exceso. Para dispersar bien la afección debía insertar el metal justo antes de que llegara la enfermedad al punto aplicado; ni demasiado pronto —cosa que despilfarraría el *qi* del paciente— ni después de que hubiera pasado la dolencia, con lo que habría

escapado y la aguja no le haría nada.

Li Ping la clavó sin dudar con un movimiento rápido y acertó en el punto previsto a pesar de su ceguera, gracias a años de práctica. También fue capaz de introducirla a la profundidad correcta, mayor de la normal, dado que la enfermedad ya estaba actuando en la zona interna del cuerpo.

Mantuvo el dardo más tiempo del habitual, puesto que en climas cálidos es posible hacer una acupuntura más agresiva. Dejó pasar un par de inhalaciones más y esperó la llegada de la exhalación, buscando la indicación de que debía retirar la aguja. Ello le exigía fijarse en el camino del *qi*, sentirlo en sus manos a través del metal. Si la venida de la energía se notaba como una bandada de pájaros que converge, su partida era similar a que todos los pájaros de la bandada se dispersaran de golpe. Además, tratando una situación de exceso, el *qi* de *yin* provocaría una sensación de enfriamiento bajo la aguja. Ese sería el momento de actuar.

Tan pronto sintió que el *qi* había llegado en la proporción adecuada, sacó la fina herramienta con la misma rapidez que si hubiera disparado una flecha, sin dejar pasar ni un parpadeo en el movimiento. Como se enfrentaba a un problema de excesos, cuando retiró la aguja no tapó el orificio, sino que permitió que la abertura quedara expuesta un tiempo. De ese modo se aseguraba de que la enfermedad, demasiado abundante, se dispersara.

Repitió la operación con los distintos puntos que había elegido, debilitando poco a poco al negro adversario que consumía a Zheng Gao. Se hizo de noche y, aunque Li Ping no notaba la oscuridad, sus dos ayudantes encendieron unas velas para poder ofrecerle la asistencia que necesitaba. Por fortuna, la lluvia había hecho que no vinieran las demás mujeres de Chu a trabajar en el telar, con lo que Daiyu y Yue pudieron prestarle toda su atención. Hasta Jiang, que había vuelto a casa con su marido al poco de iniciarse la tormenta, colaboró con ellos en cuanto les explicaron a trompicones lo que había pasado.

Tras la sesión de acupuntura, Li Ping terminó el tratamiento administrando las hierbas y masajeando las zonas afectadas para ampliar el efecto dispersor de las agujas. Luego se apoyó, agotado, en la pared. Las horas siguientes determinarían el futuro del paciente. Con las curas que le habían hecho la fiebre debía remitir, el pulso calmarse y, el cuerpo, enfriarse.

Pero ya no dependía ni de Li Ping ni del *Canon*. Zheng Gao estaba en manos de los dioses.

⋆

—¿Qué vas a hacer con él?

—Es tu casa. Haremos lo que tú digas.

Li Ping sintió la mirada de Feng clavada en su cara aunque no podía verla. Imaginó su sonrisa, ese gesto burlón que significaba «como si pudiera oponerme a lo que me pidas, viejo amigo».

Pasaba ya la hora de dormir, pero nadie descansaba en la residencia. Las mujeres se habían encerrado en el telar para recuperar el tiempo perdido y, aunque nadie lo dijo, para dar a los hombres la intimidad que necesitaban para tratar temas importantes. Grano de Mijo montaba guardia junto al inconsciente Zheng Gao, al que habían aposentado de forma definitiva en la consulta de Li Ping: un enfermo moribundo, por tradición, necesitaba su propia habitación. Pero las del piso superior ya estaban ocupadas, y de todos modos no habrían sido capaces de subir al musculoso joven por la estrecha escalerilla, por lo que le habían cedido el cuarto oculto del maestro Li Ping. Tanto si se recuperaba como si fallecía, ocurriría allí.

Los dos jefes de familia, por su parte, se habían retirado al salón principal. Li Ping había devorado sin muchos miramientos una tardía cena que llegaba horas después de lo necesario. Tras reposar un poco el estómago, y aprovechando la ausencia de las mujeres, Feng había sacado el tema del que no habían hablado hasta aquel momento.

—No es cuestión de lo que diga —replicó—. De hecho, ni siquiera sé qué debo decir. No es una situación que esperara encontrarme en casa.

—Lo siento, viejo Feng.

—No era una queja. Solo describía mi sorpresa. En realidad, esperaba que tú tuvieras las ideas más claras sobre lo que debemos hacer.

—¿Yo?

—Sí. Tú has tratado con la nobleza. Sabes cómo piensan y cómo hablarles. Si este chico también tiene contactos en lo alto, tarde o temprano necesitaremos de tu experiencia.

Li Ping suspiró con clara resignación.

—Mi experiencia… Ya sabes de qué me sirvió. Ya ves cómo he acabado. Deberías rezar para que nunca la necesitemos. Si se cruza un noble en nuestro camino, estaremos más indefensos que si se tratara de un demonio. Al menos, con los demonios, uno tiene claro cómo actuarán.

Durante unos instantes, ninguno de los dos añadió nada más. Li Ping podía imaginarse a Hu Feng meditando sobre sus palabras con la mirada perdida, sin ser consciente en realidad de la sala que lo rodeaba. Li Ping nunca había visto la estancia principal de la casa, pero entre las descripciones de Daiyu y su propia exploración táctil tenía una imagen clara —aunque sin colores— de cómo era.

Una amplia y baja mesa rectangular en el centro del suelo cubierto de esterillas, alrededor de la que solían tomar las dos comidas diarias. En la pared de la derecha, un blanco retal de seda de tres palmos de lado, sobre el que algún lejano artista había pintado una —según decía Daiyu— hermosa imagen de las montañas y lagos de Chu bajo el cielo azul. Pocos adornos más, para facilitar los movimientos del ciego maestro, excepto en la pared más alejada. En aquel lugar descansaba un mueble más alto que un hombre arrodillado. Era el altar familiar, donde estaban colocadas las placas de los antepasados a los que reverenciaban. También había un pequeño cuenco con incienso para quemar en las ofrendas. En aquel momento se elevaba una fragante y delgada columna de humo blanco, proveniente del bastoncillo que Li Ping había encendido con ayuda de su amigo para que sus antepasados intercedieran por la vida del joven Zheng Gao.

—Supongo que todo depende de cómo le vaya a nuestro invitado —concluyó Hu Feng. Li Ping asintió.

—Sobre todo si pasa lo peor. Si fallece aquí, tendremos serios problemas. No habrá más remedio que informar a la guardia. Cuando vengan, no tendremos una excusa creíble para explicar por qué no les avisamos antes. Si son un poco listos relacionarán la muerte de nuestro *bugeng* con la de los atacantes del callejón. Empezarán a preguntarnos más, y todo irá a peor. El que tengamos una consulta médica ilegal será la menor de nuestras preocupaciones.

—Entonces recemos para que viva.

—Recemos. Pero eso tampoco garantiza nada. En Qin odian a Chu. Si nuestro hombre es un espía, llenará igualmente la casa de soldados.

—O quizá no. Quizá quiera ayudarnos. Hacer la vista gorda. Os salvó la vida ¿no?

Li Ping movió la cabeza, molesto.

—Sí, lo hizo. Y eso es lo que me revuelve las tripas. Que no entiendo por qué. ¿Cómo apareció justo ahí? ¿Seguía a los bandidos o… o nos seguía a nosotros? Y si es lo segundo, ¿por qué? ¿Nos salvó porque somos importantes para él? Y si lo somos, ¿en qué sentido? Y ¿está todo esto relacionado con el supuesto fantasma?

El maestro notó la mano de su amigo en el hombro.

—Relájate, viejo. Has tenido un día duro y es tarde. No te obsesiones con las respuestas, porque ahora tu mente no te las puede dar. Eres médico, deberías saberlo. Te conviene descansar.

—¡No puedo! —estalló, pero de inmediato volvió a bajar su tono de voz—. No puedo, Hu Feng. No puedo descansar. Os he metido en un lío. Os he puesto en peligro. Vosotros os jugáis mucho con esto. Mucho más que yo. Podéis perder vuestra posición en el gremio. No podríais vender en el mercado. Os quitarían

esta casa. Os podrían juzgar como cómplices de las muertes. Yo no tenía derecho a haceros esto. No lo tenía. Yo… Feng, amigo… deberías denunciarnos.

El comerciante dejó escapar una risita de incredulidad.

—¿Denunciaros?

—Sí. A Daiyu y a mí. La gente solo nos vio a nosotros dos cargando al *bugeng*. Tú puedes decir que no lo sabías y que nos denunciaste en cuanto te enteraste. Eso os libraría de responsabilidad. Es lo que deberías hacer. Hazlo antes de que algún vecino piense que hay una relación entre los cadáveres del callejón y nuestro «huésped borracho». Si alguno llega a esa conclusión, dará la alerta por miedo a represalias. Debes adelantarte.

Cuando Hu Feng respondió, cosa que hizo tras dejar pasar unos latidos de pesado silencio, había un timbre adusto en sus palabras.

—Me insultas si de verdad crees que sería capaz de haceros algo así. Sabes que eres mi hermano y que Daiyu es mi sobrina. Así que, como vuelvas a decir una estupidez tan grande, te daré una bofetada tan sonora como las que les daba de pequeño a mis hermanos en Chu. ¿Te ha quedado claro ya, viejo?

Li Ping rio, resignado.

—Clarísimo. Gracias. Y lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Qué manera de hablar es esa? ¿No os enseñan a los taoístas a fluir con el mundo? Pues hazlo. Tú hiciste lo que debías: ayudar a quien necesitaba tu ayuda. Si lo que pasa después es malo, no será culpa tuya sino de un joven soldado de Qin desagradecido.

El médico asintió, impostando tranquilidad. No quiso recordar a su amigo que ambos habían tenido sobradas experiencias con soldados de Qin. En ninguna hubo gratitud.

*

No fue una jornada de mercado como las demás. Las cosas habían cambiado demasiado para que lo fuera. Daiyu pensó que ya no debería sorprenderse si su vida daba un vuelco repentino; por desgracia, tenía demasiada experiencia en esos lances. Sin embargo, no podía evitar sentir asombro por cómo serpenteaba el destino. Un paseo por la calle, un encuentro inesperado y, de golpe, todo cambiaba de rumbo. Hermana Menor y ella lo habían estado hablando la noche anterior al irse a dormir, después de que Yue le hubiera insistido en que le contara todos los detalles del rescate de Zheng Gao.

Daiyu no se sentía a gusto haciéndolo, ya que le daba la sensación de que era lo contrario de lo que le habían pedido: en vez de quitarle fantasías a su amiga,

estaba inflamando su corazón con aventuras de heroicos luchadores que se enfrentaban al mal. Pero no se le había ocurrido ninguna manera creíble de esquivar el tema, o por lo menos ninguna que no volviera a distanciarla de Hermana Menor. Además, y aunque le daba un poco de vergüenza admitirlo, en realidad Daiyu se moría de ganas por explicar su encuentro con el soldado de Qin.

Seguía lloviendo, aunque menos que el día anterior: apenas cuatro gotas minúsculas que no llegaban ni a empapar la ropa. La lluvia era lo bastante suave como para que Tío Feng hubiera creído oportuno ir al mercado. El clima se había apaciguado tanto que quizá la noche siguiente volvieran las mujeres de Chu a trabajar con el telar. Pero ya lo habían hablado en casa: si Zheng Gao se quedaba en la consulta de Padre, no habría riesgo de que nadie lo descubriera por casualidad.

Ocultar a un misterioso desconocido era excitante, pero también había un denso poso de riesgo real. Daiyu no olvidaba la imagen de la daga en el cuello de Padre o los brazos del apestoso bandido inmovilizándola. De no haber llegado a tiempo Zheng Gao, todo podría haber acabado muy mal.

De modo que vigilaba. Su viaje al mercado no había sido para nada tan alegre como la primera vez. En lugar de aquello, había echado furtivos y recelosos vistazos casi en cada esquina, temiendo otra emboscada. Había pedido a Tío Feng que mirara en la calle antes de salir de casa, aunque en teoría aquellos hombres no sabían dónde vivían ni podrían localizarlos para vengarse. Daiyu se había sentido aliviada cuando Tío Feng le contó que Otoño estaba bien, que él no había tenido encuentros desagradables. El alivio no era solo altruista: si Otoño hubiera sido atacado, quizá habría revelado dónde vivían.

A Daiyu no le gustaba saberse tan asustada. También le desagradaba ver a Padre preocupado por el invitado que tenían en casa. Le dolía recordar la expresión de su cara al tomar la decisión de que no lo curaría solo porque era un militar de Qin. Descubrir lo profundo que anidaba el odio de Padre había sido una brusca sacudida para ella, justo cuando empezaba a pensar que podían entenderse.

Sobre todo le dolía porque, con eso, la cercanía entre ambos había desaparecido antes de cristalizar del todo, pero también porque era injusto. Zheng Gao había puesto su vida en peligro por ellos sin dudarlo. En aquellos momentos yacía convaleciente y quizá no pasara del mediodía. Antes de ir al mercado, Daiyu se había escabullido para ver cómo se encontraba y, aunque en su sueño respiraba con calma, tumbado en el suelo le pareció vulnerable e indefenso.

¿Y por qué no lograba sacárselo de la cabeza? ¿Por qué siempre le venía a la

mente el nombre de Zheng Gao? ¿Por qué no dejaba de recordar su fuerte abrazo en el callejón? Hermana Menor y ella no habían tenido otro tema de conversación. Yue hasta parecía más emocionada que ella con lo que había pasado.

Por algún motivo, aquello la hacía sentirse molesta.

Tan concentrada estaba en sus cábalas que ni se enteró de la cercanía de Buey Nocturno. Pero ahí estaba, mezclado entre la gente a cinco o seis *zhang* de la tienda, mirándola con una sonrisa maliciosa. No hizo nada, no se acercó ni habló. Solo le clavó sus ojos de criminal, hizo una burlesca reverencia y se alejó con el deambular despreocupado de un noble en su corte, sin que Tío Feng se diera cuenta de nada.

Tras eso, Daiyu pasó un buen rato metida en una coraza invisible. La lluvia se fue del todo y volvió a lucir el sol, pero ella no lo notó. Evitó las charlas con Tío Feng, tan taciturna como si fuera una versión femenina de Grano de Mijo. No estuvo agresiva, tan solo ausente. No se sentía con ganas de hablar con nadie. Cualquier pequeño detalle parecía revolver el remolino de sus cambiantes emociones, de modo que optó por la solución de apartarse de todo.

Así estuvo hasta que llegó la aristócrata.

Era tan alta como Tío Feng, con una piel blanca de porcelana y un rostro delicado que parecía el reflejo de la luna. Sus movimientos tenían la elegancia de una bandada de grullas al vuelo. Avanzaba con una parsimonia que irradiaba nobleza y, cuando sus manos dibujaban un gesto, este era mínimo y comedido, como corresponde a una dama. Sus uñas, pintadas con cera de abejas y clara de huevo, refulgían al contacto con los rayos del sol. Su melena negra estaba sujeta por tres llamativas agujas de oro y perlas colgantes en un moño tan elaborado que, sin duda, había requerido una hora de trabajo de sirvientas. Su vestido azul y negro, de mangas más anchas que la cintura de Daiyu, flotaba etéreo ante cada caricia del viento. Los zapatos de seda estaban decorados con filigranas de plata.

A su alrededor danzaba una pequeña corte de esclavos y damas de compañía, mejor vestidos que cualquier vendedor del mercado. Tras ellos, a lo lejos, un grupo de hombres de rostros borrosos, igual de elegantes que la mujer, se había demorado en otras tiendas. Clientes y vendedores del mercado se inclinaban al pasar, pero no por miedo a ofender sino por admirada reverencia ante lo que veían. La aristócrata parecía una visitante del Reino de los Cielos.

Y se dirigía al tenderete de Tío Feng.

—¡Mira, Biao! —dijo sonriente a una de sus damas, tras dibujar una baja inclinación perfecta, con una voz suave y melodiosa como el tañer de un *qin* de siete cuerdas—. ¡Fíjate en estas telas!

Las mujeres se acercaron y comenzaron a admirar el género de Tío Feng,

que de inmediato las saludó obsequioso y dispuso ante ellas cualquier cosa que quisieron. La mujer noble y sus sirvientas lo toquetearon todo, pero en aquella ocasión a Daiyu —que miraba la escena emocionada desde un discreto segundo plano— no le preocupó.

—¡Son preciosas! —insistió la dama—. ¡Qué patrones tan originales! ¡Imaginad un vestido así!

Todas las acompañantes asintieron con vehemencia.

—¡Su Gracia estaría de lo más elegante!

—¡Seríais la envidia de cualquier reunión!

—¡Eso opina una! ¡Una las quiere todas! —Miró a Tío Feng y, a pesar de la diferencia social, le dedicó una sonrisa—. ¡Tendero!

El hombre repitió la larga inclinación que había hecho, doblándose tanto como pudo.

—Hu Feng al servicio de Su Gracia, para todo lo que desee.

—Estas telas son maravillosas. Una se pregunta si son del taller de Hu Feng.

—Así es, Su Gracia. De hecho… esas son obra de mi sobrina Daiyu.

Cuando extendió la mano hacia ella de forma inesperada, Daiyu sintió un mareo. Pero, al ver que la dama la miraba con curiosidad, se acercó e hizo la reverencia más elegante de su vida.

—Daiyu, hija de Li Ping, al servicio de Su Gracia —se presentó con humildad.

La dama amplió su sonrisa.

—Daiyu crea unas telas preciosas. Una se pregunta de dónde saca la inspiración para estos patrones.

Agachó la cabeza, ruborizada.

—De los paisajes de mi reino natal, Chu.

La mujer se llevó una grácil mano a la boca en gesto de sorpresa.

—¿Chu? ¡Es una coincidencia sorprendente! ¡Una también nació allí! —Se puso seria, pero hasta con aquel gesto parecía rebosar belleza—. Daiyu también se ha visto obligada a venir aquí, ¿verdad?

La seriedad repentina de Daiyu quizá no fue tan agradable a la vista, pero desde luego era sentida.

—Así es, Su Gracia.

—Una entiende a Daiyu. Y entiende su nostalgia. Una es afortunada de que haya servido para crear estos patrones. Una desea decir algo a Daiyu: una va a llevarse todo lo que hay aquí y comprará cualquier cosa que venda Hu Feng a partir de ahora. A una le gustaría que Daiyu fuera su tejedora personal.

A Daiyu le flaquearon las piernas, pero fue capaz de articular una respuesta.

—Su Gracia me hace un honor inmerecido.

La dama pareció divertida.

—Daiyu es elegante. Una está complacida. Una ve que Daiyu está bien educada.

Fue Tío Feng quien contestó de improviso.

—En efecto, Su Gracia. Mi sobrina ha recibido una extensiva educación. Sabe leer, escribir, cantar y tocar instrumentos de cuatro de los Ocho Sonidos.

La mujer ladeó la cabeza, de nuevo sorprendida, y su gesto fue como la puesta del sol.

—Una se pregunta si eso es así de veras.

Daiyu volvió a ruborizarse. Sentía demasiados ojos puestos en ella.

—Sí, Su Gracia.

—No solo eso —insistió Tío Feng—. También conoce los clásicos de la medicina y sabe hacer preparados curativos.

Daiyu lo miró de reojo. No tenía ninguna duda de lo que estaba pasando. Tío Feng trataba de venderla como si también fuera parte de la mercancía expuesta. Pero no le importaba. En realidad, su corazón estaba acelerado ante las posibilidades que por azar se le abrían. La dama la estudió con gesto admirado y Daiyu no pudo evitar imaginar qué se sentiría ser una de sus sirvientas.

—¡Qué dones tan inusuales en una chica de la calle! —le dijo con una sonrisa capaz de derretir la nieve de las montañas—. Una se pregunta cómo le ha llegado a Daiyu ese conocimiento.

—Mi padre era un respetado médico en Chu, Su Gracia.

—¡Ah! Una podría tener la osadía de preguntar cómo es posible que Daiyu haya acabado así…

—Porque es la hija de un traidor, Su Gracia.

Quien había hablado con voz seca y rasposa era uno de los hombres que se había quedado atrás y que finalmente había alcanzado a las damas. Su aspecto —como el de los otros tres caballeros que lo acompañaban— recordaba al de un noble, pero Daiyu sabía que no lo era. Lo sabía porque lo conocía.

Era Fei Ban, el hombre que había ocupado el lugar de Padre como médico de la corte de Chu. Tenía la piel morena y arrugada, los lóbulos de la oreja muy desarrollados y una barba que le llegaba hasta el pecho. La persona a su izquierda, alta e imponente, era el duque Chang, también de Chu. El cortesano que había provocado la caída en desgracia de su familia.

La dama soltó la seda de Tío Feng como si fuera una alimaña. Sus sirvientas hicieron otro tanto y retrocedieron dos pasos.

—¿De veras, maestro Fei Ban? —preguntó con gesto asustado y perdiendo la digna compostura.

El médico se inclinó ante ella, pero contestó el duque, un hombre de

facciones suaves en el rostro y abultada carga de desprecio en los delgados ojos y labios.

—Así es, mi señora. Os pido disculpas por no haberos prevenido mi mujer y yo de que nos los podíamos encontrar. En la familia de Li Ping son traidores que no tienen claro dónde están sus lealtades. Son capaces de dar la espalda a los suyos por puro egoísmo. Si ahora malviven como campesinos en vez de gozar de mi favor, se lo tienen merecido.

Cuando la dama volvió a mirar a Daiyu no había cortesía en su rostro, sino el implacable aliento de una ventisca invernal.

—Una entiende. Menos mal que una lo ha descubierto a tiempo. Escucha bien, Daiyu: una va a asegurarse de que nadie cometa el error que una ha estado a punto de cometer. Una avisará a todas sus amistades para que nadie se acerque a Daiyu o a su familia. Es lo que merecen los traidores.

Se dieron la vuelta y se marcharon como si dejaran atrás los desperdicios de una cochiquera. Daiyu apretó los dientes y se tragó las ganas de gritar. Sintió en su pecho el mordisco de la acusación injusta, de la insultante sensación de que alguien pudiera juzgarla y condenarla sin tomarse la molestia de escuchar su versión de los hechos. Revivió el miedo al abandonar Chu desposeídos, la impresión de que sus pies caminaban sobre hielo delgado a punto de abrirse y devorarla. Recordó la altiva cara de Padre al despedirse de su hogar. Recordó cómo lo había odiado por ello. Tío Feng, en silencio, le acarició el pelo para consolarla; Daiyu no pudo más, y lloró.

*

Cuando Grano de Mijo corrió al salón gritando su nombre, Li Ping supo por qué lo hacía incluso antes de que tratara de explicárselo. Estaba clara la única razón por la que el esclavo podría haber abandonado a toda prisa su puesto de guardia. No solo eso, sino que era la mejor noticia que podían darle. De modo que el sirviente se lo encontró, no sentado en el suelo en reflexiva actitud ante el altar familiar, sino de pie y usando con urgencia su bastón para llegar más rápido al patio. No había tiempo que perder.

—¡Maestro Li Ping! —dijo el joven una vez más al entrar, y calló de golpe en cuanto lo vio listo para salir.

—Sí, sí, lo sé. Nuestro invitado se ha despertado y se encuentra mejor.

El aturdimiento y la sorpresa de Grano de Mijo fueron visibles hasta para Li Ping. El médico sonrió y le hizo señas para que se pusieran en marcha. Cuando llegaron a la consulta, el *bugeng* —tapado solo con una pequeña colcha para

evitar calores adicionales— estaba medio incorporado. Li Ping se arrodilló junto a él, sonriente, y le palpó el cuerpo para tratar de encontrar signos de la evolución de la enfermedad. El soldado, todavía confuso, se dejó hacer. Li Ping sonrió para sus adentros. Le venía bien aquella confusión. Así lo tendría más fácil para manipularlo.

Había pasado toda la noche dándole vueltas. La idea de dejar al azar las posibles consecuencias contra su amigo era como un rechinar de dientes en su alma. No podía hacerle eso a Hu Feng y a su familia después de su impagable hospitalidad. Así que debía asegurarse de que su huésped no fuera una amenaza.

Tenía pensado aprovechar sus primeros momentos de consciencia, en los que sus reflejos —incluso si era un maestro de la infiltración— estarían bajos. Hablaría con él envuelto en disimulo y averiguaría la verdad. Si no era un espía, descubriría por qué actuaba como uno. Y si lo era, negociaría con él para que la familia de Hu Feng quedara libre de todo castigo por sus infracciones. En caso de que hiciera falta, mentiría y le diría que los había engañado, que no tenían ni idea de lo que había pasado en el callejón.

Le sabía a poco, pero era lo único que podía hacer.

—Bien, bien, bien —dijo en cuanto hubo comprobado varios puntos esenciales—. La fiebre y el calor se marchan. Maravilloso. Seguiremos con el tratamiento y en unos días estará usted recuperado. Hasta entonces no debe comer muchos productos animales, aumentarían otra vez el calor. Veamos ese pulso.

Cuando Li Ping le tomó ambas muñecas, Zheng Gao reaccionó por fin.

—Usted… es el hombre del callejón.

El maestro hizo una larga inclinación de rodillas y pudo oír que el invitado se la devolvía.

—Sí. Me llamo Li Ping. Y usted es la persona que nos salvó. A mí y a mi hija Daiyu. Muchas gracias por eso.

Zheng Gao desentumeció su cuello.

—Parece que ahora me han salvado ustedes a mí. Muchas gracias.

Li Ping asintió con aire despreocupado, todavía tomándole el pulso al *bugeng*. Había llegado el momento del interrogatorio. Tenía varias estrategias pensadas: podía hacer algún comentario genérico sobre la vida en Qin para ver cómo reaccionaba y seguir desde ahí, o podía preguntarle a quién deseaba que le comunicara su estado, para deducir cosas a partir de ese contacto. Había diez mil caminos para ser sutil como la brisa de mediodía.

Sin embargo, por algún motivo que ni él mismo entendía, lo que soltó a las bravas fue muy diferente:

—No se preocupe. Es un honor para nosotros haber salvado a un valeroso

espía del Ejército de Qin.

—¿Qué?

—Tranquilo, oficial. Su secreto está a salvo. Tuvimos que quitarle la ropa para atenderle y vimos su armadura. Como la tenía oculta, supimos que era usted un espía.

A Zheng Gao se le escapó una risa amarga.

—No soy un espía.

—Y eso es lo que diría un espía. —Sonrió Li Ping.

—Pero es que no lo soy.

—Ah. Me habré confundido. Perdone, *bugeng* Zheng Gao. Es su nombre ¿verdad? No queríamos curiosear, pero necesitábamos información sobre usted. Leímos su pasaporte. Pero le prometo que no le hemos dicho a nadie lo de la placa de autoridad que lleva. La del consejero imperial.

—¿Qué…? —Suspiró—. Escuche, maestro Li Ping, no puede usted…

—Tranquilo. Ya le he dicho que no se lo hemos contado a nadie. Y no vamos a hacerlo.

Pero por fin tenía información sobre aquel hombre. Li Ping se sentía satisfecho. El pulso le había dado las respuestas que necesitaba. La mención a que era un espía había sorprendido al capitán, pero no lo había agitado demasiado. Una reacción diferente a la de saber su nombre o lo de la placa de autoridad. En el segundo caso había miedo.

A su distinguido huésped le preocupaba que supieran quién era o que tenía el sello de un consejero. Pero no porque fuera un espía. Probablemente no lo fuera, parecía sincero al negarlo. Lo que entonces significaba…

¿Por qué un soldado iría disfrazado? ¿Por qué, si no es al servicio del emperador, ocultaría quién es? ¿Por qué le daría miedo que alguien supiera su identidad o el valioso objeto que portaba?

Parecía evidente: Zheng Gao era un desertor. Un traidor a los suyos. Entonces no tenía la placa por motivos legítimos, lo que quería decir que la había robado. Ambos crímenes se castigaban con la más atroz de las muertes. Eso explicaba todas las reacciones del soldado, incluso el que tuviera algún tipo de contacto con los tres malhechores que los habían atacado en el callejón. No solo contacto. Podían tener hasta viejas rencillas, y Daiyu y él se habrían visto envueltos en una guerra privada.

En cualquier caso quedaba claro que —por fortuna— Zheng Gao no tendría muchas ganas de avisar a la guardia. Pero sí era la clase de hombres que se mueve con soltura entre criminales. Hombres que no suelen tomarse a bien que los descubran. Li Ping mantuvo la serenidad y logró hacer la pregunta sin que se le notara su creciente ansiedad.

—¿Estamos en peligro, *bugeng* Zheng Gao? ¿Tiene usted intención de hacernos daño?

Lo último que notó el médico fue el súbito envaramiento del soldado y cómo se sacudía de encima las manos con las que controlaba su pulso. Debía de haberse dado cuenta de lo que estaba haciendo. Al librarse de él había bloqueado toda posibilidad de que Li Ping leyera sus motivos. O de que supiera lo que hacía. Confiaba en que Grano de Mijo estuviera alerta y pudiera evitar ataques repentinos del soldado. A juzgar por el encuentro del callejón, incluso desarmado y desnudo podía ser peligroso.

La voz de Zheng Gao sonó al cabo, con un tono mucho menos jovial que hasta ese momento.

—Eso depende —respondió—. ¿Trabajan ustedes con Lluvia Gris?

Li Ping frunció el ceño sin ocultar su desconcierto.

—¿Quién?

El suspiro de Zheng Gao le sonó sincero.

—Un hombre al que estoy buscando. Si no lo conocen, ¿qué hacían en casa de aquel artesano?

—¿Ji, el armero? —En vez de contestar, Li Ping se acarició el mentón—. Hmmm… Los tres hombres del callejón nos preguntaron lo mismo. ¿Qué relación tiene usted con ellos, *bugeng*?

—No se ofenda, maestro Li Ping, pero las preguntas las haré yo. Yo también quiero saber qué relación tienen ustedes con los hombres del callejón.

Li Ping alzó las cejas.

—¿Nosotros? ¡Ninguna! ¡Ni siquiera sé por qué nos atacaron! Pero nos preguntaron lo mismo que usted, y eso me hace pensar que… Un momento… ¡Usted es «el otro»! ¡Esa es la relación!

—¿Qué?

—¡«El otro»! ¡Los del callejón nos preguntaron si trabajábamos con «el otro»! Si usted no conoce los motivos de esos hombres, quiere decir que usted no es el jefe al que mencionaron. Así que usted debe de ser «el otro». ¡Nos atacaron porque pensaban que estábamos con usted!

—Eso no tiene sentido.

—¡No, desde nuestro punto de vista, no! Hasta ayer ni siquiera nos conocíamos. Pero esos criminales parecían creerlo. ¿Por qué?

Zheng Gao no dijo nada. Tan inamovible fue su silencio que Li Ping dedujo que había llegado al límite de su confianza. No quería hablar, quizá porque su historia tenía que ver con su deserción. Pero sin esa parte de la trama, Li Ping volvía a estar perdido. Tenía que ganarse al soldado para obtener otra pieza de aquel dibujo.

—Está bien —dijo—, sinceridad. ¿Quiere saber qué hacíamos en casa del maestro Ji? Al parecer hay un fantasma que ha estado matando a gente. Dos mendigos, un trabajador de las alcantarillas y ahora el señor Ji. Su única relación es que son de Chu y que todos murieron sin marcas aparentes. A mi hija y a mí nos contrataron para apaciguar a ese fantasma. —Suspiró—. Solo que cada vez tengo más claro que ese fantasma no existe. Alguien vivo tiene un motivo concreto para esos asesinatos. Hasta ahora no tenía mucha información, pero creo que su llegada, *bugeng* Zheng Gao, puede ser esclarecedora. Piénselo: esa gente creyó que trabajábamos con usted. Y quizá no iban muy desencaminados. Yo no sé qué hacía usted en aquel callejón pero… ¿no le parece que sus motivos y los míos podrían estar unidos?

De nuevo silencio. La lógica no bastaba. A Li Ping solo le quedaba una flecha en la aljaba, una que no quería usar. Pero se estaba quedando sin alternativas.

—De acuerdo —siguió—. Usted no se fía de mí. Yo tampoco mucho de usted, la verdad. Pero necesito que entienda que me tomo esto muy en serio. Así que… allá va. *Bugeng* Zheng Gao, está usted en una consulta médica ilegal. Yo era un doctor muy respetado en Chu, pero aquí en Qin no tengo licencia para ejercer, porque no tengo dinero para comprarla. Como supondrá, esto es un secreto. Si sus amigos del ejército vinieran por aquí, yo estaría metido en un lío. No solo yo, sino también mi hija. Por eso no le cuento esto a nadie. Pero ahora también lo sabe usted. Acabo de poner mi vida en sus manos. Usted la salvó ayer sin saber quién era yo, corriendo un riesgo innecesario. Por eso creo que ahora volverá a hacerlo. Pero no lo sé. Quizá lo he juzgado mal. En cualquier caso, ahora soy yo el que se arriesga. Espero que esto baste para que confíe en mí.

Zheng Gao siguió sin decir nada, para frustración de Li Ping. Si ni siquiera su mayor secreto servía para convencerlo, no sabía de qué modo podría llegar a su corazón.

—Confío —dijo el soldado en voz baja, y luego pareció recuperar algo de aplomo al hablar—. Sí, confío, maestro. Perdone. Si lo que dice es cierto, usted también se ha arriesgado conmigo. Pudo dejarme morir en el callejón y no lo hizo. Se ha puesto en peligro trayéndome aquí. Le debo una disculpa. Y si me lo permite, acompañaré esa disculpa con una historia. Mi historia.

»Sí, soy soldado del Ejército de Qin. O lo era. Ahora mismo no estoy muy seguro. Hace unos días estaba en una misión escoltando al consejero Chen, el dueño de la placa que tengo. Unos bandidos nos atacaron y a mí me dieron por muerto. Al consejero se lo llevaron vivo, no sé por qué, y desde entonces intento encontrarlo. Mi única pista es el nombre de uno de los líderes del ataque, Lluvia Gris. Un mercenario que trabaja en la ciudad. He estado buscándolo sin mucho éxito. Y sin demasiado disimulo. Puede que alguno de sus… pequeños secuaces

le haya avisado sobre mí. Quizá por eso esos tres hombres me buscaban.

»El caso es que yo estaba a punto de rendirme, pero entonces recordé algo. Lluvia Gris me atacó con una ballesta… especial. Una que no necesita recargarse. Pensé que algo así debía de haberse hecho en las armerías de Xianyang, así que me puse a recorrer el barrio de los armeros. Oí entonces que el maestro Ji había muerto y fui a investigar. Cuando estaba por allí, los tres hombres del callejón me llamaron la atención. No encajaban entre las personas que habían ido al velatorio, así que los vigilé. Ellos no me vieron, pero sí se fijaron en su hija y usted. Cuando vi que los seguían, yo fui detrás para espiarlos y ver si me llevaban a Lluvia Gris. El resto ya lo sabe.

Li Ping reflexionó en aquel aluvión de datos, de nuevo acariciándose el mentón.

—Esto es muy interesante, *bugeng*. Hace que la historia tenga otra perspectiva. Dígame, ¿por casualidad el consejero Chen es de Chu?

—No que yo sepa. Hasta donde sé, nació y se crio en Qin.

Li Ping frunció el ceño, contrariado. Todos los actores de aquel drama parecían venir del mismo reino. Sin embargo, aquel funcionario imperial era la excepción. La historia de Zheng Gao podía no estar tan relacionada con la suya como había creído.

A no ser que…

De repente, Li Ping levantó un dedo como si acabara de caer en la cuenta de algo.

—Ballestero… Lo llamaron…

—¿Cómo dice, maestro?

El médico abrió una amplia sonrisa.

—Los bandidos del callejón. No hablaron del taller del armero. Hablaron del taller del ballestero.

—Pero… él no era solo ballestero.

—¡No, no lo era! ¡No para nosotros! ¡Porque usted y yo sabemos que se dedicaba a otras cosas! ¡Pero para esos criminales el maestro Ji no era armero, era ballestero! ¡Porque ellos solo conocían esa faceta suya! ¡Para ellos, el maestro Ji era alguien que hacía ballestas! Creo que hacía usted bien en buscar por aquel barrio. ¡El maestro Ji fue quien hizo la ballesta que describe! ¡Y luego mi fantasma lo mató! —Dio una palmada—. *Bugeng* Zheng Gao, es lo que le había dicho. Nuestras historias son parte del patrón de la misma tela. Mi fantasma y ese tal Lluvia Gris están tan relacionados como usted y yo. Si yo encuentro al fantasma, usted encontrará a su consejero. Y al revés. ¿Se le ocurre algún motivo para que usted y yo no trabajemos juntos a partir de ahora?

*

El músico callejero tocaba una animada melodía con su flauta, pero los compases se perdían entre el alboroto de la gente que iba de aquí para allá. Aunque tenía talento y la música incitaba a ser feliz, pocas personas le prestaban atención, y menos aún le tiraban monedas. El músico seguía tocando a pesar de todo, con alegres cabriolas, el baile de su largo pelo recogido en una coleta y el entusiasmo de quien hace tiempo que dejó atrás las preocupaciones mundanas.

Zheng Gao fue uno de los que pasó a su lado sin darse cuenta de su existencia. Mezclados entre granjeros, vendedores ambulantes, carros y demás ciudadanos que cada día despertaban con incontrolable prisa, tanto el músico como el capitán se difuminaban en el ambiente de hormiguero que ofrecía Xianyang. Los envolvían el jaleo y la cacofonía de olores de la hora de la luz matinal, que iban desde el aroma almibarado del puesto de dulces de un viejo vociferante hasta los restos del vómito añejo de algún borracho.

La lluvia había dado paso a una menos agresiva, aunque más tenaz, humedad flotante. Tras el descanso Zheng Gao se sentía mejor, pero no del todo recuperado. Se fatigaba con facilidad, su pierna aun le dolía con los movimientos bruscos y el maestro Li Ping había insistido en que evitara los esfuerzos. Aun así, necesitaba moverse. Ya había pasado horas tumbado sin hacer otra cosa más que reposar, lo que para el *bugeng* era lo mismo que haber desperdiciado un precioso tiempo de búsqueda del consejero Chen. De todos modos, tenía que admitir que era necesario. Debía sanar por completo y, además, debía comportarse con la calma ritual que prescribía su recién adquirida posición de huésped.

El maestro Li Ping le había asegurado que la familia de Hu Feng estaba en antecedentes de la situación. Aceptaban que se quedara en su casa si lo necesitaba. A cambio, el educado ciego solo le pedía su apoyo en las pesquisas sobre el fantasma.

A Zheng Gao le parecía buena idea. No solo porque, como bien había señalado el médico, lo más sensato fuera cooperar, sino porque también estaba el hecho de que disponer de una residencia más estable —y gratis, todo fuera dicho— le facilitaba las cosas. Por no mencionar que tener nuevas ideas en las que pensar alejaba el aburrimiento.

Pero el aburrimiento llegaba a pesar de todo, y venía acompañado de su prima, la ansiedad. Zheng Gao le había explicado al maestro Li Ping que necesitaba hacer algo y, para que se lo permitiera, le había propuesto un plan: iría a recuperar su espada y su yelmo, por si acaso tenían otros encuentros no deseados. Al mismo tiempo, aprovecharía esa visita al barrio de los herreros para

ir a la cercana zona de los artesanos armeros. Ahí podría husmear por los alrededores y descubrir si alguien conocía al señor Ji y sus diseños de ballestas. El maestro había aceptado su idea. Zheng Gao incluso pensaba que, de no haber sido ciego, le hubiera gustado ir con él.

Así que el *bugeng* se había vuelto a vestir, había tomado algo de comida para el almuerzo y había salido a cumplir sus misiones. Las oficiales y la extraoficial.

Porque Zheng Gao no le había contado al maestro Li Ping que, en primer lugar, pensaba dar un rodeo. Iría a la Casa de la Armonía con la vaga esperanza de encontrarse por ahí al pequeño Mono Plateado. Si volvía a verlo, no se le escaparía tan fácilmente.

Por desgracia, los dioses no querían que se encontrara con el chaval. No estaba frente al albergue, como Zheng Gao hubiera deseado.

Quien sí estaba era Lluvia Gris.

Aguardaba junto a la puerta de la hospedería, con los brazos cruzados y el aire de haber quedado con algún amigo. Pero si uno se fijaba podía percibir la discreta tensión en sus ademanes. Esperaba, sí, pero no a amistades. Mono Plateado debía de haber transmitido el mensaje después de todo. Por eso había sabido dónde encontrar a Zheng Gao.

El soldado, por su parte, lo había reconocido de inmediato a pesar de que en su fugaz primer encuentro iba enmascarado. Su complexión delgada, la pose de descanso atento idéntica a la que tenía en la colina desde donde trató de ensartarlo con sus virotes… No había duda: era él. Aunque no había visto antes aquella cara alargada con nariz en gancho ni su cuidada barba, tenía claro que la mirada de aquellos ojos negros pertenecía a su rival.

Además, el mercenario también pareció reconocer a Zheng Gao. Lo miró desde la distancia, hizo un leve asentimiento a modo de saludo y se dio la vuelta con calma. Avanzó sin prisas hacia uno de los callejones laterales y el *bugeng* entendió el mensaje: «Hagamos esto en privado». Lo siguió.

Acabaron en un pequeño pasillo entre dos viviendas, de unos doce pies de ancho. A ambos lados, la piedra desnuda de las casas. En el suelo, charcos de la lluvia del día anterior. Sobre ellos, el cielo. Nada más.

Lluvia Gris realizó una elegante larga inclinación.

—Os reconozco —dijo con una voz grave que sonaba como las escamas de una serpiente acariciando la piel—. Sois el líder de la comitiva. El que mis hombres consideraron muerto de forma tan equivocada como negligente.

Zheng Gao devolvió el saludo a su rival.

—Así es. Soy el capitán Zheng Gao, *bugeng* del Ejército de Su Majestad.

—Tengo entendido que habéis estado preguntando por mi humilde persona.

—Vuestra humilde persona va a guiarme al consejero Chen. Luego me

encargaré de que se haga justicia.

—Eso no va a ser posible. He empeñado mi honor asegurando que actitudes como la vuestra no interrumpirían nuestras actuaciones. Lamento deciros que solo encontraréis al noble consejero Chen cuando ya no nos sea necesario. Llegado ese momento, podréis disponer de su cadáver para celebrar los ritos funerarios que merece tan augusto oficial.

—No puedo permitirlo. Yo he empeñado mi honor jurando que protegería la vida del consejero Chen.

—Vuestra lealtad os honra y os hace acreedor de mi respeto. Sin embargo, debo mantenerme firme. Además, existe otro inconveniente. Vuestra persona fue la artífice del fallecimiento de mi hermano.

Zheng Gao recordó al espadachín que se había interpuesto entre él y Lluvia Gris. El cadáver que faltaba en el lugar de la emboscada. Asintió.

—En efecto.

—Así las cosas, el *Clásico* nos enseña cómo actuar: «Con el enemigo que ha matado a su hermano, uno debe tener lista su espada cuando llegue la hora de la venganza». Espero que disculpéis mi descortesía, pero resulta difícil moverse con espadas dentro de la ciudad. Os ruego por favor que no os parezca un insulto que os quite la vida con una daga.

Dicho esto, con un grácil movimiento sacó un cuchillo oculto de su manga izquierda y se colocó en posición de combate. Zheng Gao desenvainó también, y ambos adversarios se estudiaron.

La experiencia militar le había enseñado que la mejor estrategia ante un combate callejero es evitarlo sin más. Huir, si existía la posibilidad de hacerlo. O, fallando todo eso, poner obstáculos entre uno y el atacante para retrasar la lucha o impedirla por completo. Cualquier otra opción implicaba entrar en una danza cuyos últimos compases, muchas veces salpicados de puro azar, serían desconocidos hasta para los más diestros guerreros.

Nada de ello era posible en aquellas circunstancias. Zheng Gao no iba a huir ni tenía manera de bloquear a Lluvia Gris. Así que hizo lo único que le quedaba: olvidar las dudas y cargar. Matar con rapidez.

Ambos pensaron lo mismo. En un instante habían entrado en combate cuerpo a cuerpo, intentando ensartar al otro. Zheng Gao falló su ataque al abdomen, esquivado con habilidad por Lluvia Gris, pero recibió un tajo en la cara que tenía por objetivo el cuello y erró solo por los reflejos del capitán.

Enzarzados en corta distancia, forcejearon. Ambos hombres trataban con fuerza bruta de detener el avance del arma enemiga, al tiempo que pugnaban por clavar la propia. Zheng Gao resultó ser más vigoroso, ya que su daga fue ganando terreno, pulgada a pulgada, en dirección al pecho de Lluvia Gris.

De repente, el mercenario detuvo su lento ataque, usó la mano del arma para frenar a Zheng Gao y le dio un fuerte rodillazo en el estómago que le quitó el aire al *bugeng*. Sin dejarlo descansar, le golpeó la cara con la base de la mano libre y repitió su ataque al cuello. Zheng Gao, aturdido, logró bloquearlo y dio un salto atrás, apartándose del arma. Lluvia Gris aprovechó el respiro para aferrar mejor su daga, que casi se le había caído.

Antes de que su rival tuviera ocasión de pensar, el mercenario dio un amplio tajo de lado a lado. Zheng Gao se dio cuenta de que había dejado la guardia abierta y aprovechó para tratar de abrirlo en canal. Sin embargo todo era una finta. Lluvia Gris utilizó el mismo movimiento del capitán para desviarlo, girar sobre sí mismo y colocarse tras Zheng Gao. Lanzó una estocada que el capitán esquivó a duras penas, no sin antes llevarse otro tajo demasiado cerca de los riñones.

Zheng Gao empezaba a notar el cansancio, y el dolor de la pierna volvía a ser notorio. Lluvia Gris, en cambio, se movía como una rama al viento. La hoja volaba en sus manos, ahora de punta, ahora apoyada en el antebrazo, cambiando de guardia con la rapidez de un dragón.

Zheng Gao se dio la vuelta para volver a estar frente a frente y se encontró con otro ataque que ya se precipitaba contra él. El capitán inmovilizó con una llave el brazo de Lluvia Gris y, con un veloz movimiento, lo desarmó. El mercenario usó su propio brazo para frenar la arremetida de Zheng Gao al cuello y luego hizo un barrido que tiró al capitán al suelo. Zheng Gao se puso de pie de un salto y supo que solo seguía con vida porque Lluvia Gris había perdido su daga.

—¡Alto!

Ambos contrincantes obedecieron la orden, aunque solo fuera por la necesidad de averiguar quién la había gritado. Se encontraron, justo por la misma entrada al callejón por la que habían accedido, con una patrulla de la guardia. Seis soldados, apenas a tres *zhang* de la espalda de Zheng Gao. Dos alabarderos delante, armas apuntando a los contendientes, tres espadachines —también listos para el combate— en retaguardia y, en medio, el capitán.

Han You, el amigo de Lu Gong al que Zheng Gao había estado evitando desde el incidente de la puerta.

Reevaluada la situación, y aprovechando que estaba a más distancia, Lluvia Gris tomó una rápida decisión: salir corriendo. Era lo más sensato cuando uno sabía que no podía librarse luchando. Antes de que la guardia o Zheng Gao pudieran hacer algo, ya había desaparecido por una esquina.

El *bugeng* hizo amago de imitarlo, pero un amenazador movimiento de las *ge* lo mantuvo en el sitio. Ya no tenía la ventaja de la sorpresa con la que había

contado Lluvia Gris. Correr era una estrategia condenada al fracaso: la guardia pediría refuerzos y lo atraparían tarde o temprano por alguna de las calles.

—¡No lo haga, capitán Zheng Gao! —ordenó Han You, reforzando la evidencia de la situación—. ¡Por favor, deponga su arma!

Los dos soldados de primera línea, escudados en ambas paredes de la calle, dieron un par de pasos con las alabardas apuntando al pecho de Zheng Gao. Él levantó las manos en actitud pacificadora, pero no soltó la daga.

—De modo que sí era usted —siguió hablando el hombre de rostro redondo —. El otro día, en la puerta.

—Sí, capitán Han You.

—Buen disfraz. Cuando quise darme cuenta usted ya había desaparecido. Me ha costado volver a encontrarlo.

—Capitán Han You, comete un error. Deberían perseguir a Lluvia Gris.

—Estoy cumpliendo mis órdenes, capitán Zheng Gao. Le ruego que no lo haga más difícil.

—No quiero hacerlo difícil. Yo también estoy cumpliendo con mi deber.

Han You frunció el entrecejo como solía hacer.

—¿Cumplir con su deber? ¿Mentir al guardia de la muralla es cumplir con su deber? ¿Sabe cuál es la pena por usar un sello de autoridad sin permiso? ¿Y lo que le pasa a un soldado por ser negligente al detectarlo? ¡A mí no me dejará en evidencia como a ese pobre chico al que usted espantó!

Zheng Gao sacudió la cabeza.

—No quería que le pasara nada, pero necesitaba entrar. Escuche, capitán, han secuestrado al consejero Chen. Tiene que dar la alarma. Deben buscar a Lluvia Gris. Él los llevará al consejero.

El rostro redondo del capitán volvió a llenarse de arrugas.

—¿Y Lu Gong? ¿Está bien?

Zheng Gao negó otra vez.

—Murió. Lo siento.

—¿Lo mató usted?

—¿Qué? ¡No! ¡Fueron los hombres de Lluvia Gris!

—Dice usted.

—¡Es la verdad, por los dioses!

Han You se encogió de hombros.

—No me compete a mí averiguar la verdad. Eso es trabajo del magistrado. Tendrá usted tiempo de explicarle todo… y él decidirá. Ahora, suelte la daga y venga con nosotros.

Zheng Gao respiró hondo. Debía aceptar la realidad. Solo le quedaba una opción. Aunque la justicia estaba de su lado, tenía claro que no quería herir a

aquellos hombres, soldados como él, que solo estaban haciendo su trabajo.

Soltó la daga y mantuvo las manos alzadas.

Han You y sus acompañantes se relajaron.

—Gracias, capitán Zheng Gao. Está usted haciendo lo correcto. Me encargaré de que lo traten bien hasta el interrogatorio. Ahora, por favor, acérquese.

Zheng Gao se aproximó, con las manos visibles a la altura de su cabeza. Los guardias del fondo, controlada la situación, envainaron sus armas. Los alabarderos levantaron las suyas, que a corta distancia volvían a ser inútiles. Han You se dio la vuelta y comenzó a salir del callejón. Los alabarderos se colocaron a los flancos de Zheng Gao para escoltarlo.

Les dio sendos puñetazos en la cara con las manos que todavía tenía levantadas a la altura justa. No fueron fuertes, pero los pillaron por sorpresa. Lo justo para agarrarlos de la armadura y empujarlos hacia Han You. Tropezaron y cayeron en un amasijo de cuerpos y alabardas.

Zheng Gao salió corriendo en dirección opuesta. La maniobra le había dado la minúscula ventaja que necesitaba en la persecución que estaba a punto de comenzar. Antes de que Han You y los suyos volvieran a ponerse de pie, furiosos, él ya había doblado la misma esquina por la que Lluvia Gris había escapado.

Escuchó los gritos de alarma tras de sí, superando incluso el barullo de la calle, y supo que pronto el lugar estaría infestado de soldados. Pero siguió corriendo.

Sintió el trote apresurado de los guardias a su espalda, a apenas dos o tres giros de distancia, y le pareció muy poca ventaja. Aunque él no quería hacerles daño, tenía claro que a él no le dedicarían la misma cortesía profesional. No debían atraparlo.

Las voces sonaron también delante de él. No sabían dónde estaba en concreto, pero era cuestión de tiempo. No podría ocultarse para siempre.

Tampoco era lo que quería. Sonrió cuando vio lo que había estado buscando: una casa que, en vez de resbaladizas paredes de piedra, tuviera a la vista columnas de madera como soporte exterior.

Imitando la idea de Mono Plateado, trepó con rapidez hasta el tejado y se agazapó.

Oyó pasar al grupo de Han You y escuchó sus blasfemias cuando se encontraron con los soldados de delante y vieron que, de algún modo, se les había escurrido.

—¡Buscad casa por casa! —mandó Han You, y Zheng Gao oyó cómo sus hombres se dispersaban para cumplir la orden.

Solo tenía que mantenerse ahí hasta que el peligro se alejara, aunque fueran horas. Tan pronto como Han You se cansara de ese lugar y ampliara la búsqueda a calles lejanas, bajaría y trataría de llegar con cuidado a la casa de Hu Feng.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces?

Zheng Gao dio un respingo y se volvió. Tan centrado había estado en vigilar las calles que no había prestado atención al patio interior de la casa en cuyo tejado descansaba. Un joven fornido estaba mirándolo desde abajo con cara de pocos amigos.

—¡Shhh! —chistó Zheng Gao, haciéndole señas para que suavizara el tono —. ¡Escucha, hermano, necesito tu ayuda! ¡Es más importante de lo que crees!

Por toda respuesta, el joven salió a la calle gritando.

—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Socorro!

Los ruidos de los soldados, que ya sonaban en la distancia, volvieron a acercarse a toda prisa. Zheng Gao maldijo. Así acababa su plan de mantenerse oculto. Se puso de pie y caminó con cuidado entre las tejas mojadas para alejarse tan rápido como pudo.

—¡Ahí está! —sonó una voz desconocida. Los pasos corrieron en su dirección.

Se oían lejos, pero aquello era poca ventaja. A menos que Zheng Gao la ampliara. Caminó por el tejado en la diagonal opuesta y, cuando estuvo al borde, dio un salto hacia la siguiente casa. Se alejó también de allí y volvió a lanzarse a la vivienda vecina. Aunque los soldados iban mirando hacia arriba, no siempre tenían ángulo de visión. Si se mantenía agachado podía cegarlos bastante tiempo. Además, si querían atraparlo debían moverse por las calles. Él podía tomar los atajos de techos y terrazas.

Aun así se dio cuenta de que la carrera estaba condenada al fracaso. Solo podía moverse en una zona bastante restringida, porque las murallas tenían sus propios guardias que tarde o temprano llegarían a verlo. Y los soldados a ras del suelo se estaban dispersando con inteligencia, tratando de que hubiera al menos un hombre en cada calle para dar la alarma a los demás si se lo encontraban. Con semejante superioridad numérica, ni todos los tejados de Xianyang lo mantendrían oculto.

Sin embargo, fue un tejado de Xianyang el que lo salvó. Una inesperada cabeza se alzó por encima del techo de una casa, a un par de manzanas de distancia, y rebuscó por los alrededores. Al ver a Zheng Gao, el hombre le hizo urgentes señas para que se acercara. Como no llevaba uniforme, Zheng Gao no se hizo preguntas y obedeció. Un par de saltos después estaba en el patio interior de una casa donde había un puñado de hombres harapientos.

Y tatuados.

Zheng Gao se dio cuenta de que estaba rodeado de criminales. Iba a pedir explicaciones cuando uno de ellos se le adelantó.

—Tienes suerte de que te hayamos encontrado primero. Rápido, escóndete.

El que había hablado tenía tatuajes por el cuello y los brazos musculosos. Su cara llevaba la marca del ladrón violento y su cabello estaba sujeto por una coleta. Zheng Gao no necesitó una presentación formal para saber que estaba ante una de las personas más conocidas por la guardia de la capital imperial: Buey Nocturno, el líder de la banda de criminales de la Hermandad sin Lazos.

—¿Y dónde me voy a esconder? ¡Buscan casa por casa!

Buey Nocturno sonrió.

—Sí, pero buscan a un fugitivo que trata de huir. No a una cuadrilla de trabajadores que vaya directo hacia los soldados.

Los hombres del criminal acercaron un amplio carro de mano repleto de fardos. Retiraron unos cuantos con rapidez y dejaron al descubierto un falso fondo donde aposentaron al *bugeng*. Luego volvieron a taparlo y, entre las rendijas, Zheng Gao pudo ver cómo dos de los hombres comenzaban a tirar del carro y un tercero fingía darles airadas órdenes. El trío salió de la casa y llevó el carro directo a los inquietos soldados. Los bandidos agacharon la cabeza para ocultar sus tatuajes, en un gesto que los guardias malinterpretaron como de humilde respeto. Zheng Gao tuvo un momento de aprensión cuando los vio tan cerca pero, como había prometido Buey Nocturno, ni prestaron atención al vehículo. Pasaron por su lado como si hubieran sido invisibles.

Los delincuentes lo llevaron lejos, y él se dejó llevar. No quiso preguntarse por qué motivo oculto lo estaba ayudando un criminal.

九

Tres carpines habían sido ya decapitados y troceados por las furiosas embestidas del cuchillo. A su lado, un buen grupo de raíces de loto encurtidas se preparaban para ser descuartizadas con idéntica brutalidad. En el *ding* sobre el hogar de la cocina casi hervía ya el agua en la que todo acabaría cociéndose, a una temperatura menor que la que emitía la ira de Daiyu.

—¡Fue tan injusto! ¡Tan cruel! ¡Ni siquiera me preguntó si yo tenía algo que decir! ¡Aceptó que éramos traidores solo porque ese oportunista de Fei Ban se lo dijo!

De pie a su lado, Tío Feng y su familia escuchaban en silencio, sin atreverse a interrumpir. Padre hacía otro tanto, sentado junto a la puerta de la cocina en la silla que había arrastrado desde su lugar habitual en el patio. Todos oían y callaban al notar lo alterada que estaba.

Tras el encuentro con la dama de Chu, Tío Feng no le había visto el sentido a quedarse en la tienda. Era poco probable que hicieran más ventas después de aquel insulto tan llamativo, a plena vista de todos los que se fijaban en la aristócrata. De modo que había llevado sus cuentas a la torre del mercado, había liquidado sus exiguos impuestos y habían regresado a casa mucho antes de la hora prevista. Tía Jiang se había sorprendido, temiendo un nuevo ataque, pero de inmediato le habían explicado la situación.

Como necesitaba algo en lo que descargar su frustración y también quería compensar con trabajo la pérdida de negocio de la tarde, Daiyu insistió en preparar la cena. Después de todo, ella había sugerido el plato: guiso de pescado con arroz traído de Chu. Era un lujo que habían pagado con parte del sueldo entregado por Otoño, un exceso que en cualquier otra ocasión no se habrían permitido. Pero, como anfitriones, tenían la obligación de hacer que el capitán Zheng Gao se sintiera a gusto en casa. Yue aplaudió la idea con entusiasmo, así que Tía Jiang —que no quería quedar como una grosera frente a un huésped tan importante, nada menos que un *bugeng* imperial— no había podido negarse. Y

ahí estaba Daiyu, preparando los alimentos con la disposición de ánimo que una normalmente emplearía para acabar con nidos de avispas.

Al menos la comida iba adquiriendo buen aspecto. Los trozos de pescado eran de tamaño parecido, lo que garantizaría una cocción homogénea y una agradable apariencia visual del plato. Esperaba que a Zheng Gao le gustara.

Si tenía intención de dejarse caer por casa, claro. Padre ya les había explicado, tanto a ella como a los demás, su deseo de investigar en el barrio de los armeros, pero estaba a punto de ser la hora de la cena y seguía sin aparecer. Se le antojaba mucho tiempo para unas simples indagaciones. Entre corte y corte se preguntaba si le habría pasado algo. Quizá el hombre huido del callejón había localizado al asesino de sus amigos y había logrado vengarse. O quizá el supuesto fantasma, por lo que fuera, había decidido eliminar también al capitán.

También había otra explicación. Una más preocupante que el peligro físico, y que de solo pensarla le hacía sentir una mano apretando su cuello: existía la posibilidad de que Zheng Gao hubiera decidido no volver. Sin más. En el fondo, no había ningún motivo que lo obligara a hacerlo. Estaba bastante recuperado, y Padre y ella solo serían un estorbo en su misión. Podía ser que el capitán hubiera fingido al decirle a Padre que trabajarían juntos, usando eso como excusa para ganar tiempo hasta que pudiera desaparecer.

Y Daiyu no sabía por qué le importaba tanto lo que hiciera un desconocido.

—No desesperes —dijo Hermana Menor, con una preocupación en su rostro que quitaba fuerza a sus palabras de ánimo—. No importa lo que opine esa mujer. Importa lo que pensemos nosotros, que conocemos la verdad.

Daiyu resopló.

—A esa gente le trae sin cuidado la verdad.

—Tu verdad, pero no la suya —intervino Tío Feng.

—¿Te pones de su parte? —dijo ella, frunciendo el ceño.

—No, Daiyu. Solo te digo que cada uno ve las cosas a su manera. Para los nobles, lo que dijeron Fei Ban y el duque Chang es la verdad. Por eso no tiene sentido que te enfades con ellos. Es lo mismo que enfadarse con una nube porque llueva.

Padre levantó la cabeza.

—Eso ha sido muy taoísta, viejo.

—Será que al final me has enseñado algo.

Daiyu dejó con un golpe el cuchillo sobre la mesa de la cocina.

—¡A vosotros os parecerá divertido, pero a mí no!

—No te enfades —terció Padre—, solo tratamos de quitarte tensión.

—¡Pues hacéis mal! ¡Todos deberíais estar preocupados! ¿No lo entendéis? ¡Así nunca venderemos nuestra seda! ¡Los de Qin ya la despreciaban porque es de

Chu, y ahora los de Chu no la comprarán porque creen que somos traidores! ¡Tío Feng se irá la semana que viene a su mes de servicio y nos quedaremos solas tía Jiang y yo! ¡Y a nosotras nadie nos comprará! ¡Todo por culpa de Fei Ban!

Nadie respondió porque tenía razón. Estaban logrando menos ventas y no sabían el motivo. Quizá se había corrido el rumor de lo que le había pasado al señor Liu, el sericultor. Quizá la gente tenía miedo de acercarse a ellos, igual que se teme a quien tiene una enfermedad contagiosa. Fuera como fuera, daba la impresión de que Tío Feng estaba perdiendo apoyos en la comunidad. Ahora que además tenían el desprecio de la aristocracia de Chu, si él abandonaba el negocio durante un mes se quedarían sin sus clientes de forma definitiva. Toda la pequeña ciudad que era el mercado les daría la espalda, igual que le había pasado a aquel maestro laqueador que ahora malvivía como indigente.

Lo que más le irritaba era que Padre, tan agudo para las cosas obtusas, fuera incapaz de caer en la cuenta de un problema tan evidente. O que no estuviera tan furioso como ella, cuando la situación lo afectaba igual o incluso más. El nombramiento de Fei Ban como médico de la corte había sido el insulto definitivo, el máximo desprecio que le habían mostrado los nobles de Chu cuando decidieron dejarlo de lado. Nobles que le debían a Padre tanto como Tío Feng.

Pero Padre bromeaba en vez de enfadarse, en vez de ponerse de parte de su única hija. En vez de mostrar el odio que había mostrado hacia el capitán Zheng Gao, que no tenía culpa de nada.

—Ten fe —volvió a intervenir Hermana Menor—. La gente quiere a mi padre. Han contado con él todo este tiempo y escucharán lo que diga.

Fue la gota que colmó el vaso.

—Pero ¿cómo puedes ser tan inocente? ¡Sí que vives en las nubes, sí! ¡No te enteras de nada, Yue! ¡No seas tonta! ¡La gente dejará tirada a tu padre cuando le convenga! ¡Y si creen que pueden ganar algo, se le echarán encima como animales! ¡Piensa en esta casa en la que vives! ¡No es vuestra, es del gremio! ¡Os echarán cuando les dé la gana! ¡Acabaréis sin nada! ¡Te quedarás en la calle! ¡Y no me vengas con tus tonterías alegres de que no pasará, porque pasará! ¡Créeme, lo he vivido!

El borboteo del *ding* se escuchó con claridad en el silencio. Lágrimas mudas en la cara de Yue. Sorpresa en el rostro de Tía Jiang. Tristeza en el de Tío Feng. Y Padre clavando sus ciegos ojos en ella. Con expresión seria.

Se volvió y fingió que seguía cocinando —algo imposible con la visión humedecida—, pero Padre no lo dejó pasar.

—Has sufrido —dijo, severo—. Como todos. La vida no ha sido más injusta contigo que con el resto del mundo. ¿Crees que a mí me gustó lo que nos pasó

en Chu? ¿Crees que tienes derecho a atacar a alguien por ello? Todos los que estamos en esta casa te hemos cuidado. Te hemos permitido cosas que otras familias no les habrían tolerado a sus hijas. Hemos buscado la manera de alegrar tu vida. Yue la que más. Y una cosa es que rechaces nuestra ayuda, pero otra muy diferente que te pongas a insultar. Eso no te lo voy a consentir.

Daiyu apretó los dientes y volvió a soltar el cuchillo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Enfadarte por decir la verdad? ¿Conmigo? ¿Igual que con el capitán Zheng Gao? ¡Si yo insulto a quien me ayuda será porque he tenido un buen maestro!

Daiyu lo miró con tanto odio que una parte de ella se alegró de que Padre no pudiera ver su cara. Pero Tío Feng y Tía Jiang sí la veían, y la vergüenza comenzó a hinchar su corazón. Fue a decir algo más suave, pero de repente la puerta del patio se abrió y cerró con rapidez. El capitán había regresado. La sangre se aceleró dentro de ella con toda la fuerza de su *yang*. ¡Había regresado! ¡No los había abandonado!

Sin embargo, algo iba mal. Al verse dentro de la casa suspiró como si hasta entonces hubiera estado en tensión por algún motivo. Se fijó en la reunión familiar del otro lado del patio y les hizo una sentida reverencia.

—Familia de Hu Feng, familia de Li Ping, he vuelto. Gracias de nuevo por su hospitalidad. —Avanzó con rapidez hacia ellos—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Fue entonces cuando notaron sus cortes. Un tajo en la cara y una mancha parda en el costado.

—¡El capitán Zheng Gao está herido! —exclamó Yue, asustada, llevándose una mano a la boca.

—¡Por los dioses! —dijo Tía Jiang—. ¡Deje que le ayude, *bugeng* Zheng Gao!

—No es nada, de verdad —replicó él, sentándose en la silla que le ofrecían a pesar de todo—. Solo rasguños.

—Pero ¿qué ha pasado? —inquirió Daiyu, sintiéndose tosca y ordinaria por hacer la pregunta de forma tan poco femenina.

Él volvió a suspirar.

—He tenido un duelo con Lluvia Gris. No pude con él y se escapó cuando llegó la guardia. Me quisieron detener y tuve que luchar contra ellos para escapar. Casi me atraparon, pero los hombres de Buey Nocturno me ayudaron a huir. He tardado porque he tenido que volver con mucho cuidado, ya que ahora me busca la guardia.

Hubo un cruce de miradas.

—¿Qué?

La voz de Daiyu había sonado seca y rasposa, y de nuevo había hecho una

pregunta directa igual que un vendedor de cabras. Agachó la cabeza tratando de ocultar el rubor que empezaba a notar.

—Sí, es confuso. Yo también intento asimilarlo. —Miró a Tío Feng—. Entiendo que la situación ha cambiado y no quiero poner en peligro a su familia. Me marcharé de inmediato, en cuanto recoja mis cosas, pero quería que supieran lo que ha pasado.

—¿El capitán Zheng Gao va a marcharse? —preguntó Yue a punto de temblar como un crisantemo al viento.

—No tiene por qué hacerlo —dijo Tío Feng—. Si el capitán Zheng Gao quiere seguir siendo nuestro huésped, estaré honrado de acogerlo.

El *bugeng* sacudió la cabeza.

—Señor Hu Feng, ahora soy un fugitivo.

—Lo sé. También sé que el capitán Zheng Gao está tratando de rescatar a un consejero imperial, amigo de Su Majestad. Seguro que, en el futuro, alguien podrá hablar en nuestro favor si llegamos a necesitarlo.

Zheng Gao asintió, aceptando la explicación lógica e interesada, pero Daiyu no se dejó engañar. Cuando Tío Feng acogió a padre no lo hizo porque esperara ventajas. Todo lo contrario: como acababa de demostrarse, su apoyo hacia ellos solo le había traído problemas. Y él lo sabía en su momento, pero su naturaleza era bondadosa. Daiyu estaba segura de que habría protegido al capitán incluso sin amigos en lo alto.

—Deje que le limpie, *bugeng* Zheng Gao —dijo Tía Jiang, que había ido a buscar un paño húmedo.

—¡Ya lo hago yo, madre! —pidió Yue, solícita. Le arrebató el trapo y comenzó a acariciar con él las heridas del soldado. Daiyu imaginó que era ella quien tocaba su piel.

—La señorita Yue es muy amable —dijo Zheng Gao sonriendo, y aquella sonrisa la sintió como un mordisco en el pecho.

—Pero, capitán —intervino Padre—, ¿por qué le ha ayudado Buey Nocturno? ¿Qué le ha pedido a cambio?

—Nada todavía. No lo entiendo, pero no creo que haya sido por bondad celestial.

—Seguro que no —confirmó Tío Feng—. No Buey Nocturno. Algo planea, y no será bueno. Pero, de momento, alegrémonos de que el capitán Zheng Gao esté bien. Y cenemos rápido. Para cuando lleguen las tejedoras, el capitán debería estar escondido.

⋆

Aunque el capitán hubiera estado practicando movimientos con su espada en mitad del patio, las mujeres de Chu no le habrían prestado atención. Estaban demasiado emocionadas con el chismorreo que traía la señora Bai. Tanto que ni siquiera empezaron el trabajo con las habituales canciones para ponerse en marcha; la excitación de compartir rumores fue bastante para desbaratar su *yin*.

—¡De buena fuente lo sé! —explicó la señora Bai, tratando de que su dedos temblorosos no hicieran un estropicio con la rueca—. ¡A mi hijo se lo contó un compañero de la cantera, que resulta que tiene un hermano funcionario!

—Muy buena fuente —dijo riendo la señora Hong, ocupada en remendar ropa—. Lo mismo que si lo hubiera dicho un dragón de las montañas.

—No sé por qué se burla —repuso la señora Tao—. En el mercado dicen lo mismo: que en el festival de este año el emperador hará un desfile por toda la ciudad y podremos verlo en persona. Yo también lo he oído.

—También lo has oído porque viene de la misma fuente —replicó la vieja señora Hong—. Estas historias son habladurías que cuenta la gente estúpida para darse importancia.

—¡Pero si es verdad podremos ver al emperador! —respondió con una sonrisa la señora Bai, que ni se había dado cuenta de que la acababan de tratar de estúpida.

Daiyu dejó de prestar la poca atención que tenía puesta en la cháchara insustancial de las mujeres. No le importaba la posibilidad de ver al monarca ni mucho menos el tipo de vestidos que llevarían las damas de la corte al evento, asunto hacia el que derivó la conversación. Si la charla ya le parecía aburrida, la mención a la aristocracia era como echar sal sobre una herida. A Daiyu, de hecho, le dio la impresión de que la señora Bai no había sacado el tema de forma inocente; de tanto en tanto le lanzaba miradas de reojo desde la rueca, como si quisiera descubrir un atisbo de humillación en Daiyu. Por lo visto, las malas noticias volaban.

Aquello la terminó de decidir a aislarse en su mente. Era el único sitio en el que se sentía protegida. Allí dentro nadie podía traicionarla.

Al menos la cena había sido mejor de lo que hubiera cabido esperar. Con la discusión que habían tenido justo antes del regreso del capitán Zheng Gao, Daiyu estaba segura de que habría demasiada tensión en el ambiente. Su intento de agasajar al *bugeng* estaba destinado a fracasar. Sin embargo, las cosas no habían sido tan malas. El ambiente, si había que buscar una palabra para definirlo, había sido respetable. Todos comportándose con educación ante el invitado, fingiendo que no había pasado nada entre ellos. Pero sí que había pasado. Aunque Tía Jiang se mantuvo tan dicharachera como de costumbre y estuvo preguntando entre sonrisas todo tipo de detalles personales al capitán, de vez en cuando se le caía la

máscara. Miraba de reojo a Daiyu, cuando nadie más se fijaba, y apretaba los labios en señal de desaprobación. Padre tampoco había dicho palabra y su cara impertérrita podía engañar a quien no lo conociera, pero Daiyu sentía su enfado. ¡Como si tuviera derecho! ¡Como si no fuera él quien le debía una disculpa a ella!

Trató de controlar la respiración que se le aceleraba. Lo último que quería era que aquellas cotillas que tenía alrededor la vieran ofendida; no tenía ganas de ser un tema para sus habladurías. O mejor dicho, de serlo todavía más.

El recuerdo de Zheng Gao la ayudó a centrarse. El capitán había alabado el sabor de los carpines; aquella insignificancia le había provocado un cosquilleo por toda la espalda. Después de todo, él sabía que la cena la había preparado Daiyu. El cumplido podía entenderse como un elogio dirigido a ella.

—El emperador es un hombre muy misterioso —seguía hablando la incansable señora Bai, con la misma autoridad que si conociera en persona al soberano—. Dicen que a veces viaja por la ciudad disfrazado como un súbdito más.

La señora Hong se carcajeó a mandíbula batiente.

—Claro. Y luego se va a arar los campos durante todo un día. Hay que ver las tonterías que te crees.

Por una vez sintió que la anciana hablaba con sensatez dentro de su desprecio general. Las personas cabales no debían creer lo primero que alguien les contara. Como el señor Lu, que estaba convencido de que Padre y ella tenían una lucha mística contra un fantasma. O Yue, que tenía su inocente cabeza llena de aire y era capaz de pensar que las cosas en la vida podían arreglarse con una sonrisa. O que a la gente buena no le podían pasar cosas malas. No tenía ni idea de lo que era el verdadero sufrimiento. Incluso ocupada en el remiendo de las ropas se la veía risueña. Tampoco escuchaba las diatribas de la señora Hong. Yue estaba perdida en su mundo interior, ajena hasta a la evidente mala intención que tenían las mujeres a su alrededor. Por un momento, Daiyu se preguntó en qué estaría pensando. Pero de repente, sin levantar los ojos de su labor, Yue sonrió y se mordió el labio. Entonces, sin necesidad de que Hermana Menor le diera más pistas, supo lo que la tenía tan concentrada. O quién. Agachó otra vez la cabeza para que no se notara su torcimiento de gesto.

Cuando se marcharon las mujeres de Chu, Daiyu se quedó trabajando en el telar. Aquella noche Yue no le hizo compañía. A ella tampoco le importó.

*

Su descanso fue agitado. Se revolvió en una frágil duermevela llena de

emociones y descontentos, hasta que sus ojos se abrieron por voluntad propia. Despejada a pesar de que era noche cerrada, ni siquiera intentó volver a conciliar el sueño. Era difícil con todo lo que le bullía dentro. La presencia a su lado de Hermana Menor no ayudaba a darle calma, pero Yue dormía con la placidez de un bebé y con despreocupación en su rostro angelical. Ella, en cambio, estaba turbada. Llevaba tiempo tragando muchas recriminaciones dirigidas a otras personas… y a sí misma. Una ciénaga de la que no lograba escapar.

Se incorporó con todo el cuidado que pudo y se apartó en silencio de la esterilla que compartía con Yue. Las camas eran para las habitaciones de honor, no para dos chiquillas que ni siquiera habían pasado la ceremonia de la aguja del pelo. Y si su entrada en la edad adulta dependía de demostrar madurez, Yue estaba más cerca que ella a pesar de ser la más joven.

Salió de la habitación y cerró la puerta con presteza para que el frío de la noche no golpeara a Hermana Menor. Con pasos sigilosos avanzó a la trampilla, bajó al piso inferior y fue a la letrina. Al terminar se refrescó y decidió volver arriba, aunque no tuviera sueño. Aun así, no fue directa a la escalerilla. Sin decidirlo realmente, se acercó a la puerta del almacén, la que daba al patio. Lo hizo porque tenía ganas de mirar al otro extremo, donde estaba la consulta de Padre.

El lugar en el que dormía el capitán Zheng Gao.

Era un gesto tonto, pero lo hizo porque nadie podía verla. Asomó la cabeza con una sonrisa, echó un vistazo… y se encontró con el *bugeng*.

Se le secó la garganta de inmediato. Estaba ahí, despierto y contemplándola desde la entrada a la farmacia de Padre. Al ver que iba descubierto de cintura para arriba fue consciente de que ella llevaba su ropa de dormir. Agachó la cabeza, avergonzada y vibrante al mismo tiempo.

—¡Disculpe, señorita! —susurró Zheng Gao al tiempo que hacía una respetuosa inclinación—. No quería asustarla.

—No pasa nada —respondió ella también en voz baja, sin levantar la vista del suelo.

El capitán avanzó hacia ella con decisión, y la sangre se le agolpó en los oídos.

—La señorita Daiyu debe disculpar mis modales. He escuchado ruidos y me he despertado. Quería asegurarme de que todo estaba bien. —Sonrió—. Manías de militar.

Ella le devolvió la sonrisa. Trató de pensar en algo ingenioso que decir, hizo el esfuerzo de recordar los gestos y expresiones de la aristócrata de Chu, pero fue incapaz de imitarla. Sus palabras fueron mucho menos poéticas.

—El capitán Zheng Gao tiene un sueño muy ligero.

—Últimamente, sí. —Se encogió de hombros—. Además, los tejados de los patios ya no me parecen tan seguros como antes.

—Gracias por protegernos.

Él sacudió la cabeza.

—Gracias por acogerme.

Daiyu se atrevió a levantar la mirada, si bien no fue capaz de llegar a sus ojos. Aunque solo era una inocente charla en susurros, a bastantes pies de distancia el uno de la otra, parecía algo inadecuado. A pesar de ello —o quizá por eso precisamente— sentía el pecho lleno de mariposas.

Tras unos instantes de gozoso silencio, Zheng Gao volvió a hablar.

—¿Puedo hacer una pregunta indiscreta a la señorita Daiyu?

A ella se le aceleró el corazón al asentir.

—Por supuesto, capitán Zheng Gao.

—Antes de la cena… cuando llegué yo… la familia de Hu Feng y la familia de Li Ping estaban hablando. Noté que había tensión y que luego se la guardaron. Yo… espero que no discutieran por mi culpa. No quiero ser una molestia.

Ella abrió su sonrisa y lo miró a los ojos por fin.

—Oh, no. En absoluto. No hablábamos del capitán Zheng Gao. Era… bueno, era otra cosa.

—En ese caso, me alegro.

Volvieron a callar y Daiyu se dio cuenta de que en aquel silencio ya no quedaban muchas excusas para que el soldado y ella siguieran en el patio. De modo que alargó la conversación, rezando a los dioses para que Grano de Mijo no se despertara.

—Lo que hablábamos… era una cuestión del mercado. Hoy una clienta, una noble de Chu, nos ha insultado en público. Nos ha dicho que somos unos traidores, y ahora la gente nos mira mal.

Él frunció el ceño.

—Lo lamento, señorita. Ojalá pudiera hacer algo para resolver esa situación.

—Oh, el capitán Zheng Gao no debe preocuparse. Nada más quería explicarle de lo que hablábamos. —Hizo una pausa—. ¿Puedo yo hacerle al capitán Zheng Gao una pregunta poco apropiada para una dama?

—La señorita Daiyu puede hacerme cualquier pregunta.

Ella volvió a agachar la cabeza un instante.

—Es sobre… sobre ese criminal. Buey Nocturno. No entiendo por qué le ayudó.

—Yo tampoco. Hasta hoy ni siquiera lo había visto en persona.

—¿Pero el capitán Zheng Gao conoce cosas sobre él?

—Lo que sabe todo el mundo. Que es el líder de la Hermandad sin Lazos desde hace años. Se dice que mató al anterior líder. Su banda vive de amenazar a los débiles. Son rivales del Filo Oculto, que es una banda más numerosa, pero peor organizada y con menos dinero. No sé nada que explique su comportamiento de hoy.

Daiyu suspiró.

—Supongo que mi tío tiene razón. Habrá que ponerse en lo peor.

—Quizá. No sé. El tiempo nos dirá.

Se miraron otro rato inusualmente largo. Al final, Zheng Gao cabeceó hacia la puerta de la farmacia.

—Creo que deberíamos dormir un poco. No quiero que la señorita Daiyu se resfríe.

Ella asintió.

—El capitán Zheng Gao tiene razón. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se dirigió hacia la escalerilla, pero apenas había dado dos pasos cuando la voz susurrante del capitán la detuvo.

—Señorita…

Se giró hacia él.

—¿Sí?

—Esa noble de Chu se equivocaba. No creo que la señorita Daiyu pueda traicionar a nadie.

La sonrisa volvió a subir a su rostro. Musitó un tímido «gracias» y regresó a su cuarto.

Durmió el resto de la noche de un tirón.

*

A pesar del riesgo, estaba dispuesto a hacer algo. A llegar donde hiciera falta. Los dioses lo habían llevado con la familia de Li Ping para que tuviera más información, y ahora contaba con la perspicacia del médico. Solo quedaba usar esas herramientas, darles un fin práctico.

Las mujeres llevaban un buen rato haciendo las tareas del hogar. Tan pronto como la agradable señorita Daiyu se marchó al mercado con el señor Hu Feng y el esclavo, Zheng Gao fue al encuentro de su socio en la investigación. Reposaba sobre una silla en el patio, sujetando su bastón con ambas manos y con la cabeza alzada al cielo, como si reflexionara. Era difícil saberlo con aquellos ojos muertos.

—Maestro Li Ping —le dijo, haciendo una larga inclinación aunque no pudiera verla—, estoy listo.

El hombre pareció volver en sí de un largo trance y puso cara de extrañeza.

—¿Listo?

—Sí, maestro Li Ping. Para seguir con la investigación. Dígame lo que hay que hacer y me encargaré.

El médico levantó una ceja.

—Capitán, me encanta que tenga usted tanto entusiasmo, pero no creo que lo que propone sea buena idea.

—¿Por qué no, maestro?

—Usted mismo lo dijo: la guardia le busca. No querrá salir a la calle…

—Lo que no quiero, maestro, es quedarme de brazos cruzados. El consejero Chen está encerrado en alguna parte y yo soy la única persona que puede ayudarlo. Ya he perdido demasiado tiempo.

—Pero no tiene opción, capitán. Ya habrán repartido descripciones de su aspecto entre los soldados. Cualquiera que lo vea lo apresará. Por no hablar de los cazarrecompensas que quieran sacarse unas monedas a su costa.

—Estoy dispuesto a asumir el riesgo, maestro. Tampoco hay mucho más que podamos hacer.

—Sí que lo hay. Podemos esperar y pensar un poco. Esperar a que las cosas se calmen en la guardia. Y pensar en cómo utilizar toda la información que tenemos. Hemos encajado algunas piezas, pero seguimos sin saber muchas cosas. Por ejemplo, el que Buey Nocturno le ayudara a usted ayer es desconcertante.

—Bien, pues empecemos por ahí. Deje que hable con él. También le puedo preguntar por Lluvia Gris. Y si no, seguro que sabrá decirme dónde puedo encontrar a su ayudante, un tal Mono Plateado. Él vio a los clientes de Lluvia Gris, así que sabe quién está detrás de todo esto.

Li Ping sacudió la cabeza.

—Suponiendo que Buey Nocturno tenga ganas de hablar, que es mucho suponer, seguimos estando igual: para verlo, tendría usted que salir de casa.

Zheng Gao se cruzó de brazos.

—Con el debido respeto, maestro, ¿qué sugiere? ¿Que nos quedemos sentados en el patio hasta que los dioses nos iluminen diciendo dónde está el consejero? ¡Déjeme salir! Si no quiere que hable con Buey Nocturno, puedo hacer otras cosas. Recuperar mi arma, como habíamos quedado. Preguntar por las ballestas del maestro Ji. Todo lo que habíamos decidido hacer.

—¡Eso fue antes, capitán! ¡Antes de que usted pusiera a toda la guardia en alerta! —Li Ping respiró hondo—. El señor Hu Feng está de acuerdo con que

usted se quede aquí y yo lo veo bien, pero no ha de ponernos en peligro. La prudencia ha de ser nuestra máxima consideración.

—La única consideración que tengo es rescatar al consejero Chen.

—Pues yo tengo otras.

—¿Como cuáles? Ustedes no estarán en peligro. En todo caso, me juego mi propia vida. Si fracaso, no les pasará nada. Y, si tengo éxito, encontraré más datos de esos que le faltan. No veo qué otras consideraciones hay que tener.

—No me importa que no las vea, pero las hay. Las cosas no son tan sencillas para quienes no servimos bajo los estandartes de Qin.

—¿Qué quiere decir con eso?

El rostro del médico adoptó una inusitada seriedad.

—Quiero decir que de poco nos servirá investigar si lo que hacemos es llamar la atención de la guardia. Todo lo que tenemos aquí, mi consulta, la casa, el puesto en el mercado, todo depende de que sus compañeros soldados no sepan que hacemos cosas que Qin considera ilegales. Si nos movemos sin reflexionar, podemos cometer errores… ¡Errores como el que cometió usted ayer! ¡Me dijo que iba a buscar su arma, no a batirse en duelo con todas las personas que se encontrara por el camino! ¡Ser irreflexivo quizá le ayude a usted en combate, pero a nosotros nos puede buscar muchos problemas!

Zheng Gao bajó la mirada.

—Maestro… lo lamento de veras. No quise ponerlos en peligro…

—¡Pero lo hizo! ¡Y ahora me pide permiso para hacerlo otra vez!

—¡Sí, maestro, porque está en juego la vida del consejero Chen!

—¡Me da igual!

—¡Maestro, es un consejero del emperador!

—¡No es mi emperador!

Ambos callaron de golpe. La comprensión llegó a Zheng Gao al tiempo que el semblante de Li Ping se llenaba de arrepentimiento por las palabras que habían huido de sus labios.

—De modo que es eso… Esto es todo por venganza. Usted no quiere ayudar al consejero.

Li Ping sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—No se apresure otra vez. Sí quiero ayudarle. Pero no porque sea consejero, sino porque es una persona.

—Pero sería mejor si no fuera de Qin.

—Pues sí, no le voy a mentir.

—Yo soy de Qin, maestro.

El médico soltó una risa sarcástica.

—Sí, ya me lo dijo mi hija. —Suspiró—. Entiéndame, capitán. Póngase en mi

lugar. Mi familia lo perdió todo en la guerra. Perdimos… Perdí… Mis dos hijos murieron. Lo que ve aquí es todo lo que me queda. Lo siento si lo he hecho algo personal. Le pido perdón. Estoy intentando controlarlo, pero me resulta difícil. Sé que no es justo. Sé que usted no tiene nada que ver con lo que nos pasó.

Zheng Gao recordó. Sus cargas salvajes en el asedio de Shouchun. Los soldados de Chu cayendo bajo su filo ensangrentado. La captura del rey Fuchu, derrotado y hundido. El saqueo del palacio real. Las casas ardiendo. Las hileras de prisioneros. El alborozo de saber que habían sometido al más duro de los grandes reinos. La fiesta aquella noche, en la que la soldadesca se burlaba de los caídos. Los chistes sobre el nuevo palacio que adornaría Xianyang. Las violaciones a llorosas mujeres que hicieron algunos de sus hombres, mientras él miraba a otro lado. Las cabezas de soldados de Chu presentadas a su superior como trofeo para conseguir el rango de *bugeng*.

—Yo… —murmuró, avergonzado.

—No, capitán, no. No diga nada. Sé que he sido hostil con usted. Pero quiero que sepa que mi decisión no es por rencor. De verdad creo que hay que actuar con prudencia.

Zheng Gao no dijo nada. No asintió, no se movió. Solo dio una réplica sentida.

—Maestro, le prometo que protegeré a su familia.

⋆

La gente del mercado evitaba mirarlos. No solo los habituales tenderos de Qin. También les pasaba con los comerciantes de Chu, que hasta entonces siempre los saludaban con una sonrisa y entablaban amistosas conversaciones con Tío Feng. Pero ya no. Al pasar fingían mirar a otro lado o buscaban conversación con quien tuvieran cerca. Cualquier cosa antes que dar muestras de que Tío Feng y Daiyu existían.

Maldita fuera la estúpida aristócrata y su arrogancia. El daño que les había hecho sería irreparable.

Por la mañana, ningún sastre paró en su puesto. Ningún cliente preguntó por las telas que vendían. Y lo que más asustó a Daiyu fue que ni siquiera tuvieron tocadoras de seda manoseando el género. No hubo ningún intento de acercamiento, ni siquiera uno tan banal.

Luego vinieron las murmuraciones. A media mañana, Daiyu se dio cuenta de que la gente, de forma más o menos disimulada, cuchicheaba sobre ellos. Se formaban corros donde estaba claro que su desgracia era el tema de

conversación favorito; de tanto en tanto, alguno de los chismosos señalaba con la cabeza al puesto de Tío Feng. Había quien incluso se atrevía a apuntarles con el dedo, para reforzar las mentiras que estuvieran escupiendo.

Daiyu estaba asqueada. De la gente, de la hipocresía, de la ruindad y de la falta de empatía. Pensaba en cómo aquellas mismas personas, apenas un par de días atrás, hablaban y bromeaban con ellos como si fueran de la familia. Pensaba en lo poco que había hecho falta para que se comportaran como si siempre hubieran sido enemigos. Y al pensarlo sentía náuseas.

Daiyu también estaba asustada. Por falsas que fueran aquellas personas, de ellas dependía el sustento de su familia. Si se extendía aquella mancha de tinta, si nadie más se acercaba a su tienda, no habría manera de pagar el alquiler de la casa o de comprar comida. Volverían a perderlo todo. Y al pensarlo sentía temblores.

Tío Feng también se daba cuenta. Estaba huraño, tenía una constante cara de pocos amigos y hablaba incluso menos de lo habitual. Aunque si Daiyu lo meditaba, quizá parte de su actitud tuviera que ver con cómo había tratado ella a su hija. Debía ofrecerle una disculpa. Pasó un buen rato buscando la forma de hacerlo, hasta que se dejó llevar sin más.

—Tío Feng, lo siento.

Él la miró, inescrutable.

—¿El qué?

—Lo que le dije ayer a Hermana Menor. Fui una insolente. Padre tiene razón, ella es la que menos se lo merecía.

Tío Feng mantuvo la mirada en silencio. Al cabo de unos instantes, asintió con lentitud.

—Acepto tu disculpa. En el fondo hiciste lo que te pedimos que hicieras, bajar a Yue a tierra. Pero pudiste haberlo hecho en otro tono.

—Lo sé.

—De todos modos, si de verdad sientes la necesidad de disculparte, quizá deberías hacerlo con ella, no conmigo.

Daiyu no pudo replicar porque la conversación acabó de forma abrupta e inesperada: un hombre había llegado a la tienda. El primero en todo el día. Era uno de los sastres que a veces le compraba tela a Tío Feng, un tipo escuálido y con tan poco color en la piel que daba la impresión de estar enfermo. Se acercó a ellos con pasos vacilantes y un atisbo de temor en el rostro. Tío Feng no dejó escapar la ocasión. Recuperó su sonrisa social y saludó al potencial cliente.

—¡Buenos días, señor Xing! ¡Bienvenido! ¿Qué desea?

El hombre miró alrededor, con los ojos desorbitados de quien espera el ataque de una oculta manada de lobos. Hizo una reverencia demasiado marcada,

como si él no fuera el cliente al que había que honrar sino el vendedor que debía rebajarse, y habló tras tragar saliva.

—Buenos días, señor Hu Feng. Yo… Quería… —Entre titubeos sacó una cuerda de monedas y la puso sobre el mostrador—. Quería pagarle el dinero que le debo por la tela que me llevé la semana pasada.

—Pero, señor Xing, no hacía falta. No hay prisa. Habíamos quedado en que le pagaría usted a mi mujer la semana que viene. Yo sé que es usted buen pagador.

—¡Aun así! —replicó él, dando un respingo—. No quiero que usted… No quiero que se ofenda, señor Hu Feng.

Tío Feng frunció el ceño. Daiyu no pudo evitar hacer otro tanto. Miró alrededor y se fijó en que mucha gente estaba prestando una nada sutil atención al intercambio.

—Señor Xing, ¿qué ocurre? —preguntó Tío Feng—. Parece usted preocupado por algo.

—¡No, no! —repuso, sacudiendo las manos ante sí—. ¡Para nada! Quiero decir, no estoy preocupado. No por el señor Hu Feng. Sé que el señor Hu Feng es honorable. Sé que el señor Hu Feng sabe que yo siempre he sido un buen cliente. Sé que no… Bueno… El señor Hu Feng sabe que no necesita fantasmas conmigo. ¿Verdad?

No era una simple pregunta. Había súplica en su mirada. Pero ni Daiyu ni Tío Feng entendían el motivo.

—¿Fantasmas? Señor Xing, creo que no le entiendo.

—¡No se preocupe, señor Hu Feng! ¡Usted siempre me tendrá a su lado! ¡Ese hombre se lo merecía, ya se lo digo yo!

—¿Qué hombre?

—¡El médico! ¡Fei Ban!

Daiyu y Tío Feng intercambiaron miradas.

—¿Qué pasa con él?

—¿No lo sabe? Claro, todavía no se lo han dicho. Aunque no se habla de otra cosa en el mercado. Ese médico que les insultó, el que faltó al respeto a la señorita Daiyu. —Le dedicó a ella un par de rápidas inclinaciones—. Ese médico… Ha aprendido la lección. No volverá a burlarse de unos chamanes tan poderosos como Li Ping y su hija. Ha muerto. Lo ha matado ese fantasma que anda suelto por la ciudad.

*

Ya no había complicidad. Ya no eran dos complementándose para lograr un objetivo común. Ya no era un juego divertido que compartían padre e hija. El rencor y el recelo habían arraigado demasiado. En vez de confianza, había entre ellos un silencio lleno de palabras no nacidas. Y el recelo crecía.

También había miedo. Porque ya no se trataba de fingir entre risas que perseguían a un vaporoso fantasma. La amenaza no era imaginaria, sino real. Una amenaza que mataba. Cada vez más cerca de ellos.

El cadáver de Fei Ban había aparecido en mitad de la calle, igual que el de Fa Rong. Pero no en una apestosa y desamparada zona de chabolas, sino cerca de una de las mayores avenidas de Xianyang, donde solo transitaban las personas respetables. Daiyu ayudó a Padre a moverse entre la gente, que en general no tenía la delicadeza de apartarse del camino de un ciego. Todos habían juzgado a la pareja por su atuendo y habían decidido que estaban por debajo de ellos, así que Daiyu parecía una contorsionista tratando de evitar diez mil embestidas. El capitán Zheng Gao los habría acompañado gustoso, pero decidieron que era mejor que esperara oculto en casa. Daiyu y el maestro solo iban a echar un vistazo al lugar de los hechos.

El fantasma había matado para ayudarlos. Ese pensamiento daba escalofríos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Padre.

—Cerca —replicó ella, seca—. Ya te avisaré.

—Al menos dime si ves algo raro.

—¿Raro como un fantasma asesino? No te preocupes. Si veo uno, te lo diré.

—No sé por qué siempre hablas así.

Daiyu le lanzó una mirada fulminante que, por supuesto, él no vio.

—Ya sé lo mala persona que soy. No hace falta que me lo recuerdes.

Padre tensó los músculos de su cuerpo.

—Empiezo a cansarme de esto. Últimamente solo…

—Creo que hemos llegado —lo interrumpió ella—. Debe de ser por aquí. Espera, sí, es aquí. Ahora estoy segura. Hay un guardia junto al acceso al callejón.

Padre frunció el ceño.

—Entonces, vámonos. Ahora no queremos mezclarnos con los soldados.

—Espera. A ese lo conozco.

Antes de que Padre pudiera contestar, Daiyu siguió avanzando hacia el vigilante, al tiempo que esquivaba un peatón tras otro. El hombre se fijó en ella de inmediato y alzó las cejas con insólito gesto de sorpresa en su cara cuadrada.

—Parece que nos encontramos en todas partes —dijo él sin saludar. Daiyu le sonrió.

—Y en situaciones comprometidas. Me alegro de volver a verle.

Él inclinó la cabeza. Se lo veía mucho más distendido que la penúltima vez, cuando recomendó a Daiyu fingir que no había descubierto a los comerciantes de Qin teniendo tratos corruptos con los oficiales del mercado. O que la última vez, cuando lo vio ejecutar a los hombres del Filo Oculto en la plaza pública.

—Dígame, soldado, ¿cómo es que está por aquí en vez de en su puesto?

—Ahora este es mi puesto —dijo con su voz ronca—. Tanto mis jefes como yo creemos que no encajo bien en el mercado. Cualquier otro sitio les vale. Así que aquí estoy. En un asunto importante. El magistrado nos ha ordenado vigilar porque no quiere que haya gente curioseando por aquí. Pero vosotros habéis venido a hacerlo ¿eh?

—En realidad, no. Este es el maestro Li Ping, mi padre. Él y yo somos chamanes de Chu y nos han contratado para calmar al espíritu inquieto que… que ha hecho esto.

El hombre estudió a Padre.

—Chamanes, ¿eh? Pensaba que los chamanes de Chu tenían la cara pintada de sangre y llevaban plumas en la cabeza.

—Me temo que solo tenemos estas —dijo Padre, señalando las dos plumas de faisán de su sombrero—. Pero, si quiere, puedo ir a buscar más.

El soldado rio.

—Así está bien, maestro. —Se dirigió a Daiyu—. Mira, como sé que eres una chica sensata podéis pasar. Pero no toquéis nada. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias, señor.

—De nada. Y otra cosa, chiquilla: ten cuidado cuando vayas por el mercado. Ya no estaré yo para protegerte.

Ella asintió y le hizo una reverencia. Acto seguido pasaron al callejón.

Por descontado, no había ningún cadáver. Se lo habrían llevado de inmediato para darle el tratamiento fúnebre que merecía. Era algo que se hacía siempre con diligencia, y que en aquella ocasión habrían hecho todavía más rápido dadas las… circunstancias. Ni Daiyu ni Padre esperaban examinar un cuerpo abandonado en la calle.

Pero quedaba lo otro. Lo que habían ido a ver.

El mensaje estaba garabateado en la pared, tal y como les habían contado. Tenía un tono parduzco que se correspondía demasiado con la sangre seca. Y solo cinco palabras: «Mi alma ya puede descansar».

Parecía la despedida de un espectro vengador.

—Es como nos dijeron —explicó Daiyu en voz baja, para que no los escuchara el guardia—. Las palabras están un poco arriba. Quien las escribió debía de ser más alto que yo.

—O flotar en el aire —bromeó Padre a pesar de todo. Daiyu suspiró.

—Son palabras grandes, pero no mucho. Un palmo, más o menos. Y parece sangre.

—Muchas cosas pueden parecer sangre.

—Pero si nos han dicho la verdad, aquí sí que había sangre.

—Quizá. ¡Soldado!

El hombre asomó la cabeza.

—Diga, maestro.

—¿El cadáver tenía algún signo de violencia en el cuerpo?

—¿Algún signo? —Resopló, sardónico—. ¿Cuántos quiere? Estaba abierto en canal y le habían partido la cara. El fantasma ese se quedó a gusto con él.

—Gracias, soldado.

El guardia volvió a su puesto y Padre puso su cara de reflexionar.

—Violencia descarada —musitó—. Todo lo contrario a lo que vimos en las otras ocasiones.

—Hay más, padre. Estas palabras… Esto es caligrafía de Chu.

El maestro alzó las cejas.

—¿De veras?

—Sí. Los trazos son claros.

—Entonces tenemos un fantasma de Chu que mata a gente de Chu… Desconcertante.

—Sí, eso parece —dijo ella no muy convencida.

Porque se daba cuenta de que quizá lo estaban enfocando mal. Había otra manera de interpretar aquella muerte. Una que explicaba las diferencias de comportamiento del supuesto fantasma, y también por qué había muerto el médico de la nobleza de Chu. Sin embargo, no tuvo ganas de confirmar su teoría con Padre.

⋆

—Creo que ha sido Buey Nocturno —le explicó la señorita Daiyu en tono confidencial.

Zheng Gao frunció el ceño.

—No le veo mucho sentido.

—Tiene el mismo sentido que ayudarle a usted a escapar de la guardia.

La muchacha volvió a humedecer el paño en agua y siguió limpiando sus heridas. Al poco de regresar de su escapada con el maestro Li Ping se había ofrecido para atenderlas y comprobar que siguieran curando bien. Pero pronto quedó claro que era una excusa para poder contarle todo lo que habían visto. Se

habían acomodado en la estancia médica del maestro, y allí habían empezado a hablar. Todo con la asistencia de Grano de Mijo, que no solo estaba allí para ayudar a la señorita Daiyu sino también para garantizar que un hombre y una mujer no estuvieran solos en una habitación aislada.

—Pero ¿por qué atacaría Buey Nocturno a un médico de la corte?

—Porque nos ofendió en público. ¿Recuerda lo que le conté sobre la noble que nos había insultado? Lo hizo tras una acusación de Fei Ban. Todos en el mercado lo sabían, lo que significa que los hombres de la Hermandad tuvieron que oírlo. Quizá Buey Nocturno decidió ayudarnos desde su punto de vista. Atacar a un rival nuestro para que nadie más se atreva a insultarnos. Así le deberíamos un favor.

Zheng Gao sacudió la cabeza.

—No lo veo claro, señorita. El maestro Fei Ban era un médico de la nobleza. Aunque fuera de Chu, ese ataque sería inaceptable. Buey Nocturno no va a enemistarse así con la guardia de la ciudad.

—Por eso se ha hecho pasar por el fantasma. —La muchacha sonrió, dejando a Zheng Gao sin palabras—. Ha fingido que el ataque fue sobrenatural. Con eso da a la guardia una excusa para no investigar, si es que no les importa mucho la muerte de alguien de Chu. Como supongo que será el caso.

Zheng Gao odiaba admitirlo, pero la chica tenía razón. Aunque lo que acababa de decir sobre la protección a la nobleza en Xianyang era cierto, también lo era que el empeño que sus camaradas ponían en asuntos que afectaban a Qin no era el mismo que para otros estados del imperio.

—Entonces, se está aprovechando de la fama del fantasma.

—Así es. Pero es una mala copia. El fantasma nunca dejaba marcas en sus cuerpos, pero aquí se usó violencia física. Y eso, otra vez, apunta a Buey Nocturno: es el tipo de método que él usaría para acabar con un rival.

Zheng Gao contempló con admiración a la señorita Daiyu mientras ella seguía aplicando la cura con una sonrisa satisfecha. Su razonamiento era elegante. Sin embargo…

—¿Por qué dejó un mensaje?

Ella pareció descolocada por la pregunta.

—¿Qué quiere decir?

—El mensaje de la pared. Si la muerte fue obra de Buey Nocturno, que se hacía pasar por el fantasma sin serlo, ¿por qué dejar un mensaje de despedida? Si el fantasma, sea quien sea, sigue en la ciudad, puede que vuelva a matar. Entonces, ese mensaje no tendría sentido. ¿Por qué lo hizo? Pudo no escribir nada. O usar otras palabras que no pudieran interpretarse como un adiós.

Ella detuvo sus cuidados y se mordió el labio, reflexionando.

—Pues… Buena pregunta. No lo sé, la verdad. Pero sí sé quién lo sabe. Buey Nocturno. —Lo miró a los ojos—. Si me disculpa el atrevimiento, creo que el capitán Zheng Gao debería hacerle una visita.

Él respiró hondo antes de contestar.

—Iré. Sí, iré. Pero no ahora. Ahora es mejor esperar.

La señorita Daiyu puso ojos de lechuza.

—¿Esperar? ¿Puedo preguntar a qué?

—A tener más información. Su padre me ha pedido…

—¡Ah, mi padre! —lo interrumpió—. Es por eso. Entiendo. Permítame otra pregunta, capitán Zheng Gao. ¿No cree que es importante hablar con Buey Nocturno? ¿No cree que él tiene mucha información que necesitamos?

Zheng Gao suspiró.

—Sí, lo creo. Pero no puedo salir de esta casa sin ponerlos a ustedes en peligro. Soy un fugitivo, y si me descubren podrían sufrir consecuencias desagradables. No deseo que pase eso.

Ella lo miró a los ojos durante varios latidos. Al final sonrió, bajó la cabeza y siguió atendiendo las heridas del *bugeng*.

—Grano de Mijo —pidió—, necesito algo de aceite para tratar esta piel. ¿Podrías ir a la cocina a buscarlo? Y añádele algo de romero triturado, por favor.

El esclavo obedeció, solícito. En cuanto desapareció, los ojos de la señorita Daiyu volvieron a envolver los de Zheng Gao.

—El capitán Zheng Gao es muy considerado al cuidar de nuestra seguridad. Entiendo su intención.

—Y yo agradezco la comprensión de la señorita Daiyu.

—Por eso saldré yo.

—¿Cómo dice?

—Que saldré yo. Iré yo a ver a Buey Nocturno y le preguntaré. Yo no soy una fugitiva, y puedo entrar y salir por las puertas de la ciudad.

Zheng Gao se envaró.

—No puedo permitirlo.

—No puede evitarlo.

—Puedo avisar a su padre. Buey Nocturno es peligroso. No podemos dejar que vaya a verlo. Si hace falta, podemos encerrarla por su propio bien.

Ella ladeó la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¿Pueden? No, no pueden. Iré, tanto si quieren usted y padre como si no. No pueden retenerme para siempre. Cuando menos se lo esperen, me iré. Si no es hoy, será mañana o dentro de un año. Pero iré.

Zheng Gao trató de deshacer la tranquila tempestad que se estaba formando a su alrededor.

—Señorita, por favor, se lo ruego. No puedo dejar que haga eso. Le he prometido a su padre que protegería a su familia.

La sonrisa de la joven se ensanchó.

—Pues hágalo. Venga conmigo. Voy a hablar con esa gente de un modo u otro. Si quiere protegerme, tendrá que acompañarme.

Zheng Gao había estado en suficientes combates como para saber reconocer una derrota.

—De acuerdo. Accedo. Pero si vamos a hacerlo, lo haremos bien. Le diré cómo.

7

La carta se removía en sus manos. Mientras zigzagueaba entre la gente, Daiyu trataba de no pensar en lo importante que era su cometido. Intentaba no darle vueltas al hecho de que si fallaba, el capitán Zheng Gao y ella tendrían poco que hacer. Se esforzaba por alejar esos pensamientos pero no lo lograba. La misiva era una presencia entre los pliegues de su manga; no un simple objeto, sino casi un ser vivo. Amenazante. Su contenido no solo podía llevar al fracaso de sus planes, también a una larga visita a los calabozos.

Pero era la mejor manera de conseguir lo que querían, así que Daiyu sacó fuerzas de flaqueza. Cuando necesitaba una ayuda para darse valor, pensaba en la cara de satisfacción que pondría el capitán al verla regresar victoriosa, como si fuera uno de los soldados a sus órdenes. Entonces se le iluminaba el rostro y aceleraba el paso.

Aun le resultaba asombroso que hubiera tantas personas por la calle, a pesar de la temprana hora. La capital de Qin no se parecía en nada a las ciudades de Chu: era como si nadie durmiera en aquella urbe, y a Daiyu toda esa presencia humana la hacía sentirse parte de algo importante. Estaba en el lugar del mundo donde todos querían estar.

Respiró hondo. Se dio cuenta entonces de que nadie la acompañaba. Ni Tío Feng, ni Tía Jiang, ni Hermana Menor ni Padre. Ni siquiera el capitán Zheng Gao. Estaba sola. No iba de vuelta a casa desde el mercado ni cargaba con ropa para hacer la colada. Caminaba sola por la ciudad, eligiendo su propio destino sin nadie que controlara hacia dónde iba.

Era libre.

Descubrirlo la hizo sentirse ligera como una nube. Y, al tiempo que algunas lágrimas subían a su rostro sin que ella entendiera por qué, supo que no quería perder esa sensación.

Al notar el leve llanto cayendo por sus mejillas se esforzó en recuperar la compostura. No podía llamar la atención y arriesgarse a desbaratar un plan tan

delicado.

Se habían despertado temprano, incluso antes de que abrieran las puertas de la ciudad. Daiyu había bajado con cuidado porque sabía que Padre no solía tener un sueño muy profundo. Aun así tenía pensada una excusa para el caso de que la descubriera fuera de la habitación: le diría que necesitaba bajar al baño y confiaría en que volviera a dormirse. No obstante, la mentira no fue necesaria y se encontró sin problemas con el capitán Zheng Gao en el piso inferior. El soldado, quizá más acostumbrado a maniobras de madrugada, ya estaba esperándola. Dejaron en la consulta de Padre un breve mensaje diciéndole adónde iban y que volverían en unas horas, tomaron la ropa que habían escondido en el almacén y se encargaron de la caracterización del capitán, elemento clave de su plan.

En ese momento los descubrió Grano de Mijo. Los vio ahí, en mitad del patio a una hora intempestiva. Había muchos motivos por los que el esclavo podía ir a buscar a sus amos. Entre ellos lo indecoroso de la situación o la general rareza de lo que estaba pasando.

No lo hizo. El muchacho los miró, se encogió de hombros y volvió a tumbarse en el suelo de la cocina sin decir nada más. Pudieron salir y dar comienzo al plan para llegar hasta Buey Nocturno.

Un plan que empezaba con Daiyu entregando una carta.

Llegó a su destino y miró alrededor para asegurarse de que todo estaba despejado. Se le heló la sangre al ver que no era así. Cerca del edificio, paseando como si nada pero sin duda haciendo labor de vigilancia, había dos soldados. No podía ser una coincidencia. El capitán Han You debía de haberlos apostado allí con la esperanza de que se encontraran con el fugitivo que buscaban.

Daiyu tuvo que recordarse eso: no iban tras ella, querían al capitán Zheng Gao. Ella podía pasar delante de los soldados e incluso hablar con ellos si quisiera; no tenían motivos para considerarla sospechosa de nada. Así que respiró hondo una vez más y avanzó con decisión hacia la Casa de la Armonía.

En la recepción, tal y como había descrito el capitán Zheng Gao, había un anciano con somnolienta cara de pocos amigos. La joven se le acercó y le hizo una amable reverencia.

—Buenos días, abuelo.

—Buenos días, señorita —respondió él, con una mirada de desconfianza ante una visitante tan madrugadora—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Vengo de parte de mi amo, que es uno de sus clientes. Un hombre joven que vino hace unos días pero que no ha pasado aquí todas las noches. Le pagó su habitación por anticipado y pidió un baño.

—Lo recuerdo. Pero si quiere recuperar el dinero que sobra, tendrá que

venir él.

—Oh, no, abuelo. No desea recuperar ese dinero. De hecho me pide que le diga que el dinero es para usted como gratificación por sus servicios.

El hombre frunció el ceño, cada vez más desconfiado.

—¿Me lo puedo quedar?

—Sí, abuelo. Pero mi amo quiere que le haga un favor. Él no puede venir aquí porque está haciendo importantes gestiones y yo tengo que volver para ayudarlo. Pero necesita llevar un mensaje y querría pedirle que lo entregara usted.

Daiyu sacó la carta, un trozo de seda blanco doblado y cerrado con un par de puntadas de hilo para que no se viera su contenido. Un material mucho más caro que el simple bambú, más llamativo y de aspecto oficial, pero que se podía conseguir con facilidad en la casa-taller. Tendió la misiva al hostelero y el hombre, impresionado, no la rechazó.

—¿Para quién es esto?

—Para el capitán Han You, de la guardia de la ciudad. Ahora mismo estará en el cuartel. El mensaje es urgente, así que tendría usted que ir cuanto antes. Si lo hace, en cuanto mi amo pueda le dará otra gratificación.

—¿Más dinero?

—Sí, señor.

—¿Solo por entregar esto?

—Sí, si lo hace sin demora. El tiempo es esencial.

—Está bien. Dígale a su amo que lo haré. ¡Y que me quedo el resto del dinero de la habitación!

—Ese es el trato, abuelo. ¡Muchas gracias!

Daiyu salió de la posada y se alejó lo justo para que no se la pudiera ver, pero a una distancia desde la que ella pudiera vigilar la entrada. Quizá el anciano estaba decidiendo si cumplir o no la orden, o quizá sabía leer y estaba abriendo la carta para ver lo que ponía. Las palabras se las sabía Daiyu de memoria.

Al capitán Han You, de la guardia imperial de Xianyang.

Lamento que nuestros anteriores encuentros hayan sido desagradables. Tengo la intención de arreglarlo todo. En estos momentos dispongo de información valiosa sobre el paradero del consejero Chen. No puedo confiar esa información a cualquiera y creo que el capitán Han You sabrá apreciarla. Esperaré esta mañana junto a la puerta del mercado de esclavos. Si viene el capitán Han You le daré las explicaciones que necesita. Si no ha venido antes de la hora del almuerzo tardío, me marcharé.

Capitán Zheng Gao, bugeng *de Su Majestad.*

Por descontado, no habían trazado por completo el carácter «Zheng», ya que estaba prohibido escribir palabras que sonaran como el nombre propio del emperador. Dejando eso de lado, el mensaje era claro aunque su importancia estuviera oculta.

El capitán Han You era el único que podía reconocer con facilidad al capitán Zheng Gao. Por eso Daiyu y él debían asegurarse de que no estuviera en la puerta de acceso al barrio de Buey Nocturno. Sin él, los guardias de esa puerta solo tendrían una vaga descripción del *bugeng*. Gracias al disfraz que habían creado, podrían engañarlos con más facilidad.

El objetivo de la carta era apartar todo lo posible al capitán Han You. Al recibir el mensaje vería una oportunidad para arrestar al capitán Zheng Gao y marcharía hacia allí de inmediato. El mercado de esclavos estaba al otro lado de la ciudad, en la zona que controlaba el Filo Oculto, con lo que era un destino ideal cuando lo que pretendían era entrar en el territorio de la Hermandad sin Lazos.

Pero todo dependía de que el viejo del albergue cumpliera con su parte del trato. La avaricia podía motivarlo bastante, pero quizá decidiera que la molestia no merecía la pena.

Al final, ganó la avaricia. Daiyu lo vio salir con paso sorprendentemente rápido. Sin embargo, no fue hacia el cuartel de la guardia. En vez de eso se acercó a los soldados que patrullaban la calle y se puso a hablar con ellos. Les enseñó la carta —en efecto, abierta— y ellos acabaron asintiendo. El anciano volvió a la Casa de la Armonía y los guardias se marcharon por una calle que tanto podía acercarlos al cuartel de la guardia como no hacerlo.

Daiyu apretó los labios. Tendría que valer. Se alejó.

⋆

La esperaba un hombre gordo, despeinado y manchado de barro. Era increíble lo que se podía hacer con un cambio de ropa, un relleno en la barriga, un nuevo arreglo para el moño y un poco de suciedad. Cualquiera que viera al capitán Zheng Gao desde lejos lo tomaría por otra persona. Hacía falta fijarse en su cara a corta distancia para darse cuenta de que era él. Con suerte, bastaría para despistar a los guardias.

Siempre que el capitán Han You no estuviera al acecho.

—Solo nos queda aguardar —dijo el *bugeng* cuando Daiyu terminó de

explicarle lo que había pasado en la Casa de la Armonía—. Si todo va bien, los soldados irán al cuartel y Han You se creerá lo de la carta. Si no, no sé cómo pasaremos.

—El plan del capitán Zheng Gao funcionará.

Él la miró.

—Gracias por la fe, señorita. Aunque no estoy muy seguro de merecerla.

—Yo creo que el capitán Zheng Gao no debería menospreciarse. Ha hecho grandes cosas. Y también está demostrando mucha lealtad.

—No la habría necesitado si hubiera protegido al consejero Chen.

Daiyu negó con la cabeza.

—Nadie habría podido anticipar esa emboscada. Además, si el consejero tiene alguna esperanza de rescate es precisamente porque el capitán Zheng Gao se está esforzando.

Él no dijo nada, pero la miró. No había abatimiento en su rostro, sino otra cosa que Daiyu no supo leer. Aquellos ojos negros hicieron que se le acelerara el pulso. Quiso que ese momento durara para siempre, pero aun así fue ella, un poco asustada, quien deshizo el mágico silencio.

—Quería darle las gracias, capitán. —Él pareció no comprender—. Por llevarme con usted. Sé que soy una molestia y he sido una grosera al obligarle a esto.

—La señorita Daiyu no es una molestia. Ha sido muy amable cuidando de mí.

—En todo caso, esto me pone en deuda con el capitán Zheng Gao. Por segunda vez, si contamos la vez que… que me salvó.

El tardó unos instantes antes de contestar.

—Yo no creo que haya ninguna deuda. Pero si le parece bien a la señorita Daiyu, podría hacer algo para que quedáramos en paces.

—Dígame qué, capitán.

—Responder a una pregunta indiscreta. Sobre la aristócrata que la insultó llamándola «traidora». ¿Por qué dijo eso? Me ha quedado claro que es un tema sensible; tiene que serlo si hizo que se reunieran todos a hablar de ello. Pero me parece que ese tema puede explicar cosas sobre cómo reacciona su padre a veces. Y me gustaría comprender mejor al maestro Li Ping.

Ella bajó la mirada e hizo acopio de fuerzas. No tenía ganas de contarle la historia de su familia al capitán Zheng Gao, *bugeng* del Ejército de Qin, pero tampoco quería negarse a lo que le había pedido.

Decidió explicarlo. Si resultaba que su acompañante tenía el mismo rencor patriótico en su corazón que Padre, mejor sería desvelarlo cuanto antes.

—Sí que es sensible. Pero el capitán Zheng Gao tiene derecho a saberlo.

Nosotros somos de Chu. Allí mi padre era una persona conocida y respetada. Él fue médico de la Casa Real de Chu. En una ocasión atendió al mismísimo rey Fuchu. —Algo en el nombre hizo que el capitán diera un leve respingo, pero Daiyu siguió hablando—. Durante muchos años fue un hombre de confianza del duque Chang. Padre una vez salvó la vida de su hijo, que había sufrido unas fiebres, y desde entonces el duque lo llamó su amigo.

»Todo… Todo se estropeó por culpa de la guerra. Hace tres años, cuando Chu fue derrotado, obligaron a mis hermanos a alistarse al servicio del Ejército de Qin. Mi hermano mayor, Yun… él… él fue herido de gravedad. Lo trajeron aquí, pero no lo atendieron bien. Lo licenciaron y lo enviaron de vuelta a Chu, todavía malherido. Para cuando llegó a Chu ya no había mucho que Padre pudiera hacer. Él empeoró y… —Daiyu tragó las lágrimas que le venían al rememorar los días oscuros—. Murió. Mi segundo hermano, Yang, siguió en el ejército. Nadie nos dijo nunca dónde, pero cuando el emperador conquistó todos los reinos y acabó la guerra… bueno, pensamos que las cosas cambiarían. Y cambiaron. A peor.

»El año pasado, cuando el emperador obligó a las familias nobles a venir aquí, la orden llegó al duque Chang. Él fue uno de los desplazados. En ese momento padre le pidió un favor. Si Yang seguía en el ejército quizá lo enviaran a la capital, como habían hecho con Yun. Así que le pidió al duque formar parte de su séquito.

»El duque se negó. Le dijo a padre que él era un buen maestro y que su deber era quedarse en Chu e instruir a su pueblo. Le pidió que mantuviera viva la lucha, con la esperanza de que, en el futuro, Chu pudiera derrotar a Qin. Sé que lo que digo es traición pero, la verdad, me da igual lo que le pase al duque por sus palabras.

»Padre volvió a suplicar. Le dijo que su lugar estaba con su hijo, que no quería repetir lo de Yun. Pero el duque insistió y convirtió su petición en una orden. Padre… Bueno, a padre a veces le puede su orgullo. Padre rechazó la orden y el duque se enfadó. Le dijo que si no obedecía era un traidor y que no merecía el respeto de nadie. Nombraron a Fei Ban médico de la corte. A padre le retiraron todos los honores y privilegios, y la gente tuvo miedo de acercarse a él.

»Pero padre se salió con la suya. Vendió lo que teníamos y se vino aquí, acompañando a Tío Feng. Él ya tenía una cierta influencia comercial y pudimos unirnos con los viajantes de Chu gracias a él. Padre… en ningún momento se arrepintió de su decisión. La cara… La cara que tenía, capitán. La cara que tenía al marcharnos de Chu. Cómo miró atrás, a todo lo que dejábamos. Era una cara llena de orgullo. No había pena. Solo… soberbia. No parecía mi padre. —Suspiró—. Cada vez lo parece menos.

»Y ahora estamos aquí. Seguimos sin saber nada de Yang. Tenían que haberlo licenciado el año pasado, pero… —Se encogió de hombros—. Padre cree que está muerto, pero yo creo que no. O… O no quiero creerlo. No quiero ni pensar en que también lo haya perdido a él.

»Y padre… Él siente mucho rencor. Echa la culpa a Qin de que estemos aquí, aunque en realidad fue decisión suya. Y… bueno… él no ve con buenos ojos a los soldados de su ejército. Por eso, si a veces él es brusco con el capitán Zheng Gao… es por esto. Le ruego que tenga paciencia.

Daiyu cruzó los brazos y agachó la cabeza, sin atreverse a mirarlo. Por el rabillo del ojo vio que daba un paso hacia ella, lo justo para mostrar cercanía pero sin llegar a una distancia impúdica.

—Señorita, gracias por contármelo. Ojalá la guerra no fuera como es, pero por lo menos ahora entiendo mejor el sufrimiento de su padre. Y valoro mucho más la hospitalidad que me han ofrecido. O el que el maestro Li Ping me sanara.

Daiyu escondió una mueca. No quiso contarle que, en realidad, Padre lo hubiera dejado morir. La situación ya estaba bastante enredada, y el capitán no tenía nada que ver con la inquina de Padre hacia Qin.

—Padre es una persona compleja. Agradezco al capitán Zheng Gao su paciencia con él.

—El maestro Li Ping puede estar orgulloso de la hija que tiene.

—No siempre lo está —dijo ella con un suspiro—. Y a veces… pienso que quizá tenga razón. Yo también soy una persona compleja.

—Un padre también puede estar orgulloso de una hija compleja.

—Puede. Pero no de una desobediente.

Él la miró, pero no pareció comprender. Aun así trató de consolarla.

—No sufra, señorita. Su padre entenderá que esta escapada nuestra es por una buena causa.

—No me refería a eso. Yo no soy la persona que se supone que debería ser.

En cuanto pronunció las palabras le dio la sensación de que se estaba equivocando. Le gustaba que el capitán la tuviera en tan alta estima. Y cuando alguien tan tradicional como él descubriera lo inapropiado de su comportamiento, la miraría por encima del hombro.

Sin embargo, no podía parar. Quizá era que después de los últimos días necesitaba abrirle su corazón a alguien. No podía hacerlo con Tío Feng y Tía Jiang. Tampoco con Hermana Menor, tras cómo se había portado con ella. Y desde luego que Padre también estaba descartado. Solo le quedaba el capitán.

Además, le ilusionaba que él conociera detalles de su vida.

—No lo soy —siguió—. Mi padre… Mi padre hace tiempo que intenta encontrarme un marido. Pero… Pero yo… —Aunque le costaba admitirlo, acabo

haciéndolo—. Yo no quiero. He rechazado ir a una casamentera y tiro por tierra todos los intentos de mi padre. —Se le escapó una risita nerviosa—. Soy rara, ¿verdad? Quiero decir, ¿qué puede haber mejor para una hija que conseguir un buen matrimonio? ¿Qué mejor manera de honrar a un padre? Pues yo lo estoy rechazando.

Tragó saliva y tardó en decidirse a levantar la mirada. No sabía lo que iba a encontrar al cruzarse con los ojos del capitán. Decepción, sin duda. Y quizá un poco de asco. La reacción que la sociedad mostraba ante una joven tan díscola como ella.

Lo que vio en su rostro fue un fruncimiento de ceño. Zheng Gao parecía estar pensando. Quizá buscaba una manera educada de hacerle saber su desencanto. Cuando lo vio cabecear pensó que había acertado: le iba a llevar la contraria. Pero sus palabras fueron en otra dirección.

—Yo creo que entiendo a la señorita Daiyu.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿De veras?

—Sí. Me parece evidente lo que está haciendo. El maestro Li Ping lo ha perdido todo. Sus hijos, su casa, su posición. Solo le queda la señorita Daiyu. Si ella se casa, si tiene que ir a vivir bajo el techo de otra familia, el maestro se quedará solo. Es comprensible que la señorita Daiyu no quiera eso.

A Daiyu le temblaron las piernas. Era la primera vez que oía sus propios pensamientos en boca de otra persona. La primera vez que alguien la comprendía.

—Es muy honorable —continuó el capitán—. La señorita Daiyu cumple con las enseñanzas del maestro Kong. Y lo hace sacrificando su propia felicidad por la de su padre. Es una gran hija.

A Daiyu se le llenaron los ojos de lágrimas, pero logró evitar que cayeran. Con ellas empañando la mirada, sonrió al *bugeng*.

—Eso… Gracias, capitán. Ha sido muy hermoso. Gracias, de verdad.

—No hay por qué darlas. —Se encogió de hombros—. Lo de las familias es complicado. A veces les hacemos daño cuando en el fondo estamos llenos de amor. Míreme a mí. Yo hace años que no veo a la mía. Deben de creer que me avergüenzo de ellos. No entenderán por qué no vuelvo a casa. Pero lo hago por ellos. Sé que viven bien porque mi rango tiene privilegios, pero quiero que vivan mejor. ¿Sabe que estaban a punto de nombrarme *dafu*? Pero ahora podría perderlo todo. Espero que no les afecte.

Ella apretó los labios y habló con energía.

—No lo hará. Salvaremos al consejero Chen.

El capitán sonrió, y solo por aquello mereció la pena haberse abierto a él.

—Lo haremos —convino—. Y ya ha pasado bastante tiempo. Veamos qué tal ha salido nuestra estratagema.

*

Han You estaba de guardia en la puerta de acceso al barrio de Buey Nocturno. No solo eso, sino que había una docena de soldados desperdigados por los alrededores, además de un contingente de cuatro arqueros apostados en la parte superior de la muralla interna. El militar contaba con que el capitán Zheng Gao pasara por allí. O bien no había recibido el mensaje o no se lo había creído.

Daiyu y el *bugeng* se lanzaron miradas de preocupación mientras la masa de gente los arrastraba a la puerta paso a paso, como en un rebaño que va al redil.

—¿Qué hacemos? —le dijo Daiyu al oído. El capitán Zheng Gao ojeó a su alrededor, preocupado. El gentío los llevó un *zhang* más cerca de Han You.

—No lo sé —admitió en voz baja. No hizo falta decir que no podían dar media vuelta. Los soldados estaban, precisamente, oteando entre los caminantes para buscar ese tipo de movimiento. Y, por otro lado, en aquel momento resultaba complicado desplazarse en sentido contrario al de la tumultuaria marcha.

Han You estaba a apenas cinco *zhang*.

—¿El disfraz podría engañar al capitán Han You?

—No lo creo. Él me conoce. Si se fija en mí, me descubrirá.

Daiyu tragó saliva y rezó para que los cientos de personas que tenían cerca fueran suficiente abrigo. Pero una vez en la puerta, justo donde estaba el capitán Han You, el espacio sería demasiado reducido. Ahí los descubriría.

Solo los separaban unos cuatro *zhang* de distancia.

—¿Y si distraemos la atención de los guardias?

—No funcionará. Ya lo hice la última vez. Y Han You tampoco se lo creyó del todo. Ahora estará más alerta.

Tres *zhang*. Podían ver la cara del capitán Han You con toda claridad. Y si ellos podían, él también. Solo tenía que centrar la mirada en la pareja. Pero no había nada que hacer. No podían luchar contra el avance de la marea. Llamarían la atención si no fluían con ella.

Fluir con ella. Daiyu recordó las enseñanzas de Padre. El Camino insistía en fluir con el universo.

—Capitán, vayamos más rápido.

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Que vayamos más rápido hacia la puerta?

—¡Sí! —se impacientó; ya casi estaban a dos *zhang* de Han You—. La gente no duda. Va hacia la puerta. Así, llamamos la atención. Dudar es lo que hacen los que tienen algo que ocultar. Mire a los demás: hablan, discuten… Siguen con sus cosas mientras caminan. Ni se fijan en los guardias. Hacen lo contrario que nosotros. Hemos de fundirnos con ellos. ¡Discuta conmigo!

—¿Qué?

—¡Que discuta! El capitán Han You no se fijará en un hombre que discute con su esposa. Además, está el disfraz. No se fijará. Así que ríñame por algo. Cambie su voz y no sea escandaloso, pero que se le oiga. Que no parezca que trata de esconderse.

Ya habían llegado a la puerta. Tenían a Han You tan cerca que hubieran podido hablar con él. El oficial echaba un rápido vistazo a la turba que cruzaba las puertas por decenas. Estaba a punto de fijarse en ellos.

—¡Que sea la última vez! —la reconvino el capitán Zheng Gao con voz más grave de lo habitual, a un volumen ni muy alto ni muy bajo—. ¡Eres mi esposa y harás lo que te digo! ¡Como vuelvas a llevarme la contraria, te parto la cara! ¿Me has entendido?

—Sí, esposo mío —dijo ella, contrita—. Perdóname.

Justo en ese momento pasaron junto a Han You. Ninguno de los dos le dirigió una mirada porque ninguno de los viandantes lo estaba haciendo. Siguieron con su falsa disputa matrimonial hasta que estuvieron fuera del alcance de los guardias.

—¡No me lo puedo creer! —dijo el capitán—. ¡Ha funcionado!

Daiyu asintió.

—Es como el camuflaje de los animales. Si tienes el mismo color que el fondo, el depredador no te puede ver.

—Me alegro de haber traído a la señorita Daiyu conmigo. No hubiera podido hacerlo solo. Además —dijo riendo—, ha sido divertido eso de estar casados, ¿eh?

Ella rio también, y rezó por que el capitán no haya notado el temblor en su voz.

*

Su destino no tenía pérdida posible: era el único edificio de aquel cochambroso barrio con dos centinelas en la puerta. También había otros indicios, como el hecho de que se escuchara jaleo desde el patio interior, a un volumen que superaba incluso el escándalo de la calle. No cabía duda.

La casa en sí no tenía ningún rasgo particular, nada que la distinguiera de otras villas urbanas similares. En todo caso, su tamaño sugería que sus dueños eran ricos —por lo menos, para la medida del vecindario en el que se encontraba—, pero poca cosa más. Las paredes exteriores estaban tan desconchadas y sucias como las de las viviendas cercanas, y su cerrada puerta principal estaba igual de carcomida. No había ningún cartel, farolillo o dibujo que avisara que en su interior se llevaba a cabo algún tipo de actividad mercantil.

No hacía falta. Su posible clientela sabía bien cómo llegar y lo que allí podía conseguir.

Daiyu se acercó de forma inconsciente al capitán en cuanto los guardias se fijaron en ellos. A pesar de que los hombres no parecían llevar armas ni dejaron entrever gesto amenazador, estaba claro que no los habían puesto en la puerta para saludar a los recién llegados. Como para demostrarlo, sus primeras palabras fueron cualquier cosa menos amables.

—¿Qué queréis?

—Entrar —respondió el capitán sin inmutarse. Al otro no le hizo gracia la broma.

—¿Para qué?

—Para ver a Buey Nocturno. Creo que él también querrá vernos a nosotros. Dile que han venido…

—Sé quiénes sois —interrumpió el guarda—. Esperad.

El hombre se metió en la casa y los hizo esperar un rato al lado de su silencioso compañero. Al final volvió, acompañado de otro de los secuaces de la Hermandad sin Lazos. Era un tipo enorme que tuvo que agacharse para pasar por la puerta, con manos tan grandes como la cabeza del *bugeng*, un moño de casi un palmo y un torso que parecía el tronco de un árbol. A pesar de su aspecto, los saludó con una sonriente reverencia.

—Bienvenidos. Seguidme, por favor.

Pasaron con él al interior del inmueble y se encontraron con lo que esperaban encontrar. Para empezar, mucha gente vociferante. La mayoría estaba reunida en un corro de pelea de gallos, animando entre salpicaduras de sangre a la bestia por la que habían apostado. Otros se dejaban intoxicar por varios tipos de licores, solos o en compañía de bellas muchachas que claramente no eran sus esposas. Una vez más, a Daiyu le sorprendió ver tanta clientela en mitad de la mañana. También había, aquí y allá, hombres que no bebían ni se divertían. Vigilantes de Buey Nocturno, sin duda. Pasado el patio se alzaba un sobrio edificio principal de dos pisos, pero sin accesos exteriores ni ventanas por las que se pudiera ver lo que ocurría dentro.

—Espero que disfrutéis de vuestra visita —dijo el hombretón, todavía

sonriente—. Yo soy Di Wu y me aseguro de que todo el mundo… se comporte. Os pido por favor que no me hagáis venir a… reñiros. No es algo que disfrute, pero lo hago. Y muy bien. Así que, por favor, eh… nada de problemas. ¿Entendido?

—Solo hemos venido a hablar —dijo Zheng Gao.

—Estupendo —se alegró Di Wu—. Este es un buen lugar para hablar. Pasad.

Les abrió la puerta del edificio, y dentro encontraron una versión bajo techado de las camarillas del patio: gente en grupos, pero en este caso colocados alrededor de bastas mesas de madera. El ambiente del local sin ventanas golpeaba con su aire estancado. Percibieron un profundo olor a sudor y a alcohol, risotadas y algún que otro individuo durmiendo la mona en el suelo.

—¡Cinco blanco! —gritaron desde una mesa.

Daiyu se fijó y vio que estaban enfrascados en una partida de *liubo*, un popular juego de azar. Cuatro contrincantes se enfrentaban por parejas, uno el líder y otro el ayudante, y movían piezas de marfil sobre un tablero, al ritmo que señalaban seis varillas de bambú marcadas que los jugadores iban tirando. La situación le recordó a Daiyu una de sus lecturas de años atrás en Chu, un poema de Song Yu.

También se apostaba a otros juegos. En algunas mesas tirando dados de hueso de catorce caras marcados con números duplicados, que se usaban como guía para mover las piezas a lo largo de un tablero con diseños de nubes y truenos. En otras, con dados pintados de colores, tratando de formar combinaciones ganadoras. Por doquier las botellas iban y venían, moviéndose con la velocidad de las monedas que cambiaban de manos. Otro grupo de prostitutas animaba a sus clientes a jugar y beber cada vez más o, llegado el momento, a subir con ellas por una escalera que había a la derecha y perderse en un lugar más tranquilo, apto para otros tipos de entretenimiento. Aparte de eso, la única salida era una puerta frente a ellos que debía de dar a los almacenes, ya que una chica salió de allí llevando una botella lista para ser consumida por su cliente.

No había ningún tipo de adorno en las paredes de piedra desnuda ni nada que no tuviera una utilidad práctica. Por lo visto, la Hermandad sin Lazos creía que aquel no era un lugar para deleites sensoriales sino para el simple y puro desenfreno. Los huéspedes —más de treinta, según calculó Daiyu— no parecían descontentos con el arreglo.

Di Wu los acercó a las escaleras, donde esperaba otro de los hombres de Buey Nocturno. Vestía con una ropa más elegante que sus compañeros y llevaba un amuleto con forma de tigre colgando del cuello. Sin embargo, no era su rasgo más distintivo. Tampoco lo era su tatuaje de criminal ni las numerosas cicatrices

que atravesaban su cara. Lo que de verdad hacía destacar al hombre era su deformidad: ahí donde debería haber estado la nariz solo quedaba un aborrecible hueco. La señal de alguien que había sido condenado por algún crimen atroz. Di Wu le hizo una educada inclinación de cabeza y luego se dirigió a Zheng Gao.

—Este es Lang Guo, el hombre de confianza del jefe. Él os guiará ahora.

Sin decir palabra, el tal Lang Guo subió por las escaleras y los llevó a través de un pasillo salpicado de pequeñas habitaciones donde podían oírse gemidos y gritos de éxtasis sexual. Avanzaron hasta la estancia más apartada, justo al final del corredor, y allí encontraron a Buey Nocturno.

El lugar debía de ser la sala desde donde controlaba su pequeño imperio. Medía unos dos *zhang* de lado y tenía sitio suficiente para una gran mesa redonda a ras de suelo, tres arcones lacados donde habría cabido una persona y varias alfombras para tumbarse en el suelo mullido si hiciera falta.

Buey Nocturno estaba arrodillado a la mesa junto a dos de sus hombres. Uno era un chico joven y atractivo, de elaborado recogido en el pelo, que lanzó una poco disimulada mirada de lascivia a Daiyu en cuanto entró. El otro, por el contrario, ni prestó atención a la pareja. Era un anciano de barba larga encorvado sobre unas tablillas de bambú en las que escribía con lentitud inacabables listas de números. Lang Guo se arrodilló junto a ellos sin decir nada, pero Buey Nocturno se alzó con gesto de suficiencia.

—¡Florecita, qué gusto verte por aquí! Y a ti también, capitán. Muy buen disfraz. Bienvenidos a mi corte. Poneos cómodos, por favor. Os presento a Bao Feihong y a Cen Xiong. ¿Queréis algo de beber?

—No, gracias —replicó Zheng Gao, arrodillándose junto a Daiyu—. Queremos que nos des información.

—Ah, pues de esa tengo mucha. Pero no la suelo regalar. ¿Qué gano yo al compartirla?

Había hecho la pregunta mirando a Daiyu, así que ella no dudó en responder.

—Ganas que no te denuncie al magistrado por haber asesinado a Fei Ban.

Buey Nocturno le mantuvo la mirada unos instantes, justo antes de que tanto él como sus hombres estallaran en una carcajada salvaje.

—¡Qué cosas tienes, florecita! —dijo él al final—. ¿De verdad te atreves a amenazarme? ¿Es que no te enseñé lo que les pasa a quienes se creen más de lo que son?

—No te tengo miedo.

—No debe tenerlo —intervino Zheng Gao—. Si esto deja de ser una conversación amistosa, me encargaré de que todos vosotros estéis muertos antes de que nadie de ahí abajo se entere de lo que ha pasado.

El tal Bao Feihong, el joven, se removió sobre su esterilla. Daiyu empezó a notar palpitaciones. Buey Nocturno, sin embargo, mantuvo la calma.

—Muchos aires te das. La última vez no tuviste tantos problemas para esconderte como una rata.

—Eso fue porque no quería matar a mis rivales. De haberlo querido, no habría necesitado vuestra ayuda.

Buey Nocturno mostró sus dientes amarillos en una mueca similar a una sonrisa.

—Menudo carácter tenéis los dos. Hacéis buena pareja. Pero verás, florecita, tu amenaza es una pérdida de tiempo. Puedes ir al magistrado todo lo que quieras. Porque resulta que yo seré muchas cosas, pero no estoy tan loco como para matar al médico de uno de los hombres más poderosos de esta ciudad.

Daiyu quedó desconcertada. Buey Nocturno parecía honesto en su negación. En realidad, nunca había tenido problemas en admitir ante ella sus actividades, así que, ¿por qué iba a cambiar ahora? Pero si la Hermandad sin Lazos no había cometido el asesinato, ya no tenía ni idea de quién podía haberlo hecho o por qué.

A pesar de todo, decidió seguir con el plan y buscar más información.

—Podría… —Dudó—. Podría ofrecerte telas a cambio de la información. La seda es valiosa.

—¿Te parezco un mercader, florecita? La seda no la quiero para nada, así que vas a tener que ofrecerme alguna otra cosa. Y no vuelvas a amenazarme con denuncias. A ver si tengo que ser yo quien denuncie a tu padre por su consulta ilegal.

Ella quedó pálida; no se le había ocurrido que aquel hombre conociera su secreto. De repente, era ella la que estaba en sus manos. Buey Nocturno, consciente de su poder, amplió su sonrisa. Su expresión dejaba claro que la aplastaría si fuera necesario. Que haría que perdiera todo lo que le quedaba. Era la misma expresión que había tenido la aristócrata de Chu.

Aquel gesto fue el que hizo que Daiyu recuperara el coraje.

—No te voy a dar nada —dijo, seria—. Nada en absoluto.

Buey Nocturno bufó, divertido.

—¿Ah, no?

—No. Eres tú el que quiere algo. Tú ayudaste al capitán Zheng Gao por algún motivo, por algo que te interesa. No lo hiciste de forma altruista. Tú eres el que quiere algo de nosotros. Así que tú eres el que debería estar suplicando, no yo. De modo que pide. Pide, y si veo que lo que me ofreces a cambio me parece bien, ya veré si te lo doy.

Se miraron a los ojos y ninguno de los dos vaciló. El ruido de los jugadores

del piso de abajo se escuchó con claridad en el silencio. Temblores de impaciencia en el joven Bao Feihong. Espera tensa en el capitán. Y Buey Nocturno clavando sus ojos en ella. Con una expresión seria que se convirtió en risueña.

—Me gustas, florecita. Parece que en el mercado has aprendido a regatear. Como he dicho, no suelo regalar información. Pero a veces merece la pena hacerlo, y creo que esta es una de ellas. Creo que podemos ayudarnos mutuamente. Haced vuestras preguntas.

El capitán Zheng Gao no vaciló.

—¿Por qué me salvaste de la guardia?

—Porque eres una herramienta útil. Desde hace unos días, hay alguien que cree que puede matar gente en mi territorio. Eso no puede ser. Es un insulto. Quien lo esté haciendo está poniendo nerviosos a los guardias, y eso no es bueno para mí. Así que tengo interés en que esa persona… deje de molestar.

»Sé que Li Ping está investigando también esas muertes. Y sé que tú te has hecho su socio, incluso matando gente para defenderlo. Así que también te has hecho mi socio. Si estás contra mi enemigo, eres mi amigo. Mientras tú ayudes a Li Ping, yo te ayudaré a ti. Al fin y al cabo, estás haciendo gratis el trabajo que yo quiero hacer.

Daiyu y el capitán compartieron una mirada, pero ninguno comentó la información que acababan de recibir. En vez de eso, Daiyu buscó más respuestas.

—Si tan al tanto estás de todo, ¿sabes lo que le pasó a Fa Rong?

—Claro que lo sé. Ese tonto del nabo estuvo aquí, gastando más dinero del que había visto en su vida. Eso me llamó la atención, así que pedí a mis hombres que indagaran. Lo siguieron cuando se fue.

Daiyu se cruzó de brazos.

—¿Para matarlo?

Buey Nocturno resopló.

—No, florecita. Yo quería que vieran si Fa Rong tenía más dinero. Y si podían hacérmelo llegar, mejor.

Daiyu torció el gesto.

—Los enviaste a robar.

—Llámalo como quieras. La cuestión es que no fuimos a matarlo. Eso lo hizo otra gente.

Daiyu alzó una ceja.

—Hay quien dice que fue un fantasma.

Buey Nocturno volvió a reír.

—Ni tú ni yo nos creemos eso. No, eran personas. O persona. Una, según me han dicho. Un hombre alto. Con la cara tapada. Estaba siguiendo a ese idiota por

delante de mis hombres. Ellos se escondieron y lo vieron actuar. Sabía lo que hacía. Mató a Fa Rong rápido y se marchó, se esfumó sin más.

—El cuerpo no tenía marcas. ¿Tus hombres vieron cómo lo mató? —preguntó Daiyu, nerviosa. Estaban encontrando muchas de esas piezas que Padre decía que le faltaban.

—A distancia. Con una especie de cerbatana. Le clavó algo, y al cabo de un rato Fa Rong cayó al suelo, el otro recuperó lo que le había clavado y se largó. Luego mis hombres registraron la casa de Fa Rong y me trajeron su dinero. Entre lo que gastó aquí y lo que tenía en su pocilga, quinientas monedas. Fue una buena noche para nosotros.

Daiyu no sabía si estar asombrada por la fortuna que tenía en sus manos un operario de las cloacas o por la tranquilidad con la que Buey Nocturno había admitido el robo.

—Pero si el asesino no quería su dinero, ¿por qué lo mató?

Buey Nocturno se encogió de hombros.

—A saber. Quizá tenga algo que ver con aquello del tesoro. Fa Rong era un bocazas. Mientras estuvo aquí, se emborrachó. Mis hombres hicieron como que eran amigos suyos y le sonsacaron. Queríamos saber de dónde había salido todo ese dinero. El muy idiota quiso hacerse el misterioso, pero tenía unas ganas tremendas de hablar. Le contó a todo el mundo que había encontrado un tesoro en las alcantarillas.

—¿Un tesoro? ¿Lo creísteis?

—Nadie le hizo caso, la verdad. Pero nosotros pensamos que merecía la pena buscar. Quinientas monedas son quinientas monedas. Envié a mi gente a darse una vuelta, pero no había más que mierda. O bien solo encontró ese dinero, o bien era más listo de lo que parecía y se inventó lo del tesoro.

—O tus hombres buscaron mal.

Buey Nocturno sonrió.

—Puede ser, florecita. No te digo que no. Te propongo algo: ¿por qué no vais vosotros y echáis un vistazo? Sois una parejita muy lista. Quizá veáis algo que a nosotros se nos escapó. Y si encontráis un tesoro en las alcantarillas, no me cabe ninguna duda de que lo compartiréis conmigo. Que ahora somos amiguitos y nos hacemos favores.

La sonrisa del criminal provocó un escalofrío en Daiyu, pero trató de mantener la compostura. No tenía mucho más que preguntarle y seguro que Padre no volvería a dejarla salir de casa en semanas, así que tenía que aprovechar el día.

—De acuerdo —dijo—. Iremos a ver. Pero ya que estás tan amable, vamos a necesitar una manera discreta de pasar la muralla para volver a casa. ¿Tienes

algún otro carro de esos que usaste con el capitán?

Buey Nocturno ensanchó su sonrisa de depredador.

—Florecita, tengo algo mucho mejor.

*

El pasadizo estaba bien oculto y era una pequeña obra maestra de la ingeniería. Lo habían hecho a solo tres manzanas de la casa de juegos, lo bastante cerca para poder acceder a él y lo bastante lejos como para que no lo encontraran en un registro rutinario del negocio de Buey Nocturno. Además, hacía falta que estuviera a poca distancia de la muralla interior. De lo contrario, excavarlo habría resultado mucho más complejo.

El edificio era un almacén donde la Hermandad sin Lazos guardaba sus suministros. Siempre tenía un puñado de hombres vigilando su interior, para fingir que protegían los materiales, pero con el objetivo real de que no se descubriera el acceso secreto. Para llegar a él había que bajar hasta la bodega, ir a la última fila de toneles y desplazar uno de ellos, pegado a la pared. Ahí había una losa falsa que ocultaba la entrada al túnel. La Hermandad lo usaba para todo tipo de actividades que no habrían superado el escrutinio de los guardias. Buey Nocturno aseguraba que contaba con dos o tres más, pero Zheng Gao pensó que debía de ser un farol: nadie podría haber hecho tres túneles de huida delante de las narices de los soldados.

Lo que sí debía admitir era que se trataba de una idea muy práctica. Si a uno no le importaba ir de rodillas por un hueco tan estrecho que casi tocaba las paredes con los hombros, y tan lleno de tierra que le costaría horrores limpiar su ropa, se conseguía el nada despreciable objetivo de atravesar las barreras de los barrios sin pasar por la puerta interior. Zheng Gao tomó nota mental de ello para avisar a sus superiores. Pero luego fue consciente de que quizá nunca podría volver a tratar con sus superiores; a todos los efectos debía considerarse un desertor del ejército.

Usando una lámpara de aceite para iluminar el camino, gatearon en la oscuridad hasta llegar al otro extremo. Una vez allí dieron la secuencia de golpes convenida y, al poco tiempo, unas manos sacaron un trozo de la pared y los ayudaron a salir. El otro extremo del túnel daba a una pequeña vivienda agazapada entre el bullicio urbano. Estaban de vuelta en la parte respetable de Xianyang.

Se limpiaron el barro del pasadizo como pudieron y salieron a la calle iluminada por el sol de mediodía. Entre la gente parecían dos paseantes más,

pero aun así se mantuvieron alerta por si se encontraban con alguna patrulla que los buscara. Decidieron alejarse un poco antes de hablar.

—No ha sido tan terrible como esperaba —dijo Zheng Gao sin parar de caminar.

La joven sacudió la cabeza.

—Ha sido demasiado sencillo. Tengo la sensación de que Buey Nocturno ha jugado con nosotros. Es como si le debiéramos algo.

—Yo creo que la señorita Daiyu se ha manejado muy bien. Ese hombre no ha sabido cómo reaccionar a lo que la señorita Daiyu le ha dicho.

—Quizá… Imagino que no estoy acostumbrada a que la gente escuche lo que digo y me haga caso.

Zheng Gao sonrió.

—Ahora es la señorita Daiyu quien se trata con demasiada dureza.

Ella lo miró y asintió, más relajada.

—¿Y qué piensa el capitán Zheng Gao de lo que ha dicho Buey Nocturno?

—Que las cosas están más claras. El fantasma mata con una cerbatana. Eso indicaría veneno.

La señorita Daiyu estuvo de acuerdo.

—Hay muchos compuestos que pueden matar sin dejar marcas, tanto animales como vegetales. Algunos son muy rápidos y otros son muy fáciles de conseguir. De hecho, padre tiene entre sus medicinas cosas que podrían matar. Todo depende de la dosis.

—Eso estaba pensando yo. Me da la impresión de que hay algo importante que se ha revelado. Tiene que ver con lo que la señorita Daiyu acaba de decir: un médico podría fabricar venenos. No es descabellado pensar que el fantasma mate gracias a alguna sustancia que le haya preparado un médico.

La muchacha abrió los ojos al comprender.

—¡Fei Ban era médico! ¡Y es el único que no ha muerto sin marcas!

—Sí. Ahí tiene que haber una relación, no puede ser casualidad. Supongamos que el maestro Fei Ban era quien preparaba el veneno para el fantasma. El fantasma se ha hecho enemigos, así que quizá alguien atacó al maestro Fei Ban para desarmar al fantasma. Eso explica por qué el maestro no murió por veneno: porque sus asesinos, a diferencia del fantasma, no lo tenían.

—Pues… tiene lógica. Pero ¿qué pasa con el mensaje de despedida? ¿Por qué iban los enemigos del fantasma a escribirlo?

Zheng Gao reflexionó sobre ello.

—Quizá querían forzar al fantasma a que dejara de matar. Si el asesino se está haciendo pasar por un espectro, con ese mensaje de despedida ya no tendría justificación para actuar.

La señorita Daiyu arrugó los labios.

—No me parece muy sólido.

—Admito que no tengo todas las respuestas. Pero sí sé algo: Lluvia Gris es un hombre alto.

—¡Como el encapuchado que mató a Fa Rong!

—Sí. Estoy seguro de que Lluvia Gris es el fantasma. Eso haría encajar todo: él uso la ballesta delante de mí, él secuestró al consejero Chen, sus hombres hicieron el ataque junto a la casa del maestro Ji… Si él fue quien mató a Fa Rong, también tenemos una relación entre él y el veneno. O todavía mejor: una relación entre él y una persona que viste de seda. Mono Plateado, un ayudante de Lluvia Gris, me dijo que quien había contratado a Lluvia Gris llevaba seda.

—¿Fei Ban contrató a Lluvia Gris?

—Quizá lo hizo él, o quizá lo hizo alguien de más nivel. Algún noble de Chu, por ejemplo.

—Como el duque Chang o alguien de su categoría… Sí, podría ser, pero ¿por qué secuestrar a un consejero imperial? ¿Por qué no matarlo o envenenarlo sin más?

—Porque quizá sabe algo. Quizá tiene información sobre ese tesoro del que hablaba Fa Rong. Si hay un tesoro en Xianyang, el emperador tiene que estar al tanto. El consejero Chen es amigo suyo, así que quizá también conozca su localización, y eso es lo que están tratando de averiguar. No pueden llegar hasta el emperador, pero sí hasta su amigo. Lo han secuestrado para interrogarlo.

—Eso no explica el resto de muertes, capitán. O que el fantasma haya usado veneno para librarse de sus enemigos. Además, está eso. ¿Son sus enemigos? Si Lluvia Gris usa una ballesta fabricada por el maestro Ji y Lluvia Gris es el fantasma, ¿por qué el fantasma iba a matar a su fabricante de armas? Porque el maestro Ji, por lo que sabemos, sí que murió por veneno.

Zheng Gao resopló.

—Demasiadas cosas juntas. A mí no se me ocurren más explicaciones. Quizá deberíamos volver con el maestro Li Ping y contarle todo lo que sabemos.

—Todavía no, capitán, por favor. ¿Por qué no vamos a buscar ese tesoro de Fa Rong?

Zheng Gao alzó las cejas.

—¿Ir a las alcantarillas?

—Solo tenemos que colarnos por el acceso.

—No creo que ese sea lugar para una dama, señorita.

—No, no es lugar para una dama. Pero el capitán Zheng Gao estará de acuerdo conmigo en que, como mínimo, deberíamos echar un vistazo.

—Señorita, los hombres de Buey Nocturno ya buscaron allí.

—Y seguro que lo hicieron con la misma falta de entusiasmo que tiene ahora mismo el capitán Zheng Gao. Quizá dieron dos o tres pasos, se cansaron y dijeron que no habían visto nada.

Zheng Gao sopesó las opciones. Lo cierto era que la señorita Daiyu había planteado un argumento coherente. Además, él también tenía ganas de tirar de ese hilo. Pero no le parecía bien llevar a una joven respetable a un paseo por las cloacas.

—De acuerdo, señorita. Hagamos ambas cosas. Yo voy a las alcantarillas y usted vuelve a casa con su padre.

Ella ladeó la cabeza.

—El capitán Zheng Gao sabe que eso no pasará. ¿No le parece mejor que vayamos los dos? Así tendremos menos posibilidades de que se nos escape algo.

Lo miró con cara angelical y él frunció el ceño.

—Si digo que no, la señorita Daiyu me seguirá igual, ¿verdad?

Ella agrandó su sonrisa.

—El capitán Zheng Gao me conoce muy bien.

Zheng Gao suspiró.

—De acuerdo. Vamos.

*

Muchas casas de Xianyang —no chabolas como las de Fa Rong, pero sí las viviendas dignas como la de Tío Feng— tenían la comodidad de unos desagües. Padre le había explicado que bajo el suelo de las ciudades más importantes había una red de cañerías que trasladaban los desechos. En la capital imperial esas tuberías de cerámica formaban una red de alcantarillado que descargaba en un canal interior impulsado por un desvío del río Wei. Todo acababa en un gran colector que atravesaba la ciudad de lado a lado, por el centro de Xianyang, cruzaba por debajo la muralla y desembocaba de vuelta en el río. A Daiyu le parecía una asombrosa muestra de planificación: los sabios que decidían dónde y cómo erigir nuevas ciudades se planteaban la estructura e inclinación de todas aquellas canalizaciones incluso antes de colocar la primera piedra de los edificios. Por cosas como aquella los pueblos del antiguo imperio de los Zhou, receptores de la bendición de los dioses, eran los líderes indiscutibles de todo el mundo.

El supuesto tesoro de Fa Rong se ocultaba en algún lugar del colector, así que Daiyu y el capitán Zheng Gao debían acceder a él. Por desgracia, la vía de entrada al albañal se encontraba en mitad de una de las avenidas principales de la ciudad, la que la partía en dos por el eje este-oeste. O lo que era lo mismo, en

una de las calles más concurridas de toda Xianyang. Si en la puerta de acceso al barrio de Buey Nocturno había multitudes, otro tanto ocurría en esa gran arteria urbana. Decenas de carros, docenas de carretilleros y cientos de hombres y mujeres de todas clases y condiciones se agolpaban allí. No iba a ser fácil levantar con disimulo la losa que permitía bajar a las cloacas. Nadie les impediría hacerlo, por supuesto —no creerían que tuvieran algún motivo oculto por el que quisieran rebozarse de excrementos—, pero llamaría la atención. Y si un rumor de su aventura llegaba hasta el capitán Han You, tendrían problemas. De modo que optaron por esperar al momento adecuado. A medida que avanzara el día, la gente volvería a sus casas. Si la fortuna los acompañaba, quizá apareciera la ocasión de descender con discreción.

Pasearon por la calle hasta que sintieron un poco de hambre y cayeron en la cuenta de que llevaban todo el día con el estómago vacío y la cabeza llena de emociones. De modo que pararon junto a un puesto ambulante en el que tomaron una pasta de mijo y verduras mientras contemplaban las majestuosas vistas de la ciudad. La enorme avenida en la que estaban iba directa al centro de Xianyang, donde se encontraba el palacio imperial rodeado por la gruesa muralla que lo protegía. La simétrica hermosura del complejo de edificios era espectacular. Se alzaba muy por encima de las casas de la capital y todo en él parecía vertical, una construcción humana que acariciaba el firmamento. Desde donde estaban podían contemplar varios pilares, torres y plataformas que brotaban de los tres pisos que veían. Su madera multicolor estaba decorada con una belleza que se apreciaba desde la distancia, y sus paredes refulgían bajo el sol con coloridas baldosas y adornos de bronce. El palacio era alto como el Cielo y sublime como el soberano que vivía dentro. Inabarcable. Inmortal.

Daiyu y el capitán vigilaban por si se acercaban patrullas, pero no tenían miedo de que los atraparan por sorpresa. La avenida había sido diseñada con gran tamaño para controlar los movimientos de los criminales, pero en aquel momento les servía para lo contrario. La vía era tan amplia y recta que permitía ver llegar a los soldados desde lejos. Además, como le señaló a Daiyu el capitán tras explicarle su experiencia personal, los uniformes llamaban la atención entre la gente, que se apartaba a su paso. De modo que tenían tiempo de sobra para descubrirlos en la distancia, alejarse de ellos y volver a su puesto de vigilancia cuando se hubieran marchado.

A medida que avanzó la tarde, como habían previsto, se diluyó el flujo de personas que abarrotaban el lugar. En aquel momento, con apenas un puñado de paseantes errabundos aquí y allá, decidieron que podían bajar sin preocuparse demasiado de que se fijaran en ellos. Mientras el capitán levantaba la losa de piedra agujereada, Daiyu apretó los labios. No le apasionaba la idea de entrar en

un lugar lleno de porquería.

En cuanto el acceso estuvo expedito, el capitán ayudó a Daiyu a bajar y luego hizo otro tanto, recolocando la piedra después. Usaron la lámpara de aceite para iluminar, y la visión se unió a lo que ya estaban oliendo.

El pasadizo era un cuadrado de medio *zhang* de lado, lo que hacía que debieran moverse encorvados. Tenía un ancho canal en el centro y un pequeño y resbaladizo borde de piedra a cada lado. De tanto en tanto aparecían agujeros en la pared de los que surgían las bocas de las tuberías, por las cuales caían mierda, orín, insectos, ratas y otros chapoteantes objetos sólidos que Daiyu no quiso examinar de cerca. También trató de hacer caso omiso a las cosas líquidas, sólidas y animales que se movían entre los dedos de sus pies: las sandalias no eran el mejor calzado para su aventura. Antes de dar cada paso había que vigilar para no caerse o para no quedar bajo el chorro de una cañería.

No le extrañaba que los hombres de Buey Nocturno se hubieran marchado de ahí cuanto antes. La fetidez de los desechos era tan fuerte que a Daiyu le daba náuseas. El capitán, sin embargo, se movía como si no notara el hedor. Quizá era menos sensible que ella, o quizá en la guerra había olido cosas mucho peores. Trató de imaginar lo que habría sido la vida de Fa Rong, en sus fragantes idas y venidas por aquel lugar y sin nadie que le prestara atención en la superficie.

Comenzaron la búsqueda del tesoro. Intentaron encontrar cosas fuera de lo normal, algo que pudiera usarse para esconder una fortuna o cualquier otra pista de lo que el fallecido trabajador pudiera haber descubierto bajo tierra. Por mucho que caminaron y buscaron, no hallaron nada.

En un momento dado, el capitán se detuvo y miró hacia arriba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

Él oteó por el colector y volvió a fijarse en el techo que tenían sobre sus cabezas.

—¿Sabe dónde estamos, señorita? —Ella negó y él sonrió—. Estamos justo debajo de los palacios.

Daiyu abrió los ojos y señaló la cañería más cercana.

—Entonces, ¿estos son los desechos del emperador?

El capitán rio como si fuera el chiste más gracioso que hubiera oído en su vida.

—Y de toda la ciudad imperial, pero sí.

Ella alzó las cejas.

—Pasar el día entre mierda noble. Quién me lo hubiera dicho…

Volvieron a ponerse en marcha. Llegaron hasta el extremo del colector, el lugar donde se convertía en una estrecha canalización subterránea que iba por

debajo de la muralla hasta el río, con un tamaño por donde podía pasar el agua pero no un hombre que pretendiera colarse en la ciudad. Frente a ellos solo había un muro de piedra.

No habían encontrado ni rastro del famoso tesoro.

Dieron la vuelta y trataron de descubrir lo que se les había escapado, pero el capitán se rindió al poco tiempo.

—Creo que ya está claro —dijo—. No hay tesoro.

—No puede ser. Tiene que estar aquí. Fa Rong tuvo que encontrar algo. Él dijo que encontró algo. Tiene que haberlo.

—Tal vez no, señorita. Quizá lo que dijo fue una mentira para darse importancia. Seguramente no tenía más dinero que el que se gastó; pero si decía que seguía teniendo más, la gente le seguiría haciendo caso.

Daiyu se vio obligada a admitir que tenía lógica. Al fin y al cabo, no habían visto nada de valor. Aun así, los hechos eran raros.

—Puede ser —dijo—, pero eso no explica de dónde sacó Fa Rong el dinero. Tuvo que venir de alguna parte. Y por algún motivo lo mataron. No, capitán, aquí hay algo más. Por favor, busquemos de nuevo.

El *bugeng* se encogió de hombros, pero no se opuso a la insistencia de Daiyu. De modo que volvieron a recorrer el pasillo buscando casi piedra por piedra. Fue gracias a esa tenacidad que lograron resolver el esquivo misterio.

En un momento dado, mientras acariciaba la pared, Daiyu se detuvo.

—Espere —susurró, como si tuviera miedo de dar forma a lo que pensaba.

—¿Qué pasa?

—¿No nota una corriente de aire?

—No, pero ¿qué tiene de raro?

—Que viene de esta pared.

Ambos la estudiaron. La llama de la lámpara osciló. No había cañerías cerca, pero sí que parecía pasar una ligera brisa. Entre las rocas. Y detrás… Daiyu volvió a poner la mano sobre la piedra y apretó. Se movía.

El capitán la miró, boquiabierto. Sin que nadie hablara, ambos trataron de sacar la roca de su lugar. Cuando lo lograron vieron que podían hacer lo mismo con las de alrededor. No estaban pegadas con mortero como las otras. Alguien las había apelotonado para que parecieran parte de la pared de la alcantarilla, pero no lo eran. O quizá sí, hasta que por algún motivo se soltaron. Y tras ellas…

Tras ellas había un pasadizo. Mucho más ancho y alto que el colector, pero construido con el mismo estilo. Aunque no para tratar desechos. Su suelo era firme y limpio. Aquel era un acceso para personas. Tres podían caminar hombro con hombro y sobraba espacio. El pasadizo, que compartía pared con la alcantarilla e iba en el mismo sentido, se extendía por ambos lados hasta perderse

en la oscuridad.

—¿Qué es esto? —preguntó el capitán cuando cruzaron al otro lado de la falsa pared.

—Es un camino. Un pasadizo secreto, como el de Buey Nocturno.

—Sí, pero mire esta construcción. Piedra por todos lados. Esto no lo ha hecho un criminal.

El corazón empezó a latirle con fuerza a Daiyu.

—No. Esto es parte de la ciudad. Se construyó a la vez que la ciudad, de la misma forma que la ciudad. ¡Mire, capitán! ¡Fíjese en el recorrido que hace! ¡Igual que la cloaca! Eso significa que…

—Que también pasa por debajo del palacio —dijo él.

Daiyu asintió, casi sin aliento.

—Sí. Es un camino que permite entrar y salir del palacio sin ser visto.

—No deberíamos estar aquí. Si esto es un acceso secreto al palacio, entonces allí al fondo, en la salida, habrá vigilantes. Si nos ven, nos matarán sin preguntar.

Daiyu no escuchaba del todo las palabras. Acariciaba, temblorosa, la pared del enorme pasillo, y sentía diez mil preguntas y respuestas golpeando su cabeza al unísono.

—¿Por qué construirían esto?

—Supongo que para que los espías puedan entrar y salir del palacio sin que los vean.

—¿Esto podría usarse para atacar el palacio?

El capitán negó, categórico.

—En absoluto. Aquí no cabe un ejército, y en la ciudad imperial hay cientos de soldados. Nadie puede llegar hasta el emperador.

Daiyu seguía absorta y envuelta en ideas que trataban de llamar su atención.

—Cientos de soldados… La ciudad imperial… Nadie puede llegar…

—Señorita —se impacientó el capitán—, tenemos que irnos. No es seguro. Nuestra luz se ve mucho. Si hay un guardia escondido al otro extremo, nosotros no lo veremos, pero él sí a nosotros.

Un rayo golpeó por fin el corazón acelerado de Daiyu.

—No lo veremos… —dijo—. Pero él sí. ¡Eso es!

—¿Eso es el qué?

—¡Lo que está pasando! ¡Ya lo entiendo! ¡Ya sé para qué quiere el fantasma la ballesta de repetición y el veneno! ¡Ya sé para qué necesitan al consejero! ¡Sí que es por algo que sabe, pero no es la localización de un tesoro! ¡El tesoro es esto, el pasadizo! ¡Y también algo intangible: la amistad del consejero! ¡El consejero es un hombre que conoce bien a otro! ¡El propio capitán Zheng Gao lo ha dicho! ¡No pueden llegar hasta el emperador, pero sí hasta su amigo! ¡Eso es lo que el

fantasma y sus jefes planean! ¡Capitán Zheng Gao, sí que tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que volver a casa cuanto antes! ¡Tenemos que hablar con padre! ¡Quieren matar al emperador!

十一

—¡Sois una pareja de insensatos! ¡Unos desagradecidos! ¡No sé cuál de los dos me enfurece más en estos momentos! ¿Sois conscientes de la tontería que habéis hecho? ¿Llegáis a tener la… la menor idea de lo estúpidos que habéis sido? ¿Os ha importado aunque sea un poco cómo nos habéis hecho sentir? ¿Pensáis que vivís solos en el mundo? ¿Es así como pagáis todo lo que hemos hecho por vosotros?

Ni Daiyu ni el capitán Zheng Gao respondieron. La andanada verbal de Padre había empezado tan pronto como aparecieron por la puerta del patio y no se había detenido ni para que el maestro pudiera respirar. Las recriminaciones salían disparadas una detrás de otra, y Padre parecía una serpiente furiosa mordiendo a todo lo que se acercaba. A su lado, sus anfitriones eran testigos de la escena y, dado que se trataba de un padre amonestando a su hija, optaban por no tomar partido. Hasta que Tío Feng decidió que era suficiente.

—Vamos, viejo, ya está. Al menos están bien, y creo que han entendido el mensaje.

—¡Pues yo creo que no! —siguió el médico—. ¡En absoluto! ¡Diez mil veces he hablado con mi hija de este tipo de salidas! ¡Y sigue haciendo lo que le da la gana! ¡Como si no tuviera que cumplir las reglas! ¡Y usted, capitán! ¡Qué vergüenza! ¡Yo confiaba en usted! ¿Así me lo paga? ¿Así? ¿Llevándose a mi hija y poniéndola en peligro?

El aludido, que había soportado con inmutable paciencia todas las acusaciones, también rompió su silencio.

—Maestro Li Ping, asumo la responsabilidad de todo. Aun así, si quisiera escucharnos entendería que…

—¡No tengo nada que entender! ¡Vuestra conducta es inexcusable! ¡La de los dos! ¡Y usted, capitán, es una vergüenza! ¡Me prometió que protegería a mi familia! ¡Y yo le creí! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Ya lo sabía yo! ¡Uno no se puede fiar de alguien de Qin! ¡Escoria traicionera!

—¡Calla de una vez, maldita sea! —La voz de Daiyu había sonado tan fuerte que había amortiguado la del maestro; lo que había dicho había sido tan inadecuado en una hija como si hubiera abofeteado a Padre, pero no se detuvo —. ¡Calla! ¡El capitán Zheng Gao me estaba protegiendo! ¡Yo iba a escaparme de todos modos y él decidió venir conmigo como escolta! ¡Y te habrías enterado si escucharas a la gente antes de gritar como un endemoniado! ¡Siempre haces lo mismo! ¡Siempre te puede el orgullo! ¡Escucha a los demás, por una vez! ¡Que ya no eres el maestro de nadie!

El golpe fue tan fuerte que lo enmudeció. Su semblante quedó sin color y, durante unos latidos, pareció envejecer diez años. En el pecho de Daiyu se apelotonaron la vergüenza, la ira, el miedo, el amor filial y el rencor. No pudo hablar más. Las manos le temblaron, pero ella mantuvo la pose erguida.

—No —dijo él en tono monocorde—. No soy el maestro de nadie. Me pregunto si soy el padre de alguien.

Tía Jiang se colocó entre ellos dos, con más preocupación en su cara de la que jamás había visto Daiyu.

—Maestro Li Ping, ¿qué le parece si descansamos todos un poco? Han sido unas horas tensas. Nos vendrá bien.

—No hace falta, señora Jiang —repuso él en el mismo tono sin emoción—. Ya estoy tranquilo. Además, creo que estos dos tenían algo urgente que decirnos. Escuchemos. Eso es lo único que importa.

Daiyu apretó los puños mientras la angustia le trepaba por la garganta y llegaba hasta sus ojos. Sentía el daño que le había causado a Padre, así como también la frustración por cómo él estaba destrozando el momento. Ella había creído que se emocionaría con su descubrimiento, que mostraría aquella sonrisa de orgullo que Daiyu tanto apreciaba; pensaba que le haría feliz a pesar de todo, viendo cómo había seguido sus pasos y había desvelado el misterio. Pero todo se había ido al garete. Roto. Roto por su soberbia.

Otra vez.

—Bien —dijo ella con sequedad—. ¿Quieres oírlo? Pues te lo cuento. El capitán y yo hemos descubierto un complot para matar al emperador.

Haciendo caso omiso a la cara de sorpresa que la revelación provocó en todos salvo en Padre, explicó lo que habían estado haciendo desde la mañana. El maestro no dio señales de cólera, preocupación o decepción, ni siquiera ante el relato de las partes más escabrosas. Se limitó a escuchar con la misma actitud que Daiyu ofrecía a las aburridas charlas de telar de las viejas de Chu. Como si nada de aquello resultara asombroso. Como si no le importara.

Por fortuna, los demás sí que reaccionaron como seres humanos.

—No lo entiendo —dijo Tío Feng—. ¿Cómo explica eso un ataque al

emperador?

Ella respondió con el entusiasmo que le habría dedicado a Padre de haber hecho él la pregunta.

—Intenté pensar lo que había pasado. La pared de la alcantarilla debió de caer por algún motivo y Fa Rong, que era el único que pasaba por ahí abajo, seguramente la encontró y vio el pasadizo secreto. Para darse aires debió de contar la historia a quien quisiera escucharla. En general no le harían caso, ya que era un pobre hombre. Pero en su barrio hay muchos delincuentes, y eso hizo que la gente del fantasma se enterara. Les pareció que era una información importante y pagaron a Fa Rong para que la mantuviera en secreto. Pero él fue incapaz, y lo mataron. O quizá ya tenían pensado matarlo de todos modos, no sé. No creo que quisieran dejarlo vivir, era un riesgo demasiado importante. Pero quizá tuvieran pensado esperar a que se acercara más el día de su ataque, para no llamar tanto la atención.

—Sigo sin ver por qué tiene que haber un ataque.

—Porque es lo único que junta el pasadizo, el veneno, la ballesta y el consejero.

Zheng Gao asintió ante la muestra de desconcierto de Tío Feng.

—Yo tampoco lo veía claro al principio, pero la señorita Daiyu plantea una posibilidad interesante. Por favor, escuchen lo que tiene que decir.

Acicateada por las palabras del capitán, Daiyu incluso se permitió media sonrisa al continuar.

—Pensad esto: el emperador tiene muchos enemigos. Ha derrotado a muchos líderes y los tiene como rehenes aquí. Y también se ha enemistado con su propia familia. ¿Es raro pensar que alguien quiera destronarlo? ¡Ya lo han intentado antes! Pero casi no sale del palacio, donde tiene todo un ejército para protegerlo. Así que no hay manera de que algún enemigo pueda hacerle daño.

»Sin embargo hay un rumor. Todos lo hemos oído. La gente dice que al emperador le gusta salir de incógnito y pasear entre sus súbditos. Es algo arriesgado, pero con un buen disfraz es posible no ser reconocido. Nosotros mismos hemos evitado a la guardia de la ciudad y no tenemos los medios del emperador. Además, casi nadie ha visto su cara. ¿Cómo distinguirlo entre miles de personas en la calle?

»Ahora bien, para que el emperador pueda hacer sus escapadas necesita salir del palacio. No puede hacerlo por la puerta principal, de ser así todo el mundo lo sabría.

Tío Feng alzó ambas cejas.

—Pero puede hacerlo por el pasadizo secreto —concluyó.

—Así es. Y si alguien quiere atacarlo, solo necesita encontrárselo allí. Tanto

la entrada como la salida del pasadizo seguro que están bien protegidas, pero el emperador no sabe que hay una brecha en la pared, por donde un grupo de atacantes podría colarse. Sus enemigos no necesitan llegar al palacio, solo encontrarse con él en el corredor. Aunque vaya con escolta, el lugar estará oscuro. El emperador se moverá con antorchas o faroles, pero eso solo hará que unos atacantes escondidos tengan más claro su blanco, mientras a ellos los protege la oscuridad. Con la ballesta de repetición que vio el capitán Zheng Gao no pueden fallar: es un pasillo recto sin ningún lugar donde cubrirse. En unos instantes se podría descargar varios virotes contra todo el grupo. Si además están envenenados, se garantiza la muerte aunque el emperador solo quede herido.

Hermana Menor puso cara de desconcierto.

—Pero eso tampoco tiene sentido. Los malvados no pueden saber cuándo pasará el emperador por ahí. No pueden esconderse para siempre.

—No —dijo Daiyu, emocionada—. Para eso necesitaban al consejero Chen. Él es amigo del emperador. Lo conoce bien. Sabe sus gustos, sus manías.

—El emperador es aficionado a la astrología —intervino el capitán—. Hace las cosas solo en los días propicios. Consulta augurios y se rige por los almanaques. El consejero Chen sabe leerlos. Es posible que haya asesorado a Su Majestad en alguna ocasión.

Daiyu asintió.

—Y eso significa que sabe lo que el emperador considera propicio. Sabe qué condiciones elige para salir del palacio. Eso es tanto como saber qué días lo hará. Los atacantes no necesitan esconderse para siempre. Solo les hace falta que el consejero Chen les explique cuál será el próximo día de salida.

Tío Feng arrugó el entrecejo.

—Pero él no se lo dirá, ¿no?

El capitán negó con la cabeza.

—No. Es leal, y además fue soldado. No será fácil doblegarlo. Pero hace días que lo tienen. Habrán usado tortura o preparados médicos del maestro Fei Ban. Tarde o temprano se desmoronará.

—¿Y quién les garantiza que lo que diga es la verdad? Si yo estuviera en la posición del consejero, mentiría.

—Seguramente lo haga —admitió el *bugeng*—, pero dudo de que sea suficiente. Si el fantasma y sus hombres son listos, disimularán sus intenciones. Confundirán al consejero para que no descubra lo que pretenden. El consejero no sabe que el pasadizo está desprotegido, así que no imaginará un ataque por ahí. Lo que sus secuestradores pueden hacer es darle muchas peticiones. Le pueden exigir que diga los días propicios para distintos sucesos: ceremonias de la corte, visitas a nobles, nombramientos de altos cargos… Entre esa lista pueden

incluir lo de salir de incógnito, como si fuera algo más. Si lo hacen bien, el consejero podría no darse cuenta de lo que quieren en realidad.

»Una vez consigan que el consejero hable, solo tienen que comprobar que los días coinciden. Pueden ver si se celebra la ceremonia o si se hace la visita en el día previsto. Podrán comprobarlo porque, por lo que sabemos, son personas de alto nivel, y pueden saber lo que pasa en palacio. Si no sucede lo que esperan, sabrán que el consejero ha mentido. Y si se cumple la predicción, también podrán fiarse del día que les haya dicho para salir de incógnito.

—Y si eso también es mentira, no pasa nada —añadió Daiyu—. Si el consejero les marca un día para la salida y resulta ser falso, solo pierden un día. En vez de estar apostados sin parar y llamar la atención, solo deben intentarlo una vez. Arriesgan menos que haciéndolo de otro modo.

—¿Y qué pasa con los muertos? ¿Por qué matan a gente de Chu? ¿Qué tiene que ver eso con el emperador?

—De eso no puedo estar segura, pero quizá pueda explicar algunas de las muertes. La de Fa Rong, para mantenerlo callado. La de los mendigos… creo que las hicieron para probar el veneno. Son gente que nadie echaría de menos.

—¿Entonces fue casualidad que fueran de Chu?

—Pues no lo creo. La muerte de gente de Qin hubiera sido más importante para la guardia, lo hubieran investigado más. Pero… ya sabéis: la gente de Qin nos mira por encima del hombro. Aquí a nadie le importa que se mueran personas de Chu. Y menos si son mendigos.

—Pero no todos eran mendigos. ¿Qué pasa con el maestro armero y con Fei Ban? ¿Por qué mataron a quienes les fabrican las armas?

Daiyu apretó los labios.

—Ahí admito que no lo tengo claro. Puede ser que lo hicieran para que no revelaran su secreto a nadie. O puede que quisieran extorsionar al fantasma, pedirle dinero a cambio de su silencio, y el fantasma los mató porque eran más peligrosos que útiles. Podrían ser varias cosas. Pero la cuestión es que, según mi teoría, hay motivos por los que esto podría haber ocurrido. No son cosas que desmonten mi hipótesis.

—Pero el mensaje sí, ¿no? —preguntó Hermana Menor—. El mensaje de despedida del fantasma. ¿Por qué lo harían?

—Eso tampoco lo sé. Hemos intentado pensar explicaciones, pero ninguna nos convence. Es igual. Tampoco es algo importante, comparado con el resto.

—Cierto —corroboró el capitán—. Lo importante ahora es saber qué hacemos con toda esta información. A quién se la comunicamos.

—A nadie en absoluto.

Todos se volvieron hacia Padre, que había hablado con una expresión de

desprecio en su semblante.

—¿Cómo dice, maestro?

—Digo lo que digo. No le vamos a contar esto a nadie.

—No entiendo por qué no.

—No, claro. El capitán Zheng Gao solo ve las cosas desde su blanca torre de marfil. No es capaz de ver las consecuencias que tienen sus actos.

Daiyu apretó los dientes.

—Padre…

—No, señorita —interrumpió el capitán con el ceño fruncido—. Deje que su padre se explique, por favor. Dejemos que aclare qué es lo que no veo.

—Usted no ve absolutamente nada, como siempre. Para empezar, no ve que a esa historia que cuentan le falta un dato bastante importante. Dígame, capitán ¿qué sugiere usted que hagamos?

El *bugeng* se cruzó de brazos y Daiyu notó que su respiración se aceleraba un poco. Estaba llegando al límite de su paciencia.

—Sugiero hacer lo obvio: ir a la guardia y contarles lo que sabemos.

—¿Y qué sabemos?

—¿Cómo que qué sabemos? ¡Que van a matar al emperador!

—¿Quién?

El capitán abrió la boca pero no pronunció palabra alguna. Frenó al darse cuenta de que no tenía respuesta.

—De acuerdo, no sé quién. Alguien. ¿Qué importancia tiene eso?

—¡Toda, maldita sea! ¡Toda! Diga, capitán, ¿qué pasa si alguien hace una denuncia sin demostrar quién es el criminal? ¿Qué dice la tan metódica ley de su amado Qin?

Hubo una silenciosa pausa, tras la que el soldado bajó la mirada.

—La ley dice… que cuando no se puede determinar al criminal, hacer una acusación es un delito de descuido al prestar testimonio.

—¡Ah! —gritó Padre, triunfal—. ¡Delito! Dígame, capitán, ¿eso conlleva alguna pena para quien denuncie?

El *bugeng* respiró hondo.

—Sí. Puede ocurrir si los hechos no tienen base suficiente.

—¡Ah! ¡Pues menos mal que aquí tenemos mucha base para acusar a alguien de algo! ¡Porque, claro, saber que hay un agujero en una pared es suficiente para ir a un magistrado y contarle historias sobre un intento de magnicidio! ¡Seguro que nos creerá! ¿Por qué íbamos a mentir? ¡Solo somos una familia de traidores de Chu que tienen un negocio ilegal y un soldado desertor que está relacionado con la desaparición de un consejero imperial! ¡Seguro que inscriben nuestras palabras en piedra como ofrenda a los dioses! ¡Seguro que el magistrado nos

hará reverencias y agradecerá nuestra dedicación cívica! ¡Hasta puede que nos consiga una audiencia con Su Majestad y veinte rangos de honor! ¡Vamos, vamos a hablar con él! ¡No sé a qué estamos esperando!

Nadie supo qué responder, pero hubo muchas miradas cruzadas. Fue el capitán el que volvió a intervenir.

—Aun así, maestro, hay que buscar la manera de…

—¡No hay que buscar la manera de nada, por todos los Infiernos! ¡Deje de insistir en esto! ¡Nos va a arruinar la vida! ¡No podemos demostrar nada! ¡Y le digo más: aunque pudiéramos, no tendríamos que decir nada!

El capitán levantó una ceja.

—¿Y eso por qué, si puede saberse?

—¡Por lo mismo! ¡Porque no sabemos quién está detrás de todo! ¡Puede ser cualquiera! ¡Cualquiera! ¡Los funcionarios del mercado son corruptos! ¿Por qué no otros funcionarios? ¿Puede estar seguro de que ese capitán Han You no está metido en el ajo? ¿Sabe si el magistrado con el que hablemos es parte de la conspiración? ¿Se imagina que, sin saberlo, explicamos todo esto a la persona que ha ordenado las muertes? ¿En qué posición cree que nos dejaría?

—Maestro, no puede ser que haya tanta gente implicada.

—¡No se trata de cuánta gente, sino de a qué nivel! ¡Hace años, el amante de la emperatriz madre trató de dar un golpe de Estado contra el emperador! ¿Ve lo alto que pueden llegar estas conspiraciones? ¡Hasta su mismísima madre! ¿Puede estar usted seguro de que su acusación no llegará a los oídos equivocados? ¿Puede asegurarme que no habrá repercusiones contra nosotros? ¿Puede hacerlo o va a volver a poner en peligro a mi hija porque a usted le da la puñetera gana?

—Maestro Li Ping, yo no…

—¡E incluso si todo fuera bien, si no corriéramos riesgos al hablar con esa persona, tendríamos otros problemas! ¡La ley exige que nos encierren como testigos hasta que todo se aclare! ¡En ese tiempo, los conspiradores podrían matarnos sin que pudiéramos escapar, suponiendo que no aprovechen para cumplir con su objetivo! ¡Y si no nos matan, a mí me juzgarán por mi consulta ilegal y a los demás por haberme encubierto! ¡Todo por una acusación de la que no tenemos ninguna prueba, solo conjeturas! ¡Le prohíbo que nos ponga en peligro de esta manera!

Lejos de apaciguarlo, las palabras de Padre estaban enardeciendo cada vez más al capitán. Su rostro estaba tan rojo que por un momento Daiyu pensó que le iba a pegar un puñetazo. Aun así, de algún modo fue capaz de calmarse y hablar sin subir un ápice el tono de voz.

—De acuerdo, maestro Li Ping. Será como usted dice. Me quedaré quieto sin decir nada. Lo haré, pero júreme que insiste en esto por un motivo sincero.

Júreme que no hay nada más en su mente. Júreme que esto no tiene nada que ver con que el emperador pueda morir. Júreme que no hay una parte de usted que querría que los conspiradores triunfaran. Que no está tratando de frenarme porque quiere ver muerto a quien le causó a usted dolor.

—¡No le juro nada porque es verdad! ¡Sí, es verdad! ¡Quiero que esa rata de emperador muera! ¡Y espero que el veneno tarde en hacer efecto y le cause sufrimiento! ¡Pero eso no niega nada de lo que he dicho!

Escarlata de ira, resoplando, tembloroso, así quedó Padre ante el silencio de todos. Silencio que volvió a romper el *bugeng* imperial.

—Es usted un rencoroso amargado.

—¡Este rencoroso amargado le salvó la vida, capitán Zheng Gao! Y ¿sabe una cosa? ¡No quería hacerlo! ¡Quería que muriera usted! ¡Usted solo está vivo porque mi hija me obligó! ¡Y ahora me arrepiento de mi decisión! ¡Debería haberle dejado morir! ¡Eso debería haber hecho!

Algo se rompió dentro del soldado. Daiyu lo vio con claridad, aunque para los demás pasó desapercibido. Lo que sí notaron fue la furia de su respuesta.

—¿Ve cómo es un rencoroso? ¡Un amargado! ¡Protesta porque la vida no es como le gustaría! ¡Pues tengo algo que decirle: su hija tiene razón, usted ya no es el maestro de nadie! ¡Ya no vive la vida feliz de la nobleza! ¡Usted ya no le importa a nadie! ¡Chu cayó! ¡Asúmalo! ¡Fue derrotado! ¡En una guerra en la que sus reyes habrían hecho lo mismo que el emperador, de haber ganado! ¡Así que deje de quejarse por lo inevitable! ¡No puede usted cambiar el pasado! ¡No puede usted cambiar la derrota de Chu! ¡Qin triunfó! ¡Acéptelo de una vez! ¡Nosotros triunfamos! ¡Y digo «nosotros» porque yo estaba allí! ¡Sí, ya que confesamos todo, yo también! ¡Yo ayudé a derrotar a su gente! ¡Yo en persona! ¡Yo ayudé a capturar al rey Fuchu! ¡Yo ayudé a que Chu cayera! ¿Qué le parece? ¡Ahora sí que tiene motivos para sus rencores conmigo! ¡Ódieme por algo real!

El aire se tornó tan denso como el agua, tan pesado como una roca. Ni siquiera Tío Feng supo reaccionar. Quedaron todos congelados en el sitio, mirando a los dos hombres que se gritaban e insultaban a palmos de distancia. Nadie supo si acercarse —o recriminar— al capitán, a Padre o a Daiyu. Todas las opciones, y ninguna, eran válidas.

Padre se dio la vuelta. En silencio, sin replicar, sin dar señas de haber entendido lo que el capitán acababa de decir. Tanteando con su bastón fue dando lentos pasos hacia el salón, de un modo que cualquiera habría podido tomar por un inocente paseo. Tío Feng logró salir de su estupor y acercarse, pero en cuanto lo hizo el maestro levantó una mano y dijo una sola palabra.

—Déjame.

El patriarca obedeció, y todos se quedaron quietos hasta que la puerta del

salón se cerró tras él. De forma inconsciente las miradas se desviaron hacia el *bugeng*, que sacudía la cabeza, todavía irritado.

Fue Tía Jiang quien impidió que hablara. Más palabras en aquel momento solo podían significar más errores de los que arrepentirse.

—Capitán Zheng Gao, pronto vendrán nuestras compañeras tejedoras. Creo que sería buena idea que se escondiera para pasar la noche.

Quizá los hombres no entendieron la sabiduría subyacente a aquellas palabras dichas de forma tan amable, pero Hermana Menor y Daiyu, sí. Era mejor que el capitán se retirara. Era mejor que nadie siguiera hablando de lo que acababa de pasar. Convenía darle a la noche la oportunidad de limpiar los corazones.

El capitán cerró los ojos un momento y asintió.

—Por supuesto. La señora Jiang tiene razón. Será lo mejor. —Hizo ademán de alejarse, pero pareció pensárselo—. Familia, yo… les pido disculpas por mi comportamiento. Ha estado fuera de lugar. No quiero causarles molestias. Han sido muy amables conmigo.

Fijó la mirada en Daiyu, hizo una leve reverencia y se retiró.

A Daiyu le sonó como una despedida. Notó una fuerte presión dentro de ella. Y dos palabras se grabaron en su pecho: «Haz algo».

⋆

—No soy capaz de hacerlo. No, querida. No tengo tu don. Tú sabías estas cosas, pero yo… Ya me ves, solo consigo estropearlas.

Li Ping no recibió respuesta alguna. La tablilla con el nombre de su amada Yu no le trajo la iluminación desde el altar familiar. Por un momento el maestro se planteó encender una barrita de incienso para potenciar la plegaria, a pesar de lo peligroso que podía ser que él anduviera con fuego sin usar como siempre la ayuda de Grano de Mijo o de Hu Feng. Pero no lo hizo. Su cuerpo se hundió sobre la esterilla en la que se arrodillaba. Le costaba moverse. Le costaba pensar. Todo temblaba a su alrededor. Lo único constante era el zumbido en sus oídos. Llevaba un buen rato en el salón, pero no había conseguido tranquilizarse. Las ideas y emociones brotaban y se desvanecían como espuma en las olas.

Sobre todo el dolor. No por el desafío de aquel muchacho de uniforme, sino por la verdad de sus palabras. Una verdad que había escondido bajo tierra y que se negaba a admitir, pero que de repente se había vuelto visible como el sol. Qin había vencido. Chu había sido derrotado. A su pasado se lo había llevado una violenta riada y se encontraba ya en el fondo del mar. Y él seguía paseando entre

la escoria fingiendo que eran edificios. Era como descubrir que había estado viviendo una mentira, deambulando por un escenario sin darse cuenta de que era un actor en mitad de una representación. Falsedad con aspecto de verdad.

Y aquello no dolía tanto como lo de Daiyu. Su hija cada vez estaba más lejos de él. A pesar de lo mucho que se esforzaba, a pesar de todas las concesiones que le hacía, a pesar de que lo único que quería era su felicidad, estaba fracasando. Igual que había fracasado con todos los demás. Con Yu, con Yun y con Yang. No, no era el padre de nadie; nunca lo había sido. Yu sí había sido una madre para ellos. Él solo había sido un profesor, pero aquellos tiempos habían terminado. Ya no le quedaba nada. Lo único que podía hacer era permitir que Daiyu se alejara de él de una vez por todas. Si así ella era feliz, al menos tendría ese consuelo. Aunque él se quedara solo.

Quizá lo merecía.

La puerta se abrió. Li Ping no necesitó ninguna pista para saber quién acababa de entrar. Solo una persona lo interrumpiría en sus oraciones, y más después de lo que había pasado.

—Es curioso —dijo Daiyu, que volvía a oler a limpia—, las mujeres no han venido. Se ve que ni siquiera quieren usar el telar del gremio. Hasta ese punto se apartan de nosotros. Es increíble el daño que nos ha hecho lo de aquella noble.

Li Ping sacudió la cabeza.

—No has venido a decirme eso.

—No. He venido a decirte que tienes razón. —El médico frunció el ceño—. Sí, tienes razón. No sabemos nada. No podemos probar nada. Hablar es arriesgado. Así que no debemos hacer nada.

Li Ping notó como si algo se fundiera dentro de él. Algo duro y frío, como una enorme esclusa de bronce. Trató de buscar las palabras adecuadas. Unas que no volvieran a estropearlo todo. Antes de que tuviera tiempo de hallarlas, Daiyu siguió hablando.

—Pero también he venido a decirte que te equivocas. No puedes pasarte la vida odiando. Porque aunque creas que solo odias a Qin, en realidad tu odio salpica. Nos golpea a los demás. A mí. Me hace daño. —Respiró hondo durante un largo momento—. Padre, lo amo.

Li Ping bajó la cabeza.

—Lo sé.

—Y él es de Qin. —Li Ping asintió—. Y tu odio me duele, porque Zheng Gao es una gran persona. Y está luchando por algo noble. Está haciendo lo que cree que es correcto, aunque otros le digan lo contrario. Porque cree que debe ser fiel a sus ideas. Aunque eso pueda acabar con su vida. Aunque pueda perderlo todo.

Li Ping acusó el golpe del intencionado venablo verbal.

—Eso me suena.

—Debería.

Li Ping alzó la cabeza hacia su hija.

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Tuve un gran maestro. Aún lo tengo. —El médico dejó salir una sonrisa vacía de humor—. Eso no quiere decir que esté siempre de acuerdo contigo. Ahora no lo estoy.

Él alzó su cabeza hacia Daiyu.

—Ese hombre… El capitán Zheng Gao… pudo haber matado a tus hermanos.

—Pero no lo hizo. Mis hermanos estaban vivos cuando Chu cayó. Tan vivos que fueron reclutados por Qin. Zheng Gao no tiene la culpa de lo que ocurriera después. Solo fue un soldado más. Seguro que mis hermanos también mataron a gente en la guerra, ¿no?

A Li Ping le temblaron las manos.

—A mí no me importa lo que le pasara a otra gente. Me importa lo que les pasó a tus hermanos. Me importa mi familia.

Ella se acercó y colocó su frente en la de él.

—Por favor, padre —susurró—, deja de odiar. El odio consume. Yo lo sé. No eres la única persona que lo ha sentido. —Hizo una pausa que Li Ping percibió cargada de tensión, como si tratara de encontrar el valor o las fuerzas para decir algo; como si ella también tuviera miedo de decir las palabras equivocadas—. ¿Sabes que yo te odié a ti?

Él levantó las cejas y quedó boquiabierto.

—¿Qué?

—Sí, padre, te odié. Cuando nos fuimos de Chu. No sabes cuánto te odié. Mi hermano acababa de morir y tú hiciste que nos echaran de casa. No pudiste tragarte el orgullo a pesar del daño que me estabas haciendo. Yo lo que quería era llorar por Hermano Mayor. Tenía el corazón roto. Necesitaba ayuda para volver a encontrarme. Y tú tuviste que enfadarte con el duque. Hiciste que lo perdiéramos todo cuando más necesitaba la estabilidad. ¿Y para qué? Para acabar encerrados en una ciudad que nos desprecia. No sabes cuánto te odié.

Los ciegos ojos de Li Ping enrojecieron.

—Yo… hija…

Ella acarició su rostro.

—No te digo esto para hacerte sufrir. Te lo digo para que me entiendas cuando te pido que no odies. Quiero que entiendas que sé lo que digo. Lo sé porque he estado donde estás tú. Y he aprendido que hay que salir. Cuando noté todo el odio que te tenía… me sentí culpable. Yo había perdido a un hermano,

pero tú a un hijo. Y lo de marcharnos… Tampoco debió de ser fácil para ti renunciar a todo. Aun así, yo había estado llena de odio. Me sentí despreciable, ¿sabes? La peor hija del mundo. Y me odié. Me odié más de lo que te había odiado a ti. Y me juré que no te abandonaría. —Daiyu empezó a perder la compostura y fue incapaz de retener las lágrimas—. Y justo empezaste a buscarme marido, como si quisieras que te abandonara, y sé que si me caso y te dejo solo me odiaré otra vez, y tú insistes, y si soy una buena hija debería obedecer, y ahora aparece Zheng Gao y tú vuelves a mostrar tu orgullo, y estoy otra vez como antes y yo ya no sé a quién debo culpar de todo, no sé qué debo sentir.

Cuando el llanto fue demasiado fuerte. Daiyu no logró seguir hablando. Se dejó dominar por los trémulos sollozos y así quedó durante un minúsculo instante, el tiempo justo para que Li Ping la rodeara entre sus brazos y la atrajera hacia sí. Allí se desahogaron ambos sin decir más, dejando que la emoción expresara todo lo que las palabras no podían.

Una vez que se calmaron, con la cabeza de Daiyu apoyada en su pecho y mientras él acariciaba su pelo como cuando era niña, Li Ping se propuso el mismo acto de valentía que acababa de hacer ella: afrontar los fantasmas que lo acosaban.

—Yo no quiero odiar, hija. Pero me da miedo no hacerlo. Tus hermanos… Yo… Si me desprendo del odio, solo me quedará el dolor.

—Te quedo yo.

Él la abrazó más fuerte.

—Sí. Me quedas tú. Perdóname por no haberlo pensado.

Ella besó su mejilla.

—Seguimos siendo una familia. Sigues siendo mi padre. Aunque discuta contigo. Y ahora necesito que mi padre haga algo.

—Dime qué.

—Zheng Gao se va a ir. Estoy segura. No se quedará si cree que lo odias. Y yo no quiero que se vaya.

Li Ping respiró hondo antes de contestar.

—No se irá, cariño.

«Aunque tenga que tragarme ese orgullo que tanto daño te ha hecho», pensó. «Aunque tenga que dejar de ser la persona que he sido siempre».

⋆

A Zheng Gao no le costó mucho preparar sus cosas para marcharse; cada vez le

quedaban menos. Se había limpiado la porquería del cuerpo y la ropa y había desmontado su disfraz. Podría haberse ido aquella misma noche, de no haber tenido que pasear por una ciudad con las murallas cerradas y ninguna muchedumbre donde esconderse de las patrullas. No le quedaba más alternativa que la de pernoctar en la casa-taller. Por última vez. Por la mañana, temprano, partiría. Bastantes problemas había causado ya. Como invitado había dejado mucho que desear. El maestro Li Ping tenía razón en eso.

Pero no tenía razón al odiarle. Desde que se conocían, había hecho todo lo posible por proteger y ayudar al maestro y a su hija. Y en vez de reconocérselo…

Sacudió la cabeza. No tenía sentido darle vueltas. El maestro Li Ping no cambiaría de idea, y él tampoco. Así que tocaba hacer lo que tocaba hacer: debía salvar al emperador.

Se arriesgaría con la guardia. No creía que el capitán Han You fuera parte de ninguna conspiración: podía ser un noble arrogante, pero no un traidor. Además, Lluvia Gris no habría huido de él en caso de ser cómplices. De modo que se presentaría ante él, se dejaría capturar y le explicaría todo lo que sabía. Lo que pasara luego estaría en manos de los dioses.

Esperaba que aquello no pusiera en mayor peligro al consejero Chen. Después de todo, iba a incumplir su promesa de encontrarlo. Iba a traicionar el juramento que había hecho a los espíritus de Cao Xin, Da Wei y los demás. Pero lo entenderían. Era por una buena causa. La vida del emperador valía más que cualquier otra cosa. Sus compañeros de armas —entre los que descubrió que contaba al consejero Chen— aceptarían su elección. Y si no lo aceptaban, él no tendría problemas en sufrir el castigo sobrenatural que quisieran imponerle.

Quizá lo merecía.

Un leve ruido evaporó sus ensoñaciones e hizo que se volviera de golpe hacia la puerta, tras lo cual bajó la guardia. No encontró a ningún asesino despiadado, sino al maestro Li Ping.

Su cara seguía seria, pero sus hombros estaban más hundidos. Se acercó a él en silencio y se colocó a un par de pasos de distancia. Tardó en hablar, pero Zheng Gao dejó que lo hiciera a su ritmo. Cuando ocurrió, el capitán supo que su intuición era correcta: había venido con voluntad de mediar.

—Quiero pedirle disculpas, *bugeng* Zheng Gao. Mi lengua ha sido demasiado rápida.

Aunque el maestro no podía verlo, el soldado le hizo una larga inclinación. No se le había escapado el uso de su título imperial, que el maestro no mencionaba al dirigirse a él.

—En todo caso soy yo quien debe disculparse. Estoy avergonzado. Ustedes me han dado una hospitalidad que no merezco y me he portado como un niño

malcriado.

El médico ladeó la cabeza.

—Imagino que ambos teníamos que desahogarnos. Aceptaré su disculpa si usted acepta la mía.

—Así sea, maestro.

—Respecto a su investigación…

El médico dudó antes de seguir, cosa que aprovechó Zheng Gao para hablar él.

—No hace falta que diga nada. No voy a volver a ponerlos en peligro.

El maestro levantó una mano.

—No es eso lo que quiero decir. Quiero… Quiero limpiar mi conciencia. No he sido honesto con el capitán Zheng Gao. Sí que tiene una pista que puede seguir. Recuerde lo que dijo: el ayudante del espadachín, ese Mono Plateado, vio a la persona que está detrás de todo.

A Zheng Gao se le abrieron los ojos de par en par y se le desbocó el corazón.

—Mono Plateado… ¡Si lo capturo podré interrogarlo! ¡Sabré quiénes son los conspiradores!

—Y quizá así encuentre las pruebas que necesita para dárselas al magistrado. No es gran cosa, pero menos es nada.

Zheng Gao llenó su pecho de aire y sintió mil cadenas que se rompían a su alrededor.

—Gracias, maestro. Esto que acaba de hacer… Gracias.

El médico asintió; abrió y cerró la boca un par de veces y al final encontró las palabras que buscaba.

—El capitán Zheng Gao debe entenderme. Mi hija es lo único que da sentido a mi vida ahora. No puedo perderla.

—Lo entiendo, maestro. He sido un desconsiderado. Pero si me lo permite, ella quiere a su padre, quiere ser la hija que el maestro Li Ping busca. Le suplico que tenga paciencia con sus errores. Si el maestro Li Ping ha podido perdonarme a mí, que no soy de la familia, seguro que puede hacerlo con su hija.

El aludido trató de sonreír.

—Mi hija… tiene razón cuando dice que el capitán Zheng Gao es honorable. Ya veo que su lealtad no tiene límites. Supongo que me toca a mí serlo. He… He estado pensando, capitán. Si el emperador muere, habrá otra guerra. Más familias sufrirán lo que sufrí yo. No quiero que eso pase. Eso significa que… Yo… El capitán Zheng Gao no está solo. No quiero que se sienta solo. Ayudaré al capitán Zheng Gao a evitar esa guerra. Lo ayudaré a… a… —Respiró hondo—. A salvar al emperador de Qin.

Zheng Gao no necesitó más explicaciones para entender el valor de aquellas

inusuales palabras. Repitió la reverencia que el maestro Li Ping no podía ver.

—Y yo empeñaré mi vida en hacerme digno de su confianza.

*

La tormenta había pasado. La charla con Padre le había quitado un peso de encima a Daiyu, que volvía a ver el rayo de luz de una tenue esperanza en el futuro.

Entró en silencio en la habitación, pues hacía un buen rato que Hermana Menor había subido a acostarse. Al verla allí, dormida sobre la esterilla, tuvo sana envidia de la facilidad con la que los problemas pasaban de largo para ella. Le dieron ganas de abrazarla, pero no lo hizo para no despertarla. Además, seguía sintiendo algo de culpa por los ataques gratuitos que le había dedicado. Yue también los había olvidado, pero para Daiyu eran una aceitosa mancha en su *yin*.

Lo que tenía que hacer era arreglarlo de una vez, igual que había reconducido las cosas con Padre. Hermana Menor y ella podían volver a ser amigas.

Se acostó con cuidado a su lado y Yue se incorporó casi dando un salto. No dormía después de todo.

—¿Qué tal con tu padre?

Estaba preocupada. A pesar de todo, se preocupaba por ella.

—Bien, gracias. Ya no está enfadado. Hemos hablado y me ha entendido.

La sonrisa volvió a resplandecer en el rostro de Hermana Menor.

—¡Me alegro! Ya sabía yo que se le pasaría rápido. Tu padre es listo y sabe que es importante ayudar al capitán. No podía enfadarse contigo por hacer lo correcto.

Era sorprendente. Su sincera preocupación se había convertido en natural alegría. Sin rencor alguno por el pasado, llena de inocente amor. Si Daiyu hubiera tenido una auténtica hermana menor, habría querido que se pareciera a ella.

Sonrió. En mitad de un mar de zozobras, sonrió. Hasta tal punto Yue era capaz de llegar a su corazón.

—No sé si lo que hice fue lo correcto.

—Bueno, tampoco pasa nada por ser un poco traviesa de vez en cuando. —Se acercó a ella, emocionada—. ¡Qué suerte has tenido! ¡Menuda aventura! ¡Pasadizos secretos, disfraces, criminales! ¡Es como si fueras la protagonista de una historia! Te tengo envidia. Siempre vives unas cosas tan emocionantes… Ojalá yo me atreviera a hacerlo. Y pasar un día a solas con el capitán… Eso sí que

ha tenido que ser maravilloso. —Suspiró y le susurró al oído—. ¿Quieres saber un secreto? El capitán Zheng Gao me gusta. Y estoy segura de que a mi madre le encantaría como yerno. ¡Ojalá se fije en mí!

Daiyu parpadeó, turbada. No tuvo problemas en identificar la sensación que comenzaba a quemarla por dentro: celos. Sabía que no debía sentirse así, no con la buena de Yue; por lo que ella sabía, Daiyu no quería tener nada que ver con un marido. Ni se le habría pasado por su inocente cabeza que ella también amara al soldado. Así que no era justo que sintiera celos, y mucho menos con alguien que ni sabía ser rencorosa. Pero los sentía.

Los aplastó en su interior. No dijo nada que pudiera enturbiar el momento. No quería alejar otra vez a Hermana Menor cuando todo volvía a estar en orden. Ya buscaría la manera de tener una charla sincera con ella.

Le dio un abrazo y besó su frente.

—Eres una gran mujer —le dijo—. No tienes nada que envidiarme. Te mereces toda la felicidad del mundo. Ahora, si no te importa, quiero dormir. Estoy agotada.

Se acostaron. A Daiyu le costó cerrar los ojos. La situación podía complicarse si no dejaba las cosas claras con Hermana Menor.

Al final decidió relajarse. No pasaba nada. Tendrían oportunidades de sobra para hablar.

*

—La clave de todo es Mono Plateado. El primer objetivo es capturarlo. No será fácil: sé por experiencia que es escurridizo. Pero creo que se le puede tender una trampa. Lo que pasa es que no puedo hacerlo sin ayuda.

El señor Hu Feng miró a Zheng Gao y asintió.

—Si hay algo que podamos hacer…

—No hablaba de esa ayuda. Por desgracia, necesito otra cosa.

—¿La espada que tiene el capitán en aquel armero que nos dijo? Porque podría ir a buscarla yo en su nombre.

—Al final me hará falta, sí, pero ahora no me refiero a eso. Necesito a Buey Nocturno.

El comerciante no pareció complacido ante la perspectiva.

—No me gusta la idea de pedirle favores.

—A mí tampoco, pero es la única opción. Está claro que está bien informado. Sabía lo que ha estado haciendo la familia del maestro, así como también cosas sobre mí. Si hay alguien que puede localizar a Mono Plateado es la

Hermandad sin Lazos.

Todos quedaron en silencio ponderando esas palabras. Estaban reunidos en el salón principal, donde Zheng Gao los había citado al poco de levantarse. Tanto énfasis había puesto en su petición que el señor Hu Feng hasta había pospuesto su rutina diaria para escuchar lo que tenía que decir. Con la excepción del esclavo, que estaba ocupado con labores domésticas, todos los residentes de la casa se encontraban arrodillados alrededor de la mesa.

—Lo que yo me pregunto es si querrá ayudar —dijo el maestro Li Ping. Su manera natural de participar en la conversación había calmado también los ánimos de Hu Feng y su familia, que era otro motivo por el que Zheng Gao había insistido en la reunión.

—Querrá. Él nos lo dijo: quiere hacerle la vida imposible a quien le está alborotando el territorio. No me estará haciendo un favor a mí, se lo hará a sí mismo.

La señorita Daiyu intervino en aquel momento.

—¿Y si no le preguntamos a él? El señor Lu, Otoño, también está enterado de las cosas que pasan en la ciudad. ¿Por qué no le preguntamos a él por Mono Plateado?

—Porque, por desgracia, no solo necesitamos localizarlo. También necesitamos secuestrarlo. Y dudo que ese señor tenga una organización preparada para hacerlo.

Todos comprendieron. Estaban entrando en un terreno pantanoso: lo que Zheng Gao pretendía era cometer un nuevo delito, a añadir a la larga lista que ya arrastraban. Era un paso necesario, pero no iba a involucrar a gente inocente. Por eso el señor Lu debía quedar fuera. Y por eso también era necesaria la reunión del cónclave familiar. Si iban a hacerlo, que no fuera a escondidas como había estado actuando hasta ese momento.

La señorita Yue se levantó con timidez y se excusó.

—Disculpadme. Yo tendría que ir a buscar agua para lavar las cabezas. Madre, me llevo a Grano de Mijo.

La señora Jiang, que todavía mascaba la información sobre los planes de Zheng Gao, apenas le dirigió una mirada.

—Ve, hija, ve.

La joven se marchó y Zheng Gao lamentó haberla importunado con su osadía. Estaba claro que las cosas de las que estaba hablando podían alterar los nervios de una dama. Aunque la señorita Daiyu no parecía fuera de lugar en la reunión. Si uno la juzgaba por la seriedad de su mirada, parecía la más sabia del grupo.

—Así que vamos a secuestrar a un niño —resumió el maestro—. Todo sea

por Su Majestad. Pero necesitaremos un lugar donde encerrarlo.

—Doy por sentado que Buey Nocturno dispondrá de ese tipo de instalaciones.

—¿Lo vais a torturar? Si no habla, digo.

La pregunta del señor Hu Feng dio en el centro de la diana. Era lo que Zheng Gao había intentado no pensar, pero por mucho que desviara la vista el problema estaba ahí. Si Mono Plateado no hablaba por las buenas, ¿hasta dónde llegaría? ¿Qué haría para salvar al emperador?

Sacudió la cabeza.

—No. No pasaré por ahí. Trataré de sonsacarle o de liarlo con palabras. Ya lo engañé una vez. Ahora estará sobre aviso conmigo, pero creo que puedo superar su desconfianza. Si no lo consigo, lo soltaré. Y tampoco dejaré que la Hermandad sin Lazos le haga daño.

—El capitán Zheng Gao no tiene que superar su desconfianza —dijo de repente la señorita Daiyu—. No. Si el secuestro lo hace la Hermandad sin Lazos, podemos engañarlo de otro modo. No hace falta que Mono Plateado vea al capitán Zheng Gao. Puedo ser yo quien hable con él. A mí no me conoce. Podría aprovecharme de eso.

Zheng Gao dudó.

—No estoy seguro de que sea una buena idea.

—Ah. Ya.

Apartó la mirada, molesta, pero no siguió discutiendo. Había comprendido que no la volvería a poner en peligro, y lo aceptaba. Parecía que el maestro Li Ping no era el único que estaba dejando atrás sus más firmes convicciones.

—Puedo hacerlo yo —intervino el médico—. A mí tampoco me conoce. Y si no soy capaz de engañar a un chaval de once años, más vale que me retire a las montañas.

Zheng Gao lo meditó.

—Eso podría estar bien. Gracias, maestro. Sin embargo, tengo que advertirle: para hablar con Mono Plateado tendrá que ir al lugar donde la Hermandad lo tenga secuestrado. Si aparecen los guardias, eso será una prueba de que usted formaba parte del secuestro.

El maestro se encogió de hombros.

—Lo único que pido es que mi hija quede limpia de todo esto.

La frase no había ido dirigida a Zheng Gao. El maestro había vuelto su cabeza hacia la señorita Daiyu. Ella suspiró, puso los ojos en blanco y asintió.

—De acuerdo. No me meteré en líos.

La puerta se abrió lentamente y quedaron en silencio, sobresaltados por la inesperada interrupción. Los espíritus de todos se apaciguaron un poco al ver

que solo se trataba del esclavo Grano de Mijo, que se había quedado en el umbral con la cabeza gacha y la mirada de alguien que va a darle el pésame a una viuda.

—¿Qué pasa? —preguntó ceñuda la señora Jiang. Al ver que el esclavo tardaba en responder, el señor Hu Feng se impacientó.

—Grano de Mijo, contesta. ¿Qué ocurre?

El muchacho no alzó la cabeza pero respondió entre balbuceos.

—Es Yue. Se suponía que íbamos a buscar agua, pero me ha dejado tirado. En la calle, con todos los cubos. Me ha dicho que volviera a casa. Que tenía que hacer una cosa urgente. Que tenía que ir sola. Y que… y que les dijera que estaría bien. Que no la buscaran.

*

Daiyu resoplaba, tratando de seguir el paso de Tía Jiang. Jamás habría imaginado que aquella mujer menuda fuera capaz de caminar con tanta velocidad por las calles, esquivando a la gente como si fueran simples volutas de humo.

—¿Seguro que no sabes dónde puede haber ido? —repitió por enésima vez—. ¡Piensa, por favor!

—De verdad que no lo sé, tía Jiang.

—¿No te dijo nada, no te habló de ningún sitio?

—No, de verdad.

La mujer bufó. En sus labios apretados Daiyu no solo veía preocupación por su hija; también un punto de reproche hacia su supuesta amiga.

De momento no estaban teniendo mucha suerte para encontrar a Hermana Menor. Primero habían ido a casa del señor Dong, por si Yue había sentido el impulso de hablar con su hermana Dehuai o jugar con sus sobrinos. Luego habían corrido a preguntar a la señora Mi, que reaccionó con cierta sorpresa ante la visita pero dijo que no veía a Yue desde hacía días. Cada vez más nerviosas, habían decidido comprobar si con la señora Tao les iba mejor. Si eso también fallaba solo les quedaría intentarlo con las señoras Hong y Bai, cosa que a Tía Jiang le apetecía tan poco como a Daiyu. La señora Hong era una desagradable y la señora Bai, una cotilla. No tenían ganas de exponer sus problemas domésticos ante ellas. Pero si era la manera de encontrar a Yue, irían al mismísimo magistrado de la ciudad.

Esperaba que a los hombres les estuviera yendo mejor. Padre y el capitán se habían quedado en casa por si Yue regresaba (y porque de nada servirían en la búsqueda: Padre era ciego y el capitán debía esconderse de la guardia). Tío Feng

y Grano de Mijo se habían encaminado al mercado. No tanto porque fuera un lugar donde cupiera encontrar a Hermana Menor en mitad de un día de descanso y con las puertas cerradas, sino porque en realidad no se les ocurrían muchos sitios más donde buscarla. Yue nunca había salido a pasear sola por la ciudad. Aquellas cosas solo las hacía Daiyu.

Al brotarle ese pensamiento sintió otra vez la asfixiante mordedura de la culpa. Quiso aliviarlo de algún modo.

—Tía Jiang, yo…

—No digas nada —replicó ella, seca—. Si le pasa algo, estará en tu conciencia.

Daiyu apretó los labios para frenar la angustia. Sabía que Tía Jiang tenía razón. Todo lo que ocurriera sería su responsabilidad. Era ella la que había dado alas a Hermana Menor, la que le había llenado la cabeza de historias de aventuras. Era ella, y nadie más que ella, quien había avivado las llamas de su imaginación con sus escapadas ayudando al capitán. No podía negarlo: la misma Yue le había dicho la noche anterior la envidia que sentía, lo mucho que le habría gustado actuar como ella.

Fue entonces cuando entendió, cuando supo dónde estaba Hermana Menor.

—¡Tía Jiang! ¡Vamos a la calle de los armeros!

La mujer arrugó el entrecejo, pero le hizo caso. Fueron tan rápido como se lo permitieron los caminantes y carromatos. Sin necesidad de darle más información, Tía Jiang supo dirigirse al taller concreto que debían buscar.

Se encontraron con Hermana Menor alejándose de allí en aquel preciso momento, con un fardo en las manos tapado con telas. Al verlas, sonrió y fue dando joviales saltitos hasta alcanzarla. Tan pronto como estuvieron juntas saludó con alegría y señaló el bulto con la cabeza.

—¡La espada y el casco del capitán! ¡He logrado que el maestro abra su taller para mí! ¡Así el capitán no tendrá que venir a buscar sus cosas!

La respuesta de Tía Jiang fue propinarle una bofetada. En cuanto todo el entusiasmo desapareció del rostro de su hija, le dio un fuerte abrazo.

*

—¡Me da igual lo que haga Daiyu! ¡Tú no eres ella, maldita sea! ¡No llegarás nunca tan alto como puede llegar ella! ¡No tendrás el mismo marido ni la misma posición social! ¡No puedes tener los mismos arrebatos infantiles que ella! ¡Ella se puede permitir ciertas extravagancias, tú no! ¡Métetelo en la cabeza, tú no eres la hija de un médico de la corte! ¡Ningún hombre querrá por esposa a una tejedora

desobediente que hace lo que le viene en gana! ¡No te fijes tanto en Daiyu, fíjate en tu hermana Dehuai! ¡Ella sí que sabe cuál es su lugar! ¡En casa, obedeciendo a los hombres!

Daiyu notó la garganta seca. Jamás había visto a Tío Feng tan enfadado. No era alguien que dijera una palabra más alta que la otra; en vez de eso siempre procuraba reflexionar y razonar. No obstante, en aquel momento estaba fuera de sí. Vociferaba a Hermana Menor desde el centro del patio de la casa, sacudiendo las manos a diestro y siniestro para dar más énfasis a su desmedida reprimenda. Los demás escuchaban y callaban respetando la autoridad paterna, pero a Daiyu se le hacía muy cuesta arriba ser una simple testigo de la escena. Tenía ganas de decir algo, aunque solo fuera para que Tío Feng dirigiera su furia hacia ella en vez de hacia Yue. Su amiga, devastada por la despiadada sinceridad de su padre, se estremecía y lloraba.

—Lo siento, padre —gimió.

—¡Haces bien en sentirlo! ¡Porque te vas a acordar del día de hoy! ¡No vas a volver a salir de esta casa! ¡Para nada! ¡Harás tus tareas y, cuando no tengas nada que hacer, te quedarás encerrada en la habitación! ¡Así hasta que aprendas!

Daiyu no podía más. Tenía que intervenir. No era justo que Hermana Menor se llevara todo el castigo. Miró alrededor, buscando apoyos en la actitud de los demás, pero no los encontró. Padre parecía estar de acuerdo con la regañina. Tía Jiang le lanzó a Daiyu una mueca de reprobación, sin invitarla a contradecir a su marido. Y el capitán Zheng Gao…

El capitán le sostuvo la mirada y sutilmente negó con la cabeza. En su cara Daiyu vio reflejado su propio sentimiento de culpa. Ella supo de inmediato por qué: el soldado tenía en la mano su espada *jian*, cuya empuñadura ahora estaba tallada con la detallista figura de un tigre. La espada que había ido a buscar Yue con la intención de hacerle un favor al *bugeng*. La espada que había sido la causa de la situación en la que se encontraban.

El capitán se sentía tan responsable como Daiyu, pero no decía nada porque no les correspondía hablar. Ambos eran, después de todo, invitados en casa de Tío Feng. Habría sido una grosería llevarle la contraria al jefe de familia bajo su techo.

Daiyu se tragó sus palabras. No era el momento de hablar. Ya lo haría luego, en privado y cuando Tío Feng recuperara su habitual tranquilidad.

El portazo los sobresaltó a todos. Tan enfrascados estaban en la discusión que no se habían percatado de que alguien había entrado en el patio desde la calle. Y en vez de saludar o disculparse por interrumpir, lo que había hecho era la descortesía de cerrar la puerta de forma violenta.

El grupo se petrificó al ver quién era el recién llegado: se trataba del jefe

Guan Bai, el responsable de Tío Feng en el mercado.

Contempló cejijunto la silenciosa escena que se había formado ante él y sacudió la cabeza.

—Así que es cierto —dijo con una mueca de irritación—. Estáis escondiendo a un fugitivo del imperio en una casa del gremio de tejedores.

十二

Todos quedaron boquiabiertos sin saber qué decir o hacer. Al final fue Tío Feng el primero en reaccionar y componer una larga inclinación, tal y como ordenaban los ritos de los Zhou.

—Jefe Guan Bai, puedo explicar esto. Yo…

Una mano del orondo hombre aleteó frente a su cara.

—No hay nada que explicar. Creo que todo está más que claro. —Señaló con desgana a la espada *jian* de Zheng Gao, sacudió la cabeza y soltó un sonoro suspiro—. Yo tenía tantas esperanzas puestas en el señor Hu Feng… Creía que juntos podríamos cerrar las discusiones nacionalistas entre su gente y la mía, centrarnos en trabajar y ganar dinero. Y ahora el señor Hu Feng me hace esto. ¿Y dónde quedo yo, eh? ¿Dónde queda lo que he hecho? —Caminó con parsimonia hasta colocarse junto al *bugeng*—. Y usted debe de ser el salvaje asesino al que busca toda Xianyang.

El capitán apoyó su espada en la pared y se inclinó con total deferencia ante el jefe Guan Bai.

—Me llamo Zheng Gao, señor. Soy soldado imperial y las cosas que se dicen de mí son falsas. Además, ni la familia de Hu Feng ni la de Li Ping son responsables de nada. Los he obligado a tenerme aquí bajo amenaza de muerte. De hecho, el maestro Li Ping jurará sin problemas que estuvo a punto de matarme. Quiso hacerlo, pero al final no tuvo ocasión. Así que no tiene sentido que los acuse de nada.

El jefe le sostuvo la mirada durante un buen rato y luego bufó.

—El soldado Zheng Gao va a tener que aprender a mentir mejor. Si yo no me he creído esa excusa, el magistrado tampoco lo hará.

La mención a las autoridades hizo que Daiyu tuviera un escalofrío.

—¿Nos va a denunciar? —preguntó, y en cuanto lo hizo se arrepintió de haber hablado en una discusión de hombres; lo último que necesitaban en aquel momento era soliviantar al jefe con sus poco respetuosas salidas de tono. Sin

embargo, él la miró y le habló con naturalidad.

—¿Acaso tengo otra opción? ¡Vaya manera de hacer las cosas! No habéis sido muy sutiles con vuestras entradas y salidas. Si alguien os miraba estaba claro que se daría cuenta de los paseos del soldado Zheng Gao. Que, vaya casualidad, llegó en mal estado a esta casa el mismo día en el que aparecieron dos cadáveres apuñalados. ¿No podíais haber sido más discretos? Con tanto movimiento raro habéis dado la confirmación que necesitaban quienes os vigilaban.

—¿Nos vigilaban? —preguntó Daiyu, que empezaba a sentir un poco de enfado entre todo el miedo—. ¿Quién nos…? ¡Ah! Fueron esos tres, ¿verdad? Su, Tang y Zhu.

—Pues sí. Os la tienen jurada desde hace tiempo y les habéis regalado los medios para que os ataquen. Como si no bastara con las actividades ilegales de tu padre. Que sí, que todo el mundo las conoce. Hasta ahora no os han denunciado porque el maestro Li Ping es buena gente y ayuda con su medicina a los que no tienen dinero para un médico de verdad. Pero una cosa es eso y otra mezclarse con fugitivos buscados por asesinato. Y si a mí me dicen que uno de mis tejedores está metido en estas cosas, tengo que investigarlo. ¿Veis dónde me habéis puesto? ¿Eh?

El Tío Feng avanzó e hizo otra marcada reverencia.

—¿No puede el jefe Guan Bai ayudarnos de algún modo?

El hombretón volvió a bufar.

—Es lo que estoy haciendo. —Lanzó una especie de gruñido al tiempo que sacudía su cabeza y su papada—. Los de Qin ya me tenían desagrado. Nunca les gustó que yo prestara tantas atenciones al señor Hu Feng: tratarlo como un igual, alquilarle esta casa… Habrían preferido que le hiciera la vida imposible, sobre todo por la cantidad de comerciantes de Chu que habrían sufrido también. Pero yo quise juntar, no separar, y ahora también soy su enemigo. Por eso me han puesto entre la espada y la pared. Su, Tang y Zhu podrían haber denunciado ellos, pero han sido listos y me han puesto en este brete. Si yo voy al magistrado y le cuento lo que he visto, seré yo la mala persona que hunda a la familia de Hu Feng y a los demás de Chu. Y si no denuncio, ellos lo harán, me incluirán en la lista y uno de ellos se quedará como jefe en el mercado. Así que debo denunciar. No tengo otra opción. Debo ir ahora mismo al magistrado y contarle lo que he visto aquí.

El Tío Feng quedó blanco como la nieve.

—Jefe Guan Bai…

El aludido volvió a agitar su mano.

—No, señor Hu Feng. No se puede evitar. Debo ir. Ahora bien… yo estoy muy gordo. No puedo caminar rápido. Me canso con facilidad y debo descansar

cada poco. Además, soy muy despistado. Cuando llegue al palacio del magistrado igual se me olvida mencionar a los sirvientes que voy por un asunto urgente, así que es posible que me tengan esperando bastante tiempo antes de que el magistrado me reciba. Es un hombre ocupado, al fin y al cabo, y yo un simple comerciante. —Miró a Tío Feng sin artificios ni aspavientos—. Ese es el tiempo del que disponéis, amigo mío. Supongo que, en cuanto hable con el magistrado, despachará a la guardia. Pero si no os encuentra aquí… —Se encogió de hombros—. Haceos con lo imprescindible y marchaos.

El silencio se convirtió en una losa de plomo. Parecía que el patio estaba lleno de estatuas, tan inmóviles habían quedado.

Tío Feng y Tía Jiang se miraban a los ojos, pálidos. Hermana Menor parecía a punto de desmoronarse. Hasta Padre se había quitado el sombrero y toqueteaba con nerviosismo las dos plumas de faisán.

—Jefe Guan Bai —dijo el capitán—, esta gente no ha hecho nada malo. No le miento. Todo lo que han hecho ha sido para proteger al emperador. Hay unos conspiradores que planean su muerte. ¡No se puede castigar a nadie por tratar de impedirlo!

El orondo tejedor miró al *bugeng* con tristeza.

—No dudo de la sinceridad del soldado Zheng Gao y desearía poder hacer algo. Pero yo no puedo decidir esas cosas. Eso es tarea del magistrado. Si queréis hablar con alguien que pueda escucharos, debéis entregaros. Si no queréis eso, solo os queda huir.

—¿Huir? —repitió Yue con un sollozo y la incredulidad grabada en su cara—. ¿Tenemos que dejar la casa? ¿Nos quedaremos… en la calle?

Tío Feng la abrazó. Cada una de sus palabras fue un tizón ardiendo que bajaba por la garganta de Daiyu. Como si volviera a estar en Chu, pero en aquella ocasión también veía el sufrimiento y el miedo de una hermana pequeña.

El jefe Guan Bai volvió a encogerse de hombros.

—Ojalá pudiera ofrecer otra solución. Pero no la hay. Esta casa vuelve a ser del gremio. —Bajó la cabeza y tragó saliva, buscando la manera de seguir con las malas noticias—. Y además… Bueno, ahora que el señor Hu Feng no será parte del gremio… nadie lo acogerá. Ningún tejedor. Entre esta acusación y las malas palabras que están soltando sobre el señor Hu Feng los nobles de Chu, todos tendrán miedo de acercarse a vosotros. Me temo que nadie del gremio os dará ayuda. Tenéis que buscarla en cualquier otro lugar.

Le dio unas palmaditas en el hombro a Tío Feng y se marchó con lentitud, cerrando la puerta del patio tras de sí.

Lo habían perdido todo. Casa, ingresos, posición social, amistades. Como si un terremoto lo hubiera devorado sin dejar rastro. Con un manotazo, los dioses

habían dado un cruel vuelco a su fortuna. Aunque fuera por segunda vez, a Daiyu no le resultaba más fácil aceptarlo.

Porque había una diferencia importante: en esa ocasión no contarían con la ayuda y el apoyo de la gente de Chu. Nadie les cedería un techo. Nadie respondería por ellos. Nadie los trataría como si fueran parte de la familia. Estaban solos.

Solos y con una amenaza sobre sus cabezas: a menos que encontraran pronto un refugio, serían arrestados y condenados.

No hubo debate, únicamente aceptación.

Solo tenían una alternativa.

*

—Deduzco que no habéis venido a traerme mi parte del tesoro —dijo Buey Nocturno con una prepotente sonrisa.

Se encontraban en la misma sala en la que el capitán Zheng Gao y Daiyu habían interrogado al delincuente. Varios dirigentes de la Hermandad sin Lazos estaban arrodillados alrededor de la mesa redonda y los recién llegados se apelotonaban, también genuflexos, sobre las alfombras. Tío Feng y Padre al frente, en calidad de cabezas de familia, y las tres mujeres detrás. Grano de Mijo trataba de no llamar la atención desde un rincón y el capitán veía la escena desde el lado opuesto, aparte y acariciando el bulto que guardaba su espada y su yelmo.

A nadie le gustaba estar allí, pero no les quedaba ninguna otra posibilidad. Aunque Hermana Menor había mencionado de pasada a Dehuai, Tía Jiang y Tío Feng se habían opuesto a presentarse de aquel modo en casa del señor Dong pidiendo ayuda a su hija. Su familia política era demasiado tradicional como para tolerar semejante vergüenza pública, y tía Jiang no quería que nada de aquello manchara el estatus de Dehuai.

Con todas las demás opciones cerradas, solo les quedaba la de la humillación. Así que tomaron las cosas que fueron capaces de cargar —en especial las sedas y las tablillas del altar familiar— y se escabulleron hacia la sala de juegos de la Hermandad. Atravesaron la muralla pidiendo acceso por el pasadizo secreto, sin que los criminales que lo custodiaban les pusieran ninguna pega: era casi como si hubieran recibido órdenes de actuar de aquel modo. Se arrastraron —metafórica y literalmente— hasta el antro de Buey Nocturno y pidieron una audiencia. Tras dejar sus pertenencias en un rincón del piso inferior, donde había un grupo de gente bebiendo y apostando a pesar de ser media mañana, los llevaron hasta el líder de la banda.

—No había ningún tesoro —respondió Padre—. Solo una entrada, un camino secreto hacia el palacio. Creemos que los conspiradores quieren asesinar al emperador.

Buey Nocturno levantó las cejas.

—Ya veo. Interesante. Aunque eso no me da beneficios. —Se volvió a Zheng Gao—. El favor que os hice dándoos información no está pagado.

El capitán lo miró con rabia en la cara.

—Dijiste que la información era un regalo.

—Sí. Pero eso fue antes de veros venir así. —Señaló al lamentable estado que presentaban—. Las cosas han cambiado. Parece que habéis venido a pedirme *otro* favor. Así que quiero dejar claro desde el principio que estáis en mis manos. No estáis por encima de mí. Ni siquiera sois mis iguales. Estáis por debajo. Soy vuestro emperador. Si queréis que os escuche, esas son las condiciones.

Buey Nocturno miraba a Tío Feng al hablar, y él se dio por aludido. Primero apretó los dientes y las manos, pero luego se relajó. Temblando, agachó todo el cuerpo hasta golpear el suelo con la cabeza. La señal de máximo respeto que alguien podía dedicar a sus superiores. Tía Jiang bajó la mirada con calladas lágrimas en los ojos.

—Aceptamos las condiciones —dijo Tío Feng. Buey Nocturno se relamió.

—Bien. Podéis hablar. ¿Qué favor deseáis pedirme?

Tío Feng respondió sin levantar la frente.

—Señor, deseamos que nos concedáis cobijo. Hemos perdido nuestra casa y no tenemos dónde vivir. Necesitamos un sitio donde la guardia no nos encuentre.

Buey Nocturno se cruzó de brazos e intercambió miradas con sus lugartenientes. El anciano Cen Xiong ni se inmutó. Bao Feihong, el joven atractivo, siguió haciendo lo que había hecho desde que llegaron: clavar sus ojos en Daiyu, desnudándola con la mirada. Pero Lang Guo, el hombre sin nariz lleno de cicatrices, sonrió y asintió.

—Parece que mis consejeros no ven inconveniente a que os muestre benevolencia. Por lo tanto, accedo.

Daiyu sintió que podía respirar otra vez. Por un momento había pensado que Buey Nocturno aprovecharía para echarle en cara a Tío Feng todos sus pasados desaires. Más calmada, miró a los patriarcas, pero volvió a preocuparse al ver que ambos seguían serios. También lo estaba Zheng Gao.

—Gracias, señor —dijo Tío Feng. Pero en su rostro seguía sin aparecer el alivio de la gratitud.

—Sin embargo —añadió Buey Nocturno—, tendréis que pagar un alquiler.

Daiyu comprendió por fin. El jefe de la Hermandad no hacía nada gratis,

después de todo.

—Pagaré lo que haga falta —dijo Tío Feng, todavía agachado y sumiso—, pero ahora mismo no tenemos dinero y nos hemos quedado sin trabajo.

—Lo sé. Por eso no os voy a cobrar en dinero. —Sonrió—. Viejo Feng, no hace falta darle tantas vueltas. Sabes bien lo que quiero. Quiero tu vasallaje.

Desde su prosternación, Tío Feng volvió a apretar los puños. Pero tras un par de respiraciones recuperó el control.

—Mi señor Buey Nocturno me da demasiado valor. He perdido toda mi posición en el gremio. La gente de Chu se aleja de mí. A mi señor Buey Nocturno no le serviría de nada mi vasallaje.

—Me servirá porque disfrutaré viéndote sometido —dijo sin tapujos—. Igual que disfruto ahora con tus palabras melosas. Quiero que todo el mundo lo sepa: nadie se me puede resistir. Serás un ejemplo para el resto. El altanero Hu Feng, convertido en mi lacayo. Eso hará que los demás dejen de ser tan testarudos conmigo. Me serás útil incluso ahora que no vales ni una mierda de perro.

Los secuaces de Buey Nocturno no ocultaron sus risitas ante la sensación de poder. Los otros estaban cabizbajos, aceptando la insultante inclemencia de su destino. El único que mantenía la pose orgullosa era Zheng Gao, con una mano sobre el fardo de su espada.

—En… En ese caso… —Tío Feng pareció atragantarse con las palabras—. Acepto. Si mi señor Buey Nocturno desea, seré su vasallo.

—Tú y toda tu familia.

Otra vez puños apretados.

—Yo… y toda mi familia.

—Estupendo. Puedes levantar la cabeza, vasallo.

Tío Feng se incorporó, pero fue incapaz de alzar los ojos. Estaba esquivando las miradas de todos. Buey Nocturno llenó un par de platillos de licor y Bao Feihong le pasó uno al patriarca.

—Brinda con tu nuevo amo —le dijo, burlón.

Tío Feng asintió. Ambos alzaron los recipientes y los vaciaron.

—Estupendo —dijo Buey Nocturno—. Quedáis todos bajo mi protección, siempre que cumpláis mis órdenes. —Pareció pensar algo—. Aunque, ahora que lo menciono… ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti? ¿Cómo sé que no me traicionarás si en el futuro estás menos necesitado? Podrías tratar de huir o cualquier otra idea loca.

—Mi señor tiene mi palabra de honor.

El tatuado hombre soltó una grosera risotada.

—¡Honor! ¿De qué sirve eso? ¿Te ha protegido a ti? No seas ridículo. Del honor me fío menos que de la guardia.

—Entonces no sé qué hacer para tranquilizar a mi señor.

Buey Nocturno frunció el ceño.

—¿No? A mí sí se me ocurre una idea. Hacer lo que hacen los nobles en sus palacios para asegurar alianzas. —Miró fijamente a Hermana Menor—. Unamos nuestras familias. Entrégame a tu hija.

Todos los músculos de Tío Feng se tensaron y su rostro enrojeció. Cuando habló se le escapó el tuteo.

—¿Quieres… que te entregue a mi hija como esposa?

Buey Nocturno rio de nuevo.

—¿Esposa? ¡Ya estoy casado! No, la hija de un pordiosero no merece ser mi esposa. Me la entregarás como concubina.

Daiyu vio el sobresalto de Yue. Tía Jiang tuvo que sujetarla porque estuvo a punto de desvanecerse. No era para menos. ¡Concubina! ¡Y sometida a aquel animal!

Tío Feng miró a los ojos a Buey Nocturno y, más que hablar, casi gruñó.

—Mi hija no será tu concubina.

Buey Nocturno se inclinó hacia delante con una mueca socarrona.

—¿Ves? Hasta ahí llega tu palabra de honor. Ya sabía yo que mentías cuando me prometiste lealtad… Si tú no cumples con tu parte, yo tampoco. Podéis marcharos. Y no volváis.

La ira de Tío Feng se desvaneció de golpe, sustituida por algo que Daiyu conocía bien: el miedo. Se le enrojecieron los ojos. Aun así, siguió resistiéndose.

—Mi señor —dijo, de nuevo con sumisión—, mi hija no… no vale nada. Es como mi señor ha dicho. Es la hija de un pordiosero. Mi suciedad mancharía el nombre de mi señor. Mi señor no gana nada uniéndose a ella.

—Es guapa y quiero poseerla —replicó el criminal, disfrutando de cada soez intervención—. Eso gano. Además, me puede dar hijos que sigan mi negocio. O hijas que pueda vender. —Tío Feng hizo amago de volver a oponerse, pero Buey Nocturno lo frenó señalándolo con el dedo—. No. No digas más. Esto no es una negociación. Tienes suerte de que solo te pida esto. Podría ordenarte que me la regalaras como puta para mi burdel. —Hermana Menor gimió, aterrada, al tiempo que Bao Feihong salivaba de anticipación—. Sería un pago justo por el favor que os hago. Así que elige: o me la entregas como concubina o salís de aquí ahora mismo.

—Por… por favor, mi señor. Es solo una niña. ¡Ni siquiera ha hecho la ceremonia de la aguja del pelo!

Lejos de responder, Buey Nocturno lo miró con una frialdad que no aceptaba alternativas. Tía Jiang y Hermana Menor lloraban desconsoladas. Padre no era capaz de alzar la cabeza. Tío Feng tardó en recuperar la capacidad de

hablar. Lo hizo tras una nueva inclinación, que ejecutó con la lentitud de un enfermo terminal.

—Será… Será como desee mi señor. Mi hija será su concubina.

—¡No! —gritó Yue, incapaz de soportar tanta desesperación. A Daiyu también se le humedecieron los ojos. Buey Nocturno, por su parte, quedó satisfecho.

—Estupendo. Pues dejadnos a solas. Mi futura concubina y yo vamos a consumar nuestra relación.

Tío Feng jadeó como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí. He visto que no me puedo fiar de tu palabra. Voy a asegurarme de que no me mientes. La mejor manera es tomar a tu hija ya mismo. No querrás traicionarme cuando ella ya no valga nada para otro hombre. No hay problema, ¿verdad? Al fin y al cabo, esto va a pasar tarde o temprano. A menos que estés intentando engañarme otra vez. ¿Me estás intentando engañar, vasallo?

—Yo… —Agachó la cabeza—. No, mi señor.

—Entonces, todo conforme. Marchaos. Tu hija y yo necesitamos intimidad.

Tío Feng quedó paralizado con la frente sobre la alfombra. Toda la sangre marchó de la cara de Tía Jiang. Hermana Menor chilló como una gatita herida.

—¡No! ¡No, por favor! ¡Padre, no lo permitas! ¡Por favor! ¡No te volveré a desobedecer! ¡Perdóname!

Tío Feng no levantó la cabeza, pero los espasmos de su cuerpo demostraban que también estaba llorando. Aunque no podía ver la cara de súplica y congoja de su hija, le bastaba con oír sus atormentadas palabras.

A Daiyu también.

—¡Déjala! —gritó, y toda la sala se volvió hacia ella—. ¡Déjala en paz!

—Florecita, no te metas que están hablando los mayores.

Ella no se arredró.

—¡No! ¡Escúchame! ¡Deja a Yue! ¡Yo seré tu concubina!

La cara de Padre se desmoronó al oír eso, pero ella fingió no darse cuenta. Buey Nocturno ladeó la cabeza.

—¿De qué estás hablando, florecita?

—Lo que has oído. Puedes tenerme a mí.

—¿Hablas en serio?

—¡No!

No había respondido Daiyu sino el capitán Zheng Gao. Se alzó como por un resorte, con la espada envainada en la mano. Ante el repentino gesto también se levantaron Bao Feihong y Lang Guo, ambos con largos puñales listos para atacar. El *bugeng* no titubeó.

—¡Esto se acabó! —siguió diciendo, *jian* ante sí y con un potente chorro de *qi yang* saliendo de sus ojos oscuros—. ¡Vuestros insultos se acabaron! ¡Ahora os vais a disculpar!

Daiyu fue la única que vio la media sonrisa que afloró en el rostro de Padre. Los criminales de la Hermandad no se inmutaron ante la bravata del capitán.

—¿Y si no quiero disculparme? —preguntó Buey Nocturno con tono juguetón.

—Morís. Todos vosotros y los hombres que tenéis abajo.

—Muy seguro te veo.

—La última vez que gente de tu calaña osó enfrentarse a mí, dejé el campo cubierto de cadáveres.

—Y eso se supone que debe asustarme.

Buey Nocturno respiró hondo, tomó algo que había oculto debajo de la mesa y se levantó sin prisas. En las manos llevaba otra espada *jian* envainada. Al ver el desconcierto en la cara del capitán, sonrió.

—Ya ves. Yo también robé cosas cuando estuve en el ejército. —Dio un vistazo alrededor, sin que pareciera afectarle la tensión que oprimía a los demás—. Ahora pensemos. ¿Podrías vencernos a mí y mis hombres? Quizá. ¿Podrías evitar que esta gente —inquirió señalando a los demás— saliera herida? Lo dudo. Solo por eso deberías cerrar la bocaza. Pero hay más. Incluso si nos vences y no destripamos a ninguno de tus amiguitos… incluso entonces habrás perdido. Pareces olvidar que habéis venido aquí a pedirme un favor: que os esconda de la guardia. Dime, soldadito, si yo muero, ¿cómo os voy a proteger? ¿Qué será de tus amigos? Así que piensa bien lo que vas a hacer a continuación, porque la única manera que tienes de no perder es volver al suelo y callarte de una puta vez.

Zheng Gao no se movió, pero sus ojos giraron con rapidez hacia Daiyu. A ella no le costó adivinar lo que pensaba: ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Estaba protegiéndola o poniéndola en peligro?

Debió de decantarse por la primera opción. Con un empujón del pulgar izquierdo hizo que el metal de su arma asomara un poco y aferró bien su mano a la empuñadura tallada. Buey Nocturno y sus hombres se deslizaron a posturas de guardia.

Daiyu sacudió la cabeza.

—¡Parad! ¡Capitán Zheng Gao, pare!

El *bugeng* la miró.

—Señorita, por favor, apártese. Esto acabará rápido. Más que en el callejón. Ahora tengo mi espada.

—¡No, capitán! ¡No! ¡Escuche, por favor! —Se levantó y se puso junto a él—. Es mi decisión, capitán. Mi sacrificio. El capitán Zheng Gao es un soldado.

Seguro que entenderá lo que es sacrificarse en el campo de batalla. Darlo todo para ayudar a sus camaradas.

Una grieta de duda apareció en los ojos del capitán. Ya no se lo veía tan convencido de lo que debía hacer.

—¡No la escuche, capitán! —intervino Padre de repente, también alzándose—. ¡Hija, no lo hagas! ¡No tienes por qué sacrificarte!

—Sí, tengo que hacerlo —le respondió con todo el amor que supo condensar—. ¿No te das cuenta? ¡Esto es por mi culpa! ¡Por mi culpa! ¡Tío Feng lo ha perdido todo porque yo no me supe comportar! ¡Porque empujé a Yue con ideas de aventuras! ¡Esto es culpa mía! —Las lágrimas le resbalaron sin cesar por las mejillas—. No puedo dejar que Yue sufra por mis errores.

Padre sacudió la cabeza, impotente y dolorido.

—No, hija mía —sollozó—. Por favor, no puedo perderte. A ti también no… No puedo consentirlo…

Ella lo abrazó, tratando de enterrar su angustia.

—Puedes y debes. ¿O acaso quieres romper el corazón de Tío Feng? ¿Crees que ellos lo merecen? ¿Crees que es justo que pasen por esto, después de todo lo que han hecho por nosotros? ¿Y cuando ellos no tienen culpa? —Padre no pudo responder; el desgarrador llanto lo ahogaba. Daiyu compuso como pudo una sonrisa en la que no creía—. En el fondo… En el fondo esto me suena. Tomar el camino difícil para proteger a la familia. ¿Eh, padre? Soy digna hija tuya.

El abrazo del maestro se hizo más fuerte, al igual que sus sollozos.

—Señorita. —El capitán seguía empuñando su *jian* y negó con la cabeza—. Esto no tiene por qué salir así.

Ella sacó de nuevo su falsa sonrisa con una facilidad pasmosa.

—El capitán Zheng Gao me conoce. Sabe que, si se me mete algo en la cabeza, no puede evitar que lo haga. Por favor, capitán, no me ponga esto más difícil.

El guerrero la miró a ella, a los hombres de la Hermandad y a Padre. Al final, con un gesto de frustración volvió a ocultar el filo de la espada en su vaina. Los criminales relajaron su pose.

—No me interpondré entre la señorita Daiyu y su deuda de honor hacia Hu Feng —dijo el *bugeng*—. Pero si la señorita Daiyu cambia de idea, con gusto seré su brazo.

—Gracias —respondió ella—. Ahora quiero pedirle otro favor al capitán Zheng Gao. Por favor, cuide de Yue. Esté a su lado. Protéjala.

Las dos amigas se miraron, y bastó un instante de aquella comunicación sin palabras para que ambas volvieran a llorar.

La escena fue interrumpida por Buey Nocturno.

—Todo esto está muy bien. Me parece precioso que os hayáis puesto de acuerdo. Pero yo no he aceptado nada. Ni siquiera sé por qué debería hacerlo. Me dices que te tome como concubina a cambio de la otra. ¿Por qué debería? ¿Por qué renunciar a una de vosotras? Puedo obligar a tu padre a venderte a ti como puta. O hacer lo mismo que con el viejo Feng, forzarlo a que te entregue como concubina para mí. Así os tendría a las dos.

Zheng Gao volvió a levantar la espada, pero Daiyu lo frenó con un gesto tranquilo.

—Mi señor no me quiere de puta. Mi señor necesita tenerme de concubina. Yue es de baja cuna. Yo soy la hija de un médico de la realeza de Chu. Tengo educación y puedo darle sofisticación a todo lo que tiene mi señor. Puedo elevar su corte. Eso vale más que el mero placer de acostarse conmigo, que es todo lo que conseguiría prostituyéndome.

»Y si mi señor libera a Yue, si la protege, yo seré más… complaciente con mi señor. Haré lo que sea para que ella esté a salvo. Lo que sea. Además, mi señor debe saber que el señor Hu Feng está en deuda con mi padre. Hará todo lo que padre le pida. Y padre hará todo lo que le pida yo. Si mi señor me toma como concubina por las buenas, tendrá control sobre dos familias.

Buey Nocturno sonrió otra vez.

—Eres lista, florecita. Y valiente. Sabes venderte. Pero ¿de verdad harás todo eso de buena gana? ¿Serás una concubina obediente? ¿Sabrás ocupar el lugar que te corresponde, haciendo todo lo que te digamos mi esposa y yo? ¿Lo harás sin esas aventuritas tuyas, sin llevarme la contraria?

Daiyu escuchó en su mente la pregunta que él no pronunció: «¿Renunciarás a todos tus sueños y deseos para siempre?».

Se secó los restos de lágrimas con una mano y asintió.

—Sí, mi señor.

—Si desobedeces aunque sea solo una vez, se lo haré pagar a tu amiguita. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, mi señor.

—Entonces, tenemos un trato. Marchaos todos. Esta florecita y yo necesitamos un rato a solas.

Nadie se movió. El estupor ante lo que acababa de ocurrir rezumaba por todas partes. Padre había dejado de llorar, pero también de moverse; su cabeza colgaba, casi sin vida. Tía Jiang abrazaba a Hermana Menor y solo fue capaz de inclinar la cabeza ante Daiyu. Tío Feng apartó la mirada, avergonzado.

—¿Es que no habéis oído? —berreó Lang Guo—. ¡Moved el culo!

Al ver que los hombres de la Hermandad se ponían de pie en dirección a la puerta, los demás hicieron otro tanto con lentitud. Daiyu dio sentidos abrazos al

maestro y a Yue, y le dedicó una pequeña reverencia cargada de significado al capitán Zheng Gao. Luego, empujados por los criminales, se fueron todos.

La dejaron a solas con Buey Nocturno.

El hombre se acercó a ella sin prisas, sonriendo. Ella notó en sus oídos el fuerte latido de su corazón. Trató de no pensar demasiado en lo que estaba a punto de suceder; pero era imposible no hacerlo, no darse cuenta de aquella gran sombra que caminaba en su dirección. Y que pronto estaría… estaría…

—He estado a punto de decirle que se quedara —comentó Buey Nocturno cuando paró a un par de pasos de ella—. A tu novio el soldadito. Para que lo viera todo. Pero he decidido ser bueno contigo. Espero que me lo agradezcas.

Como no era capaz de articular palabra, y confiando en que eso disimulara sus temblores, Daiyu se limitó a hacer una ceremoniosa larga inclinación. A Buey Nocturno pareció gustarle el lento gesto de sumisión.

—Ya que mi señor lo menciona —musitó ella con voz rasposa y la vista en el suelo—, desearía pedirle algo. Hay un joven llamado Mono Plateado. Él sabe la identidad de los conspiradores. La gente que ha importunado a mi señor. Si pudiéramos capturar a Mono Plateado e interrogarle, entonces…

—Hablas demasiado, florecita.

La besó. De repente él estaba ahí, a su lado, apretándola contra su cuerpo, igual que el abrazo de Zheng Gao en el callejón, y también todo lo diferente que podía ser. El aroma de su sudor, la aspereza de su barba de dos días, el ominoso bulto que ella notaba a la altura de su vientre. La cabeza empezó a darle vueltas. Buey Nocturno se tomó su tiempo y el mundo de Daiyu se redujo a aquel abrazo que la aprisionaba, a las manos que tomaban completa posesión de su cuerpo, al indeseado contacto de sus labios, a los efluvios de sus jadeos animales. Cuando él le metió la lengua en la boca, ella hizo un esfuerzo para aguantar las arcadas.

Con un movimiento calmado pero lleno de práctica le dejó los pechos al descubierto. Se dedicó a mirarlos durante un buen rato, disfrutando del azoramiento de su futura concubina. Luego se decidió por fin a acariciarlos sin impaciencia mientras ella miraba hacia otro lado, aturdida.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando nos conocimos? Te dije que no te iba a comer. ¿Lo recuerdas? —Hizo una breve pausa, paladeando la situación—. Pues ahora sí que lo voy a hacer.

Justo en ese momento empezaron los gritos.

*

El tigre lo miraba con gesto acusador. Incluso parecía haber decepción en su felino rostro. Por descontado, Zheng Gao sabía que se lo estaba imaginando. La nueva talla del yelmo que tenía en sus manos solo mostraba al fiero animal que el capitán había encargado, preparado para saltar contra una presa. No había dobles sentidos en su mirada; solo era un elaborado dibujo.

Aun así, resultaba difícil no sentir el ilusorio reproche de la bestia.

A su lado, invisibles para los clientes de la sala de juegos, las mujeres seguían llorando. El señor Hu Feng trataba de no acercarse, quizá porque sentía la misma vergüenza que el propio Zheng Gao.

Cualquiera que se fijara en el aspecto del maestro Li Ping la sentiría.

El médico no mostraba ninguna emoción. No hablaba. No se movía. Se dejaba llevar y se desplomaba de rodillas donde lo soltaran. Era como si un demonio le hubiera robado el hálito vital. Nada que ver con el hombre de rápido ingenio que Zheng Gao había conocido.

Al verlo de aquella manera, el *bugeng* se preguntó si había tomado la decisión acertada al no degollar a aquellos bastardos. Guardar su *jian* había parecido lógico en el momento, pero también daba la impresión de ser un error. ¿Podía uno equivocarse al tiempo que hacía lo correcto? Zheng Gao recordó su charla con el consejero Chen en el pueblo de los ratones: él había pensado que solo tenían dos maneras de resolver el problema de la aldea, pero el consejero había hallado una tercera. ¿Se encontraba en una situación similar? ¿Podía Zheng Gao hacer algo que no fuera matar a toda la Hermandad o dejar que Buey Nocturno se saliera con la suya?

El estómago se le revolvió otra vez al imaginar lo que le estaría haciendo a la señorita Daiyu. Su sangre dejó de ser agua para transformarse en fuego, sin pasar antes por la fase de madera.

Matar a todos o dejar que la señorita Daiyu sufriera un tormento. Si había una tercera opción, Zheng Gao no la veía. Y, eligiera lo que eligiera de las otras dos, el resultado siempre sabía a fracaso. Él había jurado proteger a la familia de Li Ping. ¿Era esa la manera? En el ejército había aprendido que a la gente se la protegía espada en mano. Pero Buey Nocturno tenía razón: si usaba esa aproximación, todos quedarían en la calle. La guardia los encontraría y condenaría.

No tenían por qué sufrir el castigo que esperaba a Zheng Gao.

Pero si no actuaba como un soldado, Li Ping sufriría igualmente. Y él habría incumplido su promesa de protección. Como había incumplido la promesa de proteger al consejero Chen.

Su vida reciente había sido una sucesión de fracasos.

Gritos y aplausos. A su alrededor la gente jugaba, bebía y manoseaba a

fulanas, mientras los hombres de la Hermandad se aseguraban de que los clientes siguieran gastando dinero. El sufrimiento de la gente que le había acogido estaba rodeado de frivolidad.

Miró otra vez al tigre de su celada. Fiero, indomable. Se fijó en el maestro Li Ping, abatido e inerte.

«He roto demasiadas promesas», pensó.

Tomó una decisión.

Se quitó con rapidez la tela que cubría su armadura. Desenrolló la capa. Se puso el yelmo. Tomó su espada *jian*, también tallada con tigres, y se la ciñó.

Volvía a parecer un soldado.

Algunos clientes y bandidos le echaron una ojeada, pero lo pasaron por alto; seguro que aquellas paredes habían visto otros miembros de la guardia entre los jugadores. A Zheng Gao, sin embargo, no se le escapó que tanto Bao Feihong como Lang Guo sí que se pusieron tensos ante su actitud.

No pasaba nada. No podrían evitar lo que estaba a punto de ocurrir.

Se acercó a sus protegidos —que también lo miraban con curiosidad— y habló al señor Hu Feng en un tono lo bastante bajo como para que nadie más que él y su familia lo oyeran.

—No me quedaré esperando. Voy a rescatar a la señorita Daiyu. Por favor, apártense a un rincón mientras me encargo de esta gente. Trataré de que nadie se les acerque. Cuando acabe, buscaremos un sitio para escondernos. Quizá en la bodega del túnel secreto o en el propio túnel. En cuanto mate a toda la Hermandad sin Lazos tardarán en reclamar ese edificio. Eso nos dará tiempo. La guardia ni siquiera sabe que ese sitio existe. No tiene por qué entrar ahí.

No les explicó la otra parte de su plan. Aquella en la que, tras dejarlos protegidos en el túnel, él se entregaría a las autoridades para que no buscaran más a Li Ping, a Hu Feng y a sus familias.

Notó una mano en su brazo. La del maestro Li Ping.

—Gracias, capitán —le dijo con inesperada energía—. Vaya. Vaya y mátelos a todos.

Zheng Gao tomó la mano del médico para que captara su silencioso asentimiento. Se levantó. Avanzó al centro del salón. Bao Feihong y Lang Guo fueron hacia él, dando señales a los demás miembros de la Hermandad, entre ellos el enorme Di Wu. Los criminales sacaron sus dagas. Él desenvainó su *jian*.

Justo en ese momento empezaron los gritos.

Venían del exterior, de más allá de la entrada al patio. Era una algarabía que sonaba a fuerte discusión. Los miembros de la Hermandad frenaron su avance y miraron con desconfianza a Zheng Gao, como si aquello fuera obra suya. Él también se detuvo, tratando de averiguar qué pasaba.

Un estrépito les hizo saber que habían reventado la puerta de acceso. Los gritos, esta vez de pánico, se extendieron a los clientes de la pelea de gallos. También se escuchó el choque de metales.

No había duda: alguien estaba atacando la casa de juegos.

Una riada de desharrapados armados con cuchillos inundó el lugar. Eran gente de baja estofa, no muy diferente de los que habían atacado la comitiva del consejero Chen. Sin dudarlo un momento, cargaron contra los secuaces de la Hermandad que estaban más cerca. Por pura superioridad numérica acabaron con tres de ellos antes de que el resto pudiera reaccionar. Mientras los clientes se alzaban llenos de terror, Di Wu se abalanzó contra los invasores.

—¡El Filo Oculto nos ataca! —gritó.

Frente a sí tenía a cinco rivales; demasiados para un puñal, pero no fue eso lo que usó. Tumbó una de las mesas de juego, la levantó a pulso y la usó como una suerte de ariete transversal. Los cinco hombres quedaron aplastados contra la pared, y Di Wu siguió empujando hasta que sonó un angustioso crujido y sus cuerpos dejaron de moverse.

Bao Feihong y Lang Guo parecieron convencerse de que aquel ataque había sido orquestado por Zheng Gao y decidieron ir contra él. Hicieron un movimiento en pinza para rodearlo, mientras los otros atacantes seguían matando sin piedad a cuanta persona veían: criminales de la Hermandad, clientes, incluso prostitutas.

Zheng Gao se aseguró de que sus protegidos siguieran en su rincón, lejos de toda aquella algarabía, y no esperó a que los dos hombres se colocaran. Corrió hacia el joven Bao y aprovechó el largo alcance de su *jian* para cortarle el cuello en un movimiento rápido. Antes de que su cadáver terminara de desplomarse en el suelo, Zheng Gao dio la vuelta para encarar al mutilado Lang Guo. Pero no lo tenía tras de sí como esperaba.

El lugarteniente de Buey Nocturno se había desviado. Hacia la familia de Hu Feng. Antes de que Zheng Gao pudiera hacer nada agarró a la señorita Yue, la levantó y la usó de escudo. Puso la punta de su cuchillo junto a su blanco cuello y sonrió al *bugeng*.

—¡Quieto! ¡Como des un paso, la mato!

La muchacha chilló, aterrorizada. Zheng Gao se detuvo y sopesó las opciones. Estaba demasiado lejos todavía. Pero incluso si tuviera a Lang Guo a su alcance, no podría golpearlo antes de que él atravesara a la joven.

—Eso es. Quietecito. Ahora suelta la espada, cabrón. ¡Vamos! ¡Hazlo!

El capitán asintió y se agachó poco a poco para dejar su *jian* en el suelo. La situación no era tan mala; desarmado o no, si Lang Guo quería atacarlo tendría que soltar a la señorita Yue y ponerse a su alcance. Eso ofrecía alternativas. El

lugarteniente no dejó de controlar cada movimiento de Zheng Gao, a la espera de cualquier imprevisto de su parte. Cuando vio que de verdad dejaba su arma en el suelo, amplió su sonrisa.

Lo que no vio, centrado como estaba en el *bugeng*, fue el ataque de la señora Jiang.

Aprovechando que tenía la mirada fija en otra parte, y con un grito rabioso y una celeridad que Zheng Gao jamás hubiera imaginado posible, la mujer se sacó su aguja del pelo y la clavó violentamente en el costado de Lang Guo. El hombre dio un respingo por el dolor y, al relajarse su presa, la señorita Yue se apartó lejos de él.

Zheng Gao tardó solo dos latidos en recuperar su arma, llegar hasta el hombre y ensartarlo.

Con ese terreno cubierto y los otros fuera de peligro, el capitán se volvió y estudió los alrededores. Los clientes y las putas estaban muertos o se habían ido. Tampoco veía a muchos hombres de la Hermandad. El gran Di Wu estaba siendo apuñalado por media docena de cuchillos. Buey Nocturno bajaba por las escaleras espada en mano, con la señorita Daiyu tras él. Varios de los invasores estaban observando a Zheng Gao con miedo en el rostro, y él de inmediato entendió por qué: seguro que no esperaban atacar un lugar protegido por un soldado de la guardia, que era lo que él parecía con su uniforme completo. Una cosa era matar a criminales y otra diferente enemistarse con el Ejército. Por eso todavía no se habían acercado a él. No lucharían con un soldado. O eso creía Zheng Gao hasta que se fijó.

Conocía a uno de los atacantes.

Lo conocía porque lo había visto muy de cerca en la emboscada al consejero Chen. Era uno de los hombres que lo había rodeado en la colina. Uno de los que lo habían dejado por muerto.

El delincuente lo había reconocido también.

Zheng Gao sonrió. Aquel ataque era lo que lo llevaría hasta el consejero. Solo necesitaba capturar a alguno de aquellos despojos humanos con vida.

Se disponía a embestirlos cuando una sombra bloqueó la luz de la puerta. Zheng Gao echó un rápido vistazo y no dio crédito a lo que encontraron sus ojos.

Con un letal sable *dao* en las manos, acababa de entrar en la sala de juegos el mercenario Lluvia Gris.

*

Cuando comenzó el escándalo, Buey Nocturno trató de no hacerle caso y centrarse en el cuerpo de Daiyu. Sin embargo, al notar que el alboroto subía en intensidad, blasfemó y salió a ver qué pasaba. Daiyu volvió a vestirse a toda velocidad, agradecida por aquella distracción. Buey Nocturno no tardó en regresar, pero hizo caso omiso a la chica. Fue hasta la mesa con rapidez y preocupación en el rostro y recuperó su espada *jian*, para luego salir de nuevo. Intrigada, Daiyu fue tras él.

Se encontró con una zona de guerra.

La sala de apuestas estaba repleta de cadáveres. Asustada, Daiyu buscó a Padre y se alivió al verlo agazapado en una esquina junto a los demás. Todos parecían estar bien gracias al capitán Zheng Gao. En mitad de aquel círculo de destrucción, con el filo goteando sangre fresca, se encontraba el *bugeng* con su uniforme imperial completo. Era la viva imagen de un héroe de las leyendas de los Zhou. Dirigía su mirada hacia la puerta, desde donde otro espadachín —delgado y de nariz ganchuda sobre su bigote— le dedicó una veloz reverencia y unas palabras que Daiyu pudo escuchar con claridad a pesar del caos reinante.

—Capitán, es un placer volver a encontrar a vuestra persona. Como veis, ahora sí tengo espada. Podemos cumplir con las exigencias del *Clásico* sin que nadie nos interrumpa.

Cargaron el uno contra el otro y ambas espadas se movieron con rapidez. Daiyu quiso pedirle a Buey Nocturno que lo ayudara, pero el criminal estaba ocupado abatiendo a un grupo de cinco o seis atacantes junto al cadáver del gran Di Wu; sus cuchillos nada podían hacer contra el alcance de la espada, así que trataban de rodear al hombretón. Sin embargo, él mantenía la espalda contra la barandilla de la escalera. Ni él ni sus rivales osaban cambiar las posiciones por miedo a dejar flancos al descubierto. Pero de tanto en tanto Buey Nocturno ejecutaba un amago de embestida que hacía retroceder un paso a sus enemigos.

Daiyu se fijó en que los movimientos del líder de la Hermandad se parecían a los del capitán, quizá por el entrenamiento del ejército. Pero donde Buey Nocturno golpeaba con brutalidad, Zheng Gao fluía como un río de elegantes meandros.

Aun así, no bastaba para derrotar a su adversario. El otro espadachín era igual de diestro que el *bugeng* y quizá un punto más rápido. Mientras Daiyu miraba logró impactar con un tajo en el muslo que habría podido ser un empalamiento en la ingle de no haber evadido Zheng Gao con agilidad. El capitán quiso contraatacar al antebrazo, pero el otro hombre alzó su sable *dao* y lo desvió.

Ya no le quedaban dudas a Daiyu. Aquel adversario debía de ser el tal Lluvia Gris del que tanto le habían hablado. Desde lo alto de la escalera echó un vistazo

a Buey Nocturno, para ver las posibilidades de que fuera a ayudar al capitán. Tuvo un fugaz momento de alegría al ver que el criminal había convertido una de sus falsas embestidas en una real —que sus rivales no esperaban— y había logrado destripar a dos de los seis. Pero justo cuando Buey Nocturno, satisfecho, volvía a cubrirse las espaldas, otros tres hombres con cuchillos entraron por la puerta del salón. Tras echar un rápido vistazo fueron hacia él con la intención de someterlo mediante la implacable rudeza de los números. Zheng Gao estaba solo en su combate.

El duelo se había desplazado un poco más lejos de Padre y los demás, quizá porque el propio capitán hacía esfuerzos para que así fuera. Lluvia Gris blandía su arma con la mecánica eficiencia de una veterana tejedora ante el telar: movimientos raudos e inconscientes, pero perfectos en la ejecución. Zheng Gao sudaba y parecía tener dificultades para desviar las arremetidas.

Daiyu se mordió los labios. Era cuestión de tiempo que Buey Nocturno fuera superado. Entonces el capitán también quedaría sobrepasado por los nuevos adversarios. Pero ni Tío Feng ni Grano de Mijo podían interponerse sin riesgo en el vendaval de muerte que había entre ambos contendientes. Y ella no podía bajar las escaleras sin ponerse al alcance de los rivales de Buey Nocturno.

Aun así, se moría de ganas de ayudar.

Subió a toda prisa al piso superior. Entró en la sala de las alfombras y rebuscó en los arcones con la celeridad de un dragón del viento. Desperdigó monedas, joyas, pasaportes falsos y otros documentos hasta que encontró lo que sospechaba que debían de guardar los líderes de la Hermandad sin Lazos.

Armas.

Tomó lo que le interesaba, un buen puñado de cuchillos, y regresó a su atalaya improvisada. Al volver vio que Buey Nocturno de algún modo había matado a otros tres enemigos. Tal y como habían ido las cosas, parecía que enfrentarse a cuatro hombres pasaba a ser una lucha justa.

El capitán, en cambio, estaba teniendo problemas. Daiyu supo de inmediato por qué. Lluvia Gris había descubierto el punto débil de su rival: trataba de proteger a Padre y a la familia de Tío Feng. De modo que combinaba su ataque con maniobras para acercarse a ellos, sabiendo que eso obligaría a Zheng Gao a estar a la defensiva. Daiyu vio que ya había perdido parte del terreno ganado. Y cualquier momento de duda podría ser aprovechado por su rival.

Por fortuna, aquello funcionaba en ambos sentidos.

Lanzó uno de los cuchillos contra Lluvia Gris. No pretendía herir, y aunque lo hubiera pretendido no habría sabido cómo hacerlo. Le bastaba con darle en la espalda sin poner en peligro al *bugeng*.

La estratagema funcionó. Al sentir el impacto, el mercenario se dio la vuelta

buscando a su nuevo enemigo. Eso lo obligó a ser él quien se pusiera a la defensiva ante el rápido contraataque de Zheng Gao. No tardó en descubrir que no había rival, sino una muchacha tirándole cosas desde lejos, pero con aquello había perdido su ímpetu y se vio forzado a retroceder para recuperar el control.

Un furioso grito hizo que Daiyu mirara a Buey Nocturno. Estaba atravesando el abdomen de uno de sus rivales mientras tenía a otro agarrado por el cuello con la mano izquierda. Este había logrado clavarle su arma, pero eso no impidió que le reventara la tráquea. Ambos cadáveres cayeron y Daiyu se fijó en que eran los últimos. Pensó que Buey Nocturno —a pesar de su herida sangrante— iría a ayudar a Zheng Gao, pero el hombre salió corriendo hacia la puerta. Furiosa, creyó que huía, pero se detuvo en el umbral y volvió a luchar: había ido a frenar a nuevos invasores antes de que lograran acceder a la sala tras eliminar a los escasos supervivientes de la Hermandad que todavía peleaban fuera.

Daiyu le tiró otra daga a Lluvia Gris, pero ni siquiera se acercó a él. La tercera volvió a impactarle con la empuñadura, pero parecía que el mercenario ya había decidido ignorar sus infantiles maniobras; fue como salpicarlo con gotitas de agua. El capitán volvía a estar solo.

*

Zheng Gao era muy consciente de que el truco de la señorita Daiyu no volvería a funcionar. Aun así, le había dado el respiro que necesitaba. Había llegado a un punto en el que tanto Lluvia Gris como él se mantenían firmes en su posición. Ambos se habían quedado quietos y jadeantes, tratando de recuperar el resuello. A Zheng Gao lo satisfizo ver que el mercenario podía fatigarse; por cómo luchaba, a veces parecía más un inmortal que un ser humano.

Hizo una rápida evaluación: la familia de Hu Feng y Li Ping estaban fuera de su alcance. No quedaban atacantes dentro, y los de fuera estaban siendo despachados por Buey Nocturno. Bien. Solo necesitaba centrarse en Lluvia Gris.

Le vino un pensamiento rápido. Había otra cosa.

—¡Buey Nocturno! —gritó sin quitarle los ojos de encima a Lluvia Gris—. ¡Deja alguno vivo!

Desde la puerta, el criminal bramó al tiempo que cortaba el brazo a uno de sus adversarios.

—¡Y una mierda, soldadito! ¡Nadie me ataca y vive!

«¡Shangdi te maldiga, estúpido patán!», pensó Zheng Gao.

Aquello complicaba las cosas. Necesitaba alguien a quien interrogar. Era su mejor baza para encontrar al consejero. La tozudez de Buey Nocturno solo le

dejaba dos opciones: o bien derrotaba a Lluvia Gris lo bastante rápido como para ir fuera y salvar a alguno de los invasores, o bien derrotaba a Lluvia Gris a cualquier velocidad pero sin matarlo. Ninguna de las dos opciones le parecía viable.

Entre dos imposibles, optó por la rapidez.

Lanzó la punta de su *jian* al cuello de Lluvia Gris, que desvió el ataque y aprovechó la inercia para tratar de golpear a su vez el hombro del Zheng Gao. El capitán se apartó de un salto y ambos volvieron a estudiarse.

Llegar hasta él por sorpresa sería difícil. Su sable *dao* tenía más alcance y el mercenario controlaba muy bien las distancias. Pero a menos que se acercara sería impensable acabar con él pronto.

Repitió el intento con una finta al abdomen que transformó en un ataque al pecho. Lluvia Gris no tuvo problema en bloquear ambas estocadas y hacer que se enzarzaran en un intercambio salvaje, metal contra metal, sin que ninguno de los dos alcanzara al otro.

Otro de los rivales de Buey Nocturno murió. A Zheng Gao se le acababa el tiempo antes de que viniera a matar igualmente a Lluvia Gris.

Se le acababa el tiempo. Pero a Lluvia Gris también.

¿Por qué el mercenario no estaba preocupado?

Sabía tan bien como él que las cosas iban en su contra. Si Buey Nocturno se unía a la lucha, sería el fin. El primer interesado en acabar rápido era el propio Lluvia Gris. Sin embargo, no tenía la iniciativa. Estaba a la defensiva. Se limitaba a bloquear los avances de Zheng Gao.

¿Por qué?

No era momento para pensar. Repitió el ataque al abdomen, confiando en que Lluvia Gris lo tomara por otra finta. Pero el mercenario se anticipó, paró el ataque, giró con fuerza el filo de su *dao* y provocó que la *jian* de Zheng Gao saliera volando.

Desarmado, al *bugeng* tuvo que saltar hacia atrás para esquivar el siguiente golpe de Lluvia Gris. Al hacerlo se alejó más de su arma. El mercenario no le dio tregua y atacó en arco una y otra vez. Zheng Gao esquivó todas las arremetidas, pero los dioses lo abandonaron al final: tropezó con un cadáver y cayó al suelo. Logró rodar lejos de Lluvia Gris, pero moriría si no se ponía de pie.

El mercenario no lo dejó. Siguió sus ataques y lo forzó a rodar una y otra vez.

Hasta que Zheng Gao vio algo en el suelo. Rodó de nuevo, lo tomó y se lo arrojó a Lluvia Gris. Era uno de los cuchillos que había tirado con torpeza la señorita Daiyu. Pero Zheng Gao no era ella. Él clavó el arma en el hombro derecho del mercenario, que gimió con el impacto. Sin dejarlo recuperarse,

agarró un tablero de *liubo* y también se lo tiró. Lluvia Gris, de forma instintiva, trató de bloquearlo, pero el movimiento agravó la herida del cuchillo. Al tiempo que se contraía por el dolor, Zheng Gao se levantó, dio un fuerte salto y llegó tan cerca de él que su *dao* resultaba inútil. Le propinó dos puñetazos que le partieron la nariz y otro golpe que le clavó más el cuchillo, hizo un barrido con su pierna y lo tiró al suelo. Se colocó a horcajadas sobre el aturdido mercenario, le robó el *dao* y lo puso sobre su cuello.

—Solo lo preguntaré una vez. ¿Dónde está el consejero Chen?

Malherido y sobrepasado por el dolor, Lluvia Gris tardó en contestar. Anticipó la respuesta con la sonrisa de alguien que no tiene nada que perder. Sacudió la cabeza y replicó exhausto.

—Me temo que llegáis tarde. El noble consejero Chen aguantó con valor. Pero hace días que está muerto.

*

Daiyu bajó los escalones de dos en dos, recuperó uno de los cuchillos mientras trataba de no mirar los cuerpos mutilados a su alrededor y se colocó junto al capitán para darle apoyo en su inmovilización del espadachín. Durante un momento había temido por la vida del *bugeng*, pero al final las cosas habían salido bien.

Salvo por el destino del consejero Chen.

—¿Esperas que me crea eso? —respondió el soldado, lívido—. ¡El consejero está vivo!

Lluvia Gris, que había dejado de forcejear, negó otra vez.

—No tengo motivos para mentiros, capitán. El noble consejero viajó hace días al otro mundo. Si os consuela, lo hizo lleno de dignidad y luchando hasta el final. Además, como os prometí, su cuerpo recibirá los ritos funerarios que le corresponden.

Incrédulo y sin palabras, el *bugeng* apretó el filo contra el cuello de Lluvia Gris y lo movió hasta abrir un pequeño corte. El mercenario apenas se inmutó.

Daiyu, que en los últimos minutos había superado cualquier tabú sobre la proximidad entre hombre y mujer, apoyó una mano en su brazo.

—Capitán Zheng Gao, me parece que dice la verdad.

El soldado siguió inmóvil ante la noticia. A Daiyu le resultó sencillo imaginar cómo se sentía. Todos sus esfuerzos de los últimos días habían sido en vano. Toda esperanza de recuperar su honor se desvanecía. Una vez más, lo había perdido todo.

Era una tonada demasiado familiar para ella.

—¡Listo! —anunció Buey Nocturno entrando a grandes zancadas. Tanto su ropa como su piel mostraban salpicaduras de sangre propia y ajena—. Estamos solos por fin. En la calle sigue habiendo jaleo, pero es la gente que se ha acojonado. No he visto a más idiotas del Filo.

—¿El Filo Oculto? —preguntó Daiyu—. ¿Estos hombres eran suyos?

Buey Nocturno asintió.

—Todos. Conozco de cara a algunos. Solo ellos habrían tenido los cojones de entrar aquí así.

—Pero no se habrían atrevido sin ayuda.

Daiyu dio un respingo; la voz había venido de uno de los cadáveres. Resultó no ser tal, sino el anciano escriba Cen Xiong que se estaba incorporando luego de haber fingido su muerte, escondido entre los miembros abatidos de la Hermandad. Daiyu había pasado por su lado y ni se había fijado en él, como si fuera invisible.

—El viejo Cen tiene razón —corroboró Buey Nocturno sin inmutarse—. Los del Filo habrán recibido algún empujoncito. —Señaló a Lluvia Gris con la punta de su espada teñida de carmesí—. ¿Qué hacemos con ese?

Zheng Gao no mostró intención de contestar, así que Daiyu apretó su brazo.

—Capitán Zheng Gao…

El hombre pareció volver de un largo trance, como un chamán que hubiera aspirado el humo místico. Recompuso su semblante y habló con dureza.

—Lo interrogamos. ¿Quién te ha contratado? —preguntó—. ¿Quién está detrás de todo esto?

Al principio pareció que Lluvia Gris callaría. Pero tras unos instantes respiró hondo y respondió.

—Esto os es demasiado grande, capitán. No entendéis las cosas que están en juego aquí.

—Las entiendo perfectamente. Sabemos de vuestro plan para matar al emperador. —La mueca de superioridad de Lluvia Gris se desvaneció como un jirón de niebla al viento—. Sí, lo sabemos. Así que dime quién te ha contratado.

Los ojos del mercenario se movieron a un lado y a otro, buscando algún tipo de asidero emocional tras la sorpresa. Al final se rindió y asintió.

—Está bien. Hablaré. —Sin que nadie la viera, Daiyu frunció el ceño, desconfiada por lo fácilmente que un espadachín tan tenaz y honorable se dejaba derrotar. Pero no mencionó sus dudas para no interrumpir la confesión—. Estoy a las órdenes del duque Chang de Chu. Él ha puesto en marcha este plan para liberar a nuestro pueblo de la opresión de Qin. Dentro de unos días su supuesto imperio se convertirá en ruinas y Chu recuperará su esplendor. ¡Todo por Chu!

Padre intervino de forma inesperada.

—¿Todo por Chu? —dijo lleno de acidez—. ¿Hacéis esto por Chu? ¡Pues vaya manera de hacerlo, matando a gente de Chu por el camino! Los mendigos, Fa Rong… ¿Ellos no merecían el esplendor de Chu?

—En la vida o en la muerte, todos debemos servir. Ahora veo que yo también moriré tras esta charla, y acepto mi destino con humildad. Ofrezco mi vida gustoso.

—¿También lo aceptaron el maestro Ji y Fei Ban? —insistió Padre—. ¿Ellos ofrecieron su vida gustosos? ¡A mí me parecieron dos asesinatos!

Lluvia Gris suspiró y sacudió la cabeza.

—Fueron dos pérdidas irreparables. Yo habría hecho las cosas de otro modo, pero si me dan una orden, la obedezco. Al maestro Ji le entró miedo al ver cómo resistía el consejero Chen. Pensó que cuanto más tiempo pasara más probable era que nos encontraran, y quiso echarse atrás; matar al consejero y abandonar el plan. El duque lo consideró una traición y me ordenó su muerte. Sabía demasiado y podía echar todo por tierra. Lamenté destruir a tan grande artesano pero no se podía hacer de otro modo.

»Luego al duque le crecieron los miedos y empezó a desconfiar también del maestro Fei Ban, aunque nada había hecho para ganarse tal desconfianza. Sin embargo, como también sabía demasiado, se me pidió que le diera el mismo tratamiento.

—Pero no fue el mismo. No lo mataste con veneno.

—No podía arriesgarme a que tuviera un antídoto que nos hubiera ocultado.

—¿Y lo del mensaje en la pared? ¿Qué sentido tenía?

—Fue una inspiración repentina. Se me ocurrió al enterarme de que el pueblo hablaba de un fantasma vengador. Pensé que sería una buena manera de desviar la investigación, lo que habría tranquilizado al duque Chang. Por lo visto, no tuve mucho éxito en mi empeño.

—¿Y cómo supisteis que estaba aquí? —preguntó el capitán—. ¿Cómo supisteis cuándo y dónde atacarme? ¡Hemos esquivado a la guardia! ¿Cómo es que tú pudiste localizarme?

Lluvia Gris rio.

—Tenemos muchas fuentes de información. Más de las que crees. Podemos ver todo lo que hacéis. Lo hemos sabido todo el tiempo. No podéis frenarnos. Es como he dicho: aunque yo muera hoy, dentro de unos días el falso imperio de Qin caerá.

—Podemos ir a las autoridades y denunciaros.

—Podéis intentarlo, capitán —replicó el mercenario, enigmático.

El silencio reinó tras tan atrevidas palabras. Era como si, a pesar de haber

sido sometido y herido, Lluvia Gris mantuviera el control de la situación.

Buey Nocturno no se dejó dominar por el pesimismo.

—Basta de charla —dijo—. Yo digo que lo matemos y nos vayamos. No queremos estar aquí cuando llegue la guardia. Y con el lío que hay fuera, será pronto.

Daiyu sintió en su pecho el mismo impacto intangible que la había golpeado en las alcantarillas.

—¡Eso es! —dijo—. ¡La guardia! ¡Esa es la clave!

Desde el suelo, el capitán la miró sin comprender.

—¿Qué clave?

Daiyu respondió apresuradamente.

—¡La que explica por qué este hombre nos está mintiendo! Sí, nos miente. Su historia no tiene sentido. Dice que tenía controlado al capitán Zheng Gao, ¿verdad? Pero ¿cómo puede ser? Hemos venido hasta aquí usando un túnel secreto que no conoce ni la guardia. E incluso si sabían hacia dónde íbamos, ¿por qué no nos atacaron antes? ¿Por qué no en la casa, ayer o anteayer? Ahí estábamos indefensos. Pero en vez de eso van y organizan su ataque en el cuartel general de una banda criminal llena de gente armada. ¡No tiene sentido! Podrían haber buscado cualquier otro momento para emboscar al capitán. Cualquiera hubiera sido mejor que este.

Padre asintió.

—Entonces no es verdad que nos tuvieran controlados. Lo que significa…

— … que el ataque ha sido una casualidad. Iban a atacar a Buey Nocturno sin saber que estábamos aquí. Nosotros no éramos el objetivo, lo era Buey Nocturno.

—Bendito sea el Camino —musitó Padre.

El aludido se cruzó de brazos, todavía con la *jian* en la mano.

—¿Y por qué me han atacado?

—Por lo mismo por lo que Lluvia Gris ha confesado. ¿No os habéis dado cuenta de lo charlatán que está? ¿Por qué nos ha contado sus secretos? Eso tampoco tiene sentido. Tendría que haberse negado a hablar, y mucho menos incriminado a otras personas. A menos que…

— … a menos que quiera distraernos —terminó el capitán—. Hablar para mantenernos entretenidos. Porque todo esto es una distracción. Buey Nocturno tiene razón. Un ataque como este atraerá a la guardia. Y si la guardia está ocupada aquí, no estará en otros sitios. Como en la entrada a la alcantarilla.

—¡Eso es! —asintió Daiyu—. Además, Lluvia Gris ha repetido que el imperio caerá dentro de unos días y nos ha dicho que vayamos a las autoridades. Todo señuelos, todo distracciones. Cosas para que nos confiemos, para que perdamos

el tiempo. Para que no actuemos enseguida, porque el ataque va a ser ahora mismo. ¡Tenemos que darnos prisa!

Con tan rauda explicación el mercenario había perdido su fingida compostura; aquello bastó para corroborar la realidad de la teoría.

—Da igual —dijo—. En algo no he mentido: esto os viene grande. No hay nada que podáis hacer.

—Lo veremos —respondió Buey Nocturno justo antes de apartar al capitán de un empujón y decapitar a Lluvia Gris—. Es lo que dije: nadie me ataca y vive. Salgamos de aquí.

*

La calle era un termitero ante una invasión. La gente huía en todas direcciones, muchos con temor en el rostro. Las madres llevaban a los niños a cuestas, cubriendo sus cabezas con la mano. Los vendedores trataban de correr mientras empujaban sus pesados carromatos o cargaban sus enormes fardos. Hacia un lado, hacia el otro, como si ninguna parte fuera segura. Ninguna lo parecía.

Zheng Gao vio de inmediato las columnas de humo. Varios incendios habían brotado al mismo tiempo en edificios separados entre sí, lo que alejaba la posibilidad de una coincidencia. La gente del Filo Oculto no solo había atacado a Buey Nocturno; también había provocado fuegos en distintas partes del barrio. Aquello atraería a más soldados. Descontrolada, una sola de las llamaradas podía consumir todo el vecindario o incluso saltar por encima de la muralla a partes más ricas de la ciudad.

¿Se daría cuenta Su Majestad? ¿Lo consideraría un peligro lo bastante grande como para permanecer en el palacio o, por el contrario, entendería que su deber estaba entre la gente? Si de verdad ponía tanta fe en los vaticinios y había creído que aquel era un día propicio, quizá entendiera que la mejor opción era dirigirse al meollo del asunto. Tal vez hasta lo interpretara como una orden de los dioses.

Lo que no podía saber era que jamás saldría del pasadizo secreto. A menos que Zheng Gao lo salvara.

—¡Por Shangdi! —dijo la señora Jiang—. ¡Está ocurriendo de verdad!

—Sí —replicó la señorita Daiyu—. Ya no tenemos tiempo de avisar a nadie. Hay que ir a las cloacas.

Corrieron hacia el acceso secreto de la Hermandad mientras varias campanas y tambores sonaban en las distintas torres colocadas sobre las murallas. Los soldados ya debían de estar movilizados.

Atravesaron el túnel y salieron al barrio que había sido el suyo. Pero antes de

que nadie dijera nada, Zheng Gao se interpuso ante Buey Nocturno.

—Ya te puedes ir —le dijo—. Tu acuerdo con Hu Feng queda rescindido. Si no puedes ocultarlos, la señorita Daiyu no tiene por qué ser nada tuyo. Así que vete. No quiero perder el tiempo teniendo que matarte.

El criminal no se arredró.

—Me gustará ver cómo lo intentas. Yo tengo todo el tiempo del mundo.

Ambos hombres se miraron a los ojos, a medio *zhang* de distancia y con las manos sobre la empuñadura de sus espadas. Un grupo de jinetes de la guardia pasó al galope junto a ellos sin que se inmutaran.

—¡Capitán Zheng Gao! —se exasperó la señorita Daiyu—. ¡No es momento! ¡Ya arreglarán esto luego!

Buey Nocturno asintió con una sonrisa.

—Sí, ya lo arreglaremos. Además, yo no falto a mi palabra. ¡Cen Xiong —llamó al escriba—, lleva a esta gente al escondite de la calle de los carpinteros y encerraos ahí hasta que esto se calme! Yo me voy contigo, soldadito.

—Ni en tus sueños.

—Trata de impedirlo. Ese hijo de puta del duque ha destrozado mi corte, y se lo haré pagar. Lo que no haré será esconderme como una vieja.

—No vendrás conmigo porque no me fío de ti.

—Capitán Zheng Gao, por favor —volvió a mediar la señorita Daiyu—. Es una espada más. Nos hará falta.

Zheng Gao levantó una ceja.

—¿Nos?

—Voy con vosotros. ¡No, nada de protestas! Iré. Iré porque el capitán Zheng Gao me necesita. Yo descubrí el pasadizo secreto. Yo descubrí para qué lo querían usar. También he descubierto las mentiras de Lluvia Gris. ¿Qué pasará si el capitán Zheng Gao necesita descubrir alguna otra cosa y no lo hace porque yo no estoy? Debo ir, así que iré. No hay tiempo para discutir. Prometo apartarme de la lucha.

La joven miró a su padre quien, sorprendentemente, asintió y le dio un abrazo.

—Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré.

—Sí que eres una digna hija mía. Estoy muy orgulloso de ti.

—Y yo te quiero más que a nada en el mundo.

«¿Lo ha notado?», se preguntó Zheng Gao, «¿Ha visto la señorita Daiyu que la tranquilidad de su padre era fingida? Si es así, ella finge todavía mejor».

Soltaron el abrazo y se separaron.

⋆

Dejar a Padre y tener que ir junto a Buey Nocturno le daba a Daiyu ganas de vomitar. Sin embargo, tenía tres consuelos: que Padre estaría bien, que también la acompañaba el capitán Zheng Gao y que, con suerte, vería a Buey Nocturno destripado por sus enemigos.

El miedo se había extendido al barrio que recorrían a toda prisa. Aunque habían pasado veinte años, los habitantes más longevos de Xianyang todavía recordaban las devastadoras escenas durante el intento de golpe de Estado del falso eunuco Lao Ai. Así que, ante una movilización tan importante del ejército, optaban por huir. Hacían lo posible por apartarse del camino de los soldados y vaciar las calles.

Por eso casi nadie se fijó en Daiyu y los dos hombres que la acompañaban. En todo caso el uniforme del capitán hacía que los esquivaran, dejando el camino abierto. De modo que aprovecharon y corrieron hacia la entrada a las alcantarillas.

—No podemos ir a ciegas —dijo el capitán, trotando con la capa al viento—. Necesitamos revisar el plan.

—El plan es sencillo, soldadito: avanzaremos hasta el duque y abriremos en canal a todo el que se interponga.

El *bugeng* masculló una maldición y sacudió la cabeza. Daiyu rezó al espíritu de Hermano Mayor para que su forzosa improvisación les diera buen resultado. Decidieron evitar las calles principales y moverse por las secundarias. Serpentearon en dirección a la avenida principal, doblaron una esquina, otra, otra más…

… y se dieron de bruces con un grupo de soldados.

⋆

Zheng Gao se hizo una rápida composición de lugar: miembros de la guardia, cuatro, armados con espadas, otros dos uniformados sin vida, *ge* tiradas en el suelo. No se fijaban en Zheng Gao y su grupo porque estaban luchando, no con la chusma del Filo Oculto sino con cuatro espadachines de caros ropajes, cinco si se contaba el muerto de ese bando. Flechas clavadas en los soldados caídos; un veloz vistazo confirmó que había dos arqueros enemigos en el tejado de la derecha. Los soldados estaban a la defensiva; sus adversarios no eran criminales con dagas sino hombres de armas, quizá nobles. En lo que tardó Zheng Gao en fijarse en todo, otros dos de los guardias fueron abatidos por una mezcla de

flechazos y golpes de *jian*. Los espadachines se limitaban a mantener posiciones porque sus aliados desde las alturas les daban una ventaja insuperable. Si los soldados mantenían el cuerpo a cuerpo, las flechas los derribarían como patos. Si atacaban a los arqueros, lo harían los duelistas. Huir era una opción lógica, pero el grupo imperial no la había contemplado. Y ya solo le quedaban dos miembros.

Uno de ellos era el capitán Han You.

Buey Nocturno hizo honor a su cacareada estrategia y cargó a voz en grito. Zheng Gao vio dos flechas ir disparadas contra él, pero no supo con qué grado de éxito.

Su táctica iba a ser diferente.

Se aferró a las vigas de la casa, subió hasta el tejado y se encaró a los arqueros. Tampoco eran del Filo Oculto. Posibles soldados de Chu. Con más que posible entrenamiento en tiro con arco. Pero un arco no sirve de nada si tu rival está a medio *zhang*. Zheng Gao desenvainó su *jian* y, con el mismo movimiento, degolló a uno de los hombres arrodillados. El otro soltó su arma y trató de incorporarse para una lucha cuerpo a cuerpo, pero Zheng Gao no le dejó. Le atravesó el abdomen y cortó para asegurarse de que lo destripaba. Despejado el tejado envainó su espada, saltó al suelo, rodó, recogió una de las alabardas mientras se ponía de pie y atacó con ella a uno de los espadachines que tenía a Han You contra la pared. El hombre se encontró con un rival a corto alcance y otro a medio, y no pudo esquivarlos a ambos. Entre Han You y él lo mataron en un par de latidos. Buey Nocturno se había encargado de otro, así que nada más quedaban dos enemigos. Sin el apoyo de los arqueros y superados en número, fueron abatidos con extrema facilidad.

Buey Nocturno cayó al suelo, jadeando. Una flecha le asomaba cerca del omóplato derecho. Tenía otra clavada en la pierna izquierda y la mano de ese lado —o quizá el brazo— le sangraba. Levantó la otra con gesto despreocupado.

—Estoy… Estoy bien. Solo necesito descansar.

Zheng Gao dudaba del diagnóstico, pero no tuvo tiempo de decir nada. Sintió que, a su lado, Han You se colocaba en posición defensiva.

—¡Capitán Zheng Gao! ¡Suelte la *ge* y entréguese en nombre del emperador!

El *bugeng* se volvió hacia él, incrédulo. Pero la mirada de su conocido estaba llena de fanática determinación. El hecho de que su último compañero de armas también yaciera muerto, abatido en los compases finales de la lucha, no le hacía vacilar.

—¡Capitán Han You, por favor! ¡No puede estar hablando en serio! ¿Ni siquiera esto —preguntó, señalando a los nobles muertos— le hace ver que aquí pasa algo raro? ¿Ni siquiera así va a creerme?

—¡Ya se lo dije! ¡No me compete a mí averiguar la verdad! ¡Hable con el

magistrado!

La señorita Daiyu, incumpliendo su reciente promesa, se colocó entre ambos hombres armados con rabia en el semblante.

—¡Cuando hablemos con el magistrado será tarde! —dijo—. ¡Estos hombres quieren distraer a la guardia, capitán! ¡Si no los detenemos, matarán al emperador! ¡Ahora mismo!

—Es verdad, capitán Han You —intervino Zheng Gao—. El duque Chang de Chu ha organizado una revuelta. Han encontrado un pasadizo en las alcantarillas, y desde ahí pueden llegar a Su Majestad. Todo lo demás es una distracción.

El oficial miró dubitativo, ora a Zheng Gao, ora a Buey Nocturno sentado en el suelo, ora a la señorita Daiyu.

—¡Capitán Han You —dijo la joven—, no hay tiempo!

Zheng Gao soltó la alabarda, bajó las manos y avanzó con calma hacia él.

—Capitán, lo que decimos es cierto. Y yo no voy a luchar contra un compañero de la guardia. Así que si cree que mentimos, arrésteme. Pero si no mentimos, su honor le indicará lo que debe hacer.

Han You volvió a dudar, pero acabó sacudiendo la cabeza, irritado.

—¡Maldita sea! —protestó mientras envainaba su *jian*—. ¡Si esto es una mentira como la del soldado de la puerta, la pagará caro! Pero primero quiero que paguen quienes nos montaron esta emboscada.

Zheng Gao asintió y dirigió la mirada a Buey Nocturno. El criminal se encogió de hombros.

—Creo que tengo la pierna mal. Id vosotros; yo os alcanzaré cuando pueda. Con esta flecha ahí, no puedo correr.

La señorita Daiyu lanzó un soplido de burla.

—Tienes razón —le dijo con desprecio—. Tu misión era ser una espada más. Ahora… ¿Cómo era la frase? Ah, sí. Ahora no vales ni una mierda de perro. Ya nos veremos en tu escondite cuando terminemos. —Le dio la espalda—. Vámonos.

Buey Nocturno, sangrante, sudoroso y lesionado, sacó su mueca lobuna y gruñó con media sonrisa.

Lo dejaron tirado en la calle.

⋆

A Daiyu le preocupó encontrarse con la losa de acceso a las alcantarillas fuera de su lugar. Ya la habían abierto, lo que significaba que los conspiradores, como

mínimo, estarían en posición. Si es que no habían cumplido ya su nefasto plan.

—Solo estamos tú y yo —le dijo el capitán Zheng Gao a su compañero, al darse cuenta de que no había refuerzos por los alrededores.

El otro oficial sacudió la cabeza.

—Dos soldados de Qin valen por veinte hombres de Chu.

Daiyu puso los ojos en blanco y les hizo señas para bajar. Una vez agazapados dentro no hicieron mucho caso al hedor y a las alimañas. Iban sin iluminación pero sabían que el camino era en línea recta. Además, había un ligero resplandor al fondo. Lo acompañaba un sutil ronroneo de tenues murmullos. Daiyu lo tomó como buena señal. Si los asesinos seguían en silencio, tratando de no llamar la atención, quería decir que el ataque todavía no había empezado.

Avanzaron sin hacer ruido para aproximarse a los rivales sin que los escucharan. Una emboscada a otra.

Daiyu pronto se dio cuenta de que aquello era un error. No habían ido allí a sorprender a nadie ni a acercarse a los rebeldes. Habían ido a salvar al emperador. Los conspiradores necesitaban silencio para tener éxito, pero Daiyu y sus acompañantes no. De hecho, más bien lo contrario.

Gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Huya, Majestad! ¡Es una trampa! ¡Quieren matarle! ¡Huya! ¡Vuelva al palacio!

Les llegaron exclamaciones procedentes de la lejanía. Pero no de las cloacas. El alboroto llegaba del otro lado del muro, donde se encontraba el pasadizo secreto. La comitiva imperial reaccionaba, sorprendida al descubrir que el camino oculto no lo estaba en realidad. Daiyu sonrió.

—¡Maldición! —se escuchó una airada voz que Daiyu reconoció como la del duque Chang—. ¡Vosotros, id a ver quién viene! ¡Nosotros iremos tras el tirano!

Siguió a la frase un ruido de pasos apresurados.

—Bien hecho —susurró a Daiyu el capitán Zheng Gao—. Han You, vamos a por ellos.

Ambos soldados desenvainaron y cargaron, todavía encorvados por la estrechez del lugar y chapoteando entre excrementos, pero berreando tanto como pudieron para que sus ecos dieran la impresión de ser una fuerza numerosa. Daiyu fue detrás. A cada paso que dieron el lugar quedó mejor iluminado, hasta que se encontraron con el resplandor de un farolillo. A su alrededor se agolpaban, espada en mano, tres hombres como los que habían luchado con Buey Nocturno. A Daiyu le pareció extraño que estuvieran quietos en vez de ir al encuentro de sus dos rivales, que ya veían en inferioridad numérica, hasta que comprendió el motivo. Tras ellos se parapetaba un cuarto

atacante. Lo que empuñaba no era una *jian*, sino una ballesta.

—¡Cuidado! —gritó al tiempo que el hombre apuntaba y disparaba.

Dos virotes volaron hacia Han You, que seguía corriendo sin saber a lo que se enfrentaba. No obstante, en el mismo momento en que sonó el chasquido de la ballesta, y prevenido por el aviso de Daiyu, el capitán Zheng Gao logró darle un empujón para apartarlo de la trayectoria.

Fue él quien recibió el impacto de una de las saetas.

No era una herida grave. Se le había clavado en el brazo izquierdo. Pero quizá no se trataba de un virote normal. A Daiyu se le congeló todo el cuerpo. ¿Y si estaba envenenado?

Los dos capitanes no dudaron: siguieron su acometida hacia los otros tres espadachines. Al tiempo, el ballestero se escurrió por el agujero que llevaba al pasadizo imperial. Desde allí también se oía ruido de metal golpeando contra metal. El duque Chang se había encarado con los guardaespaldas de Su Majestad. Los dioses quisieran que el Hijo del Cielo no se encontrara allí.

Aun con el virote sobresaliendo del brazo, el capitán Zheng Gao se movió con una destreza asombrosa. Desvió uno de los ataques hacia otro de sus rivales y obstaculizó el movimiento de los dos, usando en su beneficio la estrechez de la cloaca. El oficial Han You, sin necesidad de que nadie se lo pidiera, actuó sincronizado con él y mató al segundo espadachín, que no podía moverse por culpa de la hoja de su propio compañero. El capitán Zheng Gao dio cuenta del primer adversario. El tercero, en inferioridad de condiciones, fue cosa fácil.

El *bugeng* se arrancó el virote. Daiyu, preocupada, se acercó y ambos lo miraron. Lo que la joven más temía se hizo realidad. El proyectil estaba cubierto por una sustancia viscosa.

—Veneno —gimió Daiyu, a punto de desmayarse—. El capitán Zheng Gao está envenenado.

El soldado apretó los labios.

—¿Conocería el maestro un antídoto?

Con lágrimas en los ojos, Daiyu negó.

—No sabemos qué es. Y aunque lo supiéramos, no todos los venenos tienen cura. Pero el capitán Zheng Gao y yo podemos irnos. Busquemos a padre. Hay que hacerlo rápido, antes de que la sustancia actúe.

Las lágrimas siguieron cayendo. Era una posibilidad ridícula. Padre necesitaba una farmacia completa, no los cuatro tarros que habían podido sacar de casa. Y ni siquiera sabían del todo dónde los había escondido Buey Nocturno. En la calle de los carpinteros, sí, pero ¿dónde? Necesitarían tiempo para encontrarlo. Y tiempo era lo que no tenían. Cada latido del capitán movía la ponzoña más y más dentro de su cuerpo, devorando su *yang*.

Él pareció entender las palabras ocultas.

—No —dijo, con una respiración acelerada que llevaba la contraria a su aparente calma—. Esto no cambia nada. No podemos irnos. El emperador nos necesita ahora mismo. Vamos.

*

Zheng Gao trató de no sentir el peso en su pecho. La muerte era una adversaria a la que ya se había enfrentado en muchas ocasiones. Una vieja conocida. Pero siempre la había notado agazapada, sin dejarse ver del todo. Era la primera vez que Zheng Gao tenía la certeza de que iba a fallecer.

El pensamiento no ayudaría en la lucha, así que lo metió en un baúl.

Se colaron por el agujero y accedieron al pasadizo secreto. Han You iba con la boca abierta ante la inesperada muestra de arquitectura, pero no frenó el paso. Se apresuraron hacia la rutilante luz de antorchas que se veía a lo lejos, justo donde unas sombras entrechocaban sus metales. Dos guardaespaldas imperiales frenaban como podían al duque, a dos de sus secuaces y al ballestero agazapado a un lado. A lo lejos se veía el resplandor de una antorcha que se alejaba a grandes zancadas, seguramente el emperador. Pero sus hombres estaban a punto de caer. Han You y Zheng Gao lanzaron un grito de guerra y se arrojaron contra los insurrectos.

En los instantes que tardaron en llegar, el duque Chang atravesó a uno de los escoltas y se dio la vuelta para encarar a los recién llegados; justo en ese momento el ballestero aprovechó la abertura para escabullirse tras el emperador.

Había que despejar el camino, y rápido. Había que interceptar al arquero. De nada serviría matar al duque si uno solo de aquellos virotes alcanzaba al Hijo del Cielo.

El duque lanzó su *jian* hacia el cuello de Zheng Gao, que provocó que frenara, y se giró con rapidez para desviar la hoja de Han You y colocarse de nuevo en guardia frente a ellos.

Bloqueando el camino.

Ganando tiempo.

Han You y Zheng Gao atacaron al unísono, como si fueran un solo guerrero. El entrenamiento castrense les hizo aprovechar cada movimiento del otro, acosando a su rival por todos lados. Zheng Gao lanzaba su filo en ángulo bajo por la izquierda y su compañero arremetía a la cabeza por la derecha. Luego trataban de rodearlo, con Zheng Gao buscando la espalda de su rival mientras Han You lo distraía con frenéticas y repetidas embestidas al abdomen.

El duque siempre se escabullía.

Usaba su espada para desviar las hojas cuando las tenía cerca, mientras que en otras ocasiones amagaba con contraataques para quitar ímpetu a sus rivales y, cuando todo lo demás fallaba, se limitaba a girar como un torbellino y esquivar las estocadas.

Zheng Gao no se rindió. Nadie podía mantener ese ritmo durante mucho tiempo. El duque se cansaría tarde o temprano, y entonces acabarían con él sin problemas.

Pero no podían esperar tanto.

Un gemido les hizo saber que el último guardaespaldas había caído. Los otros dos secuaces del duque se iban a unir a él. Si eso pasaba, ni siquiera la derrota del noble estaría garantizada.

En un intercambio sin palabras, Han You y Zheng Gao decidieron redoblar la rapidez de su ataque para obligar a su rival a ponerse más a la defensiva. Mientras él fuera de un lado a otro del pasillo, sus compañeros no podrían flanquearlos.

El duque también se anticipó a eso. Se hizo a un lado para quedar con la espalda contra la pared. Antes de que los otros pudieran rodearlos, Han You se apartó del duque y los encaró, también contra el muro.

En ese momento Zheng Gao notó una sombra que se escurría a toda prisa a su lado. Era la señorita Daiyu, que corría en pos del ballestero.

⋆

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó Daiyu al tiempo que dejaba atrás al capitán Zheng Gao. «¿Por qué estoy persiguiendo a un guerrero entrenado?».

Ella no sabía luchar. No tenía nada parecido a un arma. El ballestero no necesitaba acercarse para acabar con ella. Ni siquiera necesitaba considerarla un rival, ya que podría inmovilizarla solo con una mano. Una lección que había aprendido por las malas en aquel lejano callejón donde estuvieron a punto de matarla.

Aun así corrió tras el asesino. Porque el capitán Zheng Gao no llegaría a tiempo. Porque no podían fallar después de tantos sacrificios.

Porque Padre le había enseñado a hacer lo correcto.

⋆

Zheng Gao podía sentir el veneno apagando su *yang* poco a poco. Su cuerpo no

lo obedecía como siempre. Parecía estar durmiendo.

No lograba alcanzar al duque. Incluso cuando había contado con la ayuda de Han You para hostigarlo, el noble había sido capaz de esquivar todos los ataques. Ahora que solo debía preocuparse de una espada resultaba imposible de alcanzar. Casi etéreo. Igual que un fantasma.

Por fortuna para Zheng Gao, aunque el duque era magistral a la hora de evitar acometidas, cuando se trataba de contraatacar no era tan buen duelista como Lluvia Gris. Sin embargo, el *bugeng* estaba herido, dolorido y agotado. Y tenía un veneno que devoraba sus entrañas con cada latido de su acelerado corazón.

En esas condiciones, el duque no fallaría siempre.

Como para darle la razón a ese pensamiento, su espada golpeó el abdomen de Zheng Gao. Por fortuna, la armadura se llevó lo peor de la embestida.

Zheng Gao aprovechó la cercanía para lanzar un tajo a la ingle, pero el duque ya no estaba ahí. Se había puesto otra vez en guardia a casi un *zhang* de él.

Han You no sería de ayuda. Bastante hacía manteniendo a sus dos rivales contra la pared, dando estocadas a diestro y siniestro para que no se le escaparan por ningún flanco. Si uno de ellos lograba rodearlo, sería el final. Para él y para Zheng Gao.

Veneno, inferioridad numérica…

El tiempo se agotaba.

Todo dependía de que Zheng Gao derrotara cuanto antes al duque. Tenía que encontrar la manera de perforar esa defensa perfecta.

*

El ballestero se puso de rodillas y apuntó. La ropa que llevaba el emperador servía para pasar desapercibido entre la nobleza de la ciudad, pero no era ideal para correr. Su asesino, mejor equipado, había recortado la distancia a toda prisa. Desde ahí, y sin la distracción de los guardaespaldas, solo debía disparar su arma una y otra vez hasta conseguir su objetivo. El monarca, pidiendo a voz en grito la ayuda de los soldados y con la antorcha que usaba para huir en la oscuridad, resultaba un blanco perfecto.

El ballestero disparó. Dos virotes salieron a gran velocidad, pero se desviaron y golpearon en la pared. Maldiciendo, el rebelde accionó los engranajes de su arma con rapidez, palanca hacia atrás, luego vuelta hacia delante y un chasquido que indicaba que había otros dos virotes listos. El emperador no escaparía tan fácilmente. Apuntó. Apretó el gatillo.

Daiyu alcanzó por fin al asesino y cayó sobre su espalda. Los dos virotes se perdieron en la lejanía, la ballesta cayó al suelo, se escuchó un estrépito de piezas rotas que se desparramaban y tanto ella como el insurrecto de Chu rodaron por el suelo.

La luz que rodeaba al emperador se perdió en la lejanía. El ballestero gritó, rabioso.

—¡Maldita puta! ¡Pagarás por esto!

Giró y se colocó a horcajadas sobre ella. Le descargó dos potentes puñetazos en la cara. No se contuvo. No la trató con delicadeza. No fueron avisos amistosos sino dos golpes que buscaban matar. Tan fuertes que hicieron que se diera con la cabeza contra el suelo y una lengua de fuego recorriera su columna vertebral. El dolor la inmovilizó y el hombre puso las manos en su cuello y comenzó a apretar con un vigor nacido de la furia.

—Él ha escapado —siseó—, pero tú no lo harás.

En la oscuridad, Daiyu notó cómo se le iban las fuerzas. Manoteó aterrada, moviendo los brazos sin ton ni son, sabiendo que de ninguna manera podría quitarse a aquel hombre de encima. El capitán Zheng Gao tampoco tendría tiempo de salvarla; los ecos de su lucha todavía le llegaban en la distancia. Estaba sola frente a un rival mucho más fuerte. Atacar había sido una locura.

Pero al menos había hecho lo correcto. Había evitado el asesinato. Había impedido otra guerra. No sentiría vergüenza cuando encontrara a sus antepasados. Seguro que Hermano Mayor estaría orgulloso de ella. Y Padre… Padre lo entendería mejor que nadie.

Solo quedaba morir.

Morir junto al capitán Zheng Gao.

Cerró los ojos y supo que hallaría la paz.

*

El duque atacaba cada vez más rápido. Aunque no tenía precisión, sí que parecía estar lleno de una creciente velocidad. ¿Cómo lo había logrado? ¿Cómo podía crecer en agilidad a medida que pasaba el tiempo?

Zheng Gao tardó en darse cuenta de su error. No era que el duque se moviera con más celeridad. Era que él se batía cada vez más lento. Sus paradas eran torpes, sus embestidas imprecisas. La visión se le emborronaba. Su respiración no llenaba los pulmones. Le costaba mantener la atención.

El duque no era un gran atacante, y la armadura de Zheng Gao ya le había salvado la vida varias veces. Aun así, la protección corporal no lo era todo. El

noble solo necesitaba acertar una vez. Y para lograrlo solo hacía falta que Zheng Gao cometiera un error. Un solo despiste del *bugeng* y todo acabaría.

Era una lucha desigual.

Pero debía continuar con ella. Y hacerlo sin apoyo. Han You seguía concentrado en presionar a sus dos rivales. Ni siquiera contaba con la señorita Daiyu para que, como había hecho con Lluvia Gris, desviara la atención de su enemigo.

¿O sí contaba?

El duque volvió a la carga. Zheng Gao disimuló torpemente un amago de sonrisa y miró justo detrás del noble. Chang se dio cuenta. Temeroso de un ataque por la espalda, quizá de la desaparecida joven, el duque echó una ojeada por encima del hombro. No había ningún asesino agazapado entre las sombras. Falsa alarma.

Pero por un instante había dejado de prestar atención a Zheng Gao.

La *jian* del capitán lo atravesó sin contemplaciones. Chang, sin ningún tipo de armadura, solo pudo soltar su arma, caer de rodillas y morir.

Con las fuerzas evaporándose en su interior, Zheng Gao liberó la espada, trastabilló hasta Han You y distrajo a sus rivales lo suficiente para que el oficial los despachara de una vez.

Luego, casi sin respiración, cerró los ojos y se derrumbó en el suelo.

Por fin podía descansar.

*

Iba a hallar la paz. Reunirse con sus antepasados. Mirarlos a los ojos y narrarles la valentía que había tenido. Cómo se había enfrentado a rivales mucho más poderosos que ella. Cómo había desafiado a la muerte misma.

Cómo se había rendido.

Rendido. Sí, rendido. En el último momento. Cuando más necesitaba luchar, Daiyu se había rendido. Había decidido abandonarlo todo. Dejar a Padre solo. Roto, desesperado y sin familia.

No podía ir a ver a Madre así. Aquello no era una victoria. Era cobardía.

Debía sobrevivir.

El dolor volvió de golpe, también la sensación de asfixia, pero Daiyu supo que quería vivir. No se rendiría. No después de todo lo que había pasado.

Aunque apenas podía pensar. Apenas podía moverse. ¡Por Shangdi, apenas podía *respirar*!

Se sacudió, pero el hombre seguía sobre ella. Trató de golpearlo, pero el

hombre ni se inmutó. Quiso gritar, pero ya no le quedaba aire. Se le cerraban los ojos, esta vez en contra de su voluntad. Sus manos se agitaban con irracional violencia.

Como una mosca en una telaraña.

Tanta desesperación en un cuerpo tan pequeño.

En la oscuridad, su mano derecha palpó algo.

Algo alargado y frío. Lo tomó.

Daiyu no decidió hacer el movimiento. Simplemente ocurrió.

Con toda la energía que le quedaba le clavó al ballestero el virote en el cuello.

La saeta lo atravesó de lado a lado y un chorro de sangre cayó sobre la cara de Daiyu. De inmediato, las manos del hombre perdieron toda su fuerza y se desplazaron, torpes, a intentar cerrar la herida de su tráquea. Lo mismo le habría valido tratar de detener el sol.

El ballestero murió entre pasmados jadeos.

Daiyu no pensó en lo que acababa de hacer. No se planteó que había asesinado a un hombre. Se levantó y corrió. Hacia las antorchas.

Hacia el capitán Zheng Gao.

Lo encontró junto a Han You, que estaba de cuclillas tratando de reconfortarlo. Los enemigos estaban muertos.

Zheng Gao agonizaba.

Estaba pálido, recostado en el suelo, con la espalda contra la pared. Tenía los ojos cerrados. Sudaba y se estremecía. Respiraba con dificultad.

Agonizaba.

Daiyu se tiró junto a él y lo abrazó con fuerza.

—¡Capitán! —lloró—. ¡Capitán! ¡No, por favor!

El *bugeng* entreabrió los ojos y, con esfuerzo, sonrió.

—Señorita… —susurró—. Está usted bien… Me alegro. Todo… Todo ha acabado.

—Sí —respondió ella con los ojos anegados—. Todo ha acabado. El capitán Zheng Gao ha cumplido su misión.

—La… señorita… Dai… me…

Él alzó la mano como si quisiera acariciarla, pero apenas pudo levantarla un palmo antes de que se desplomara. Daiyu lo acunó entre sus brazos mientras se iba, y también murió por dentro.

十三

El luminoso sol traía como extraño acompañante al frío. Un osado gorrión con moteado verde brincaba entre trinos por los aleros del tejado, pero el bullicio de la ciudad ahogaba su canto. En el exterior la gente se apresuraba, comerciaba, bromeaba, temía y amaba como cualquier otro día.

Los habitantes de Xianyang hacía mucho que habían aprendido a olvidar a toda prisa lo que en el palacio no quería recordarse.

Daiyu, como de costumbre, no podía hacer lo mismo que los demás. Olvidar no era una opción. El fino hilito de humo con aroma a incienso la acariciaba en sus susurros ante el altar familiar. Ella cerraba los ojos e imaginaba que se trataba de Hermano Mayor consolándola. Tenía media cara hinchada y con la sensación de estar rellena de alfileres, pero gracias a las cataplasmas de Padre le dolía menos que al principio.

Por desgracia, no existían ungüentos para el dolor del alma.

Se abrió la puerta del salón de casa de Tío Feng —sí, ahora era casa de Tío Feng, sin eufemismos ni alquileres— y entró Padre. Llevaba un pequeño bulto en la mano izquierda. Se acercó a ella y, cuando la localizó, le dio un beso en la frente.

—Todos están listos ya. No querían molestarte, pero pronto vendrán a buscarnos. ¿Tú estás preparada?

Padre no podía ver que ya llevaba sus mejores galas: un caro vestido comprado para la ocasión, que rivalizaba con la mismísima seda, zapatos cerrados de punta curvada, maquillaje en la cara y uñas pintadas. Cualquier otra cosa habría sido una ofensa para su anfitrión. Pero Daiyu no se llamaba a engaño; sabía que a Padre en realidad no le interesaba la respuesta a la pregunta que había hecho, sino a otra muy diferente.

Respiró hondo, de forma sonora, antes de contestar.

—Sí. Lo estoy.

El comprendió y le regaló una sonrisa. Luego se arrodilló junto a ella y le

puso en las manos el pequeño bulto, un paquetito de seda roja que contenía algo del tamaño de su palma.

—Acaban de traerla. Me han dicho que es hermosa. Por el tacto parece suave, desde luego.

—Se han dado mucha prisa.

—Oh, yo les pedí que se esforzaran. Y parece que Buey Nocturno controla a muchos carpinteros.

Daiyu levantó las cejas. Buey Nocturno. El criminal había dejado de ser una amenaza. Tal y como habían ido las cosas, sabía que ella y sus seres queridos eran intocables. Tras la declaración del capitán Han You, que había corroborado todo lo dicho por Daiyu, los conspiradores habían sido condenados a la extirpación de tres generaciones. Hasta los funcionarios corruptos del mercado habían acabado en los calabozos, junto con sus cómplices. La marea de los acontecimientos tenía una fuerza que Buey Nocturno no podía ignorar. El obsequio que traía Padre podía interpretarse como una ofrenda de paz.

Daiyu todavía no había decidido si bailaría al son de esa música. Por de pronto dejaría que Buey Nocturno se cociera un poco más en su incertidumbre. Que pasara las horas preguntándose si ella había optado por la venganza, si se le había acabado el tiempo. Que sintiera lo que había sentido Tío Feng en la casa de juegos. Luego ya se vería.

Además, había que reconocerlo: era divertido ver lo acomodaticio que se había vuelto el criminal. Igual que los inmigrantes de Chu. Todos los que les habían dado la espalda los saludaban con cortesía y les hacían regalos.

Nada como salvarle la vida al emperador para que la gente prorrumpiera en declaraciones públicas de amistad eterna.

—Nos odiarán todavía más —dijo Daiyu.

—¿Quiénes?

—Los de Chu. Ahora se sienten humillados por nosotros. Y encima hemos salvado al hombre que derrotó a Chu en la guerra. Si antes creían que éramos traidores, ahora más. Por mucho que nos den buenas palabras, en el fondo nos odiarán.

Padre se encogió de hombros.

—Puede. Pero tendrán que ser respetuosos, por la cuenta que les trae. Nadie se atreverá a insultar a unos proveedores oficiales de seda imperial.

—¿Te basta con eso?

—Tiene que bastar.

—¿Es el Camino?

—Es la realidad. No tenemos otra cosa.

Daiyu agachó la cabeza.

—Supongo que no.

Padre suspiró y habló como si pudiera ver sus ojos o sentir su dolor.

—Hija, cuando llegué aquí… Ya lo sabes. Estaba roto. No solo yo. Todo me parecía roto, desgarrado. Nuestra familia. El imperio. Esta maldita ciudad. Todo hecho jirones. Sé lo que es estar como tú ahora. Pero… —Sonrió—. Fuiste tú quien me sacó de ahí. Tú me enseñaste algo muy importante: que las cosas rotas pueden arreglarse.

Daiyu acarició el pequeño paquete de seda.

—¿Habrías hecho algo diferente?

Padre ladeó la cabeza.

—¿Diferente?

—Ya sabes…

Él asintió. Sabía. Algo diferente. No evitar el ataque. No enemistarse con el duque. Quedarse en Chu. Rehacer toda su vida reciente.

—Sí. Habría cambiado muchas cosas. Entre tú y yo, por ejemplo. Pero otras… —Sacudió la cabeza—. Si yo hubiera sido fiel al duque, quizá habría acabado aquí con él, como Fei Ban. Quizá el duque me hubiera propuesto lo mismo que a él. Envenenar gente, matar al emperador… No habría funcionado. Habría acabado igual, expulsado como traidor. Tú misma lo dijiste: tu padre no es un asesino. —Respiró hondo—. Quiero pensar que lo que he hecho ha sido para bien. Al menos he dejado atrás mi rencor.

—¿De verdad?

—Sí. Vivir con odio no es vivir. Nada me devolverá a los que se fueron. Pero sí puedo dedicar mi tiempo a estar contigo.

Daiyu le dio un beso en la mano. Luego volvió a bajar la mirada.

—¿No tuviste miedo? Cuando me fui con el capitán.

—Hija, tuve diez mil dudas. Me morí de miedo. Cuando te dejé marchar a las alcantarillas, temblaba como una hoja. Estuve a punto de pedirte que no lo hicieras.

—¿Por qué me dejaste?

—Por tus hermanos. Cuando fueron a la guerra contra Qin… a ellos no los alistaron a la fuerza, ¿sabes? Fueron voluntariamente. Querían defender su reino. Cuando me lo dijeron también tuve miedo; temí por sus vidas. Pero tampoco lo impedí. No lo hice porque quería dejar que tomaran sus propias decisiones. Creo que te has ganado el mismo privilegio.

»Nunca he querido meterte en una jaula. Si lo hubiera hecho, no habrías sido tú misma. No habrías sido quien eres ahora. Y todos habríamos salido perdiendo.

Ella sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, su corazón acompañó el gesto. Envuelta en la calma del *yin*, le dio a Padre un fuerte abrazo.

—Ten cuidado, no te despeines —dijo él, acariciándole el pelo a pesar de todo—. No queremos que causes mala impresión en el palacio. Solo nos faltaba eso.

—Oh, ya conoces a tu hija —dijo, siguiendo la broma—. Si no provoca un escándalo o dos, no está contenta. —Ella le tomó la mano y contempló su aspecto con ternura; aunque también iba elegante, hasta para aquella visita se había dejado puesto su viejo gorro de plumas de faisán—. Una audiencia en la corte. Como en los viejos tiempos ¿eh? Y el emperador nos dará lo que le pidamos.

—Es agradecido, eso no lo puedo negar.

—¿Qué le pedirás?

Padre chasqueó la lengua.

—Yo solo quiero volver a Chu, si a ti también te apetece. Una casa en las montañas, lejos de todo. Quizá conseguir un escriba para poner mis ideas en bambú.

—¿Un libro?

—Sí.

—¿De medicina?

—No. No puedo superar el *Canon*. Uno sobre cómo debe ser un gobierno justo.

—Pues me parece un plan maravilloso. Cuenta conmigo.

Él le apretó la mano y se levantó.

—Te esperamos fuera. Cuando hables con él, dale las gracias de mi parte.

Salió de la estancia y cerró la puerta tras de sí. Daiyu retiró con delicadeza el envoltorio de seda y contempló lo que contenía: una tablilla de madera pintada y laqueada, con una inscripción. Un nombre con un carácter a medio terminar.

Zheng Gao.

Colocó la pieza en el altar familiar. Desentonaba un poco, incluso si una no se fijaba en que técnicamente no pertenecía a la familia. También desentonaba el color de la ropa de Daiyu y el hecho de estar arreglada, si pretendía seguir las normas sociales en aquel insólito caso. Pero había dejado de preocuparse por el qué dirán.

La tablilla se quedaría ahí. Era su lugar. Y ella llevaría su dolor como quisiera.

Se levantó. Antes de salir, Daiyu se cubrió la cara con el velo. Empezaba su periodo de luto.

NOTAS HISTÓRICAS

Jirones de seda es una obra de ficción, pero se basa en un periodo histórico real y en acontecimientos acerca de los cuales nos han llegado registros o datos arqueológicos.

He aquí algunos apuntes sobre elementos que aparecen en la novela:

INTENTOS DE ASESINATO AL EMPERADOR

El emperador Qin Shi Huang (de quien, en efecto, se decía que solía caminar entre sus súbditos de incógnito) realmente sufrió en su vida varios intentos de asesinato. Algunos fueron muy elaborados y otros… no tanto. Un ejemplo de cada:

- Antes de que Qin Shi Huang unificara China, en el periodo de los Reinos Combatientes, un general de Qin llamado Fan Yuqi desertó al vecino estado de Yan. El entonces rey puso precio a su cabeza, cosa que inspiró a la nobleza de Yan. Se les ocurrió que podían fingir que querían cobrar la recompensa y así acercarse lo bastante al monarca. Si lo hacían bien, podrían matarlo y provocar la caída del reino de Qin. Le explicaron el plan a Fan Yuqi, quien no solo aceptó sino que se suicidó para que pudieran usar su cabeza como excusa. Eso, junto con un mapa de Yan que dijeron llevar como regalo al soberano, les bastó para ganarse una audiencia en el palacio. El conspirador Jing Ke se acercó al futuro emperador y le desenrolló el mapa… que ocultaba una daga envenenada en el último pliegue. Jing Ke lanzó la estocada, pero falló. Por su parte, el rey se encontró con tres problemas: la ley impedía que nadie portara armas junto a él, que nadie se acercara a él sin permiso y que nadie salvo él diera órdenes a los soldados del palacio. De modo que sus ministros y consejeros sintieron que no podían hacer nada para ayudarlo. Finalmente,

un médico de la corte arrojó a la cabeza de Jing Ke su caja de medicinas, cosa que lo despistó lo bastante para que el rey desenvainara su aparatosa espada ceremonial y acabara con el atacante.

- También hubo, como he dicho, otros intentos menos sutiles. En el año 218 a. C. (esto es, dos años después de la ficción que se narra en *Jirones de seda*), un noble del antiguo reino de Han, llamado Zhang Liang, hizo fabricar un cono de casi cien kilos de metal y contrató a un forzudo capaz de levantarlo. Ambos se ocultaron junto a unos arbustos en una zona por donde pasaría la comitiva imperial. Al acercarse, el forzudo lanzó el cono de metal contra el carro que encabezaba la marcha y consiguió destrozarlo. Sin embargo, el emperador no estaba ahí. Precisamente porque temía algún intento de asesinato, había decidido usar el primer carro como señuelo mientras él viajaba en el segundo. Eso le salvó la vida. Se comenta que los dos asesinos frustrados lograron escapar.

Antes de abandonar el tema de los intentos fallidos contra Qin Shi Huang, quizá sea necesario matizar algo sobre la conspiración del falso eunuco Lao Ai, mencionada varias veces en la novela. Hoy en día hay historiadores que creen que Lao Ai pudo no existir; podría haber sido una invención de los historiadores de Han para desacreditar el pasado del emperador Qin. Aun así, por su valor dramático —y porque tampoco hay pruebas indiscutibles de su falsedad— en la novela se ha usado esta historia tal y como nos ha llegado.

Por cierto, quizá resulte interesante señalar que, en cierto modo, la caída de la breve dinastía Qin fue obra del reino de Chu. Liu Bang, un funcionario imperial de Qin que había nacido en una humilde familia de Chu, se convirtió en rebelde y acabó provocando la rendición de Qin. Tras eso pasó a ser el primer emperador de la dinastía Han (en una compleja trama que no da solo para un libro, sino para una serie de novelas). Esto sucedería apenas diez años después de la historia de *Jirones de seda*.

LA BALLESTA DE REPETICIÓN DE CHU

Los restos arqueológicos nos han demostrado que en tiempos de los Reinos Combatientes ya se usaba la ballesta como arma. Si los registros son correctos,

eso significaría que los chinos fueron sus inventores.

Había varios tipos de ballesta, tanto portátil como de arma de asedio, y con el tiempo fueron evolucionando y cada reino le fue incorporando mejoras. En Qin, por ejemplo, desarrollaron un impresionante sistema de producción en masa de ballestas, con piezas que incluso podían adaptarse a arcos ya existentes. Como una de las cosas que había hecho la primera administración Qin había sido estandarizar pesos y medidas, las piezas eran de dimensiones idénticas y tan precisas que podían usarse con cualquier ballesta del imperio.

En el reino de Chu, por su parte, sí que inventaron una ballesta de repetición similar a la que aparece en *Jirones de seda*. Aunque no tenía mucho alcance ni precisión, ni era necesariamente letal, ofrecía ventajas. Sobre todo porque no requería el duro entrenamiento que exigía el manejo del arco. Una broma de siglos posteriores decía que la ballesta podían usarla hasta letrados confucianos o mujeres, simplón chascarrillo que mostraba la sencillez de su uso.

En cualquier caso, estas ballestas eran capaces de lanzar dos virotes en cada disparo, con un alcance efectivo de unos setenta metros. En condiciones óptimas podían arrojar diez virotes en unos quince segundos. Sin embargo, no todo eran ventajas: a veces se encasquillaban y su producción era demasiado cara y compleja para hacerla en cadena. Tuvieron que pasar varios siglos para que la técnica se perfeccionara hasta el punto en que cualquier campesino pudiera tener una ballesta como protección en su casa.

MEDICIÓN DEL TIEMPO

«¡Es la hora quinta del día cuarto-duodécimo del noveno mes del año séptimo-quinto, vigésimosexto del reinado del Hijo del Cielo, el divino emperador Qin Shi Huang! ¡Se abre el mercado de Xianyang!».

El sistema tradicional chino de medición de tiempo era de lo más complejo. Para empezar, su año no era únicamente solar o lunar, sino lunisolar: medía tanto el ciclo de la Tierra alrededor del sol como el propio de la luna. Teniendo en cuenta que ambas mediciones son imperfectas (el año dura algo más de 365 días y el ciclo lunar algo más de 29), se hacía necesario añadir tiempos de vez en cuando. Es algo parecido a nuestros años bisiestos, solo que en China se añadía todo un mes cada tres años (de manera que había años de doce meses y años de trece).

Además de eso, el calendario chino seguía un ciclo adicional de sesenta años. El año se medía en «troncos celestiales» y «ramas terrestres», y cada año tenía una numeración en esos troncos/ramas. El problema es que las dos unidades no

duraban lo mismo. Los troncos celestiales eran ciclos de diez años y las ramas terrestres eran de doce, con lo que obviamente el tronco celestial acababa antes que la rama celeste: cuando se llegaba al año diez, todavía quedaban dos años por pasar en la rama terrestre. Así que el calendario medía ambas cosas. Por ejemplo, un año que estuviera en la posición tres del tronco celestial y cinco de la rama terrestre se llamaría *b ǐ ng chén* (丙辰). Para simplificar, y aunque la nomenclatura real es mucho más elaborada y llena de reglas, usaré números como he hecho en la novela (así, *b ǐ ng chén* será «3-5»).

Al principio el sistema es sencillo: 1-1, 2-2, 3-3… Pero entonces llegamos a 10-10. El tronco celestial se ha acabado, pero la rama terrestre sigue. En ese momento se reinicia el ciclo que ha concluido. Así, tras 10-10 va 1-11, luego 2-12, y así acabamos también la rama terrestre. De modo que después va 3-1, luego 4-2 y así sucesivamente. El ciclo sigue hasta que se llega a 10-12, momento en el que el año vuelve a ser 1-1. Con eso hemos dado toda una vuelta al ciclo, cosa que pasa tras sesenta años.

Como es natural, este sistema —astronómicamente preciso— lo usaban los eruditos y no era la manera habitual de denominar los años entre la gente común. Para usos más cotidianos lo que se acabó haciendo fue vincular cada año de la rama terrestre a una lista de doce animales: rata, buey, tigre, conejo… Sí, de ahí viene el nombre de los años del zodíaco chino.

La medición de troncos celestiales y ramas terrestres también llegó a usarse para meses, días y horas. Aparte de eso, es de señalar que los meses tenían tres semanas, no cuatro, cada una de nueve o diez días (dependiendo de la duración de los meses, que podían ser de veintinueve o treinta días).

Por cierto, el día aquí transcrito como «cuarto-duodécimo del noveno mes del año séptimo-quinto», en el que Daiyu entra por primera vez en el mercado, fue el veintiocho de septiembre del año 220 a. C. Dos días antes, cuando falleció Fa Rong en las calles de Xianyang, había habido media luna en el cielo nocturno.

LAS LEYES Y SU PUBLICIDAD

El emperador Qin Shi Huang siguió la tradición de que Qin se rigiera por los principios del movimiento legalista. Esto significaba que las leyes debían ser las mismas para todo el mundo, con independencia del estatus social y sin privilegios por ser noble o de alta cuna. Dichas leyes debían ser conocidas por la población, con lo que solían exponerse a las puertas del mercado. Se cuenta que en una ocasión el primer ministro del emperador, Lü Buwei (personaje que también merece ser protagonista de su propia novela) colgó de las puertas del

mercado de Xianyang un ejemplar del *Lüshi Chunqiu* (*Crónica de la primavera y el otoño del señor Lü*), patrocinado por él mismo. También colgó mil monedas de oro para aquel erudito itinerante que fuera capaz de «añadir o quitar un solo carácter» de la obra. Anécdotas aparte, está claro que en la China unificada de Qin ya existía un tablón de anuncios para publicitar los edictos y normas más importantes, igual que hacemos 2240 años después.

El legalismo también tenía otra premisa: los castigos y recompensas debían ser los mismos para cualquier ciudadano, con independencia de su extracción social. Lo importante no era la sangre, sino los méritos (o deméritos) de cada persona. Ello permitió que hasta simples granjeros, por sus hazañas en combate o sus servicios al imperio, ascendieran de posición y ganaran reconocimiento social, tierras e incluso sirvientes. Y en sentido contrario, implicaba que no por ser de origen noble alguien quedaba por encima de la ley.

De todos modos, este principio no se llevaba a las máximas consecuencias: alguien de nivel social elevado podía eludir ciertos castigos pagando una multa o incluso renunciando a un rango y siendo degradado al inferior.

LAS CIEN ESCUELAS DEL PENSAMIENTO

En el periodo de los Reinos Combatientes, muchos sistemas ideológicos florecieron en China. Algunos de ellos son tan famosos que sus nombres y contenidos básicos nos suenan en Occidente. En conjunto, este grupo de filosofías se conoce con la denominación colectiva de «Cien Escuelas del Pensamiento». Su existencia es una prueba de la impresionante expansión cultural que hubo en el Reino Medio en esta época. Cuando Qin Shi Huang llegó al poder e impulsó el legalismo, ordenó que dejaran de seguirse las filosofías que negaran su poder absoluto (por ejemplo, comparándolo con gobiernos del pasado). Aun así, estas escuelas estaban tan arraigadas en el modo de vida chino que han logrado llegar hasta la actualidad. Algunas de las más conocidas son:

- Confucianismo: una doctrina que se basa en la armonía familiar, la piedad filial hacia los padres, la bondad y el respeto estricto de los rituales sociales.

- Taoísmo: en cierto modo opuesto al confucianismo, se centra más en seguir la naturaleza del ser humano que en respetar los ritos sociales, que el taoísmo ve como artificiales.

- Moísmo: una ideología que propugna el amor universal, impulsando que la gente sea bondadosa con todo el mundo. El moísmo impulsó una acción social directa para lograr sus fines.

- Escuela del *yin-yang*: esta doctrina teorizaba sobre los supuestos cinco elementos o fases de la naturaleza (agua, madera, fuego, tierra y metal) y la dualidad complementaria del *yin-yang*.

CRIMINALES TATUADOS

En la dinastía Qin existían muchos castigos alternativos a la pena de muerte. Cuando alguien era condenado por algún delito grave, de los que no se podían eludir pagando multa o sufriendo una degradación de rango, había otros métodos que solían usarse.

Uno de los más habituales era el castigo de trabajos forzados. El emperador Qin Shi Huang inició una gran cantidad de obras de ingeniería y arquitectura: canales de irrigación, la Gran Muralla, su propio mausoleo gigantesco (donde se encontraron los célebres soldados de terracota), e incluso varias decenas de palacios. Cada vez que sometía a algún reino, Qin Shi Huang se hacía construir una réplica de su palacio en Xianyang, como muestra de su poder. Para todas estas obras hacían falta trabajadores. Y aunque todos los ciudadanos de Qin debían ofrecer al imperio un mes de trabajo al año, no eran suficientes para todos los proyectos. De ahí que se recurriera a criminales, a los que se diferenciaba por sus ropajes rojos.

Había, por supuesto, otros tipos de castigos corporales. Era habitual tatuar o escarificar a los delincuentes, de manera que quedara siempre una marca visible de lo que habían hecho (para que, por ejemplo, incluso después de cumplir su periodo de trabajos forzados fueran reconocidos como malhechores en potencia). Algunos de estos criminales hacían de la necesidad virtud y se unían en bandas mafiosas cuyo principal punto de conexión era que todos estaban mal vistos por la sociedad. Existen relatos históricos de cómo estas bandas atemorizaban a la gente en los mercados.

También se podía castigar a los delincuentes con latigazos, castración y amputaciones de pies, orejas o narices, además de con la muerte. Cuando se llegaba a estos extremos, la pena podía ser muy dura, y los descuartizamientos y exhibiciones públicas de cadáveres no eran raros. En los casos más graves se podía aplicar lo que se llamaba «extirpación de tres generaciones» que, como su nombre indica, implicaba ejecutar a tres generaciones de la familia del

condenado.

Había otros castigos menos brutales, pero bastante humillantes para la gente de la época, como afeitar las barbas o el cabello del criminal.

MAGIA Y ASTROLOGÍA

A pesar de su fervor legalista, que haría pensar en una persona «racional» al estilo occidental moderno, el emperador Qin Shi Huang fue un apasionado creyente en la magia, la astrología, la alquimia y el poder sobrenatural de los números. Por ejemplo, hizo que sus tropas fueran en unidades de seis, puesto que tal número se había asociado al reino de Qin, y dispuso que sus estandartes fueran negros por el mismo motivo. Con posterioridad a los eventos narrados en *Jirones de seda*, además, hizo reformas urbanísticas para que Xianyang se pareciera al firmamento nocturno y obtuviera parte de su poder. Y pasó sus últimos años buscando la inmortalidad: tomó píldoras con mercurio pensando que alargaban su vida y organizó expediciones para encontrar inmortales a los que pedir el secreto de su longevidad.

En todo esto, Qin Shi Huang no fue diferente al común de sus súbditos. Como cualquier pueblo de la Antigüedad, los chinos de Qin creían vivir rodeados de portentos y buscaban protegerse con hechizos, talismanes y augurios.

Los «libros de días», por ejemplo, eran almanaques que explicaban lo que uno podía encontrar en cada día del mes. Daban respuesta a preguntas sobre viajes, matrimonios, nacimientos, robos, deserciones, guerras… Se usaban incluso para saber cuándo debía construirse una casa o elaborar un adorno para la ropa.

También se trataba de adivinar el futuro usando el sistema del *Yijing* (también conocido como *I-Ching*), o provocando grietas en conchas de tortuga para interpretar lo que significaban. Además, abundaban los chamanes que decían comunicarse con los espíritus y fabricaban talismanes protectores.

LICENCIAS HISTÓRICAS

Al escribir esta novela he tratado de ser lo más fiel posible a lo que conocemos de la dinastía Qin. Sin embargo, admito que me he tomado ciertas libertades con algunos aspectos. El más importante es el que hace referencia a la reiterada preocupación del maestro Li Ping sobre su «consulta ilegal». Esto es una invención de mi mente. Hasta donde yo conozco, no existía durante el mandato

de Qin Shi Huang la obligación de que los facultativos médicos obtuvieran algún tipo de autorización administrativa. Sin embargo, sí que es cierto que la dinastía Qin se caracterizó por ser muy burocrática, sobre todo por la influencia del legalismo del que he hablado más arriba. Por ello, aunque la supuesta necesidad de licencia para la consulta médica no tiene base real, sí que resulta verosímil y coherente con la ambientación. Por eso, así como también por la tensión narrativa que generaba, he decidido fabular este obstáculo.

También me he tomado ciertas libertades con el mes de servicio de Tío Feng. Es históricamente correcto que todos los ciudadanos mayores de edad de la dinastía Qin debían servir al estado un mes al año, e incluso tenemos registros de personas concretas y sus días de cumplimiento. Pero, a diferencia de lo que sugiero en la novela, el servicio no tenía por qué ser un mes de corrido. Los registros en cuestión, por ejemplo, nos hablan de días sueltos de servicio. Por lo tanto, lo que haría la gente es ir tomando días aquí y allá, a lo largo del año, hasta cumplir el mes, sin necesidad de hacer todo el mes de golpe. De nuevo, le he dado más importancia al valor que este problema generaba como escollo para los personajes.

BIBLIOGRAFÍA

Si quien lee estas líneas desea conocer más detalles sobre las fascinantes épocas de los Reinos Combatientes y las dinastías Qin y Han, aquí adjunto una sugerencia de lecturas adicionales. Las consultas a estos documentos —entre otros— han ayudado a que *Jirones de seda* sea un texto más vivo y realista: —

COOK, Constance A. (2006). *Death in Ancient China. The Tale of One Man's Journey*. Brill Leiden Boston.

— CULLEN, Christopher (2017). *Heavenly Numbers. Astronomy and Authority in Early Imperial China*. Oxford University Press.

— DEFEO, Giovanni *et al.* (2014). *The Historical Development of Sewers Worldwide*. MDPI.

— FU, Chonglan *et al.* (2019). *An Urban History of China*. Social Sciences Academic Press.

— FU, Chonglan *et al.* (2019). *Introduction to the Urban History of China*. Social Sciences Academic Press.

— GALVANY, Albert (2020). *Death and Ritual Wailing in Early China: Around the Funeral of Lao Dan*. Academica Sinica.

— HINSCH, Bret (2011). *Women in Early Imperial China*. Rowman & Littlefield Publishers.

— HONG, Hai (2016). *Principles of Chinese Medicine. A Modern Interpretation*. Imperial College Press.

— LEWIS, Mark Edward (2007). *The early Chinese empires. Qin and Han*. Harvard University Press.

— LI, Feng (2013). *Early China. A Social and Cultural History*. Cambridge University Press.

— LOEWE, Michael *et al.* (1981). *Divination and oracles*. George Allen & Unwin.

— LOEWE, Michael (2006). *The Government of the Qin and Han Empires 221 BCE-220 CE*. Hackett Publishing Company.

— PEERS, C. J. (1990). *Ancient Chinese Armies 1500-200 BC*. Osprey Publishing Ltd.

— PINES, Yuri (2013). *Birth of an Empire: The State of Qin Revisited*. University of California Press.

— PINES, Yuri (2016). *Social engineering in early China: The ideology of the Shangjun Shu (Book of Lord Shang) revisited*. Oriens Extremus.

— POO, Mu-chou (1998). *In Search of Personal Welfare. A View of Ancient Chinese Religion*. State University of New York Press.

— SAWYER, Ralph D. (2011). *Ancient Chinese Warfare*. Basic Books.

— SHATZMAN STEINHARDT, Nancy (1990). *Chinese imperial city planning*. University of Hawaii Press.

— SOU, Daniel Sungbin (2013). *In the Government's Service: A Study of the Role and Practice of Early China's Officials Based on Excavated Manuscripts*. University of Pennsylvania.

— STERCKX, Roel (2011). *Food, sacrifice and sagehood in early China*. Cambridge University Press.

— STERCKX, Roel (2005). *Of Tripod and Palate. Food, Politics and Religion in Traditional China*. Palgrave McMillan.

— TURNBULL, Stephen (2009). *Chinese walled cities 221 BC-AD 1644*. Osprey Publishing Ltd.

— WANG, Q. EDWARD (2015). *Chopsticks. A cultural and culinary history*. Cambridge University Press.

También puede ser interesante la lectura de los artículos sobre el tema que se encuentran en.

www.ancient.eu y www.chinaknowledge.de

Del mismo modo, en internet existen varias traducciones del *Liji* (*Libro de los ritos*), del *Daodejing* (*Clásico del camino y la virtud*) y del *Lunyu* (*Analectas*), cuya lectura recomiendo dado que son clásicos que tuvieron mucha importancia en la construcción de la China imperial.

Y, por supuesto, si se desea conocer las creencias médicas del periodo en el que vivió la familia de Li Ping, es necesario como mínimo echarle un vistazo al

Huangdi Neijing (*Canon interno del emperador*). Allí se describe cómo equilibrar el *yin* y el *yang*, o de qué manera factores como la alimentación o el clima afectan a los órganos. Quizá no sea el tratado más fiable desde el punto de vista de la medicina occidental, pero sí que muestra cómo era la práctica médica en la China de hace dos milenios.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela ha sido todo un cambio de estilo para mí; un auténtico terreno inexplorado. Y, aunque él no lo sabe, en gran medida las páginas que ahora tienes en tus manos surgen de un consejo de Juan Gómez-Jurado.

Yo soy muy aficionado a sus libros, así que cuando me enteré de que venía a Vigo hace algunos años, no dudé en asistir a su charla. Me lo pasé muy bien y disfruté cuando me llamó «Terry Pratchett» por mi aspecto, apelativo que desde entonces llevo con orgullo. Al final aproveché y le planteé una pregunta profesional. En aquel momento yo ya había conseguido ser finalista del premio Minotauro (sin ganarlo) y las reseñas de mis libros eran muy positivas. Sin embargo, no lograba llegar al gran público. Le pregunté a Juan qué consejo podía darme al respecto y como respuesta me dio tres palabras que nunca se me olvidarán: «No escribas fantasía».

Por supuesto, su recomendación —expresada en forma cómica— era aguda y bienintencionada. Aunque me pese admitirlo (porque es mi género favorito), la literatura fantástica en castellano sigue siendo demasiado residual, muy de nicho. Si quería llegar a más gente, debía escribir otra cosa.

A pesar de su sabiduría de consagrado escritor de *best-sellers*, no le hice caso. En aquel momento tenía una idea interesante que quería desarrollar, algo llamado *Más fría que la guerra*. La novela con la que gané el premio Minotauro y, de una manera inesperada, logré aquel sueño de llegar al gran público.

Huelga decir que le envié a maese Gómez-Jurado una copia dedicada con todo mi cariño. También le escribí algo así como «Perdona por no seguir tu consejo».

Pero una vez afianzada mi posición como escritor de género, sus palabras volvieron a mi mente. «No escribas fantasía».

Y me dije que bien merecía la pena probar.

Desde siempre me ha gustado Asia Oriental. Entré como mucha gente, a través de la cultura japonesa, pero poco a poco descubrí las delicias de la Historia Antigua de China. En concreto me fascinó el periodo de los Reinos Combatientes y las dinastías Qin y Han. Es un momento histórico muy

importante, lleno de grandes conflictos y personajes. Y lo que es más significativo, casi desconocido en lengua castellana.

Pensando en ello me di cuenta de que tenía la base para mi primera novela lejos del género fantástico: una novela histórica ambientada en este periodo.

El resultado es el libro que ahora estás leyendo.

Estoy seguro de que está lleno de defectos que prometo corregir en el futuro, pero aun así estoy muy contento con el resultado. Sobre todo porque, una vez más, he tenido la satisfacción de contar con un impresionante equipo de lectores de prueba. A ellos van mis agradecimientos, puesto que los merecen.

De modo que (en riguroso orden alfabético) Albert Estrada, Iván Valladares, Montxo Durán, Óscar Recio, Vicente Arosa y Xavi Vila: muchas gracias por vuestro tiempo y vuestras valiosas sugerencias. Soy consciente del triple salto mortal con tirabuzón que os obligué a hacer metiéndoos en la Xianyang de hace 2200 años, y por ello no puedo sino dedicaros una larga inclinación con todo mi respeto.

Igualmente quiero expresar mi sincera gratitud a Jordi Ribolleda, Isabel Martí y al resto de las personas que trabajan en la Agencia Literaria IMC. Sin su tesón profesional, este libro no habría llegado tan alto.

Por último, me gustaría agradecerte también a ti el tiempo dedicado a leer estas páginas. Espero que te hayan resultado entretenidas, y que a través de las aventuras de Daiyu, Zheng Gao y Li Ping hayas empezado a vislumbrar la belleza de la Historia del Reino Medio. Como siempre, si quieres comentarme cualquier cosa (buena o mala) que te haya surgido leyendo este libro, estaré encantado de charlar contigo. Puedes encontrarme en Twitter (@fabianplaza).

Que vivas mil otoños y diez mil años.

Fabián Plaza Miranda, diciembre de 2023.
法维安